
GEMA TACÓN
OLA DE SILENCIO

ISBN: 9798399060583

Diseño de cubierta y Maquetación: W.E. Franco.

Corrección: Bea Magaña

Primera edición

Si cometes errores,
significa que estás haciendo algo.
Neil Gaiman.



Índice



Introducción

Juro que pude sentir cosas moviéndose en la orilla, no quería estar aquí, pero tampoco que ellas viniesen solas. Me daba miedo que algo sucediese, andábamos jugando con fuego y lo sabía. Era consciente de que había muy pocas posibilidades de contactar con nadie del otro lado, sin embargo, ¿y si lo conseguíamos?, ¿y si era malo? O lo que es peor, ¿y si nos seguía hasta casa? Nos prometió que no sucedería nada y que no estaba mal lo que hacíamos, no obstante, yo discrepaba.

—¿Lo tienes, Laura?

—Claro, ¿crees que soy tonta, Marilyn? Solo me has pedido que trajese una vela roja, no era como para tener que apuntarlo.

—Decidme de nuevo qué sentido tiene hacer esto. Si nos pillan nuestros padres o si alguien nos ve nos va a caer una buena. En realidad, no quiero seguir, me voy a casa —concluí y me levanté a la vez que me sacudía la arena de los pantalones.

—Alice, siempre tienes que ser la misma. Tú también aceptaste pasar la prueba, estás tan metida en esto como nosotras. Somos las tres mosqueteras, todas para una y una para todas —insistió Marilyn y a continuación puso cara del gatito de *Shrek*.

Suspiré y me senté de nuevo cerrando el círculo que habíamos formado.

En el centro había una tabla ouija, colocamos velas rojas bordeando el tablero de madera, un vaso de agua para canalizar mejor las almas, según dijo Marilyn, y un Palo Santo que prendimos antes de empezar. Dentro de la cueva se notaba la temperatura más baja que en el

exterior. En la isla nunca hacía demasiado frío, pero permanecer allí dentro de noche, sin que nadie supiera que no estábamos en la cama durmiendo, y por el mandato expreso de esa persona no me hacía ninguna gracia. No tenía tantas ganas como mis dos amigas de formar parte de ningún aquelarre. Me conformaba con vivir aventuras en los libros, entre las líneas y las letras me sentía mucho más segura que en ninguna otra parte.

Laura levantó el humeante trozo de madera. Este desprendió un aroma cítrico que hizo que me tranquilizase un poco, no mucho, lo justo para no salir corriendo. Marilyn nos instó a que colocásemos los dedos sobre el puntero, ella fue la artífice de que aquella locura empezase, decía que los inviernos eran muy aburridos y, en realidad, no le faltaba razón, nos desplazábamos en barco al colegio y había días en los que no podíamos salir de la isla. No obstante, yo no solía aburrirme, o no tanto como ellas. Eran mis únicas amigas. La juventud brillaba por su ausencia en nuestro pequeño poblado. Obedecimos a la vez y juro que percibí un nimio calor que provino del contacto con la pieza. Con la mano libre, Marilyn levantó una de las velas y empezó a hacer preguntas a la nada. Sus palabras resonaron en las paredes de piedra que nos rodeaban, devolviéndolas con un eco que distorsionaba la frase y alargaba las sílabas. Las tres nos quedamos en silencio sin movernos ni un milímetro, creo que incluso mi corazón dejó de latir durante ese lapso de tiempo en el que la cueva coreaba la voz de mi amiga. El sonido de las olas era el único que nos indicaba dónde nos encontrábamos, no había luna esa noche y las estrellas parecían relucir con menos fulgor del habitual.

No podía apartar la vista de las letras y números del tablero, tanto ellas como yo estábamos demasiado concentradas aguardando algo que no sabíamos si llegaría, por lo que fuimos incapaces de ver la figura que se aproximaba hasta nosotras con paso decidido, desde el interior de la oscura oquedad, hasta que ya la tuvimos encima. Entonces, el brillo de la luz de las velas se reflejó en un objeto metálico que se apoyó sobre el cuello de Marilyn, fue cuestión de segundos, los mismos que vi pasar a cámara lenta frente a mis ojos. Con un movimiento rápido y certero, una mano salida de la nada

realizó un corte preciso dejando una estela de un chorretón de un caliente líquido carmesí que nos salpicó en el rostro. La cara de mi amiga se congeló en una mueca dantesca. Su cuerpo cayó laxo a un lado y la sangre que brotó de su garganta cubrió tanto la arena como la ouija. Laura y yo estábamos en *shock*, no éramos conscientes de lo que acababa de suceder. Chillamos todo lo que nuestros pulmones nos permitieron y salimos de allí empujando a alguien en la huida mientras la gruta nos devolvía nuestra angustia reverberada en las rocas, en forma de cientos de gritos lastimeros que se iban deformando a medida que nos alejábamos.

No miré atrás, no regresé a por ella, no fui capaz de esperar a ver si Laura me seguía, tan solo corrí con todas mis fuerzas.



Capítulo Uno

«Chica desaparecida. La policía no tiene ninguna pista. Los familiares están pensando en recurrir a detectives privados para encontrar respuestas».

La brisa nocturna me reconfortó, me gustaba la sensación del frío en la cara, me recordaba que estaba viva. Jamás olvidaré la primera vez que me acerqué al muelle de Santa Pola; el olor a mar inundó mi alma y la llenó de una tranquilidad de la que hacía bastante tiempo que no disfrutaba. En un principio, pensé que encerrar al asesino de Joseph lograría calmarme, sin embargo, eso estaba muy lejos de ser cierto. Cada noche me imaginaba encañonándolo en esa celda y volándose los sesos. Dejar mi trabajo fue una decisión difícil que, a día de hoy, no sé si resultó ser la más acertada. Ser policía era lo único que conocía, el motivo por y para el que siempre viví. No podía seguir en mi casa, había demasiados recuerdos allí. Grace me ofreció mudarme con ella y con Julius, e incluso Dupin dejó mi renuncia sobre la desgastada madera de su mesa más tiempo del que debería, supongo que anhelando que cambiase de opinión y que para entonces no fuese demasiado tarde.

Una mañana leí en el diario una nota que volvió a activar mis neuronas e hizo que el corazón me diese un vuelco. En un principio la deseché, no tenía ganas ni humor para enfrascarme en nada más, pero también recibí un correo electrónico con esa misma noticia, y yo no creía en las casualidades. Había desaparecido una joven en una isla y

los padres estaban desesperados por saber su paradero. Investigué lo suficiente como para darme cuenta de que algo no cuadraba. Ese fue el primer día que no tuve náuseas matutinas, era como si mi bebé me estuviese diciendo que teníamos que ir y, sin pensármelo demasiado, hice una pequeña maleta, reservé un vuelo y le mandé un mensaje a Grace desde el aeropuerto, en el que tan solo le indiqué que me iba unas semanas de vacaciones. Acto seguido, apagué el teléfono para no tener que escuchar sus alaridos al otro lado del auricular. Estaba convencida de que pondría el grito en el cielo en el instante en que lo leyera, además de que supuse que intentaría persuadirme para que lo dejase y de que eso era una muy mala idea en mi estado. Sonreí al imaginar su cara y continué haciéndolo hasta que llegué al avión.

El posterior viaje en ferry no fue lo que se dice agradable. Mi semilla germinante no solo decidió que era buena idea que me hubiese llevado todo el vuelo en el inodoro, imitando a la perfección a la niña de *El exorcista*, sino que ahora también le resultó divertido que el meneo de las olas me dejase durmiendo sin que pudiese evitarlo. Sentía la fuerza de la gravedad tirar de mis delgados párpados hacia abajo con una intensidad desconocida hasta ese momento. La jodida fiesta de hormonas que tenía en mi interior iba a terminar con la poca cordura que me quedaba. Ese fue el último pensamiento medio racional que recuerdo de mi primer viaje a Tabarca, la isla habitada más pequeña de España, una preciosidad que se abarrotaba de turistas en verano y que se quedaba con apenas una docena de personas en invierno. Agradecí que la desaparición hubiera ocurrido en estas fechas, de lo contrario ya habría descartado hallar cualquier pista después de que ya hubiesen pasado dos meses, con lo que los factores externos y las variantes hubieran sido mucho mayores que ahora.

No avisé a nadie de que iba, mi idea no era meterme de lleno en el caso. Me prometí que me lo tomaría como unas vacaciones, tan solo serían unas en las que podía mantener la mente entretenida mientras indagaba un poco por ahí. Ser una completa desconocida en ese lugar me proporcionaba la ventaja de verlo todo desde cero, pero también la desventaja de persona nueva en un pueblo en el que el resto se conoce. No descarté lo extraño que resultaría que una mujer sola

apareciese en invierno para quedarse unas semanas; por suerte, tenía dos meses y medio de embarazo y aún era pronto para que se me notase la barriga. Aunque yo sí que me sentía distinta, pero eso fue desde el instante en el que supe que mi pequeño *gremlin* estaba en mi interior; no quería saber el sexo del bebé y de alguna forma tenía que llamarlo, decirle «cosa» no me parecía adecuado, pero «bicho peludo que puede dominar el mundo si come o bebe después de las doce de la noche» sí que me resultó bastante conveniente.

El ferry me dejó tan solo a mí en la isla, fue un cuarto de hora que me pareció una eternidad, o al menos mi sueño así me lo indicó. En cuanto puse los pies en el muelle y anduve unos pasos trastabillé con unas redes que se encontraban tiradas de cualquier forma en el suelo. Justo antes de que diera la bienvenida al lugar en modo «Papa», pero a lo bestia, alguien me sostuvo y me libró del batacazo y del bochorno posterior.

—Perdona, ¿estás bien? No creí que llegase nadie y tampoco salió gente anoche, por lo que no pensé que fuera peligroso desenredar las malditas redes aquí, así es más fácil, ¿sabes?

Un hombre con numerosas arrugas, tanto en la frente como en los ojos, piel tostada y visiblemente curtida, de manos ásperas y mirada cansada me sostenía con amabilidad y me contemplaba con desasosiego.

—No se preocupe, no ha sido nada —respondí siendo lo más agradable que mi rancia personalidad me permitió. Me acababa de prometer que sería otra persona, me convertiría en la mujer de la que mi gremlin se sintiese orgulloso, no diría palabrotas y trataría bien a la gente. Estaba convencida de que podría hacerlo.

—Creo que su equipaje no ha corrido tanta suerte —me avisó el hombre señalando la maleta que se hundía en el muelle mientras la miraba con cara de estúpida.

—¡Me cago en mi puta vida! —chillé haciendo que al pobre de mi salvador se le abrieran mucho los ojos—. ¡Ea, a tomar por culo el propósito de enmienda!

Entonces una pequeña y discreta risa llegó hasta mis oídos, levanté la vista y me topé con un joven moreno de unos treinta y pocos años

en el muelle, se hallaba tan cerca de nosotros que pudo ver y escuchar la escena que acababa de montar a la perfección, y tampoco es que yo hubiese sido discreta a la hora de blasfemar, la verdad… Se acercó y, con un palo largo terminado en punta, pinchó mi maleta como si fuese un pez y la sacó chorreando del mar. La colocó a mis pies y la liberó con un rápido movimiento de la vara. A continuación, se dio media vuelta y salió corriendo. Sus facciones me resultaron demasiado familiares, sus ojos, en particular sus ojos, los tenía iguales a los de Nakada, el pulso se me empezó a acelerar y comencé a marearme. Tanto que tuve que sostenerme del brazo del hombre que todavía me tenía asida para no terminar en el agua.

—Señorita, ¿está bien?

—No es nada. Lo de navegar no es lo mío —mentí, tenía el carnet de patrón de embarcaciones.

Me lo saqué estando en el cuerpo, Joseph se burlaba de mí por renovarlo cuando jamás cogía un barco, pero yo le decía que nunca se sabía si te podía hacer falta robar una lancha para perseguir a los malos. El recuerdo de ese momento no ayudó a que me tranquilizase y las lágrimas se escurrieron traicioneras de mis ojos sin que me diese cuenta. Las jodidas hormonas de las narices me iban a hacer estos meses muy divertidos.

—Me parece que sí que es algo y no creo que se trate de miedo al mar, dudo que alguien con esa fobia se aventure a visitarnos. ¿Sabes? —preguntó sin esperar respuesta—. A veces lloramos por nada y por todo, las lágrimas pueden ser muy esquivas cuando se las necesita, pero también bastante recurrentes si no las llamas.

Me quedé mirándolo con sus palabras resonando en la cabeza, las mismas que eran la verdad más absoluta que había escuchado en años. ¿Lloraba por recordar a Joseph, por ver la cara de su asesino en cada sitio, o por toda la mierda que me había rodeado durante estos últimos años?

—Me llamo Salvador Rueda. Estoy un poco cansado de esta cosa —señaló a las redes— y mis nervios no andan como para seguir luchando con los nudos, ¿te acompaño al pueblo y tomamos algo caliente?

Asentí como única respuesta, cogí mi maleta, medio destrozada y escupiendo más agua que DiCaprio en *Titanic*, y seguí al desconocido sin ningún tipo de reticencia. No me consideraba de las personas que confiaban a la primera de cambio, pero ese hombre me inspiraba la paz que yo ansiaba en esos momentos. Incluso recorrí el resto del camino sujeta a su brazo, su contacto se sentía reconfortante.

—Nos dirigimos a la Plaza Grande del pueblo, que su nombre no te abrume, es pequeña. En verano abren unos treinta bares, pero por estas fechas tan solo se mantiene en pie el de Ramos y el hostal El Chiqui, que supongo que es donde te vas a hospedar, ¿o vienes a casa de algún familiar? ¿No serás amiga de los hijos de Fina? ¿Del cura nuevo? Bueno, nuevo no es, lleva aquí un año, antes venía los domingos a oficiar la misa el de Santa Pola, pero mandaron a este otro párroco… —La incansable perorata de Salvador estaba mareándome más de lo que ya me sentía antes. Se lo veía nervioso y preocupado, no podría decir si por mí, pero el caso es que no dejaba de hablar, empalmaba un tema con otro casi sin respirar y sin dejarme meter baza entre medias.

—Salvador, la chiquita se está poniendo más blanca que la leche y va a perder el conocimiento de un momento a otro, ¿quieres dejar de atosigarla y que respire? —La voz de la señora, pese al reproche hacia el hombre, se sentía cariñosa. Levanté la vista de la punta de mis zapatos, donde llevaba un buen rato puesta, y me topé con una mujer regordeta con un delantal y las manos llenas de lo que me pareció harina.

—Uy, ahora que lo dices, sí que tiene peor aspecto que hace un momento, y mira que ya vino con mala cara —reconoció el pescador, ignorando que yo continuase presente.

—Vente, vamos al hostal a que te den agua, que el bar no abre hasta dentro de un rato —me secuestró la señora dejando a Salvador detrás murmurando algo por lo bajo y cruzándose de brazos.

—Tengo una habitación en este lugar —le indiqué buscando el teléfono aún apagado para ver en el correo qué nombre era el del lugar en el que hice la reserva.

—Pues dónde lo vas a tener, muchacha, aquí. No hay otro abierto

—se jactó a la vez que me dio una palmada en el hombro que casi me desmontó. La fuerza que esa pequeña mujer poseía en los brazos no tenía nada que envidiar a la de mis compañeros más cachas en la Policía—. ¡Caterina! ¡Vamos, venga, que tienes una clienta a punto de que le dé un desmayo! —gritó desde la parte baja de unas escaleras en cuanto entramos en el edificio.

A los pocos segundos, apareció una mujer morena de unos sesenta años con un traje azul de los típicos que usan las personas mayores, salvo que esta llevaba las mangas recogidas hasta los codos y sudaba como si hubiese corrido una maratón.

—Llegas pronto, niña. ¿Y qué voces son esas? ¿Quieres que piense que todos estamos igual de locos que tú? —protestó la tal Caterina mirándome de arriba abajo.

—Soy Kate Warne y tenía una habitación para unas semanas —informé bastante más recompuesta que hacía unos minutos. En cuanto dije la fecha de mi hospedaje la mujer de la harina frunció el ceño y se giró hacia mí para encararme.

—¿Has venido por lo de Marilyn? —preguntó cogiéndome por sorpresa sin que me diera tiempo a poner cara ni de póquer ni de nada, porque la vieja me acababa de pillar.

—Puede ser que sí —reconocí.

—Esa niña está en la ciudad viviendo la vida y haciendo solo Dios sabe qué, pierdes el tiempo —concluyó y se marchó cambiando por completo su actitud para conmigo, cerró la acristalada puerta de un porrazo que hizo que temblasen las bisagras que la sostenían.

—No le hagas caso. Es mayor y tiene una mentalidad un tanto antigua. Si la chiquilla está por ahí de pingoneo, pues bien, lo veo perfecto, lo que sí debería era haber avisado a sus padres. El pobre Salvador está hecho polvo y su mujer lleva en la cama desde que desapareció —me informó Caterina como si ella gozase de menos edad que la de la harina, dejándome helada al revelarme que el hombre amable y charlatán que acababa de conocer, y al que dejé atrás, era precisamente el progenitor de la desaparecida, con el que yo quería hablar.

—¿Me puede subir la maleta? Ahora vuelvo —pedí dejando mis

mojadas pertenencias a cargo de la desconocida dueña del hostal.

Cuando asomé la cabeza por la estrecha calle en la que se encontraba el hospedaje, no vi ni rastro de Salvador. Corrí hasta la plaza y me dejé guiar por el olfato. Olía a café recién hecho y a pan tostado, ese aroma era inconfundible y más para alguien adicto a la cafeína, al alcohol y al tabaco que no había probado ninguno de los dos primeros desde que supe que estaba embarazada. El tercero sí, para qué negarlo.

En cuanto entré al bar, vi a la mujer enharinada inclinada en la mesa de Salvador, cuchicheándole algo al oído mientras que un camarero con cara de curiosidad no les quitaba la vista de encima desde la barra, no hasta que hice acto de presencia y los tres pares de ojos se centraron en mí. Entonces Salvador se levantó dando un golpe en la mesa, se alejó de la mujer y se acercó hasta donde me hallaba con pasos rápidos y decididos, me agarró del brazo con fuerza y me sacó del local con los ojos inyectados en sangre. Mi único pensamiento a la vez que todo esto transcurría fue que acababa de cargarme mi primer caso en solitario antes incluso de empezarlo.

Capítulo Dos

No entendía el motivo del cambio de actitud, ni tampoco tenía claro lo que la vieja le había contado a Salvador, lo único que sabía era que no pensaba marcharme sin luchar.

—¿Se puede saber a dónde cojones me arrastras?

—Al barco, todavía estás a tiempo de pillarlo de vuelta.

—No voy a irme —alegué zafándome de su agarre y plantándome delante de él con los brazos cruzados, además de colocar las piernas ligeramente separadas, esperando que mi postura les otorgase mayor fuerza a mis palabras.

—Lo último que necesito es a más periodistas tergiversando la verdad, ¿no crees que ya tenemos suficiente con haber perdido una hija? —La rabia de su mirada se mezcló con la pena y la impotencia que sentía. Si yo estuviese en su lugar y pensase que quería vanagloriarme de su mal con algún artículo sensacionalista también me habría mandado a la mierda y más allá.

—Salvador, creo que no hemos empezado con buen pie —comencé a hablar y extendí la mano—. Me llamo Kate Warne, soy policía, estoy de excedencia —mentí, pero no me veía preparada para decir la verdad y así infundía más respeto—, me ha interesado la desaparición de tu hija y he venido a ayudar. Mi intención no fue causarte ningún malestar con mi llegada y por eso no me identifiqué en cuanto nos vimos, además, era imposible que supiese quién eras. Lo que la chismosa esa podría haber hecho, era darme tiempo para que me explicase y no salir corriendo con el cuento. ¡Eso es obstrucción a la autoridad y podría detenerla por ello, señora! —chillé para que me oyese, porque estaba convencida de que se encontraba escondida cerca, escuchando cada una de mis palabras.

—¡¿Cómo?! —La cara de asombro del pobre Salvador me

enterneció sobremanera, más de lo que lo hubiera hecho en otras circunstancias.

—No tengo la placa encima, creo que está llena de algas en la maleta, pero puedes llamar para preguntar si mi historia es cierta, si así te quedas más tranquilo. —Iría al infierno, sí, aunque no se podía negar que nadie podía superarme a la hora de tirarme faroles—. Sin embargo, considero que sería mucho más productivo que nos tomáramos ese café que huele tan bien y me pongas un poco al día sobre el caso. ¿No crees?

Como era de esperar, Salvador asintió y no hizo esa llamada que me dejaría con el culo al aire y alguna que otra explicación que dar. Nos dirigimos de regreso al bar, pero en esta ocasión nos sentamos en la terraza, si se le podía llamar así a dos mesitas solitarias en medio de la plaza. El camarero seguía mirándome con la misma curiosidad que al principio, le pedimos el desayuno y se marchó sin articular palabra. Cosa que me pareció bastante inteligente por su parte, total, ya tenía a la vieja del visillo para que le contase luego todo lo que acababa de escuchar, la misma que, por cierto, había desaparecido cual Houdini.

—Siento mucho lo sucedido, te prometo que no soy un hombre agresivo, pero es que últimamente no descanso bien, mi mujer está enferma y nadie me cree. Marilyn no se marchó, ella tiene un carácter muy fuerte, pero jamás nos haría una cosa así —comenzó a contarme, no obstante, la angustia le sobrevino y la voz cada vez salía con menos volumen de su garganta, era como si sus cuerdas vocales fuesen una caja de música y se le estuviera acabando la cuerda. Al final, la congoja superó al raciocinio y terminó con la cabeza enterrada en los brazos que descansaban sobre la mesa metálica en la que estaba apoyado.

—Tranquilo, tenemos tiempo, no hay prisa. He reservado habitación durante dos semanas. No es necesario que me lo cuentes todo ahora mismo —le informé intentando que se calmase, extendí una mano hasta él, pero en el último momento me quedé sin saber cómo reaccionar, si le tocaba la cabeza parecería que estaba acariciando a un perrito o algo, y si le daba dos palmaditas en el hombro lo mismo tampoco estaba demasiado bien. Detestaba verme

en esas tesituras, mi personalidad no se podía considerar lo que se dice cariñosa para con otras personas, y menos si no las conocía de nada. Hay a quienes les nace solo eso de ser agradable y son el doble de un jodido *puticornio* que caga arcoíris de colores, pero yo me consideraba más de las que vomitan estrellas de la muerte ninjas envenenadas sin querer. Justo cuando me arrepentí de mi movimiento y retiré el brazo, Salvador levantó la cabeza y se encontró con la palma de mi mano extendida sobre ella. Y, cómo no, en ese mismo instante llegaron los cafés y visto desde fuera la perspectiva tuvo que ser, cuando menos, extraña.

—Gracias —me dijo mi acompañante sin percatarse de nada de lo que acababa de ocurrir—, necesito que me creas. Mi hija no se ha ido, estoy seguro de eso. Ella jamás salía sola, siempre lo hacía con sus dos amigas, pero dicen que no la vieron aquella noche. Sé que le ha pasado algo, estoy convencido. Créeme, por favor.

—Te creo, y descubriré qué le ha sucedido —respondí, metiendo la pata con la primera regla de cualquier policía criminalista, jamás había que insuflar falsas esperanzas a los familiares de desaparecidos, que era justo lo que mi boca hizo sin pensar.

Cuando lo vi más relajado y hubimos terminado de tomar el café, me dirigí de nuevo al hostal. Salvador me dio la dirección de su casa y le prometí acercarme después de que me instalase en condiciones.

—Niña, me temo que se te ha mojado la pistola —me dijo Caterina a modo de saludo.

—¡¿Has abierto mi maleta?! —pregunté, estupefacta.

—No querrías que pusiera el dormitorio hecho unos zorros, ¿no? —respondió, encogiéndose de hombros, como si registrar los equipajes de los huéspedes fuese deporte nacional—. Además, la María de Ximildegui me ha dicho que eres policía, no he llamado al agente gracias a ella. Ni te imaginas el susto tan grande que me he dado cuando se me ha caído el arma al suelo. Las carga el diablo, ¿sabes? Tenemos que hablar sobre eso de tener revólveres en mi casa, sé que debes llevarla, pero, vamos, ¡qué miedo!

—No, si al final le voy a tener que dar las gracias a la cotilla por descubrir mi tapadera a los dos minutos de haber llegado al pueblo

—murmuré mientras ella continuaba con su retahíla de todas las cosas malas que pueden suceder por llevar una pistola.

—¿Has dicho algo, niña?

—Kate, señora, me llamo Kate, y decía que dónde está mi habitación —mentí comenzando a exasperarme.

—Sí, claro, sígueme. Tienes que ducharte, es domingo y la misa empieza a las once, no querrás perdértela —me urgió medio empujándome escaleras arriba.

Una vez que ambas estuvimos en el dormitorio, nos quedamos en un incómodo silencio al que estaba segura de que doña Caterina no andaba muy acostumbrada, pero la buena señora no se marchaba por mucho que yo menease mi tronco adelante y atrás y moviese las manos de arriba abajo sin saber muy bien qué hacer para no echarla de forma descarada.

—No tardes, te espero abajo y vamos juntas. En invierno estoy muy sola, ¿sabes? Solo tengo dos ayudantes, pero se pierden más que los calcetines en la lavadora. Cualquier cosa que necesites me la pides, niña.

Cuando estaba a punto de volver a recordarle mi nombre, cerró la puerta sin dejarme ninguna llave. Al menos esta no me decía señora, algo era algo… Entré en el baño y hallé toda mi ropa colgada en la mampara de la ducha, además de en la puerta, a modo de improvisados tendederos. Olía a sal y a mar, y se le estaban empezando a hacer marcas blancas resecas a las telas, por lo que la opción de cambiarme y ponerme algo de lo que había traído no era viable. Seguí a modo yincana intentando hallar mis pertenencias. La pistola se encontraba sobre la mesita de noche, la desmonté e intenté secarla lo mejor que pude. Menos mal que la única foto que tenía de Joseph la llevaba en el bolso, junto a mi cuaderno de notas y mi teléfono móvil. El mismo que encendí rápido para descubrir la docena de llamadas y mensajes que Grace me había mandado mientras estaba desconectada. Me iba a caer una buena charla.

Decidí dejar aquella conversación para más adelante, la cabeza estaba comenzando a palpitarme en las sienes y eso solo significaba que en breve tendría un dolor de cabeza de los divertidos. La tensión

de hacía un rato había sido considerable y me estaba pasando factura ahora. La habitación no era nada del otro mundo. Tenía un minifrigorífico, una cama de matrimonio, dos mesitas, un armario empotrado y un baño dentro, tampoco es que necesitase mucho más, aunque habría agradecido una mesa para poder sentarme a escribir tranquila. Me alegré de no haberme llevado el ordenador, desde que murió mi informático preferido tenía una pelea con la tecnología que no pensaba superar, todo lo que tuviese teclas me recordaba a él. Aún no terminaba de comprender por qué no me dijo nada. Todo habría sido muy diferente si hubiera confiado en mí. Deseché ese pensamiento de mi mente, si entraba en un bucle de «y si» no levantaría cabeza, y estaba allí precisamente para eso, para encontrarme a mí misma y demostrarme que podía continuar luchando. Por muy fuerte que nos parezca la caída, siempre tendrás más cerca el suelo para coger impulso y volver a levantarte. El tiempo que estuve en el psiquiátrico me sirvió para aprender algunas de las terapias básicas que los loqueros me obligaban a escuchar, y lo mismo ahora me venía bien tenerlas como mantra. En aquel entonces salí fingiendo estar bien de cara a la galería, necesitaba seguir luchando y allí encerrada no hacía nada. El problema era que a aquello se le iban sumando cada vez más traumas, y mucho me temía que mi olla exprés estaba a punto de estallar. Si no fuese por la vida que albergaba en mi interior no estaba segura de si seguiría entre los vivos…

—¡Niña! ¡Que llegamos tarde!

Juro que tenía ganas de agarrarle el cuello a esa mujer y estrangularla con mis propias manos. Suspiré, me hice el lavado del gato, es decir: cogí toallitas húmedas y me restregué las axilas, el cuello y las manos. Me eché colonia fresca, me peiné de nuevo la cola baja y suspiré hondo, tanto que noté que me iba desinflando con cada paso que daba hasta situarme frente a la sonriente mujer, cuya forma de arreglarse había sido bajarse las mangas del traje y secarse un poco el sudor de la frente. Estaba segura de que lo del lavado *puerquete* del gato era algo de conocimiento popular, más practicado de lo que el mundo en realidad reconocía.

Se quedó de pie a mi lado sonriendo con el brazo flexionado y un

espacio entre el codo y su costado, introduje mi mano por él y la buena mujer empezó a andar apretándolo con tal intensidad que ni las bridas. Aquello se parecía al botón de un motor, si se la sacaba, por muy disimulada que fuese, se detenía y me miraba, en el instante en el que volvía a apoyar mi extremidad en su antebrazo, ella seguía caminando. Lo hice tres veces y a punto estuve de soltar una carcajada, pero me porté muy bien y me la tragué. La iglesia no quedaba lejos del hostal. Desde fuera se veía un edificio rectangular casi pegado a las murallas que separaban el pueblo del mar, adjunto al edificio principal había otro anexo de nueva construcción, que supuse que sería la casa del cura que dirigiese el templo en cuestión. No guardaba buenos recuerdos de la última en la que estuve y mis creencias dejaban bastante que desear, no obstante, en un lugar con tan pocos habitantes imaginé que la mejor forma de verlos a todos, y realizar una primera toma de contacto, era en ese sitio.

Tal como imaginé, había unas treinta personas en la pequeña iglesia y cada una de ellas se giró cuando entramos. Caterina se irguió como un pollo luciendo plumas nuevas y me hizo sentarme en el primer banco junto a ella. Cosa que me tocó bastante los ovarios, porque mi idea era colocarme detrás y poder verlos a todos, y no que sucediese al contrario. A los pocos minutos, después de sentir las miradas como puñales en mi nuca y más de un cuchicheo, seguro que esponsorizado por la María de Ximildegui de las narices, entró el párroco por una puerta lateral y clavó sus ojos en los míos sin ningún tipo de reserva.

—Buenos días, hermanos. Señora Caterina, la veo muy bien acompañada esta mañana.

—Se llama Catalina, como mi nombre, pero se pronuncia más raro, es policía y ha venido para encontrar a la Marilyn —dijo la hija del mismísimo Satanás a todo el puñetero pueblo, dejando a la de la harina en pañales y a mí con la boca tan abierta que podría habérseme colado un jodido ñu sin que yo me enterase.

—Ah, sea usted bienvenida, señorita Catalina. Cualquier cosa que necesite no dude en pedírmela, rezamos cada día para que esa joven alocada regrese al redil y deje de darles disgustos a sus padres.

—¡Amén! —respondieron todos en modo autómata. Solo deseé que Salvador no estuviese allí, escuchar eso de la boca de la persona con más influencia del lugar no debía ser plato de buen gusto para él.

Una jodida hora después, acabó la misa, ni la de mi comunión se me hizo tan larga como esa. El cura era soporífero y recibí más de un codazo por parte de mi anfitriona cuando pegué alguna que otra cabezada. En una ocasión incluso me oí roncar a mí misma y me asusté. Me espabiló la misma tímida risa que había escuchado en el muelle y eso me sobresaltó. Levanté rápido la vista para encontrarlo y lo hallé más cerca de lo que esperaba, el chico del muelle estaba vestido de monaguillo, le aguantaba el cáliz y el vino al sacerdote mientras este se encargaba de dormirnos a todos los presentes. Antes de que se pusieran a repartir las hostias, consagradas, me levanté bajo la consternada mirada de Caterina y salí fuera a fumarme un cigarro. Al menos me quedaría allí esperando a que todos salieran y pudiera verlos.

Cuando los parroquianos empezaron a aparecer, fueron desfilando delante de mí con curiosidad a la vez que me decían «buenos días» de forma educada. Excepto un par de familias que pasaron pegadas a las murallas de la iglesia con las cabezas gachas, a los matrimonios los seguían de cerca dos muchachas de no más de quince años, un poco más rezagadas. Mi instinto me dijo que esas eran las amigas de las que me había hablado Salvador, me levanté rápido antes de que la del hostal volviera a atraparme de nuevo y me dirigí hasta ellos con la intención de que no se me escapasen, pero justo cuando fui a abrir la boca para llamarlos me tropecé con lo que a mí me pareció un muro de hormigón.

—¡Hostia puta!

—No creo que ese vocabulario sea el más indicado en este lugar, señorita.

Al levantar la vista me encontré con el cura, que podía llegar a medir casi el metro noventa de altura y me observaba con los brazos cruzados en el pecho y cara de desaprobación.

—Lo siento, padre, no lo vi.

—Padre Torquemada.

—¿Disculpe?

—Me puede decir padre Torquemada, señorita…, ya a mi edad se me olvidan los nombres, ¿cómo dijiste que te llamabas?

—Kate, y no lo dije. Disculpe de nuevo, padre Torquemada, pero tengo un poco de prisa. —Intenté zafarme de él sin éxito y me agarró del brazo, con lo poco que me gustaba el contacto físico y allí la gente parecían dinamos[1].

—Somos una comunidad muy tranquila, señorita Kate. En verano vienen muchísimos turistas, pero a mediados de septiembre volvemos a recuperar nuestra tranquilidad habitual y nos jactamos de ser una congregación unida y preocupada los unos por los otros. La hija de Salvador estará haciendo solo Dios sabe qué lejos de su familia, le rogaría que no les diera falsas esperanzas.

—Con todos mis respetos, he venido aquí a hacer mi trabajo, limítese usted a hacer lo mismo. Buenos días, padre Torquemada —me despedí con retintín y busqué a las niñas que, como era de esperar, metieron el turbo en cuanto me vieron entretenida y ya habían desaparecido de mi campo de visión.

Fui hasta la dirección que me había indicado Salvador y lo encontré sentado a la puerta en un taburete de madera, acompañado por sus inseparables redes. La mayoría de las casas eran blancas y tenían adornos en tonos azul y amarillo arena. Aún se veían algunos farolillos que unían ambos lados de las calles como si acabase de pasar la feria. En cuanto me vio, Salvador se levantó, tiró los aparejos al suelo y me indicó que entrase para que estuviésemos más cómodos.

La casa olía a cerrado y estaba en penumbras, escuché unos discretos quejidos provenientes de una habitación al final del pasillo que tenía la puerta cerrada.

—Mi mujer no se encuentra bien, desde que nuestra pequeña desapareció no se ha vuelto a levantar de la cama, pero eso cambiará en cuanto la localices, estoy seguro —comentó con un brillo de esperanza en los ojos que provocó que el corazón se me encogiese.

—¿Puedo echar un vistazo al dormitorio de Marilyn antes de que te haga algunas preguntas?

—Claro, por supuesto. No hemos tocado nada. La policía vino

cuando pusimos la denuncia, pero nos dijeron que teníamos que esperar, ya ha pasado demasiado tiempo y continuamos aguardando.

Entré en el dormitorio y el hombre se marchó, no pasó del dintel de la puerta, tan solo se quedó allí parado unos segundos mirándolo todo con devoción y se fue en el instante en que sus ojos comenzaron a parecer vidriosos. Fue entonces cuando me planteé que a lo mejor no estaba preparada para esto, que posiblemente no fuera la persona indicada para llevar a cabo esta búsqueda, y más a espaldas de la policía y al margen de la ley. Suspiré hondo, me puse unos guantes que siempre tenía en el bolso y comencé a investigar, intentando quitarme esas ideas de la cabeza.

Capítulo Tres

El cuarto no difería en nada del de cualquier adolescente. Pósteres en la pared de grupos de música de los que yo no tenía ni puñetera idea, una cama perfectamente hecha, una mesita de noche y un escritorio sobre el que descansaba un portátil que no debería estar ahí. Si la policía le hubiera hecho un mínimo caso a Salvador debería haberse llevado el ordenador para analizarlo, cosa que por lo que podía comprobar no habían hecho. No pude evitar volver a pensar en Rich, como tampoco dejar de cavilar en quién me ayudaría con la titánica tarea de indagar en lo que había dentro de las tripas del maldito cacharro. Justo arriba de la mesa había un corcho colgado con fotos de la desaparecida, junto con dos chicas más, las instantáneas estaban tomadas en modo *selfie* y atrás se distinguía la playa en algunas, en otras el mar, pocas en la terraza del bar de esta mañana y una en una especie de cueva detrás que no supe identificar, pero que me anotaría buscarla para ir. Los sonrientes rostros me devolvían la mirada, una jovial y llena de vida que me apenó bastante. Poco había visto hacía un rato de esa felicidad en las caras de las dos jóvenes que vi salir de la iglesia.

Saqué mi teléfono e hice fotos a todas las instantáneas para analizarlas después con más calma; como supuse, tenía más llamadas perdidas y mensajes sin leer, pero procrastinar no era un delito y se trataba justo de lo que pensaba hacer con respecto a ese tema. Me senté en la cama de Marilyn con la intención de encontrar algo que no se viese a primera vista, sin embargo, todo parecía normal. Si tuviera el informe del registro del dormitorio podría saber si faltaba algo que la policía se hubiese llevado. Unas nuevas lamentaciones me sacaron de mi ensimismamiento y provocaron que diese un pequeño brinco, reaccioné como cuando te cogen haciendo algo indebido. El sonido

provenía de la habitación contigua, la queja lastimera de una voz femenina que había visto tiempos mejores.

Me incorporé, aun a sabiendas de que no era lo correcto, y me dirigí hasta donde descansaba la madre de la chica. Abrí la puerta con cuidado para que no me pillasen, del otro lado del pasillo podía escuchar a Salvador trasteando en la cocina y el olor a refrito corroboró que el hombre estaba afanado en hacer el almuerzo. Metí la cabeza dentro del cuarto en penumbra y vi un bulto bajo unas sábanas con una colcha sobre la cama. En ese instante la mujer se sentó de golpe y me miró dejándome de piedra, le faltaban trozos del cabello, tenía calvas en lo que supuse que había sido una melena rubia, los ojos se le crisparon al verme allí plantada y, justo cuando iba a dar un paso atrás, esperando que estuviese tan drogada como para no percatarse de mi presencia, el grito desgarrador a modo de alarma aguda que salió de su garganta me hizo cerrar de golpe y regresar a donde se suponía que debería estar en realidad. Al pasar me golpeé con el camastro, llegando incluso a mover el bastidor, cagándome en todo lo cagable por el porrazo que acababa de propinarme en la espinilla. En el mismo momento en que oí que algo caía al suelo, la figura de Salvador pasó rápida por el pasillo y se metió en el dormitorio de matrimonio, después oí una especie de nana proveniente de la voz masculina que hizo que el corazón se me encogiese. Ese hombre estaba acunando a su mujer para tranquilizarla y yo era la maldita fisgona que había provocado ese nuevo ataque de lo que fuera que le entrase.

Me agaché a mirar qué era lo que había roto y encontré un cuaderno doblado; sin pensármelo demasiado, lo cogí y lo escondí en mi bolso. No me consideraba de las mujeres que llevaban bolsos bonitos, lo mío solían ser mochilas de tela *hippie* que eran mucho más útiles para guardar cosas, que, en definitiva, en eso residía la funcionalidad de dicho accesorio. No aguardé a que Salvador saliese, me marché como los amantes despechados, a hurtadillas y con la conciencia bastante sucia.

Regresé al bar, donde ya había algunos parroquianos tomando un refrigerio después de la misa. Me acomodé en la terraza y encendí un

cigarro con la intención de ponerme a revisar el cuaderno, aunque me fue imposible. Desde que me senté, los ojos de todos se posaron en mí y comencé a ponerme nerviosa. No sabía si alguien reconocería lo que tenía entre las manos y me dio miedo sacarlo. Cuando estaba a punto de levantarme y marcharme al hostal, llegó el camarero y me preguntó si quería algo. Estuve tentada de decirle que una cerveza, pero me contuve y pedí un refresco de naranja, sintiéndome muy orgullosa de mí misma por esa elección, todo sea dicho de paso. Así que, ya que no podía adelantar trabajo, decidí quitarme la otra tarea pendiente de encima. Cogí el teléfono y llamé a Grace sin leer los mensajes ni escuchar los audios.

—¡Por fin das señales de vida! He estado a punto de decirle a la informática que rastrease tu teléfono.

—Buenos días a ti también, Grace, ¿me echas de menos?

—Kate Warne, quiero saber dónde te has ido y qué estás haciendo a la voz de ya.

—Trabajando —respondí sonriendo. Aquella mujer era peor que mi madre.

—Tú no trabajas, además, estás embarazada, deberías permanecer en casa sentada leyendo un libro o haciendo baberos de punto de cruz con el nombre de la criatura.

—¿En serio? Sí, eso mismo quería contarte, me he apuntado a un crucero de mujeres que acaban de perder a sus parejas, nos contamos nuestras mierdas y hacemos ganchillo. Te llamaba porque, sin querer, se me escapó una de esas agujas que carga el diablo y le he sacado el ojo a una de mis compañeras. ¿Puedes mandarme un abogado?

—¡Eres jodidamente insufrible! —exclamó, ofuscada, pero con un tono mucho más relajado que cuando comenzó la llamada.

—Kate, ¿necesitas ayuda? Yo me ofrezco voluntario para ir contigo, Grace me tiene ordenando armarios, ¡socorro, por favor, llévame! —Esta vez el que habló en la distancia fue Julius, y el tortazo que se escuchó a continuación estaba segura de que era mi antigua compañera contestando por mí a su petición.

—Estoy bien, chicos. No os preocupéis, ando en un caso de desaparición, he decidido trabajar como detective privada. Pero

necesito ayuda —informé de carrerilla para que mi amiga no pudiese meter baza y ponerse a maldecir.

—¡No me jodas! Ahora sí que me voy —respondió rápido Julius.

—Kate, cariño —detestaba cuando se ponía en modo educada—, estoy convencida de que eres más que capaz de seguir cualquier caso que te propongas, pero ¿crees que es buena idea?

—Tengo la mente despejada y no pienso, para mí es más que suficiente excusa, Grace. Hay un ordenador que necesito investigar. ¿Tenemos a alguien después de…? —no fui capaz de decir su nombre en voz alta ni de terminar la frase.

—Hay una chica ahora en el sótano —respondió entendiendo a la perfección mi pregunta inacabada—, es muy espabilada y bastante friki, demasiado joven, diría yo, pero puedo hablar con ella y darte su número. Esto será de forma extraoficial, por lo que si se niega a colaborar no puedo obligarla, ¿lo entiendes?

—Alto y claro. Gracias, rubia.

—Y, Kate —comenzó a decir antes de que le colgase—, prométeme que tendrás cuidado, ya no solo por ti, hazlo también por mi sobrina.

—No sabemos qué será. —Mi amiga se había empeñado en decir que tenía cara de que el bebé sería niña porque yo estaba más bonita, ella y sus cosas de viejas curanderas en las que yo no creía en absoluto—. Y, sí, te juro que si tengo cualquier tipo de problema te llamo. Os quiero, aunque al gordo apestoso un poco menos —concluí, colgando rápido para no dejar al insultado defenderse.

—¿Está la silla ocupada? —preguntó una voz masculina.

—No, puede llevársela, está libre —respondí a la vez que el desconocido sonreía y se sentaba en mi mesa en lugar de trasladar el asiento, que era lo que imaginé en un principio que haría.

—¿Eres nueva por aquí?

—Mis padres me enseñaron a no hablar con desconocidos y mucho menos a dar datos confidenciales —contesté un poco hasta el *mimi* de aquellas familiaridades, pero, contra todo pronóstico, el hombre se puso a reír a carcajadas, llamando la atención del resto de los presentes y abochornándome hasta el punto de conseguir que mis mejillas se sonrojasen.

—No es mi intención molestarte, es que veo cómo todos te miran y lo hacen de la misma forma en la que me observaban a mí cuando llegué. Mi nombre es Nandor, y también pernocto en el hostal de Caterina —se presentó una vez que se hubo enjugado las lágrimas.

—Mira, Nandor, no es mi intención ser desagradable —que sí—, pero he venido en estas fechas para estar tranquila. Lo de socializar con la gente no entra dentro de mis planes y tengo un poco de prisa —le informé en tono irónico con la intención de regresar a mi habitación, pero él me sostuvo la mano y me frenó.

—No todo el mundo es tu enemigo, Kate —me indicó, dejándome claro que sabía mi nombre.

Me solté y me marché al hostal sin mirar atrás. La presencia del tal Nandor me resultó un tanto inquietante, no podría decir por qué, pero algo en mi fuero interno me gritaba que mantuviese las distancias con ese hombre, y no solía equivocarme.

Anduve rápido hasta la recepción del hostal, pensando en memorizar las facciones de Nandor para intentar hacerle un dibujo, o algo que le sirviese a la nueva informática para decirme quién era. Cuando estaba a punto de alcanzar las escaleras, me tropecé con unos bultos que había colocados en medio del pasillo y casi me rompo la crisma.

—Pero ¿¡qué coño…!?

—Niña, te voy a lavar la boca con jabón.

—¡Joder, Caterina, que me llamo Kate y casi tengo canas en el toto para que me siga usted llamando niña!

—Yo soy Leo —me dijo alguien en quien no había reparado con las prisas de conseguir un poco de intimidad.

A mi lado había una mujer delgada, de nariz aguileña, melena larga negra y tres mechones blancos que resaltaban como la sangre sobre la nieve, que además llevaba unas enormes gafas de sol que le cubrían más de la mitad de la cara. A su lado, agarrada al brazo de la chica, se hallaba una anciana realmente fea. La mujer tenía los rasgos de la cara desproporcionados; ojos muy pequeños, nariz muy grande, boca un poco torcida y de la espalda le sobresalía una prominente chepa, vamos, que era la cosa más horrible que había visto en mi vida, no

pude evitar hacer un gesto de espanto y recé para que la poco agraciada señora no lo hubiese percibido.

—Me llamo Kate, perdón. No vi vuestras maletas, iba con prisa.

—La vida es demasiado corta para algunos como para vivirla corriendo, debes respirar y deleitarte con las pequeñas cosas que suceden a tu alrededor pasando desapercibidas, niña.

Estaba empezando a echar de menos lo de escuchar que me llamasen señora, pero no lo reconocería en voz alta. Salté los bártulos y continué con mi carrera para alcanzar de una jodida vez mi habitación. Atrás se quedó Caterina despotricando contra la juventud y nuestra mala educación. Según su percepción, supuse que juventud éramos todos los que teníamos menos de cincuenta. Suspiré, cerré la puerta con llave y me adentré en el dormitorio. Me percaté de que la dueña del hostal había estado por allí haciendo de las suyas, aunque esta vez no pude quejarme, se había encargado de recoger toda mi ropa, lavarla y colocarla doblada encima de la cama. Cogí un conjunto cómodo para ponérmelo después de la ducha, lo apreté contra mi pecho y aspiré su aroma. Olía a jabón, a lavanda y a otra cosa que no supe identificar, pero que me gustó bastante, hice una nota mental para recordar preguntarle qué detergente usaba y me metí bajo el chorro hasta que se me arrugaron los dedos de las manos.

Una vez acomodada, comencé a leer el cuaderno que había encontrado bajo la cama de Marilyn. Tal y como pensé en primera instancia, se trataba de un diario, ese que toda adolescente tiene para quejarse del mundo y de sus padres. Las primeras páginas hablaban sobre el colegio, los chicos y los turistas que llegaban y se iban. Tenía una lista con puntuaciones, desde los más monos hasta los que se asemejaban a uno. Y lo digo de forma literal, porque la representación en el *ranking* la hizo con un dibujo de un príncipe con corona y un mono feo. A medida que el texto avanzaba fueron apareciendo dibujos en los márgenes de las páginas. En ellos se podían distinguir a bolígrafo rojo pentagramas y corazones ensangrentados o punteros de ouija. Les hice fotografías y cuando estaba a punto de empezar a leer esa parte alguien llamó a la puerta y salté de la cama tirando el cuaderno al suelo. Lo recogí y lo escondí debajo del colchón, no me

fiaba de que Caterina se pusiera a cotillearlo, cosa que a esas alturas no me extrañaba en absoluto. También escondí la pistola, ahora seca, en uno de los cajones de la mesilla de noche, poniéndole delante calcetines, bragas y sujetadores.

Al abrir no encontré a nadie al otro lado de la puerta, bajé por si Caterina quería algo, pero allí tampoco se veía ni un alma. Mis tripas estaban empezando a rugir, no había comido nada y ya pasaba la hora del almuerzo. Decidí alimentar a mi bicho y luego seguir con la investigación. De camino al bar Ramos me sonó un mensaje en el móvil, era el número de la informática, la misma a la que Grace había grabado en su agenda como «la informática» a secas. Supuse que a mi amiga le estaba sucediendo con los cerebritos como a mí con los forenses después de que Clea muriese, no quería cogerles cariño, aunque yo de algunos sí que me sabía el nombre, esa loca me estaba superando en lo de ser arisca.

El bar estaba completamente vacío, no supe si porque ya era tarde o porque los aldeanos no comían allí en invierno.

—Perdona, ¿todavía tienes menú? Me muero de hambre —le confesé al camarero con el que no había intercambiado más de dos palabras aún.

—Pues hay más turistas de lo que nunca he visto por aquí en estas fechas, así que preparé un caldero de cabracho. No he comido todavía, si quieres lo hacemos juntos —me sugirió, amable, y no pude negarme. Tenía el pelo castaño, los ojos marrones y unas pestañas larguísimas que le conferían un toque femenino bastante singular. Era alto y delgado, y en el brazo llevaba un tatuaje con una brújula apuntando al norte.

—Perfecto, gracias. No quisiera molestar —le dije levantando la nariz y olfateando la comida por la que la boca se me hacía agua en aquellos momentos.

Él puso la mesa para dos en la terraza y me sirvió un plato de patatas cocidas con pescado y arroz al lado, tenía una pinta buenísima, y el alioli que venía en un cuenco aparte hizo que me terminase media barra de pan mojando casi sin hablar.

—Me llamo Aleister, pero todos me llaman Ale. Veo que eres de

buen comer —se presentó, mirándome complacido mientras yo devoraba todo el contenido de mi plato.

—Sí, perdona. No había ingerido alimento alguno desde ayer y estaba famélica. Me llamo Kate, pero supongo que ya lo sabrás. La señora Harina se habrá ido encargando de presentarme a todo el pueblo —bufé y continué masticando, sintiéndome mucho mejor tanto física como anímicamente. Hasta ese instante no me había percatado de lo desfallecida que me encontraba.

—Bueno, no se lo tengas en cuenta. No es mala mujer. Ella se encarga de la tienda, en invierno solo abre los fines de semana para el pan y poco más. Por este lugar andamos bastante aburridos cuando se marcha el último turista. Aunque tengo que reconocer que también cuento las horas para que eso suceda y volver a la tranquilidad y el silencio, no te voy a mentir. Lo de este año es una raya en el calendario.

—¿Y eso?

—No sé, dímelo tú, eres una de las que ha decidido venir de vacaciones fuera de temporada. Bueno, tú, el hombre que se sentó contigo esta mañana, al que dejaste con la palabra en la boca, y en el barco de hace un rato acaban de aparecer otras dos personas más. Digamos que es algo atípico.

—No lo dejé con la palabra en la boca —me defendí—. Tenía prisa y no lo conocía de nada, no soy de las personas que necesitan entablar conversación con desconocidos para no sentirse fuera de lugar —argumenté, dándome cuenta al instante de mi metedura de pata—. No quiero decir que tú sí.

—Es deformación profesional, eso y la carrera truncada de psicología de borrachos y almas en pena, qué se le va a hacer —sonrió. Y aquella sonrisa provocó que me sintiese mal conmigo misma por estar a gusto con otro hombre que no fuese Joseph.

—Sí, bueno. Yo he venido para ayudar a Salvador a encontrar a Marilyn, es una lástima lo de esa familia. Hoy vi a la madre y no está lo que se dice bien. ¿Podrías decirme algo que me ayudase? —La ley de la depilación con cera solía coronar mis palabras: las cosas rápido para que dolieran menos.

—Vaya, la señora María de Ximildegui me comentó esta mañana que eras policía, pero ella tiende a exagerar y no le hice mucho caso. Veo que llevaba razón esta vez —dijo, sorprendido.

—¿No tengo pinta de madero?

—Para ser sincero, no. Si llego a saber que hay mujeres tan bonitas como tú en el Cuerpo me habría planteado lo de seguir con la empresa familiar —me aduló guiñándome un ojo.

—El mecanismo de cambiar de tema y halagarme para que no recuerde mi pregunta no te va a servir de mucho conmigo.

—Nada más lejos de mi intención. Solo decía algo obvio, pero, retomando tu pregunta para que no te enfades, esas chicas no han estado portándose demasiado bien este último año. Desde detrás de la barra se ve más de lo que la gente piensa, y te puedo decir que si ha desaparecido es porque ella ha querido.

—¿En qué te basas para afirmar eso?

—Están en una edad en la que las hormonas las tienen revolucionadas, vamos, Kate, ¿quién no ha sido joven? Ellas tonteaban con los turistas y más aún con los que tenían la cartera llena. Creo que estaban un poco cansadas de ir a misa los fines de semana con sus padres, estudiar y portarse bien. En esta comunidad son demasiado creyentes, y desde que llegó el cura nuevo les tiene sorbido el coco, van en modo borregos y no sucede nada sin que él se entere o dé su beneplácito.

—No te cae muy bien, ¿eh?

—Digamos que soy de otro tipo de creencias.

—¿Como por ejemplo?

—Creo en mí y en lo que se puede ver.

—Pero tampoco ves el oxígeno y, sin embargo, lo respiras, no puedes contemplar el aire y sí notas el viento. Y no somos capaces de mirar un olor, pero sí tienen la habilidad de evocarnos recuerdos —rebatí.

—Buah, eso ha sido lo más jodidamente bonito que nadie ha dicho para convencerme de que me vuelva creyente.

—Soy agnóstica —me burlé—, no es mi intención hacer crecer la Iglesia del estirado, solo me gusta refutar las opiniones de los demás

para ver lo convencidos que están de las mismas. Si titubeas después de que te rebatan es que lo dices para la galería y no porque lo sientas en realidad.

—Además de guapa, lista. ¿Tienes pensado quedarte mucho por aquí, Kate?

—Hasta que resuelva el caso.

—Entonces haré todo lo posible para que eso no suceda.

Capítulo Cuatro

En un principio, creí que tener que comer con Ale me resultaría tedioso, pero me equivoqué y esa reunión fue bastante más fructífera de lo que había imaginado. Volví a escuchar la opinión de que Marilyn se había escapado para vivir alguna juerga alejada de sus padres, además de que también me dijo dónde residían las otras dos amigas con las que siempre iba y que, según se enteró por los progenitores de ambas, esa noche no la vieron ni tuvieron noticias de ella. La vida me había enseñado que las casualidades no existían, todo ocurre por algo, tiene un porqué y, por supuesto, una intencionalidad, las casualidades no son causalidades. En el mundo hacer las cosas de manera filantrópica no existía ni para los millonarios que intentaban limpiar sus almas a costa de buenas acciones… Después de discutir porque mi nuevo fichaje no me dejó pagar la cuenta, me fui a la casa de una de las amigas de la desaparecida.

Las distancias no eran largas en el pueblo, todo estaba cerca de la plaza, aunque el lugar a esas horas parecía deshabitado. No había ni un alma en las calles, tan solo me crucé con algunos gatos que estaban tumbados al sol en la muralla que separaba las casas del mar. Me prometí visitar toda la isla a fondo, el faro me llamaba muchísimo la atención, era de los pocos inventos que me gustaban. Lo de encender una luz para los marineros en la noche me resultaba poético a la vez que práctico, y no me importaría vivir en uno. El silencio que me rodeaba tan solo era interrumpido por el oleaje, las nubes habían comenzado a cubrir el sol y se estaban tornando grises. Encontré con facilidad la casa que pertenecía a la primera chica a la que quería visitar, el problema residía en su edad, al ser menor no me atrevía a abordarla a ella sola y ponerme a hacerle preguntas, si siguiera siendo policía podría meterme en líos; no obstante, ya no lo era, por mucho

que me costase recordarlo.

—Señorita, buenas tardes —me sobresaltó una voz masculina a mi espalda, no había oído pisadas ni visto a nadie más, por lo que girarme y encontrarme con un policía local me descolocó.

—Buenas tardes —respondí poniendo cara de no haber roto un plato en mi vida.

—¿Se ha perdido? ¿Puedo ayudarla?

—No, muchas gracias. Tan solo estaba dando un paseo —mentí encontrándome ya a pocos metros del lugar que me interesaba.

—Somos un pueblo muy tranquilo y todos nos conocemos. Sé que en la ciudad no es así, pero aquí los rumores vuelan, señorita Warne.

¡Mierda!

—No creo que esté haciendo nada malo, agente…

—Becerra, soy el agente Alonso Becerra Holguín. Cuando esta mañana me dijeron que había otro policía en la isla, llamé para preguntar. Espero que no le siente mal, estamos aquí una semana sí y una no y no me apetecía que me hubiesen cambiado el turno sin avisar. Fíjese cuál ha sido mi sorpresa después de que diese su nombre y me dijeran que usted estaba de excedencia. Así que supongo que tan solo se encuentra de vacaciones, ¿no?

Los papeles de mi renuncia debían de continuar en la mesa del comisario esperando a que los rompiese si cambiaba de opinión.

—Supone bien, Becerra. Estoy de relax, me han dicho que en este lugar nunca sucede nada y que es de lo más tranquilo en temporada baja.

—También me han contado que ha estado en casa de Salvador y que le ha prometido encontrar a su hija.

Pensaba decirle dos cositas a la jodida vieja metiche de los cojones.

—Sí, cambié por un tiempo la pública por la privada, se gana más y se vive mejor —sonreí intentando que la mueca pareciese lo más sincera posible.

—Esa familia lo está pasando mal, no necesitan falsos profetas que les llenen la cabeza de pájaros y les vacíen los bolsillos, señorita Kate.

Ese comentario terminó de sacar la bestia que habitaba en mí.

—Vamos a ver, ¡niñato! Entré en el cuerpo cuando tú todavía te

metías el pipo[2] en el culo y he resuelto más casos de los que verás en toda tu maldita carrera. Ni se te ocurra insinuar que estoy aquí para sacarle los cuartos a esa familia, porque no te lo voy a consentir. ¿¡Me entiendes!? —le grité mandando a la mierda mi fachada de niña buena.

—¿Sabes que podría arrestarte por lo que acabas de decir?

—¡Uy, no me digas! ¡Temblando estoy! Y, como ambos sabemos, eso sería rellenar mucho papeleo y llamar a un helicóptero para que viniese a buscarme, además de que conllevaría un mínimo esfuerzo por tu parte, cosa que no vas a hacer. Así que déjate de historias y permíteme seguir haciendo el trabajo por ti —concluí y continué andando con paso decidido.

Después de eso no podía ir a casa de la chica y pasé de largo la puerta, encaminándome a ninguna parte. Detrás de mí oí al agente resoplar y soltar algún improperio. Sin embargo, tras ver la cara de asombro que puso cuando le chillé, estaba convencida de que no me volvería a dar problemas y de que ya estaría contando los días para que le hiciesen el relevo. Kate uno, capullo cero.

La playa tenía una arena fina, no era demasiado grande, me vino bien quitarme los zapatos y sentir el frío en los pies. Me atreví incluso a acercarme a la orilla y probar las aguas del Mediterráneo. Me senté y me quedé ensimismada contemplando cómo las olas rompían discretamente cerca de mí. A lo lejos vi una gran cola de algo que jugueteaba a pocos metros de la costa. Pensé que, por el tamaño, podría tratarse con facilidad de un delfín. Un trueno vaticinó lo que las nubes ya auguraban, justo cuando estaba a punto de marcharme alguien se situó a mi lado y me miró.

—Hola de nuevo, Kate —me saludó el tonto del bar.

—¿Eres un acosador o algo así? Mira que el cupo de tontos por día lo tengo lleno.

—¿Te han dicho alguna vez que eres un tanto extraña?

—No es de las peores cosas que me han llamado, gracias.

—Esa chica no se marchó —soltó de buenas a primeras justo antes de que me levantase para dejarlo de nuevo con la palabra en la boca, y sus palabras hicieron que me contuviese para escucharlo.

—Ah, ¿no? ¿Y qué le pasó?

—Si lo supiese ya se lo habría dicho a tu recién estrenado amigo Becerra, ¿no crees?

—Vamos, que no sabes una mierda.

—Sé muchas cosas, sé que tienes un sentido especial para descubrir la verdad, además de un corazón hecho añicos y una pena que casi no te deja respirar —añadió, tocándome la moral.

—Bueno, eso no es difícil de adivinar —agregué restándole importancia a sus dotes de vidente—. Soy una mujer sola con malas pulgas, en una isla casi deshabitada. El resto solo tienes que leer un poco los horóscopos del diario y ya tienes una historia que contar. No me sorprendes en absoluto, si es lo que has pretendido.

—Deberíamos marcharnos, va a empezar una buena tormenta. No tendrías que estar a la intemperie en tu estado.

—¿Cómo cojones sabes tú…?

—El horóscopo nunca engaña, querida Kate —agregó, y se marchó dejándome con cara de idiota. Vale, tenía que reconocer que ahora estábamos: tío raro de narices uno, Kate cero, pero eso no se iba a quedar así.

Esperé un poco antes de regresar, no pensaba darle la razón y que viese que salía de allí corriendo tras su predicción meteorológica. Aguardé lo justo para que el aguacero me pillase a mitad de camino y cogiese la mojada de mi vida. En la caminata pasé frente a la casa a la que pretendía ir antes de que el *mierdagente* me detuviese, asomada a la ventana del piso inferior vi a la chica mirando la lluvia. Por un momento pensé en detenerme y pedirle una toalla como excusa para hablar, pero en ese instante un nuevo trueno hizo que la isla entera resonase y decidí que lo intentaría otra vez en cuanto la tormenta amainara.

Al entrar en el hostal, Caterina estaba en la puerta esperándome con una toalla y cara de pocos amigos.

—¿Estás loca o es que quieres morir de una neumonía?

—Bicho malo… —contesté a modo de respuesta, aceptando la toalla y secándome el pelo con ella.

—Ya iba a mandar a alguien a buscarte, pero el señor Nandor me

dijo que no tardarías en aparecer. Es buena persona ese hombre, un poco excéntrico y parco en palabras, pero no parece malo.

—Todo el mundo es malo hasta que demuestren lo contrario.

—¿Eso no era al revés? —preguntó riendo Ale, que aparecía en ese momento detrás de mí igual de empapado que yo.

—Ese es el error que comete todo el mundo.

—¿Queréis un chocolate caliente? —nos ofreció Caterina.

—¿Con nubes?

—¿Te parecen pocas nubes todas las que hay? Con azúcar, niña, como se ha tomado toda la vida —resopló la mujer dirigiéndose a una puerta que se hallaba al lado de la recepción mientras meneaba la cabeza de un lado a otro.

—¿Fuiste a ver a Laura?

—Vuestro querido policía me dejó claro que me metiese en mis asuntos, y no tenía ganas de discutir. A la tarde regresaré cuando deje de llover.

—Siento informarte de que no creo que eso suceda pronto. Han llamado para decir que es posible que nos quedemos incomunicados. Vine a avisar a Caterina para que prepare agua y velas por si acaso.

—¡No me jodas!

—No nos conocemos tanto, pero todo es proponérselo —añadió, haciendo que el calor inundase mis mejillas—. Es broma, es que me lo has dejado demasiado fácil como para no aprovecharlo.

—Tengo que subir a hacer unas cosas urgentes, ¿le puedes decir a Caterina que me lleve el chocolate, por favor? —le pedí, y salí casi volando por las escaleras para que esos ojos color miel dejasen de mirarme.

Una vez en el dormitorio, me duché y me puse ropa cómoda, si no iba a tener luz debía hacer la llamada cuanto antes y poner el teléfono a cargar.

—¿Hola? —respondió una voz nasal femenina.

—Hola, perdona que te moleste. Soy Kate Warne, Grace me dijo que podía llamarte.

—Ah, sí, por supuesto. Es un honor hablar con usted, señora.

—Gracias, pero no creo que sea para tanto.

—Es usted una leyenda en esta comisaría. Siento mucho lo de…

—Nada —la interrumpí antes de que ahondase en la herida—. A ver, cerebrito. Necesito que me mires un caso abierto, sé que no debería pedírtelo ni tú hacerlo, así que si no puedes o no quieres no pasa nada.

—Dígame los datos que precisa, estamos en una línea segura —añadió, recordándome demasiado a mi otro cerebrito.

Le facilité el nombre de la chica y ella me dijo que me mandaría por mensaje un *email* con una contraseña que tendría que cambiar en cuanto me metiese. La pobre desconocía mis pocas habilidades para con las tecnologías, pero tampoco creí que fuese muy difícil de hacer. Después me explicó que ese correo lo tendríamos las dos y que nos comunicaríamos por ahí, que cualquier cosa que necesitase lo metiese en la carpeta de borradores, ella la leería y me contestaría de la misma forma, y que no hacía falta que le mandase la contraseña nueva de vuelta. Apunté en mi libreta todo para no tener que volver a llamarla, cosa que me dijo que no podría hacer porque iba a destruir esa tarjeta, y justo cuando colgué tocaron a la puerta.

Al abrir me topé con la mujer de las enormes gafas de sol de por la mañana, que portaba una humeante taza en la mano.

—Para ti —me dijo, extendiendo el brazo en modo robot y dándome con la taza en el pecho. Si mis reflejos hubiesen estado un poco aletargados habría terminado en el suelo, porque ella la soltó casi antes de que pudiera agarrarla.

—¿Gracias? —respondí cuando ella ya se había dado la vuelta y desaparecido por el pasillo. Era la mujer más extraña que había visto jamás.

Entré de nuevo y me puse frente al cristal a mirar la lluvia. Cogí el cuaderno de Marilyn en una mano, el chocolate caliente en la otra y me puse a leer.

Por fin nos ha contactado, Laura y Alice no saben que las he apuntado, pero estoy segura de que no se enfadarán. Aquí todo es una mierda y necesitamos algo de acción. Tampoco es que estemos haciendo nada malo. Mi madre me tiene harta, solo se preocupa por aparentar y por que

vayamos a misa. Odio a la gente de este pueblo, odio mi vida, y sé que soy especial. Lo voy a demostrar, a veces los escucho por la noche. Ellos me hablan y me dicen que haga cosas que no quiero, sé que tan solo tengo que ser más fuerte y oponerme, pero me da miedo. Él me ayudará, estoy convencida.

Oí unos gritos seguidos de un portazo y, al instante, pasó por delante de la ventana el monaguillo, corriendo en dirección a la iglesia, pero antes de cruzar del todo la calle del hostal miró a mi ventana y me observó durante unos segundos que se me hicieron eternos, esos ojos me recordaban a alguien, pero no podía ser, mi cabeza me la estaba jugando, ya veía demonios en todas partes. A continuación, Ale salió corriendo del hostal con Nandor pisándole los talones. Me levanté de un salto y me tiré parte del contenido de la taza encima, maldije por ello, cogí el chaquetón y fui a ver qué sucedía.

Capítulo Cinco

Caterina, la vieja fea y la rara estaban en la recepción, las dos primeras arrugaban el ceño mientras que la última continuaba con esas gafas, nivel Rossy de Palma en sus mejores tiempos.

—¿No pensarás salir con la que está cayendo?

—Caterina, es agua, no ácido.

—Yo no salgo porque me mojo.

No supe qué responder a esa afirmación tan perspicaz de la rara, solo me encogí de hombros y corrí tras los demás hasta que llegué al bar de Ramos. Allí había una pequeña congregación de unos nueve hombres escuchando a otro que gesticulaba alterado. Me acerqué despacio y me coloqué al lado de Ale para ver qué sucedía.

—No ha podido ir muy lejos, tenéis que mantener la calma, seguro que aparece —dijo Becerra, igual de nervioso que el hombre que se acababa de callar.

—¿Qué pasa? —le susurré a Ale para no interrumpir.

—Laura no está en su casa. Cuando el padre ha ido a verla ha encontrado la puerta abierta y el chaquetón de la cría en el perchero, además del paraguas. Quieren ir a buscarla.

—A ver, las primeras horas tras una desaparición son las más importantes, contamos con la ventaja de que estamos en una isla y no ha podido irse de aquí. No han llegado barcos, ¿no? —alegué tomando la voz cantante. A lo que todos se giraron hacia mí y me miraron extrañados.

—Warne, lo tengo todo controlado. Se habrá ido a ver la lluvia, regrese al hotel y déjenos a nosotros —me ordenó el policía.

—¿En cuántas batidas ha estado, agente Becerra? —Aguardé el

medio minuto de silencio de cortesía antes de continuar—. Eso me imaginaba. Esto no se trata de quién la tiene más grande, creo que todos los presentes queremos encontrar a la chica sana y salva. Por lo que le sugiero que me escuche.

—¿Qué ordenas? —esta vez fue Nandor quien se pronunció.

—Necesitamos mapear el terreno y repartirnos. Cualquier cosa que veáis que os resulte sospechosa, os detenéis y le hacéis una fotografía antes de que el agua se la lleve o la modifique más de lo que ya lo habrá hecho. Hace poco que se ha ido. La he visto hará cuestión de media hora en la ventana de su casa, y esta isla no es grande. Becerra, además del móvil, ¿tienes *walkies*?

—En la comisaría hay dos, puedo ir a buscarlos.

—¿Has avisado a la capital para alertar de la desaparición?

—Yo…, no, no pensé que fuese necesario informar, será una chiquillada.

—La anterior «chiquillada», como tú dices, sigue desaparecida, llama de inmediato y da aviso.

—Los helicópteros no podrán venir con este tiempo —alegó el interesado, para no quedar como un completo inepto delante de los parroquianos.

—Perfecto, pero, a no ser que te hayan ascendido de pronto, tienes que notificarlo y esperar órdenes. Ya te comento yo que te van a decir que hagamos justo lo que acabo de explicar. Vamos a efectuar una batida por parejas antes de que se corte el suministro y toda la isla se quede a oscuras. Lo propio es que nos dividamos en personas que conocen bien el terreno con otras que no tanto, las primeras sabrán guiar al resto y las segundas no tendrán sitios predilectos en los que buscar, por lo que será más fácil dar con ella.

Nos repartimos tal y como dije, Ale vino conmigo, Becerra se fue a por las radios que le había pedido y a avisar a la central, cosa que ya tenía que haber hecho al tratarse de una menor desaparecida y tener como antecedente el caso anterior, Nandor se marchó con el padre de Laura, y los demás se reajustaron en parejas por edad, ya que todos eran del pueblo. Uní a los más jóvenes con los más ancianos para así equiparar la marcha de todos los grupos. En total solo éramos cinco

parejas, pero algo era algo. Me llamó bastante la atención que Salvador no estuviese y que, además de mí, ninguna otra mujer se ofreciese voluntaria para ayudar. Del cura y del monaguillo ni hablaba, la Iglesia no se suele meter en temas banales mientras tengan las arcas llenas y no influya para nada en continuar manteniéndolas. Una vez que Becerra vino con el *walkie*, empecé a andar al lado de Ale.

—Saca el mapa para que veamos la zona que nos ha tocado.

—Kate, he aprendido a andar aquí, no necesito mapa. Tenemos que ir a la zona del faro. Vamos en el *quad* y llegaremos antes, además, así también podemos pasarnos por la torre de San José, es probable que se haya guarecido en alguno de esos dos edificios.

Sin estar muy convencida de ir de paquete de nadie, me puse el casco y levanté la visera del mismo para estar atenta a ambos lados. En la isla tan solo había una playa de arena, el resto consistían en media docena de calas en las que podría encontrarse la chica. Habíamos tardado mucho en ponernos a buscarla, sabía que hallándonos en una isla tan pequeña sería más fácil que diéramos con ella, no obstante, el pellizco que tenía en el estómago no me decía eso. De pronto me vino a la cabeza de nuevo su cara tras el cristal, tenía la mirada perdida, era como si en realidad no estuviese observando la lluvia, sino inmersa en unos pensamientos por los que yo pagaría en estos momentos. Era consciente de que la pérdida de una amiga te marcaba a fuego, y si ella sabía algo y se sentía culpable por no haberlo dicho podía hacer mella en una mente de su edad. ¡Joder!, lo hizo en la mía y ya tenía mis años…

Nos detuvimos primero en la torre que había dicho Ale antes, pero aquello estaba cerrado a cal y canto y dudé que se hubiese metido ahí. A continuación, corrimos hasta el faro. Este se veía a una distancia prudencial del borde, la valla blanca que lo cercaba se encontraba intacta, al igual que la puerta que daba acceso a su interior. Aun así, nos bajamos del *quad* y entramos a comprobarlo por nosotros mismos. Allí dentro el olor a humedad y a madera se hacía casi palpable. La sal no había hecho demasiados estragos en la pequeña construcción. Estar unos minutos fuera de la lluvia calmó un poco la tiritera que

amenazaba con hacerse visible en mí. Entonces la radio que llevaba colgada dentro del chaquetón sonó con una reverberante voz en su interior.

—Warne, hay un cuerpo en las rocas. Se halla debajo del precipicio de la iglesia. Espero órdenes. *Cambio*.

—¿Tenéis posibilidad de alcanzarla? *Cambio*.

—No, el agua está demasiado picada como para poder coger ningún barco. No sé el tiempo que aguantará ahí, el oleaje está empezando a moverlo. *Cambio*. —Me quedé un rato en silencio pensando qué podríamos hacer, los helicópteros no vendrían y si lo hacían no llegarían a tiempo, si acaso aún nos quedaba—. ¿*Me copia*, Warne?

—*Roger*[3] —respondí para que se esperase un momento y darle a entender que lo había escuchado.

—Soy Becerra, Warne. ¿*Me copia*?

—¡Eres tonto del culo, cojones!

—Kate, no le has dado al botón para que escuche eso último —me indicó Ale.

—Porque en el fondo soy hasta buena persona, créeme. Este pobre se dio un golpe cuando nació. ¿Tienes una lancha, una barca o algo similar?

—Yo no, aunque parezca mentira no sé llevar ni un bote. Aunque Salvador sí tiene dos, una con la que sale a pescar a alta mar y otra que es una especie de barca pequeña.

—Esa nos servirá, llámalo y dile que nos espere en tres minutos en el muelle —le pedí, rezando por que Grace no se enterase nunca de lo que tenía intención de hacer—. Becerra, espérame donde estás, no pierdas de vista el cuerpo bajo ningún concepto, pégate los párpados si hace falta, tardo tres minutos. *Cambio*.

—Entendido. *Cambio y corto*.

Para entonces, Ale ya había hablado con Salvador, quien nos aguardaría en el muelle, tal y como le pidió. Nos montamos de nuevo en el *quad* y mi improvisado compañero puso el vehículo de cuatro ruedas a todo lo que daba de sí. Una vez en el lugar acordado, divisé una silueta al final del espigón y supuse que sería Salvador. Corrimos hasta la esquina, de un manotazo le quité el cabo que sostenía y me

monté en la barca de un salto. Ale hizo lo mismo y la pequeña batea se movió como si estuviese a punto de volcarse.

—Voy con vosotros, es mi barca —dijo el hombre, decidido a acompañarnos.

—No es seguro, no puedo poner a más civiles en peligro. Entiéndelo, prometo devolvértelo de una pieza. —Le sonreí colocándome detrás, junto al motor, y echándolo a andar.

Ale estaba sentado mirándome con los ojos muy abiertos.

—Guíame, no tengo ni zorra idea de hacia dónde está la iglesia. —Sí que lo sabía, de hecho, se veía desde nuestra posición, pero me estaba empezando a poner nerviosa tener sus ojos pegados en mí mientras tripulaba.

Era la primera vez que llevaba algo tan pequeño y no quería que me viese meter la pata. Él se giró y se puso a gritarme indicaciones para que lo escuchara, el rugido del mar mezclado con la lluvia, el motor y los truenos no hizo demasiado fácil su tarea, aunque yo suspiré porque se la estuviese tomando tan a pecho.

No tardamos en divisar las rocas que estaban debajo del mirador de la iglesia, desde donde nos encontrábamos habría unos seis metros de altura, una caída desde ahí arriba podría ser mortal. Solo recé por estar equivocada. Las olas rompían contra el casco del bote, lo movían y entraba más agua de la que debería, el borde comenzaba a rozar de forma peligrosa con la linde del agua.

—¡Ale, achica agua, por tu madre!

Este me miró y se encogió de hombros, sin saber reaccionar. A mi lado había un cubo con cebo, arrojé su contenido por la borda y se lo pasé al inexperto marinero para que fuese sacando el agua que se nos metía tanto desde el cielo como desde el mar. Las voces de los lugareños apostados en la parte alta del mirador nos llegaban como murmullos ininteligibles. Solo veía unas cabezas arriba, no podía distinguir ninguna facción. El cuerpo de Laura se mecía y se golpeaba con las rocas con cada nueva oleada que arremetía contra ella, pero me era imposible acercarme más sin que nosotros nos hundiéramos. Por un instante no supe qué hacer, la tenía tan cerca que me sentía frustrada por la impotencia de no poder aproximarme más, tenía

ganas de lanzarme al agua y sostenerla con mi cuerpo.

—¡¡Arg!! —chillé de la desesperación que sentía, a mi grito se le unió el sonido de otro motor cerca de nosotros.

En este nuevo barco iban Nandor y Salvador. Era más grande que el nuestro, por lo que le costaría aún más trabajo arrimarse sin hacerle un boquete al casco. Cuando estuvieron lo suficientemente cerca, me lanzaron un cabo, lo sostuve y lo até a un pasamanos metálico que había a babor. Al girar la cabeza vi algo al lado de Laura, parpadeé varias veces intentando quitar la lluvia que cubría mis ojos y que me imposibilitaba centrar bien la vista, distinguí a una mujer, una maldita mujer la sostenía y la cubría con su cuerpo para que dejase de moverse y de golpearse tal y como yo pensaba hacer minutos antes. Por un instante pensé que estaba alucinando, cerré los ojos con fuerza y los volví a abrir, las gotas me picaban en la cara y cada vez se sucedían con menos intervalo entre ellas. Al volver a mirar ya no estaban, ninguna de las dos se hallaba en las rocas. Me agaché desesperada sacando más de medio cuerpo fuera del bote y entonces pasó algo increíble, una cabeza de pelos emergió de la nada y quedó colocada entre mis brazos. La sostuve con fuerza y tiré de ella sin lograr meterla dentro de la embarcación.

—¡A la vez! —gritó Ale, quien se acababa de situar a mi lado y sostenía la parte derecha del cuerpo de la chica mientras yo hacía lo mismo con la izquierda.

Asentí y ambos tiramos de ella hasta que terminó dentro. La tumbamos y le tomé el pulso, no respiraba y tenía el brazo y la pierna doblados en una postura antinatural, además de un feo golpe en la frente del que salía sangre en cantidades industriales. Sentí que nos movíamos de nuevo y casi caí al mar, levanté la cabeza y vi que Salvador nos estaba remolcando. Regresé toda mi atención a la chica y comencé a practicarle la RCP, continué haciéndolo con la ayuda de Ale, yo le insuflaba aire y él se encargó de las compresiones. Era la primera vez que hacía esto en equipo y tenía que reconocer que era mucho más sencillo que hacerlo sola.

No fue hasta que llegamos al muelle que nos detuvimos para sacarla de allí lo más rápido que pudimos y colocarla en suelo firme.

El ATS de la isla ya estaba avisado y nos aguardaba con una furgoneta habilitada a modo de improvisada ambulancia. Apartó a Ale y siguió él ayudándome, en cuanto llegamos a la clínica se quedó a solas con Laura y yo me coloqué en una de las sillas de fuera de la consulta principal, respirando con dificultad.

Capítulo Seis

La fatiga por el estrés me estaba empezando a pasar factura, sentía la bilis en mi garganta y unos extraños sudores fríos recorrían mi frente, perlándola de gotas saladas que morían en mis labios haciendo que las ganas de expulsar hasta la primera papilla se acrecentaran. De pronto, percibí que la sala de espera se empequeñecía, era como si las paredes menguasen y el techo estuviera bajando de nivel con la intención de estrujarme entre todo el mobiliario. Intenté concentrarme en el cartelito de la puerta: «Juan del Valle Alvarado», tenía más nombre de actor que de ATS. No fui capaz de soportarlo más y salí corriendo de allí. En mi carrera golpeé a alguien y casi lo derribé, pero no podía detenerme y pedir perdón, no sin proporcionarle un estupendo baño de cosas nauseabundas. Seguí con mi avance y terminé en un lateral de las casas, encogida como una alcayata vieja que ha recibido demasiados martillazos para hacerla entrar en un espiche de otro tamaño.

—¿Mejor?

Levanté la vista para ver quién era el lumbrera que se atrevía a siquiera cuestionar que me encontraba bien, y me topé con los ojos preocupados de Nandor a mi lado.

Lo cierto era que me había comportado como una auténtica estúpida con él, bueno, tal y como solía hacer con todo el que se me acercaba. Por suerte, la mayoría de ellos terminaban huyendo de mí, porque los que no lo hacían acababan bajo tierra.

—¿Tú qué crees? —me limité a decir, limpiándome la boca con la manga del chaquetón. El agua fría hizo que mi cuerpo se serenase un poco.

—Te invito a un café, creo que por aquí ya somos demasiados —se ofreció, meneando la cabeza a un lado para que mirase el panorama.

Había una multitud de personas expectantes fuera de la clínica, algunos tenían cara de circunstancias, otros lloraban y los que menos simplemente se hallaban parados con la mirada puesta en la fachada del edificio. Todos iban con paraguas, pero el viento azotaba de lado y era imposible no mojarse, aun así demostraban ser una comunidad unida y permanecían inmóviles aguardando el resultado del rescate. Me sentí fuera de lugar y acepté el café para quitarme de en medio. Ser el centro de atención nunca fue lo mío, ni para bien ni para mal. Y después del numerito del vaciado de estómago demasiado cerca de la gente, preferí una buena retirada antes que tener que contestar ninguna pregunta. Como única respuesta asentí y me puse a caminar en dirección al bar de la plaza. Antes de que saliéramos de la calle, alguien me agarró del brazo y me detuvo. Se trataba del hombre que gesticulaba cuando llegué a la reunión en la que informaban de la desaparición de Laura, y que después me enteré de que era el padre de la chica.

—Gracias —dijo con la voz temblorosa y con los labios moviéndose de forma visiblemente involuntaria. No fui capaz de ponerme en su lugar, no era madre, aún, sin embargo, tan solo pensar que le pudiera pasar algo a mi gremlin me encogía el alma.

—Cualquiera habría hecho lo mismo. Espero que salga de esta —respondí, siendo lo más sincera que había sido en mi vida.

—Vamos a que se cambie de ropa antes de que coja una pulmonía y al bar a tomar algo caliente, si necesitas cualquier cosa estaremos esperando noticias —le informó con tono diplomático Nandor al hombre. Este agachó la cabeza, volvió a darme las gracias y se alejó junto a dos mujeres que lloraban sin consuelo.

Anduvimos rápido hasta el hostal, en la recepción aguardaba la incansable Caterina a la espera de respuestas. Se ve que la vieja de la harina no había ido a pasar el parte y la mujer estaba comenzando a comerse los muñones de los dedos de la desesperación. No me vi con fuerzas de explicar nada y dejé a Nandor para que él se encargase de dar el comunicado. Me cambié de ropa y me puse un chándal de los que usaba cuando entrenaba en la comisaría, logotipo incluido, necesitaba algo cómodo y conocido. El chaquetón se podía escurrir,

por lo que opté por una sudadera gorda y así no volverme a poner ropa mojada. Tenía todavía la adrenalina por las nubes y no podría quedarme en el dormitorio ni aunque quisiera. En cuanto bajé los escalones, Caterina me abrazó llorando, me quedé mirando a Nandor sin entender qué le pasaba ni por qué aquellas gentes tocaban tanto. El espacio personal era algo de lo que no tenían ni puñetera idea ninguno de ellos.

—Has sido muy valiente —me halagó al tiempo que me deshice de su agarre de la forma más cordial posible, sin que se notase mucho que quería quitármela de encima. Cuando estuvo separada de mí me dio un manotazo en el brazo, puedo asegurar que la vieja tenía más fuerza de la que imaginé en un principio—. Además de imprudente, también has sido muy estúpida, ¡podrías haberte matado!

Mi cara de estupefacción tras la bipolaridad de la señora no tuvo precio y solo me salió sonreír, pero no se trató de una sonrisa de compromiso, fue más bien una sincera. Me hizo gracia que esa mujer que apenas me conocía se preocupase por mí como si fuese de mi familia, y eso me gustó. Seguramente era porque no me conocía, si no otro gallo cantaría.

Me marché con Nandor al bar, Ale y otros parroquianos estaban allí hablando y contando lo sucedido con pelos y señales. Becerra se quedó en la clínica y no tuve oportunidad, ni ganas, de hablar con él, así que agradecí no verlo todavía. En el momento en que hicimos acto de presencia en el interior del local, se instauró un silencio sepulcral que alguien rompió con un primer aplauso, al que siguieron otros tantos que consiguieron ruborizarme, cosa poco habitual en mí. Las jodidas hormonas me iban a hacer parecer blandengue, menos mal que eso era solo algo temporal.

Nos sentamos en una mesa apartada y Ale se apresuró a acercarse a nosotros para preguntarnos qué queríamos tomar, por lo visto nos invitaban a lo que nos diese la gana hasta por lo menos un mes. Era la forma de agradecernos la locura del rescate que acabábamos de llevar a cabo; si todavía bebiese alcohol la broma no les hubiese salido barata, pero hasta en eso iban a tener suerte los jodidos isleños. Pedí un café cargado y Nandor una infusión de manzanilla, vaya dos patas

para un banco estábamos hechos, éramos la alegría de la fiesta. «Los héroes brindaban con tequila, no con estas mierdas» pensé.

—¿Qué crees que ha sucedido para que termine ahí abajo?

—No tengo ni idea, se me pasan cientos de elucubraciones por la cabeza, y el problema es que todas pueden ser viables. Me he planteado que supiese algo que no contó sobre la desaparición de Marilyn y se siente culpable, también que alguien la obligó a tirarse, e incluso que se cayó mientras daba un paseo. No sé, Nandor, lo que haya pasado solo nos lo puede contar ella, y me temo que eso no va a suceder —me sinceré, notando que mis palabras salían atropelladas de mi boca sin que me diese cuenta más a modo de pensamiento que de conversación.

—¿Te puedo dar mi opinión? —preguntó, y le hice un gesto afirmativo con la cabeza mientras soplaba la taza que acababa de dejar Ale en la mesa para poder tomar un sorbo—. Creo que está todo relacionado, pero antes debes saber qué sucedió con la primera chica.

—No es que haya tenido mucho tiempo —me defendí.

—El tiempo es relativo, nunca sabemos del que disponemos, Kate.

—De acuerdo, maestro Yoda —contesté a modo de burla para que la charla fuese un poco menos tensa.

Mi mente regresó a una hora antes, cuando algo me trajo a la chica hasta el bote, y no pude evitar sentir un escalofrío.

—¿Qué te sucede?

—Creo que se me está yendo la poca cordura que me quedaba. Me estoy planteando que posiblemente no debí haber venido hasta aquí buscando un gamusino. No sé si lo hice para ayudar a esa familia o a mí misma.

—Ambas cosas no tienen que estar reñidas.

—Cuando estábamos frente a las rocas, pensé que no podríamos hacer nada. No había forma humana de llegar hasta ella sin que volcásemos, y entonces…

—Hola, soy Leo. —La rara me interrumpió sentándose al lado de Nandor. Llevaba las gafas de sol y un gran chubasquero amarillo con un gorro incorporado que le cubría parte del rostro, era la viva imagen de la hija de Chanquete[4].

—Te queremos, Leo —me pitorreé, aquello estaba empezando a parecer un grupo de terapia de locos.

—Yo también, Kate. Soy una gauda —me dijo sonriendo sin que entendiese un *peo* de lo que decía.

—¿Qué?

—No le hagas mucho caso, Leo no está muy acostumbrada a relacionarse con la gente, ella siempre anda conmigo o con Madre Shipton.

—¿La fea? ¡Mierda!, perdón, no quise decir eso —me corregí, sintiéndome una verdadera arpía.

—No es fea, es diferente y poderosa —añadió Leo sin quitar la sonrisa de su cara.

—¿Por qué llevas las gafas siempre? —le pregunté, intrigada frente a sus rarezas.

—Porque a la gente no les gustan mis ojos y Nandor dice que es mejor guardarlos para quien de verdad quiera verlos, ¿quieres verlos?

—No, no quiere, Leo. Creo que tenemos que marcharnos, y tú deberías hacer lo mismo, mañana será otro día. Si hay alguna novedad, nos enteraremos —sugirió Nandor levantándose a la vez que lo hacía la chica, fue como si estuvieran conectados y ambos realizaron los movimientos a la par.

Yo, por mi parte, me quedé allí un poco más contemplando la lluvia por la ventana. La noche había caído sobre la isla mientras estábamos charlando y me alegré de que la luz siguiese funcionando. Justo cuando me puse en pie para irme también a descansar, un rayo iluminó el cielo y a los pocos segundos todo se apagó.

—Gracias, Murphy —susurré, acordándome de la familia de ese ser que me tenía tanta inquina.

—Cada uno reza a quien quiere —se burló Ale a mi lado, llevaba una linterna en la mano—, pero procura que no se entere el cura o vas a tener problemas.

—Muy gracioso.

—Vamos, te acompaño al hostal. Ya por hoy tengo todo el pescado vendido y creo que necesito descansar. Es la primera vez que rescato a alguien, tengo que asimilarlo con la almohada. Te queda bien la ropa

de la policía, me pregunto si también has traído las esposas —insinuó con cara de querer saberlo de verdad.

—Ale, me pareces un tío cojonudo, pero no quiero que me malinterpretes. He venido para ayudar a Salvador a encontrar respuestas, mi cupo de personas a las que tener afecto se llenó hace tiempo —respondí con sequedad. En esta vida aprendí que más valía una colorada que mil amarillas, y no me gustaban los derroteros que estaba tomando mi «no relación» con él.

—Perdona si te he molestado, no era mi intención. Después de la locura de hoy pensé que había algún tipo de química entre nosotros.

—Mi elemento favorito de la tabla periódica es el sodio porque «*losodio*» a casi todos, no me lo tengas en cuenta. Soy así de capulla.

El resto del, por suerte, corto trayecto lo hicimos en silencio, acompañando al que existía en el resto del lugar. La tormenta había amainado y ya no llovía, pero seguíamos sin electricidad y todo se encontraba en penumbras, tan solo salían algunos destellos del interior de las ventanas de las pocas viviendas habitadas que nos íbamos encontrando. Me despedí con un escueto «hasta mañana» y subí a mi habitación con la ayuda de la linterna del teléfono.

No fue hasta que miré la pantalla que me di cuenta de que tenía un *email* en el correo que me había proporcionado la cerebrito. Entré en mi dormitorio, eché el pestillo y me senté sobre la cama con la intención de leerlo, cuando de pronto oí algo moverse en el baño. Me tensé y alargué la mano para conseguir el arma, sin embargo, quienquiera que estuviese escondido fue más rápido que yo y se tiró sobre mí. Percibí el peso de su cuerpo sobre el mío, por la constitución deduje que se trataba de un varón. Forcejeé con todas mis fuerzas, no obstante, me tenía presionados los brazos con las rodillas contra el colchón, mala idea por su parte. Levanté las piernas y le di sendas patadas en la nuca, esto lo hizo desestabilizarse y perdió el agarre el tiempo suficiente para que, de un impulso, lo apartase y este cayó laxo a un lado, aunque estiró el puño acertando un golpe certero en mi sien derecha. Ignoré el dolor y corrí a arrancar el cajón que ocultaba la pistola. Durante ese lapso de tiempo mi agresor corrió hasta la puerta, tan solo la luz de la luna entraba por la ventana y esa era la poca

iluminación que tenía para poder desenvolverme o ver la posición de mi contrincante. En cuanto me hice con el arma, escuché el clic del cerrojo correrse, me giré todo lo rápido que pude y disparé a la oscuridad dos veces. Un quejido llegó hasta mis oídos seguido de un portazo. Corrí hasta el pasillo, pero cuando llegué al umbral de la puerta me sobrevino un mareo que hizo que me detuviese y me quedase agachada con el cañón levantado apuntando a la nada.

Capítulo Siete

El atronador sonido de los disparos convocó a los pocos huéspedes del hostal en las inmediaciones de mi dormitorio. Yo seguía aguantándome en el quicio de la puerta para afianzar mi culo en el suelo e intentar levantarme.

—¿Estás bien? —Nandor se hallaba a mi lado en cuclillas y me sostuvo por los brazos para incorporarme. Asentí, pero permanecí agarrada a él, solo por si acaso.

La visión de Madre Shipton con una vela debajo de la nariz fue bastante espeluznante; a su lado se encontraba Leo, y podría jurar que distinguí un tono rojizo en el color de sus ojos libres de gafas.

—¡Ay, Dios mío! ¡Ay, Dios mío! ¡Casi me da un infarto! —repetía una y otra vez Caterina con medio ataque de ansiedad—. ¿Qué ha pasado? Si ya te lo dije, esas cosas las carga el diablo, además, estará rota después de mojarse. Y mira que yo la limpié bien con detergente para quitarle la sal, pero nada. ¡Ay, Dios mío! ¡Esta juventud de hoy en día no tiene cabeza!

—Caterina, ¡no me jodas que has limpiado la pistola con detergente…!

—Estaba sucia —se limitó a contestar, como si aquello fuese lo más normal del mundo.

El mareo se me estaba pasando, aunque me palpitaba la sien y mi visión seguía regular, porque continuaba viendo colores en lugares en los que no debería.

—Nandor, estoy bien, puedes soltarme, ha sido alguien que ha intentado robarme. Solo me ha dado un golpe en la cabeza.

—¿Se ha llevado algo? —preguntó la vieja fea con curiosidad.

—Pues además de la pistola y la ropa no tengo nada de valor que pueda servir para mucho. —En ese instante se me iluminó la bombilla

y me entraron ganas de darme un cabezazo contra la pared, cosa que hubiese hecho si no me doliera tanto—. ¡Mierda! —exclamé y regresé a la ventana, encima del poyete de esta dejé el cuaderno de Marilyn cuando salí corriendo horas antes, y ahora no había nada. No lo guardé como debería haber hecho, me confié y eso me hizo perder una prueba muy importante que no había terminado ni de leer. Me sentía como una novata en su primer caso.

—¿Falta algo? —repitió la anciana desde la puerta.

—La cuchilla de afeitar —dije intentando que no se notase la frustración en mi tono de voz.

—Yo no uso de eso.

—Leo, no me hacen falta más detalles —le recriminé sosteniéndome la cabeza, que estaba a punto de explotarme.

La chica se encogió de hombros y se marchó.

—No creo que te haga mucha falta ahora mismo, tampoco es que te vayas a ir a la playa ni nada parecido. Además, estoy segura de que lo has soñado, aquí no entraría nadie a robar una cosa de esas. María de Ximildegui las vende en la tienda, lo has tenido que fantasear. ¡Imagina que alguien hubiese estado por el pasillo en ese momento! ¡Lo habrías matado! ¡Ay, Dios mío! —Caterina volvió a su mantra, tocándome los ovarios, y justo en ese instante la luz regresó.

Vi que Nandor hacía un movimiento con el pie, tapaba algo del suelo y se agachaba de forma disimulada a recogerlo, pero no lo suficientemente rápido como para que no me percatase. A continuación, cogió a la dueña del hostal por el brazo y la acompañó a su dormitorio, Madre Shipton ya se había marchado junto con Leo, por lo que me quedé con cara de estúpida mirando el vacío que acababan de dejar en la entrada del cuarto. Anduve hasta allí y examiné el parqué. Un pequeño rastro de gotitas de sangre iba hasta las escaleras, lo seguí y me condujo a la puerta de entrada del edificio. Salí a la calle y miré a ambos lados, sin ver a nadie. Todo estaba en silencio, tan solo las luces de las escasas farolas iluminaban el pueblo. Me di la vuelta y regresé a mi dormitorio para mirarme al espejo. El golpe me sacaría un hematoma considerable y no tenía pintura para disimularlo. Con la cabeza girando a mil revoluciones, elucubrando

cientos de disparatadas teorías, y un agobio considerable me metí en la cama, a lo que se dice dar vueltas de un lado a otro hasta que no sé cuántas horas después logré dormirme.

Unos golpecitos en la puerta me despertaron, por un instante no supe dónde me encontraba, me sentía fatigada y desubicada. Los brazos me dolían como si hubiese estado haciendo flexiones toda la noche, el esfuerzo por sacar a Laura del agua fue considerable y ahora me pasaba factura. Además de la aguda punzada que sentía palpitar en mi sien. Me levanté y abrí con cara de querer asesinar a quien me hubiera sacado de mis sueños.

—Buenos días, señorita Warne. Tenemos que hablar. —Becerra se hallaba con cara de circunstancias en el pasillo, se frotaba las manos como si tuviera mucho frío, aunque yo sabía que esa acción era un gesto de nerviosismo o incluso de culpabilidad. Lo había visto demasiadas veces en los interrogatorios como para no distinguirlo—. Aguardaré en el bar a que se asee y se vista.

—¿Cómo está la chica?

—Vendrá un helicóptero a recogerla para llevarla al hospital, la cosa no pinta bien, pero al menos está viva —contestó, escueto—. No tenga prisa, acaban de llegar refuerzos en barco, por lo que no debo regresar todavía, me están haciendo el relevo.

La idea de tener a más agentes por allí husmeando no me hizo mucha gracia. Estaba demasiado acostumbrada a cortar el bacalao, y eso de ser una mera civil que tenía que acatar las órdenes de esos polluelos me exasperaba. Antes de meterme en la ducha hice una llamada que no quería realizar.

—Buenos días, Dupin. Siento molestarte, pero necesito un favor.

—Buenos días, Kate. Claro, sabes que estaré en deuda contigo de por vida. Aún estás a tiempo de volver —comentó, esperanzado.

—Ya te he dicho que no pienso retroceder, aunque sí que podrías nombrarme colaboradora de la policía.

—¿Cómo? —Su voz de incredulidad me hizo sonreír.

—Jefe, sabes que necesito alejarme de todo lo que me recuerde a lo que sucedió. Pero la cabra tira al monte, y se ve que yo llevo los cuernos retorcidos de nacimiento. Me estaré preparando para el viaje

al infierno, quién sabe. —Mi pensamiento en voz alta provocó que mi interlocutor soltara una carcajada.

—No te imaginas cómo te echo de menos por aquí, vivo mucho más tranquilo y mi tensión se ha regularizado, pero también tengo que confesar que me aburro sobremanera. A ver, ¿qué locura se te ha ocurrido, Kate?

—Estoy en Tabarca.

—¿Y qué cojones haces ahí?

—Ando ayudando en un caso de desaparición de una menor. La policía cree que se ha escapado a la península, pero yo apostaría mi cuello a que no es así. No están haciendo nada y los padres van a volverse locos de un momento a otro. Dupin, soy incapaz de abandonarlos, esa chica no se ha escapado, sé que tengo razón.

—¿Y qué necesitas?

—Que dejen de tocarme los ovarios los agentes de por aquí.

Un silencio se impuso en la línea, aunque sí escuché el sonido de fondo de un televisor.

—Kate, ¿ayer estuviste en una barca a punto de chocar con unas rocas rescatando un cuerpo?

—¿¡Cómo coño…!? —No me dio tiempo a continuar la frase.

—Vas a tener la compañía de los medios en breve. Estás saliendo en las noticias de la mañana, alguien ha filtrado un vídeo en el que se te ve. No está demasiado claro, hay lluvia y la distancia de la grabación es considerable, pero te conozco lo suficiente para saber de quién se trata. Por la cuenta que te trae, reza para que Grace no tenga mi mismo ojo y sepa que eres tú. El jefe de la policía de Alicante me debe algunos favores, hablaré con él para que te deje investigar sin que tengas que mandar al hospital a ninguno de sus hombres.

—Muchas gracias, Dupin. Te debo una de las gordas.

—Me conformo con que no te metas en líos ni me dejes con el culo al aire. Tenemos una informática nueva, sé que no es tu estilo, pero puedes tirar de ella si lo necesitas, hablaré para que esté al corriente de que a lo mejor la contactas. Ya conoces la extensión del teléfono del sótano.

—Entendido, no te defraudaré, lo prometo.

—Kate, ten mucho cuidado. Cada vez que tienes alguna intuición las cosas se complican —me recordó—. Y una última cosa: tus papeles siguen encima de mi mesa.

—No voy a volver, pero te prometo que intentaré tener cuidado.

Colgué sintiéndome un poco culpable, llevaba una pistola que no debía y ya me había puesto en contacto con la cerebrito sin informarle. Aunque ahora podría tener más libertad de movimientos.

Al llegar al bar, vi a Becerra sentado en la terraza fumándose un cigarrillo y hablando por teléfono visiblemente nervioso, jamás habría pensado que ese hombre fumase y, por cómo sostenía el pitillo, comprobé que no era algo que hiciera con frecuencia.

—¿Y bien? —pregunté una vez que me hube sentado. Antes de que mi acompañante contestara, Ale trajo una taza de café y unos churros.

Casi se me cayeron dos lagrimones al ver el plato aceitoso y con cara de «cómeme». Cosa que me hizo sentir culpable por la manera en la que nos despedimos la noche anterior. A lo mejor era un buen hombre, no lo negaba, pero no me sentía preparada para ningún tipo de relación, era algo que ni siquiera me planteaba en esos instantes y estaba convencida de que tampoco lo haría en un futuro.

—Quería darle las gracias por lo de ayer. Era mi responsabilidad salvar a la chica y me vino grande, lo siento mucho, Warne —se disculpó Becerra sin apartar la mirada de su taza vacía.

—Creo que no hemos empezado con buen pie, llámame Kate, por favor. Digamos que no soy lo que se dice fácil de tratar, aunque negaré que lo he dicho si me lo preguntan —respondí, sacándole una sonrisa. El pobre chaval no llegaría a los treinta y la verdad es que yo había sido un poco demasiado «Warne» con él.

—Desde que Marilyn desapareció las cosas no han sido fáciles por aquí. La gente espera que los dos que nos turnamos arreglemos todo lo que sucede en la isla. Si se va la luz la culpa es nuestra, si saltan las alarmas la culpa es nuestra y si alguien se rompe un pie o pilla una borrachera y el helicóptero o los barcos no pueden venir…

—La culpa es vuestra —terminé la frase por él.

—Exacto.

—Mira, hagamos una tregua. Mi capitán ha llamado al tuyo para

que pueda trabajar de colaboradora, más que nada por si la lío que no te caiga el marrón a ti por dejarme meter las narices donde no me llaman, cosa que, aunque te extrañe, pasa más veces de las que me gustaría reconocer —le expliqué, y ahora sí salió de sus labios una sonora carcajada—. Tú conoces el lugar y a los lugareños mejor que nadie, y yo tengo más experiencia en casos de desapariciones, ¿qué te parece si formamos equipo?

—Me encantaría. —El brillo de ilusión de sus ojos se podía comparar con el de un niño la mañana de Reyes.

—Trato, entonces. Lo primero que tenemos que hacer es hablar con la chica que falta.

—Alice, se llama Alice. Pero ahora somos tres, ha venido el otro compañero que te comenté antes a ayudarme. Me han llamado desde el puerto, que han cogido el barco de la mañana algunos periodistas y estarán al caer.

—¿Viste quién grabó el puñetero vídeo?

—Lo siento mucho, pero estaba atento a lo que sucedía en el espigón. Me ordenaste que no parpadease.

—Bueno, ya nos enteraremos. Tampoco había tanta gente allí arriba, alguno debió sacar el teléfono de las narices. No te haces una idea de cuánto me alegro de que en mi adolescencia no estuvieran esos cacharros para inmortalizar mis cagadas. ¿Cómo se te dan los ordenadores?

—Me defiendo, ¿por qué?

—Porque vamos a examinar a fondo el de Marilyn antes de que desaparezca.

—¿Desaparezca?

—Tengo una intuición, hazme caso.

Nos marchamos de allí sin que Ale nos dejase pagar la cuenta, esta vez preferí no discutir con él. Ya hablaría con él más tarde para decirle que todo estaba bien. Nos encaminamos a casa de Salvador, quien estaba sentado en su banquito de madera en la entrada de su casa luchando con unas redes mojadas.

—Kate, ayer no me dio tiempo a darte las gracias por lo que hiciste con Laura. Cada día estoy más convencido de que conseguirás

encontrar a mi Marilyn. —Sus palabras provocaron que se me encogiera el estómago—. ¿Qué te ha pasado en la frente? ¿Fue ayer con la barca?

—No es nada, gajes del oficio. Salvador, necesitamos que nos dejes el ordenador de tu hija. A lo mejor en él encontramos algo que nos sirva para dar con ella o descubrir qué pasó en realidad.

—Claro, sin problemas. Coged lo que necesitéis. Mi casa entera está a vuestra disposición.

—Salvador, ¿Marilyn tenía móvil?

—Sí, pero no lo dejó atrás. Siempre está colgada de ese dichoso aparato.

—¿Cómo sigue tu mujer? —le preguntó Becerra, haciéndome sentir mal por no haberme acordado de ella y con un nudo en el estómago al escucharlo hablar de su hija en presente.

—No demasiado bien. El ATS le ha recetado unas pastillas para relajarse y que pueda descansar, pero desde que nuestra hija no está parece que ella se ha ido también —se lamentó agachando la cabeza para disimular una lágrima que rodó por su mejilla.

Entramos dejándolo con su faena y nos dirigimos al dormitorio de la chica. Todo seguía igual, a excepción de que yo le había robado y perdido el diario. Cogimos el portátil, lo metí en mi bolso y fuimos a ver a Alice.

En la puerta de su casa estaba la madre barriendo la entrada. La mujer era pelirroja, de tez muy pálida y llevaba el pelo recogido en un moño alto, se esmeraba en limpiar unos adoquines con arena entre sus muescas, cosa que, según mi opinión, era una tarea absurda teniendo en cuenta la proximidad con la playa. No se percató de nuestra presencia hasta que casi estuvimos encima de ella. Se sobresaltó y dio un grito al vernos tan cerca.

—Señora, necesitamos hablar con Alice —le pedí.

—Mi hija no se encuentra bien. Ha pasado una mala noche. Después de lo de Marilyn y ahora lo de la pobre Laura está muy alterada. Le he dado algo para dormir que me dio el practicante y no creo que se despierte en unas cuantas horas.

—¿Tienen una orden judicial? —nos preguntó un hombre con

bigote y barba estilo años ochenta, con la misma despigmentación que su mujer en la piel, que salía a auxiliar a su esposa de no supe bien qué.

—Samuel, tan solo queríamos hacerle unas preguntas para ver si sabe algo de lo que le sucedió a Laura ayer —medió Becerra intentando que el hombre se serenase.

—Le dije mil veces a mi mujer que no dejase a Alice juntarse con esas dos, que no nos traería nada bueno, y mira ahora: una se ha ido con Dios sabe quién y la otra ha intentado quitarse la vida… Mi hija no sabe nada, y procurad que no os vea atosigándola, porque entonces no respondo.

—¿Eso es una amenaza? —pregunté alzando las cejas. «Si tuviera mis esposas se iba a enterar…», pensé imaginando la escena.

—Es una advertencia, Laura estaba bien hasta que usted llegó, ¿quién nos dice que no fue la culpable de que la chica se tirase por el mirador? Pudo haberla hostigado hasta que consiguiera que lo hiciera, los forasteros solo traen ruina y basura a este lugar.

—¡¿Perdona?! —le grité sintiendo cómo la sangre comenzaba a hervirme bajo la piel.

—Que Dios la perdone, porque yo no pienso hacerlo. ¡Entra! —le chilló a su mujer, quien soltó la escoba tirándola en el suelo de cualquier manera y pasó corriendo al interior de la casa sin mirarnos.

—¡Será paleto! —grité con un mosqueo de mil demonios.

—No te enfades, la gente de los pueblos es muy cerrada a veces, no son malos una vez que los conoces. Tan solo están asustados.

—¡Ese mierdecilla con patas acaba de insinuar que la chica se tiró por mi culpa!

—¿Y si vamos a la central a revisar el ordenador? —cambió de tema Becerra antes de que entrase en la casa y le hiciese escupir sus palabras a ese capullo, junto con algún diente que otro ya de paso.

Fui por el camino dando patadas a toda piedra que veía, necesitaba relajarme, no me sacaba lo que me había dicho de la cabeza.

—Kate, ayer en el bar, antes de la batida, dijiste que viste a Laura media hora antes.

—¡No me jodas, Becerra! La vi en la ventana, no hablé con ella, ¿tú

también vas a insinuar lo mismo que ese neandertal?

—No me malinterpretes, solo ato cabos y cuadro horarios en mi cabeza. Quería saber cuánto tiempo pasó desde que la viste hasta que fue al mirador. ¿Qué crees que pudo pasarle?

—No tengo ni idea.

—Mientras te esperaba me dieron el parte por teléfono, se me olvidó decírtelo. Por lo visto el helicóptero llegó antes y ya la han trasladado al hospital, está en coma inducido. Tiene fracturados un brazo y una pierna, además de varias costillas. Ha tenido suerte de no caer de cabeza, de ser así no lo habría contado.

El viento trajo un murmullo hasta nosotros, las voces provenían del muelle. A estas se les sumaron algunos gritos y fuimos corriendo a ver qué sucedía. A medida que nos íbamos acercando pudimos ver al menos a ocho personas con cámaras y micrófonos. El nuevo agente estaba intentando hablar con ellos, pero no le hacían ni puñetero caso y se le estaban empezando a subir a la chepa. La prensa podía llegar a ser lo peor si se lo proponía.

En cuanto repararon en mí corrieron como alimañas.

—Warne, ¿es verdad que le ha salvado la vida a la chica?

—Inspectora, ¿qué se siente al volver después de lo que le pasó a su compañero?

—¿Va a retomar su carrera donde la dejó?

Las incesantes preguntas y las luces de los *flashes* estaban mareándome, por un momento dejé de ver caras y tan solo distinguía puntitos brillantes. No sabía qué contestar a nada de lo que me decían, vi una cara conocida entre ellos y mi mosqueo aumentó de forma considerable. Ese periodista de tres al cuarto había llevado una investigación paralela a mis casos y me ponía en sus artículos como la responsable de todas las pérdidas de mi equipo. Quería gritarles que se metieran en sus asuntos y que yo ya no era inspectora, ni comisaria, ni nada de nada, pero no me salían las palabras. Las voces empezaron a llegarme lejanas, era como si me encontrase en una cueva y el sonido se dispersase en las paredes. Antes de hacer algo de lo que de seguro me arrepentiría, miré al muelle y vi la barca de Salvador. Salí corriendo, empujándolos a todos para hacerme un hueco, quité el

cabo que la mantenía sujeta, salté encima del bote, lo arranqué y me marché de allí sin saber muy bien a dónde ir.

Capítulo Ocho

Notaba el corazón bombearme con fuerza y un nudo en la boca del estómago que pugnaba por hacerme vomitar. Todavía podía escuchar el murmullo de la gente en el muelle, así que aceleré intentando alejarme de todo y de todos. En esos instantes la tranquilidad de mi hogar se me hizo un sueño. No supe si lo mejor hubiese sido permanecer encerrada, regodeándome en mi mierda de existencia hasta que el gremlin naciera, antes que haberme venido a la aventura a solucionar la vida de los demás. ¡Por el amor de Dios! Si no era capaz ni de arreglar la mía, ¡cómo cojones pretendí ni tan siquiera por un segundo pensar que podría ayudar a nadie! Las lágrimas enturbiaron mis ojos hasta llegar al punto en el que tan solo podía ver borrones frente a mí. Sabía que iba cada vez más rápido porque la diminuta barca botaba descontrolada sobre el mar, además de que las gotas de agua que golpeaban mi cara lo hacían con más intensidad. Me limpié como pude los ojos esperando ver de nuevo, pero entonces la proa chocó contra algo y el golpe provocó que me tambalease, la embestida fue tan brutal que oí la madera del casco crujir a modo de protesta y luego sentí los pies mojados, demasiado como para que tan solo hubiese entrado un poco de agua. En cuanto logré recomponerme, centré la vista y vi que tenía un boquete de un tamaño considerable y que no tardaría en hundirme. A mi lado, justo donde di el impacto, había un grupo de rocas que, por supuesto, me había pasado por el arco del triunfo en mi huida. Me puse de pie intentando encontrar el muelle. Este se hallaba demasiado lejos como para regresar nadando, si me cruzaba con alguna corriente podría irme al fondo. Me senté de nuevo viendo cómo el agua entraba y la línea de flotación desaparecía. Busqué algo para tapar el boquete, pero no encontré nada, me coloqué delante con la intención de taparlo con mi

espalda, no obstante, la fuerza del caudal del agua era demasiada y me empujaba, me quedaban pocos minutos hasta que mi transporte desapareciese bajo mis pies. Tan solo disponía de esas minúsculas rocas para sujetarme hasta que otro barco pasase por mi lado y me rescatase. Saqué el teléfono y recé para que este no se hubiese mojado. Cuando vi que continuaba funcionando casi me puse a dar saltos de alegría, marqué el número del hostal, no tenía el de nadie de la isla.

—Hostal El Chiqui, ¿dígame?

—¡Sí, Caterina! Soy Kate, estoy en la barca de Salvador, ¡se está hundiendo!

—Hola, niña, ¿vienes a comer? Mira que he hecho comida para un regimiento y no pienso tirarla.

—¡Caterina, por tu madre y la mía, escúchame, vieja pelleja! ¡Me estoy hundiendo!

—¿Qué se está pudriendo el pellejo? Mira que el pescado que le he echado es muy fresco, a mí no me vengas con esas.

—¡¡Me estoy hun-dien-do!! —repetí chillando a pleno pulmón.

—No te escucho bien, ahora cuando vengas a comer me lo dices. No tardes —fue lo último que dijo antes de colgar.

—¡Yo me cago en mi puta vida! —grité, acordándome de todos los antepasados de la vieja sorda de las narices.

Suspiré y decidí llevar a cabo la última opción que me quedaba, encaramarme a las piedras y procurar no ahogarme. Salté como pude con la intención de colocarme encima de las rocas y así no estar dentro del agua para no pillar una hipotermia mientras esperaba el rescate, no obstante, si las cosas me salieran como las imaginaba mi vida no iría así de mal. Resbalé y, por mucho que intenté aguantar el equilibrio, terminé cayendo aparatosamente de lado, golpeándome la cabeza en el mismo sitio en que recibí el golpe la noche anterior, lo último que vi fue el agua cristalina entrándome en la nariz, y luego la nada.

Algo se movió a mi lado, más bien alguien me sostenía por debajo de mi axila, tenía la cabeza de nuevo en la superficie, notaba cómo me movía sin que yo estuviese nadando. Ese algo me llevaba rápido, muy rápido, tuve que cerrar los ojos porque las olas no dejaban de darme

una y otra vez, si seguía así terminaría ahogándome. Grité, chillé, pataleé y supliqué a quienquiera que me estuviese salvando que fuese más despacio, que no podía respirar, pero nada, era como si no me escuchase o como si pretendiese terminar lo que yo solita empecé. Cerré los ojos y volví a perder el conocimiento sin darme cuenta, la falta de oxígeno estaba haciendo mella en mi consciencia.



Una arcada me sobrevino, me incorporé lo más rápido que pude y vomité agua y más agua, pasó demasiado tiempo hasta que pude tomar la tan ansiada bocanada de aire. Tosí varias veces y me senté en lo que parecía arena. Estaba todo oscuro y olía a sal y a humedad. Cuando mi vista se acostumbró a la penumbra pude distinguir una silueta a mi lado.

—¿Hola? ¿Has sido tú quien me ha sacado? —pregunté.

Hice amago de levantarme, pero un gruñido que reverberó en la cueva me detuvo, poniéndome la carne de gallina. Aquello se asemejó bastante al sonido de un animal, la figura que yo tenía enfrente era humana, sabía que se trataba de una mujer porque se le distinguían unos prominentes pechos en las sombras.

—Come —me ordenó, tirándome un enorme pez que todavía daba coletazos ambicionando regresar al mar.

—¡Gracias, pero me gustan un poco más hechos!

—¡Come! —repitió, se puso de pie y vino hasta mí para darme con el bicho gelatinoso en la boca.

—¡Vamos, no me jodas, que está crudo, cojones! —le dije, asqueada, limpiándome con la manga.

—Los humanos sois estúpidos. Tu bebé tiene hambre, tienes que comer, has perdido muchas fuerzas.

—¿Cómo coño sabes que estoy embarazada? —Sus palabras me asustaron y me pusieron en guardia a partes iguales. Ahora que estaba más cerca pude verla mejor. Era extremadamente pálida y tenía el cuerpo cubierto por una especie de escamas. Los ojos con los que me miraba extrañada no se asemejaban a nada que hubiese visto antes, eran de un tono azul tan pálido que podrían pasar por blancos. Aquello parecía una estúpida pesadilla, ¿y si estaba muerta?

—Se oye su corazón, los humanos no os paráis a escuchar, solo corréis con vuestras estúpidas piernas, vais de un lado a otro sin pensar, sin ver, sin tener en cuenta que nos hacéis daño. Sois malos —argumentó, recordándome a la loca de las gafas de sol.

Se trataba de la segunda vez que decía eso de «los humanos» y me estaba empezando a poner de los nervios.

—¿Tú no eres humana? —Jamás en mi jodida vida pensé que de mis labios saldría esa pregunta, y menos diciéndola en serio.

—A ti no te importa lo que yo sea.

—Pues para ser tan borde podrías pasar por uno a la perfección, por prima hermana mía, para ser más exactos —ironicé. Estaba segura de que aquello era una jodida pesadilla. No me había levantado de la cama, el golpe que me dieron anoche todavía me tenía noqueada, eso sería, sí. Nada de lo que creía que había hecho durante todo el día era real.

—No estés triste, tu bebé está bien, no te preocupes. Es fuerte, muy fuerte, es distinta a los demás —vaticinó, dejándome claro que aquello era un mal sueño.

—No quiero saber el sexo del bebé, no me fastidies la noticia o tendré que darle la razón a Grace y eso me va a joder mucho.

—¿Grace es tu pareja?

—No, Grace es mi amiga, y como se entere de la mitad de cosas que ando haciendo me va a atar a la cama hasta que dé a luz. Mi pareja está muerta, murió por mi culpa, ya lo sabes, eres producto de mi imaginación, no es necesario que me flageles más para que te lo cuente.

—¿Tú lo mataste?

—No, no lo maté yo, no de forma directa, pero murió por no confiar en él, lo asesinaron por no hacerlo partícipe de mi plan, si Joseph hubiese sabido todo habría estado preparado y seguramente no estaría bajo tierra —concluí, me eché las manos a la cabeza, flexioné las piernas y apoyé la frente en ellas para llorar. No me permití desahogarme en su momento, y podría ser que mi subconsciente me estuviese mandando señales para que lo hiciese mientras dormía.

La persona extraña que me había inventado se sentó a mi lado, estaba desnuda, ya la podría haber creado yo con algo de ropa a la criatura… Me abrazó y me raspó con las escamas de su piel, eran igual de gelatinosas que el pescado que acababa de darse por vencido y ahora tan solo abría y cerraba sus branquias cada vez más despacio mientras boqueaba.

—Quiero dormir un poco más, estoy cansada, muy cansada —reconocí ante la extraña—. ¿Cómo te llamo?

—He oído que me llaman *Llop marin*.

—¿Llop Mary? Voy a tener que ir al psiquiatra otra vez, mi mente cada vez es más rebuscada. ¿Te esperas conmigo hasta que me duerma? No me gusta estar sola, aunque nunca lo reconozca, echo de menos a Joseph, y a Grace, incluso hasta al cerdo de Julius.

—Vale, pero luego traeré ayuda.

—Trato —respondí. Me apoyé en la arena y rocé con la mano algo metálico, lo miré y vi que era un teléfono, uno con una funda rosa. Me lo guardé en el bolsillo y cerré los ojos, no sabía por qué, pero de pronto me sentía segura.



—¡Kate, Kate, despierta! ¿Estás bien?

Las palabras me molestaron, la pesadilla extraña había pasado y ahora estaba soñando con una tía rara en bolas que me cantaba una nana como si se tratase de una sirena. La voz armoniosa de mi nueva amiga imaginaria hizo que cayese en un profundo sueño reparador; los miedos, la pena y el sentimiento de culpabilidad que me acompañaban a todas partes me abandonaron y, por primera vez en mucho tiempo, me sentí feliz de nuevo. Pensaba matar al que hubiese osado despertarme. Abrí los ojos más desorientada que Chanquete en el desierto y me topé con la cara de Nandor demasiado cerca de la mía. Me asusté y di un respingo hacia atrás para alejarme de él. Miré a mi alrededor y me sobresalté al verme de nuevo en la misma cueva de mi mundo onírico.

—No estoy soñando, ¿verdad?

—No, deja que te ayude a levantarte. Salgamos de aquí, te tiene que ver el médico.

Me dejé guiar y me agarré a Nandor para salir del lugar en el que me hallaba. El sol estaba poniéndose, por lo que llevaba allí más horas de las que imaginaba. Anduvimos despacio por encima de unas rocas y terminamos dándonos de frente con un espigón. Lo subí como buenamente pude y nos topamos con las murallas que separaban el pueblo del mar. Me toqué la barriga y continué andando.

—Kate, ¿dónde fuiste? —Becerra vino hasta nosotros corriendo, se encontraba en la plaza acompañado por Ale—. Estábamos muy preocupados.

—Me temo que tengo un tanto oxidado lo de navegar y que Salvador se ha quedado sin barca —confesé encogiéndome de hombros.

—Caterina me dijo que vendrías a comer y al ver que no aparecías salimos a buscarte. Salvador continúa en el mar —me informó el camarero con una mirada de reproche.

—Nadé hasta una cueva y me quedé dormida —contesté, siendo una verdad a medias.

—Te fuiste en la dirección contraria a las cuevas de los *Llops marins*, es imposible que hayas nadado hasta allí sin ver el muelle —se sorprendió el policía abriendo mucho los ojos.

—¿Tú también la conoces?

—¿La cueva? Claro, pero es peligrosa, se llena de agua a veces y no es recomendable ir solo —respondió.

—A Llop Mary —lo corregí.

—*Llops marins* significa lobos marinos, Kate. Creo que deberías irte a descansar —indicó Nandor cogiéndome del brazo y conduciéndome hasta el hostal.

—Dile a Salvador que le pagaré la barca, ¿puedes llamarlo e informarle de que estoy de vuelta? —le pedí a Ale, este asintió y yo continué andando pensando en que no era posible que con lo que estuve hablando fuese una maldita foca.

Capítulo Nueve

Antes de entrar al hostal las tripas me rugieron como si fuese el león de la *Metro*. Nandor me miró y sonrió.

—Creo que Caterina ha dejado comida en la cocina y está durmiendo, ¿tienes ganas de una aventura?

—He tenido bastantes aventuras para unos meses, pero acepto ir a robar a la sorda, que casi muero por su culpa, el karma ha provocado que le vaciemos la nevera —respondí dejándome guiar, aún con palpitaciones en la sien. Tuve que convencer a Nandor de no ir al médico, la última vez que estuve allí sentí tal nivel de claustrofobia que lo último que deseaba era pisar aquel lugar con olor a desinfectante y a fármacos.

Del hostal solo conocía las escaleras y mi dormitorio, aunque imaginaba que la cocina estaba por la puerta por la que se escabullía bastante a menudo la dueña. Con una mueca traviesa en la cara, mi cómplice tiró con suavidad de mí y se puso un dedo en los labios para que no hiciese ruido. Entramos en un minipasillo que daba acceso a una gran cocina. Pero, por mucho que miré, no vi el refrigerador por ninguna parte. Un portón blanco al final de la estancia llamó mi atención y fui a abrirlo sin pensar demasiado. Al hacerlo un frío glacial me dio la bienvenida a un frigorífico de los industriales.

—Mira —me indicó Nandor a la vez que yo cerraba sintiendo la piel erizada por el cambio de temperatura de la cámara a la cocina.

Nandor señaló una olla puesta sobre los fogones. Sirvió dos platos y los colocó en la isleta que tenía frente a mí. Cogí un trozo de pan de un cesto y empecé a devorar aquello que me supo a gloria sin casi levantar la cabeza.

—¡Joder! ¡Qué hambre! —reconocí chupándome los dedos y haciendo un sonidito ridículo que, de haber sido otra persona de ojos

castaños en lugar de Nandor el que estuviese conmigo, podría ser que me hubiese avergonzado. No obstante, él tenía algo que transmitía serenidad, al contrario de lo que mi primera impresión opinó, ahora me sentía tranquila y, algo que hacía tiempo que no percibía con nadie, en paz.

—¿Te encuentras mejor?

—Sí, pero creo que he visto chocolate en la cámara, espera, que yo me encargo del postre, no puedo dejar que te lleves todas las culpas del hurto, así la carga irá a medias —ironicé introduciéndome en el frigorífico gigante.

Era mentira, no había encendido la luz la primera vez, pero tenía que haber chocolates o dulces por alguna parte, toda vieja que se precie esconde esas cosas para comérselas a solas mientras ve la novela, y estaba convencida de que la jodida sorda no iba a ser la excepción. Iluminé el lugar tras encontrar el interruptor y vi frente a mí unas bolsas negras colgadas del techo por unos ganchos. Aquello se me asemejó más a la morgue que a un lugar donde almacenar comida. Algo me olió mal, en el sentido figurativo y literal de la palabra. A medida que me acercaba, un tufillo a carne podrida se metía por mis fosas nasales. Dejé de lado mi parte golosa y abrí con cuidado la primera talega, dentro de ella descubrí un pez de un tamaño impresionante agarrado por la aleta trasera a un gancho, este simplemente apestaba a pescado, no era el olor que mi mejorado sentido olfativo a causa del embarazo diferenció hacía solo unos segundos. En total había cinco bolsas como esa, todas negras y sujetas de igual forma a una barra de hierro que cruzaba el techo del habitáculo. El vaho comenzó a salir de mi boca y el frío empezó a hacer mella en mi cuerpo. Justo cuando fui a abrir la que estaba pegada al último mamparo casi helado, la luz se apagó y yo me acordé de la familia del que inventó los temporizadores. Fue como cuando vas al servicio de un bar y tienes que estar bailando sevillanas mientras meas para no quedarte a oscuras, solo que, en este caso, por mucho que moví los brazos y me marqué casi un tanguillo, aquello siguió a oscuras. Oí un golpe seco y un quejido provenientes del exterior. Cuando fui a salir para comprobar qué era, alguien cerró la

puerta dejándome a ciegas allí dentro.

—¡Ey, Nandor! No tiene gracia, abre o me como todo el chocolate yo sola. ¡Hay dulce de stracciatella! —chillé aporreando la puerta con todas mis ganas.

Con los nervios no daba con la manecilla para salir. Metí la mano en el bolsillo y encontré el teléfono de la cueva. Al encenderlo me pidió el pin y una barrita arriba de la pantalla indicó que estaba a punto de morírsele la batería. Hallé el redondo tirador y, tras presionarlo, empujé la puerta con todas mis fuerzas sin conseguir que esta se moviese ni un ápice. Volví a girarme para ver si tropezaba con algo para hacer palanca y no perecer allí dentro de hipotermia, la bolsa del final permanecía a medio abrir y de ella salía algo que hizo que pegase un exabrupto en cuanto me di cuenta de lo que se trataba. Con pasos temblorosos me acerqué de nuevo, el teléfono no me duraría demasiado, tenía que darme prisa, pero era incapaz de no mirar mejor. En el instante en que terminé de apartar el plástico negro me topé con unos ojos inertes. Era una joven que tenía la garganta rajada, la cicatriz estaba seca y el cuerpo se veía demasiado pálido, incluso para tratarse de un cadáver. Hice de tripas corazón y agarré un hierro sobrante de una esquina, regresé a la entrada e introduje el borde en el agujero del tirador, dejando caer mi cuerpo sobre este para realizar toda la presión que pudiese. Entonces, la puerta cedió y yo caí de bruces sobre la mesa de la isleta, derrumbando todos los platos que descansaban sobre esta.

Nandor estaba en el suelo a mi lado. Me agaché rápido y le tomé el pulso, por suerte aún respiraba. Caterina apareció de pronto, alertada por el escándalo de la losa rota, y se echó las manos a la cabeza en cuanto me vio sobre el cuerpo del hombre.

—¿¡Qué has hecho!? —gritó cuando Leo y Madre Shipton entraban también en la cocina. En el instante en que estas llegaron corrieron a socorrerlo mientras que la sorda se limitaba a echarse las manos a la cabeza y a decir el maldito: «¡Ay, Dios mío!» de las narices una y otra vez. Esa señora era como para tenerla cerca en una urgencia…

—¿Qué ha pasado, Kate? —me preguntó Shipton echándome a un lado y ocupando mi lugar.

—No tengo ni idea, entré en la cámara a por chocolate y alguien me encerró dentro. —Las noticias mejor de una en una, o intuía que a Caterina le iba a dar un infarto como revelase todos los datos—. Cuando logré salir, estaba así.

La mujer le cogió las manos y le giró el cuello; tras el lóbulo de la oreja derecha se podía ver una gota de sangre y un círculo rojo. Ella meneó la cabeza de un lado a otro frunciendo el bigote y acentuando aún más sus arrugas, por un instante juré que en vez de pelillos en el bigote me pareció distinguir pequeños filamentos sedosos cerca de sus labios. Deseché la locura y me centré en Nandor, era como si le hubiesen pinchado algo. Estaba convencida de que el que fuera no había esperado encontrarnos allí.

—Leo, trae mi bolso —le pidió a la extraña chica que volvía a portar sus gafas de sol gigantes, quien no dudó en obedecerla ni un segundo.

—Tengo que usar su teléfono —le dije a la desquiciada dueña del hostal—. Que nadie entre en la cámara frigorífica —ordené, y esta me miró extrañada, pero no dijo nada. Se limitó a asentir con la cabeza con los ojos fijos en el cuerpo de Nandor.

Bufé y corrí hasta la recepción, donde sabía que hallaría un terminal. Marqué el teléfono de Dupin en la comisaría y esperé a que descolgase.

—Dupin, tengo un cadáver en un frigorífico y me temo que se trata de la chica desaparecida —pronuncié acelerada sin esperar a que mi interlocutor me respondiese.

—¡¿Que tienes qué?!

¡Mierda! Esa no era la voz que yo esperaba escuchar.

—Grace, pásame a Dupin, es importante —le rogué en tono autoritario.

—Está de permiso, a su mujer le ha dado apendicitis y lo estoy sustituyendo. ¡No me jodas, Kate! ¿En qué cojones te has metido ahora?

Saber que no contaba con el apoyo de mi antiguo jefe me minó un poco la moral, mi amiga era demasiado protectora y pesada como para quererla cerca en esos momentos.

—No puedo contártelo, es confidencial —mentí, rezando para que aquella conversación se quedase ahí, pero no, no fue así.

—Kate Warne, ¡no eres policía! Ahora mismo eres una maldita civil que pretende volverme loca, ya me estás diciendo qué pasa si no quieres que mande una patrulla a buscarte —me amenazó, alterada, por lo que tuve que decírselo, no porque temiese que enviase a nadie a por mí, más bien lo que me dio pánico fue que viniese ella.

Una vez que hube concluido la explicación de todo lo sucedido estos días no oí nada más al otro lado de la línea, hasta el punto de pensar que se había cortado y que tendría que narrar la misma perorata otra vez.

—Vayamos por partes —habló Grace al fin—, ¿cuántos agentes tienes ahí contigo?

—Dos, Becerra y otro que no conozco todavía.

—Voy a avisar a la comisaría más cercana para que manden un helicóptero con los forenses y los de la científica. No hagas nada más y, por favor, Kate, ¡estate quieta de una jodida vez!

El grito me hizo gracia y me recordó viejos tiempos en los que yo era la que le decía cosas similares, jamás olvidaré la vez que se cayó al saltar una valla mientras perseguíamos al energúmeno de Nakada. Meneé la cabeza sacando esos recuerdos de mi mente y regresé a la cocina para comprobar el estado de Nandor antes de ir a avisar a Becerra de la que se le venía encima. Me moría por entrar y examinar con detenimiento el cadáver, sin embargo, no pude quitarle la razón a Grace. Ya no era poli y una civil no debía meter las narices tan adentro, ni mucho menos contaminar la escena de un crimen. Abatida tras darme cuenta de esa realidad, accedí a la cocina y casi entré en *shock*.

En una silla estaba Caterina con los ojos en blanco y la boca abierta en una extraña mueca, se la veía como si de pronto se hubiese paralizado y lo que quiera que fuese a decir estuviese en su garganta pugnando por salir de sus cuerdas vocales, la mujer se veía como ida, no se movía ni hablaba, tan solo el ser capaz de permanecer recta en el asiento más el leve movimiento de su pecho indicaba que continuaba con vida. En el suelo se hallaban Leo y Shipton, la primera

portaba en su mano una barrita de un palo del que salía humo y la segunda tenía la boca pegada al cuello de Nandor y succionaba. Por la posición me era imposible distinguir mucho más de la extraña escena que se presentaba frente a mis ojos. Me quedé quieta sin saber cómo diantres reaccionar, todo aquello estaba empezando a superarme.

Cuando la lucidez regresó a mi cerebro y fui a agacharme para apartar a la vieja loca, Nandor tosió y se sentó igual que si tuviera un jodido resorte en el culo. Entonces Shipton se echó a un lado, el palo se apagó dejando una voluta redonda de humo blanquecino y Caterina me dio un susto de tres mil pares de narices cuando gritó en mi oído: «¡Ay, Dios mío!».

—¡Joder, señora, que con un muerto tenemos bastante! —respondí de manera automática, tapándome la oreja.

—¡Un muerto! ¡¿Qué muerto?! —espetó temblándole la voz.

—No sé qué coño estaba pasando, pero estad seguros de que luego me lo vais a contar todo con pelos y señales, ahora no hay tiempo. Tengo que avisar a Becerra, viene un helicóptero —les advertí a los tres que me observaban desde el suelo. Cerré la puerta del frigorífico y añadí—: ¡Que nadie la abra ni se mueva de aquí!

Mientras corría en busca del pobre agente que se iba a comer el marrón de su vida, me repetí a mí misma en voz alta:

—Yo solo quería un jodido trozo de chocolate, ¡Dios mío, qué locura de isla!

Me detuve en seco en cuanto escuché la expresión cristiana salir de mis labios y suspiré jurando que le taparía a Caterina la boca con cinta adhesiva.

Capítulo Diez

Corrí hasta las minúsculas oficinas de policía que había en la isla. La luz del interior me anunció que había gente. Con el corazón acelerado, entré sin llamar y descubrí a Becerra y a su compañero en una posición un tanto embarazosa. Él estaba reclinado sobre la mesa en la que se encontraba sentado el otro agente y le tenía puesta la mano en la cara, demasiado romántico para mi estado de ánimo en ese momento. Ambos dieron un salto y se volvieron a mirarme con los ojos muy abiertos.

—Siento mucho interrumpir, pero tenemos un pequeño problema —les dije, dirigiéndome a la vaquita de agua y llenándome un vaso para recobrar el aliento perdido en la carrera. La cabeza me estaba matando y notaba que el golpe de la frente había aumentado de tamaño. Por mi mente todavía circulaban las imágenes de todo lo acontecido en la cocina mezcladas con la cara de la mujer de la cueva, era incapaz de encontrarle ningún sentido a nada de lo que había visto.

—Ella es Kate Warne, va a ayudarnos por aquí —le explicó Becerra al otro, intentando recobrar la compostura.

—Agente Alonso de Salazar Frías —se presentó el chaval adoptando una postura de firmes.

—¿Otro Alonso? ¿Os pusieron aquí por orden alfabético? —me burlé, aunque en el fondo alucinando con las coincidencias.

Lo cierto es que era bastante atractivo, tenía la mandíbula cuadrada a modo *Terminator*, el pelo rubio cortado al estilo militar, unos grandes ojos azules me miraban con expectación mientras yo me sentaba en la silla que acababa de dejar libre y les explicaba lo

sucedido. Justo cuando terminé de narrarles lo del cadáver en el frigorífico y mis conjeturas de que se trataba de Marilyn, oímos el sonido de unas hélices muy cerca de nosotros.

—¿Qué hacemos? —dijo el nuevo, dejando claro que llevaba medio telediario en el cuerpo y que no tenía ni zorra idea de casi nada. Becerra me miró también esperando órdenes.

—Rubito, tú te vienes conmigo a acordonar la zona para que nadie pueda contaminarla más de lo que ya lo he hecho yo. Becerra, recibe a los que hayan venido y condúcelos hasta el hostal. No comprendo cómo cojones os dejan estar al mando de una isla entera… —Suspiré y me marché con el nuevo pegado a mis talones.

—Señora Warne —me llamó el novato antes de llegar, y me detuve en seco haciendo que se tropezase conmigo.

—A ver, regla número uno, jamás en tu vida me llames señora, ¿entendido? —El pobre asintió con la cabeza—. Y segundo, no soy policía en estos momentos, yo os ayudo a vosotros como colaboradora, no sé quiénes vendrán, pero procura que te vean con un poco de confianza en ti mismo y no que estás colgado de mi culo para saber qué diantres hacer. ¿Trato?

—Sí… —titubeó sin saber cómo llamarme.

—Kate, es fácil, me llamo Kate; ni capitana, ni señora, ni niña, solo Kate.

Anduve rápido para estar en la escena antes de que llegasen los de criminalística, Nandor se encontraba en la puerta tomando el aire con Leo a su lado sosteniéndolo por el brazo. Me extrañó no ver ni a Caterina ni a Shipton con ellos.

—Madre Shipton ha ido con Caterina al ATS para que le tomen la tensión a esta última. La mujer estaba pálida y comenzaba a hiperventilar —aclaró Nandor como si acabase de leerme los pensamientos.

—¿Y tú?

—Está bien, Madre Shipton lo ayudó —anunció la rara por él.

—Después vamos a tener una charla y me vais a explicar de dónde habéis salido, eso lo juro como que me llamo Kate. ¿Ha entrado alguien más?

—Ale está en la cocina —informó Leo.

—¡¿Por qué?! —pregunté, alterada.

—Bueno, Caterina dijo que lo llamásemos o no se iba a ningún lado. No nos quedó más remedio —se disculpó Nandor encogiéndose de hombros.

Me atusé el pelo con una mano para no ponerme a soltar improperios y le hice un gesto al rubio para que me siguiera. Este se mantuvo en silencio toda la charla y nos miraba como el que observa un partido de tenis. En la cocina estaba Ale sentado en un taburete esperando, pero la puerta de la cámara frigorífica se hallaba abierta y yo estaba al cien por cien convencida de que la había cerrado antes de irme.

—¿Has abierto tú eso? —pronuncié sin saludar, empezando a enfadarme mucho.

—Sí —respondió, levantándose y poniéndose frente a mí. Los casi diez centímetros que me sacaba no me intimidaron, si era lo que pretendía—. Caterina no supo explicarme qué sucedía, tan solo señalaba a la cámara y rezaba. Es Marilyn, ¿lo sabes?

—No estaba segura, pero sí, lo supuse. Lo que no me explico es cómo ha terminado ahí, ni tampoco que nadie se haya dado cuenta hasta que yo he entrado —respondí sin quitarle el ojo de encima; desde que le dejé claras mis intenciones, nuestra «no relación» andaba un poco tensa.

Le dije al agente que se pusiera delante de la puerta sin moverse y que nosotros saldríamos a esperar fuera, este asintió y tomó la misma postura que los guardias galeses. Meneé la cabeza e hice amago de regresar junto a Leo y Nandor, pero Ale me agarró del brazo y me detuvo cuando estuvimos en la recepción.

—Kate, Salvador tiene que saberlo.

—¿No le habrás dicho a Caterina de quién se trata? —pregunté esperanzada, las noticias en ese lugar corrían como la pólvora y lo último que deseaba era que el hombre se enterase por la cotilla de la harina, a la que hacía más de un día que no veía, por cierto. Él negó y suspiré, aliviada—. Ale, se lo tiene que comunicar la policía cuando dictaminen que en realidad se trata de la chica desaparecida. Yo no

soy nadie para hacerlo, y tampoco me apetece pasar por ese trago, ya me comí suficientes marrones cuando me tocó, este se lo cedo al que venga.

—Comprendo —respondió, escueto, liberándome justo en el momento en que entraban un grupo de personas con maletines.

—¿Kate Warne? —me preguntó una mujer bajita y rellenita de nariz sonrosada por el frío—. Soy la inspectora Barrera, me han avisado de que se ha encontrado un cadáver. ¿Lo halló usted?

—En efecto, les guiaré —indiqué para que me siguieran, dejando a Ale en la entrada mirándome con algo parecido a la lástima en sus ojos.

Les mostré el lugar y dejé que los de la científica hicieran su trabajo. El agente novato y Becerra se apostaron en la puerta del hostal para que nadie entrase. Nandor, Leo y yo nos dirigimos a la plaza junto con Ale, este decidió abrir el bar, la noticia no tardaría en correr entre los aldeanos y sabía que irían allí. Que llegase un helicóptero a esas horas no era algo habitual, por lo que pronto estarían todos fuera de sus casas. Nos sentamos en la terraza y esperamos a que la inspectora viniese a interrogarnos. Recordé entonces que tenía que darle las gracias a Grace por tardar tan poco en dar el aviso, pero también me acordé de que mi teléfono seguramente estaría en el fondo del mar. Saqué el que había encontrado en la cueva e intenté encenderlo otra vez, sin embargo, la batería había terminado de consumirse. Lo guardé de nuevo y pensé en mandárselo a la cerebrito para que hiciera su magia, lo mismo no era nada, pero ¿y si sí?

No tardaron demasiado en llegar los primeros curiosos, todos menos la de la harina, por lo que supuse que habría cogido el barco de la tarde y no regresaría hasta la semana siguiente. Recordé que Ale me contó que solo abría la tienda de viernes a domingo en invierno, una chismosa menos de la que preocuparme. Al ver a Salvador se me hizo un nudo en el estómago, y más cuando este se acercó hasta nosotros con la cara desencajada.

—¿Qué ha pasado, Kate? ¿Por qué ha venido el helicóptero? ¿Hay alguien herido? ¿Han encontrado a mi niña? —Sus palabras

atropelladas no hicieron más que acrecentar mi malestar, sobre todo, tras decir lo de «mi niña».

—Salvador, yo… —titubeé, nerviosa como nunca antes lo estuve. Había dado este tipo de noticias con anterioridad, no obstante, ver la forma en la que ese hombre se desvivía por su mujer y la mezcla de esperanza y preocupación con la que me contemplaba, sumado a mi cóctel molotov de hormonas, consiguió que me quedase sin saber cómo responder.

—Salvador, espérate aquí con nosotros. La policía vendrá en breve a darnos noticias de lo sucedido —le pidió Nandor librándome del mal trago.

Fue una hora y media en silencio, escuchando los cuchicheos de la gente a nuestro alrededor, nadie tenía claro lo sucedido, pero especulaban de lo lindo. Si hubieran sido escritores, de sus pesquisas sacarían una novela de las que se vendían de verdad, y no por el nombre del autor. En el instante en que de la calle que unía el hostal con la plaza salió una camilla con una bolsa negra cubriendo algo sobre ella, el pobre Salvador se echó las manos a la boca y su tez se tornó nívea en segundos. Se levantó y corrió hasta ellos ya con las lágrimas cubriéndole el rostro. Él rogaba que le dijeran de quién se trataba, pero la policía extra que vino le impidió acercarse lo suficiente. Me situé a su lado y lo cogí de la mano, era lo único que podía hacer, me sentí impotente y eso me crispaba los nervios.

—¿Es usted Salvador Rueda? —La voz nasal de la pequeña inspectora con cara de la señora Noel sonó detrás de nosotros—. Ha venido una lancha de la Guardia Civil, tiene que acompañarnos a la comisaría, por favor. Warne, usted también, además del otro hombre que me ha informado el agente Becerra que se encontraba en la escena. Tenemos que tomarles declaración, las huellas y algunas muestras.

—¿Es Marilyn? ¿Es mi niña la que está debajo de ese plástico como si fuese basura? —quiso saber Salvador sin dejar de mirar cómo transportaban la camilla hasta el helicóptero.

—Cuando estemos en la comisaría podremos hablar con tranquilidad, señor Rueda —se limitó a responder ella dándose la

vuelta, dejándonos a él llorando y a mí congelada rezando para que el viaje no durase demasiado.



En esta ocasión mi estómago no me dio mucha tregua, la forma de navegar de los agentes de la Guardia Civil no fue lo que se dice pausada. Esas lanchas estaban habilitadas para ir rápido y terminar con todo el tráfico de drogas que pudiesen, que, por lo que tenía entendido, por aquella zona era bastante, así que ellos sí andaban preparados para viajar a esa velocidad. Yo, en cambio, me sentía cansada, frustrada, enfadada y encima embarazada, así que vomité dos veces por la borda, no sin mirar antes la dirección del viento para no duchar a nadie con mis jugos gástricos. Gracias a eso Salvador no me hizo más preguntas, y Nandor se mantuvo en silencio a su lado todo el trayecto. Me impresionó que después de haber perdido el conocimiento y de que la vieja loca le estuviese haciendo un chupetón mientras estaba inconsciente ahora tuviese tan buena cara.

Salvador le pidió a Caterina y a Madre Shipton que por favor permaneciesen en su casa vigilando a su esposa en su ausencia. De pronto, un pájaro negro parecido a un cuervo que lucía tres penachos blancos en la cabeza bastante curiosos se posó a mi lado, me contempló con unos intensos ojos rojos y movió la cabeza a un lado como si me estuviese estudiando. Cuando fui a alargar la mano para tocarlo, salió volando, y por un instante envidié su libertad extrema.

Desde el muelle nos llevaron en un coche de la policía hasta la comisaría. Allí, paciente, nos aguardaba la inspectora bajita y gordita con una carpeta en la mano y cara de circunstancias. La verdad era

que no me gustaría estar en su lugar en aquellos momentos. Nos miró a los tres y terminó por centrarse en Salvador.

—Necesito que se queden en la sala de espera hasta que tengamos los resultados de la autopsia, soy la inspectora del caso, me encargo de criminalística y ciberseguridad.

En cuanto esas palabras salieron de su boca las lágrimas regresaron a los ojos de Salvador.

—¿Es mi hija? —preguntó el hombre, conteniendo unos hipidos que pugnaban por salir de sus labios.

—Mucho me temo que sí, señor Rueda. En cuanto todo esté claro podrá identificar el cadáver —contestó la inspectora sin empatizar un ápice con él, poniéndome de mala leche.

Nandor lo abrazó y lo condujo a una especie de sala de espera con máquinas de café, refrescos y comida basura. Yo me mordí el labio para no liarla en medio del pasillo y seguí a la inspectora hasta lo que supuse que era su despacho. Al menos tuvo el decoro de no meterme en una sala de interrogatorios.

—¿La palabra tacto le suena de algo, inspectora? —le recriminé sin poder aguantar mucho tiempo mi bífida lengua.

Se sentó en su gran sillón de cuero negro orejero y me contempló desde detrás de la mesa de caoba esperando a que yo también tomase asiento. Una vez que lo hice, abrió el dosier que tenía en las manos, lo miró y lo dejó a la vista de ambas con la intención de que yo también lo ojease.

—Kate Warne, inspectora y luego comisaria. Baja voluntaria del cuerpo después de unas vacaciones. La mala suerte la persigue allí donde va, ha perdido a algunos compañeros y digamos que también tuvo algo que ver en la muerte de Cressida Dick. Ahora que ya nos conocemos y tenemos las cartas sobre la mesa, quiero saber: ¿qué hace en Tabarca justo cuando aparece el cadáver de una menor desaparecida en la cámara frigorífica del hostal en el que está hospedada?

—Para empezar, no perdí a compañeros, la primera estaba vivita, coleando y jodiéndome la vida entre las sombras. Lo de Cressida quedó aclarado y continúo teniendo pesadillas por su muerte, los otros

a los que llama compañeros eran mi mejor amiga, mi cerebrito favorito y mi pareja, no números de placa, y ¡en la isla hago lo que me da la puta gana! —respondí, alterándome más a medida que las palabras salían de mi boca, subiendo el tono de voz tanto que unos discretos golpecitos no tardaron en tocar a la puerta para comprobar si todo iba bien.

Una vez que la arpía hubo despachado al agente de no muy buenos modos, me miró y enarcó las cejas.

—No me gusta colaborar con civiles, y eso es precisamente lo que es usted en estos momentos, una civil que está metiendo las narices donde no la llaman, interfiriendo en una investigación policial. No la conozco, Warne, ni tampoco quiero hacerlo. —Justo cuando iba a contestarle que se podía ir yendo a la mierda un ratito, me detuvo y prosiguió con su perorata—. No obstante, tiene contactos influyentes que no me han dejado opción a réplica en lo que concierne a que esté aquí tocándome los ovarios. Solo le diré que esto le viene grande, al igual que creo que le ha sucedido durante toda su carrera, y que su equipo sufrió las consecuencias de seguir a alguien demasiado soberbio como para seguir las putas reglas. Estará dentro, será una simple mirona, tendrá acceso a las pruebas y al caso, pero como me entere de que se filtra la más mínima información, le juro que terminará el resto de sus días a la sombra. ¿Me he explicado con claridad?

Capítulo Once

Todo lo que el tapón de alberca que tenía delante acababa de decir caló demasiado hondo en mi cabeza, en mi corazón y en mis hormonas. En cualquier otro momento de mi vida me hubiera levantado, la habría cogido por el pescuezo sin importarme las consecuencias y le hubiese dado una somanta de palos hasta que me relajase, pero en esta ocasión mi reacción fue muy distinta, tanto que ni yo misma la esperaba. Se me vinieron a la mente los cuerpos sin vida de todos los que había perdido en tan poco espacio de tiempo y se me hizo un nudo en la garganta. Fue como contemplar una diapositiva macabra de mis errores con todas sus consecuencias tintadas en carmesí, mis ojos se humedecieron y tuve que morderme el carrillo por dentro para sentir un dolor físico que me hiciese volver a la realidad, a la vez que desvié la vista para que no me viera tan jodidamente sensible. Leí que si abres mucho los párpados y tragas aire, la congoja se aleja y puedes contener el llanto. No es así, los vídeos de YouTube son una reverenda mierda, y una maldita gota salina descendió prófuga sin que pudiese evitarlo, dejando a mi oponente más sorprendida casi que a mí misma. ¡Por el amor de Dios, que yo era una cabrona, pero no Hulka! Tenía mi corazoncito hecho mixtos por culpa de mi gremlin.

—Yo… lo siento —titubeó, reduciendo su nivel de mala leche—. No pretendí ser tan brusca, pero me juego mucho con este caso. Esto es más grande de lo que piensas, Kate —se disculpó, dejándome a cuadros y haciendo que cesase en mi intento de no llorar y cerrase un poco los párpados antes de que se me salieran los ojos de las cuencas, volviendo a mirarla—. Empecemos de nuevo, ¿vale? Me llamo Silvia y

soy una malísima persona.

La broma me hizo sonreír, aquella mujer se parecía demasiado a mí, pero en más fea.

—Me llamo Kate y mi vida es una gran mierda —respondí, estrechándole la mano que me acababa de tender.

—Llevo casi año y medio intentando encontrar algo que me ayude a crear un patrón para lograr detener lo que está sucediendo —confesó, sin que terminase de entenderla—. Además de ser bastante obvio que tienes una suerte pésima, también es cierto que siempre acabas por cerrar todos los casos en los que trabajas, por muy enrevesados que sean. Soy de las personas que opinan que todo ocurre por algo, y puede que no sea casualidad que hayas acabado aquí. Necesito ayuda, aunque no quiera reconocerlo. Mi aspecto me ha hecho tener que luchar más que los demás para que me acepten y me respeten, creo que en algún punto del camino me perdí a mí misma y me he transformado en la zorra que tanto odié.

—No te preocupes. Necesito llevar este caso, aunque sea como colaboradora, pero haz el favor de dejar de comportarte como yo lo haría, me caigo mal, imagina a los demás… —comenté para que aquello dejase de parecer un culebrón venezolano y que mis lágrimas no pretendiesen jugármela de nuevo.

—Mira —dijo, abriendo el cajón y sacando un portafolios de un tamaño considerable. Una vez que me lo hubo pasado se levantó y corrió una cortina que yo supuse que cubría una ventana, pero en lugar de eso apareció una enorme pizarra con distintas fotos, lugares, nombres e hilos rojos uniendo puntos que no comprendí. Me incorporé de un salto con el dosier en las manos y me acerqué para verlo todo mejor.

—¡¿Qué cojones es esto?!

—El motivo por el que estoy tan cabreada con el mundo. Ve pasando las fotos y los informes que te he dado y te iré narrando la pizarra para que lleves mejor el hilo del caso en el que te has metido.

Asentí, nerviosa, y fui leyendo las páginas a medida que ella me explicaba:

—La primera chica encontrada, quince años, rubia, ojos azules.

Denunciaron su desaparición y hallamos el cuerpo dos meses después tirado en una cuneta. Habíamos pasado cientos de veces por ahí y jamás encontramos nada. La segunda víctima, dieciséis años, morena, sudamericana, tez oscura, ojos marrones. Apareció en el interior de un pozo una semana después que la anterior. La tercera fue localizada tras otros siete días, en esta ocasión en la linde de un río, pelirroja de ojos verdes. Las tres se conocían y fueron muriendo de una en una, a cada una de ellas les perforaron los tímpanos con un objeto punzante mientras continuaban con vida.

»No fue hasta seis meses después que volvió a repetirse lo mismo con otras tres desapariciones, tenían los mismos rasgos físicos, la diferencia fue que, en esta ocasión, les reventaron los globos oculares con un pincho. Y ahora, otro medio año más desde estos últimos crímenes, has encontrado a la que creo que es la primera de las tres siguientes. Lo único que tienen en común es que va a por tríos de amigas a las que les han drenado toda la sangre del cuerpo, mujeres menores de edad, no son de la misma clase social, no tienen la misma etnia, no van a los mismos centros escolares. No tengo de dónde tirar y la forma de asesinarlas no coincide. Si estoy en lo cierto, y mucho me temo que así es, se trata de un psicópata que va matando por el mero hecho de terminar con sus vidas. Y sabes tan bien como yo que esos son los más difíciles de atrapar. Estoy a nada de que me quiten el caso, necesito demostrar que se trata del mismo asesino.

—¿No hay ninguna huella? ¿Restos de sangre? ¿Nada bajo las uñas de las víctimas? ¿Nadie que viese o escuchase nada en los alrededores en los que se encontraron los cuerpos?

—Todo lo que tengo está ahí —añadió, abatida, señalando la carpeta en mis manos.

Me quedé perpleja mirando las fotos de la pizarra, en ellas faltaba la de Marilyn, aunque yo ya la había visto en persona y podía encontrar las similitudes con estas pobres que tenía frente a mí.

—¿Puedo hablar con el forense que está con el cadáver que habéis traído? —le pedí con un brillo demasiado emocionado en los ojos para estar diciendo que quería ir a la morgue.

—Vamos, pero tiremos por las escaleras, no quiero volver a

encontrarme con ese pobre hombre sin tener aún respuestas —reconoció, tragando saliva de forma sonora.

—Ya, es una putada. Esas cosas son las que menos extraño de este trabajo.

—Tendremos tiempo para que me cuentes bien tu historia, el expediente es una cosa y la verdad de cada persona es otra. Siento de nuevo haberte atacado de esa forma. Llevo meses pensando que el que sea va un paso por delante de mí, pero imaginar que tengo un topo me pone aún de más mala leche que suponer que no soy tan lista como creía.

—Sé bien lo que es tener al enemigo en casa, por mí no debes preocuparte. No soy lo que se dice una persona sociable, mis labios están sellados —prometí, siendo totalmente sincera con ella.

En un principio, cuando la vi en la isla, pensé que sería una mojigata a la que le podría dar coba, después en su despacho me hizo sospechar que era una arpía de campeonato, y ahora no sabía qué opinión tener sobre ella. Mi instinto estaba aletargado y tenía que hacerlo despertar a la de ya.

Tal y como me dijo, nos escabullimos por la parte trasera para no pasar por delante de donde aguardaban Nandor y Salvador. Por un lado, me alegré de que ambos estuviesen juntos.

Esperar solo a que te den la noticia de que tu hija está muerta debe de ser lo peor del mundo.



Una música llegó hasta nosotras antes de que entrásemos en la morgue. Parecía que el ruido de nuestras pisadas iba al son de la

melodía que sonaba en el silencioso y deshabitado pasillo. Entramos sin llamar y pillamos a un hombre moreno de nariz aguileña y unos penetrantes ojos marrones tarareando mientras llevaba una herramienta con una cuchilla circular en la mano, con la visible intención de colocarla en una mesa auxiliar metálica justo cuando accedimos al lugar. El patólogo nos miró un tanto extrañado y frunció el ceño, dejando patente que no le había hecho ninguna gracia nuestra intromisión.

—Edmon, siento interrumpir, pero queríamos ver cómo ibas —lo saludó Silvia, y noté cierto rubor en sus mejillas cuando el hombre levantó la mirada y la observó.

—Inspectora, no hace ni media hora que han traído el cuerpo. Esto, por mucho que os cueste entenderlo, no es una película. Lleva su tiempo —se quejó.

—Me temo que ha sido culpa mía, necesitaba verlo y hacerle algunas preguntas —salí en ayuda de mi nueva compañera.

—¿Y usted es?

—Kate Warne, ha venido desde otra comisaría para echarnos un cable —se apresuró a decir Silvia, dejándome pasmada con la mentira, supuse que tendría sus razones y no sería yo quien la delatase.

—Encantado, pero, como puede ver, estoy ocupado —concluyó él, quizá creyendo que con eso se libraría de mi escrutinio.

Aún llevaba en la mano el dosier que me había facilitado antes la inspectora, leí las firmas de las autopsias judiciales y en todas ellas se encontraba la de un tal Edmon.

—Usted también analizó los casos de las otras adolescentes desaparecidas, ¿verdad? —empecé a preguntar pasándome por el arco del triunfo sus reticencias—. No he estado mucho tiempo con Marilyn, pero ¿no la ve demasiado pálida?

—Está muerta, no esperaría que tuviera el mejor color del mundo. Además, lo lleva bastante tiempo, aunque el estado de conservación del cuerpo me hace pensar que lo han estado guardando para que no se descomponga a una velocidad normal, pese a que el olor nos diga que no lo hicieron del todo bien.

—¿Un frigorífico?

—Podría ser. Solo hay dos cosas que tengan en común todas las víctimas —comenzó a explicar—, no tienen sangre; el resto de las heridas o forma de morir no coinciden.

—¡¿Cómo?! —No había leído enteros los informes y me sentí un poco ridícula por ello.

—A todas les drenaron la sangre; a las primeras, la herida inicial fue en el oído, les perforaron el tímpano hasta llegar al cerebro, a las segundas les clavaron un objeto punzante en los ojos, y a esta última le rajaron el cuello, aunque juraría que antes de que muriera la sumergieron en algún líquido por las marcas que se distinguen en sus labios, no lo sabré con seguridad hasta que analice los pulmones. No obstante, a todas, incluida esta, las han dejado secas.

Odiaba el humor negro en los forenses…

—No me diga que cree que hay vampiros entre nosotros —se rio Silvia.

—Ese es su trabajo, el mío es decir las causas. Esta también fue asesinada con un arma afilada y grande, yo diría que una especie de cuchillo de despiece, el que lo hizo era diestro y la atacó por detrás. No puedo decir mucho más, aparte de que la segunda cosa en común que tienen, y que no me ha preguntado, es que llevan tatuada en el pecho, en el lado del corazón, una cruz con una espada a un lado y una hoja al otro, se lo hicieron *post mortem* con algún tipo de hierro candente, como las marcas que se le hace a la ganadería, al menos no estaban vivas cuando las quemaron —nos alentó—. Si hubiese revisado bien mis anotaciones antes de venir a abordarme, lo sabría.

—¿Podemos asegurar que se trata de la chica desaparecida de Tabarca? —añadió Silvia sacándome del apuro.

—Eso es más sencillo. Sí, es ella.

—Muchas gracias, Edmon —se despidió Silvia haciéndome señales con la cabeza para que nos largásemos de allí.

—No es lo que se dice agradable, ¿no? —comenté una vez que estuvimos lo suficientemente lejos.

—No sé cómo sería mi carácter si me llevase el día rodeada de cadáveres, la verdad —conjeturó—. ¿Por qué querías bajar?

—No lo tengo claro, a veces me dejo llevar por mi instinto, aunque

no siempre acierto —dije, encogiéndome de hombros.



Bastante menos emocionada que cuando bajé, subí las escaleras sin dejar de pensar en lo del tatuaje, tenía que llamar a la cerebrito para mandarle el teléfono y para que analizase bien de dónde podría provenir dicho dibujo. Tenía que significar algo si se encontraba en todos los cuerpos.

—¿Qué opinas?

—Es pronto y no tenemos pistas para poder dar una hipótesis aún.

—¡Oh, venga, Silvia! Deja que tu imaginación vuele, a veces una lluvia de ideas alocadas es lo mejor para salir de un callejón sin salida —la animé antes de tener que volver a mirar a los ojos a Salvador sin ninguna respuesta convincente en mi cabeza.

—La falta de sangre y las cruces me hacen pensar en algún tipo de rito satánico. Hemos buscado el significado y lo más parecido es un escudo de la Inquisición Española, pero en lugar de una hoja había una rama de olivo. La espada simboliza el trato que le darán a los herejes y la rama la reconciliación con los arrepentidos, a esto le sigue una leyenda en latín que lo rodea, que venía a decir algo como: «Álzate, oh, Dios, a defender tu causa», se trata del salmo 73, pero no logro hallar ninguna secta que haga referencia a esas creencias, al menos, no hoy en día.

—Marilyn tenía un diario en el que decía que era capaz de hablar con los muertos o ver cosas extrañas, podrías no ir muy desencaminada.

—¿Dónde está ese diario? Tengo que analizarlo.

—Lo robaron —confesé.

—Kate, era una prueba importante, deberías haberlo comunicado en cuanto lo encontraste. ¿Recuerdas algo más?

—No me dio tiempo a leerlo entero. Sucedió lo de la otra chica que se cayó por el mirador, lo siento —reconocí—. Estás en lo cierto, tendría que haber notificado que lo tenía, pero fue al principio y los agentes de la isla tienen una caraja impresionante, no me fiaba de decirles nada. Sí hice fotografías de los dibujos más siniestros con mi móvil. —La cara de Silvia se iluminó de esperanza hasta que escuchó mis siguientes palabras—. Pero está en el fondo del mar y no nos sirve de mucho.

—Si queremos que esto funcione por un bien mayor tenemos que colaborar juntas. Si no pretendes estar fuera del caso, no puede volver a suceder algo así —me informó en un tono menos agresivo del que yo hubiese usado estando en su lugar. En esos momentos sentí el terminal en mi bolsillo como si latiese, algo me decía que tenía que dárselo, pero no lo hice, me limité a apretarlo contra mi pierna para que los remordimientos cesasen y asentí—. ¿Tenías instalada alguna nube para almacenar los datos?

—Ahora háblame como si fuera rubia.

—Los informáticos de esta unidad son más o menos igual de inútiles que tus agentes de la isla, pero si tuvieras algo de eso instalado en el teléfono, los datos estarían volcados en una copia de seguridad en una nube virtual —intentó explicarme. No entendí una mierda, pero se me iluminó la bombilla—. De todas formas, no puedes estar incomunicada, antes de irte pasa por administración y que te faciliten uno de los nuestros. Son líneas seguras y bastante fáciles de usar, te daré una copia del expediente completo, incluyendo los casos que creo que están conectados, dicen que cuatro ojos ven más que dos y, aunque me fastidie reconocerlo, tienes más experiencia que yo en estos menesteres. ¿Te parece?

—Perfecto, gracias. En cuanto a lo del nubarrón, tengo a una cerebrito que puede echarnos un cable con eso. —Soltó una carcajada y me miró con algo que me pareció una mezcla entre lástima y admiración bastante extraña—. La llamo y te cuento, lo prometo —le

indiqué, dejándola a ella un poco menos decepcionada y a mí tres veces más de lo que ya estaba.

¿Por qué no le di la prueba de la cueva o le confesé que en la comisaría de la isla estaba el ordenador de la víctima? Podría decir que porque no sabía a quién pertenecía en realidad, pero me estaría mintiendo a mí misma, no lo hice porque no volvería a confiar en nadie jamás y esa era mi forma de mantener un as bajo la manga. Si el otro tiene las mismas cartas que tú en el juego y decide boicotear la partida, ¿qué ventaja poseerías? Vale que mi nueva amiga tenía cara de mamá Noel y olía a galletitas, pero: «Todo el mundo es culpable hasta que se demuestre lo contrario…».

Una vez arriba nos dirigimos hasta la sala de espera en la que estaban Salvador y Nandor, ambos hombres charlaban sobre los barcos, la pesca y el daño que hacían los turistas al mar. Cuando nos vieron entrar se quedaron en silencio. Salvador me miró y no pude más que apretar los labios hasta casi hacerlos desaparecer en una fina línea. Entonces, él se sentó de nuevo en la silla de la que se había levantado segundos antes y se llevó las manos a la cabeza, para dejar salir su dolor en forma de lágrimas silenciosas que corrían por sus mejillas como si de un arroyo se tratasen.

Capítulo Doce

Regresamos a la isla hasta que nos volvieran a avisar para que Salvador fuera a identificar el cadáver de su pequeña. Tanto a Silvia como a mí nos pareció una tortura innecesaria mantenerlo allí aguardando, y más aún sabiendo que él lo único que deseaba era regresar con su esposa para cuidarla. Además, tampoco es que yo me fiase demasiado de las dos elementas a las que habíamos dejado al cuidado de la señora, precisamente.

La vuelta fue silenciosa, ninguno de los tres nos atrevimos a articular palabra alguna. Consideré que en ese instante el sonido de las olas chocando contra el barco, el viento y el olor a mar sería mejor consuelo que cualquier estupidez que pudiese salir de mi boca. Salvador no dejó de mirar el horizonte, aunque yo sabía que en realidad no lo veía, sus pensamientos iban más allá de una imagen. Estaba segura porque lo había vivido no hacía demasiado tiempo, cuando Joseph murió me aferré a sus recuerdos e intenté rememorar su voz en mi cabeza, tenía miedo de olvidarla. Se dice que lo primero que el cerebro elimina tras perder a un ser querido es eso, y sabía de primera mano el terror que puede llegar a embargarte. Piensas que después también comenzarás a borrar otras partes como su risa, sus abrazos o sus gestos, y es cuando el mundo se te viene encima, te arrepientes de los momentos no vividos, de los «te quiero» no pronunciados, del contacto evitado, tu mente juega con la reminiscencia del pasado. Es por eso que sabía con total convicción que ese hombre estaba viendo la cara de su hija en alguna nube en la que el resto tan solo vislumbrábamos a un elefante o un fox terrier atropellado. Sí, yo en el test de Rorschach veía eso y a gente follando. Lo que significaba que era una potencial psicópata, sociópata y adicta al sexo, nada que no supiera antes de que los matasanos del

psiquiátrico me dieran los resultados…

La guardia civil que nos llevó de vuelta lo hizo a una velocidad medio normal y pude mantener el estómago en su sitio todo el trayecto. Cuando arribamos al muelle nos esperaban los dos agentes que me habían adjudicado de forma obligatoria. Silvia me prometió que los llamaría y les daría la orden velada de que me hiciesen caso, pese a que ellos en esos instantes tuvieran más rango que yo. Casi pude imaginar el alivio que supuso para Becerra no ser el responsable directo de la mierda en la que estábamos metidos. El problema era que si yo la cagaba, y tenía muchas posibilidades de que eso sucediese, a quien dejaría con el culo al aire y con su carrera a la deriva sería a Silvia y, por ende, a Dupin por confiar en mí y ser el primero en mover los hilos. Esa muestra de confianza por su parte debería haberme hecho recapacitar y darle el móvil, pero entonces no sería Kate Warne y mis cagadas no tendrían el tamaño de un espinosaurio…

Acompañamos a Salvador a su casa, en donde continuaban Madre Shipton y Caterina, las dos habían hecho comida como si fuese a venir la Liga de la Justicia a cenar, el aroma me hizo salivar y recordar que, aunque los médicos dijesen que era mentira, tenía que comer por dos y lo estaba haciendo por menos uno.

—Warne —me llamó Becerra con el rubio pegado a su culo, me cogió del brazo y me retiró de la entrada del domicilio.

—¿Por qué tocas? ¿Qué os ocurre en esta isla? Y llámame Kate, es fácil, al rubio ya se lo expliqué y creo que ha tomado apuntes, que te pase la libreta. Repite conmigo: K-a-t-e, Kate —redundé, más borde de lo habitual debido al hambre.

—Perdona —se disculpó, observando de reojo a su compañero, quien me lanzó una mirada de asco que no me hizo ni puta gracia—, pero tenemos un problema.

—¿Otro? En breve hacemos bingo —ironicé.

—Los periodistas se han instalado en el hostal de Caterina. He intentado echarlos, pero no están infringiendo ninguna ley, no puedo hacer nada más que advertirles que no se metan en medio de la investigación —agregó, estoy convencida de que temeroso por mi

reacción después de ver lo que hice la última vez que me topé con ellos.

—¡Mierda!

—¡Esa boca, niña! —me amonestó Caterina, que salía agarrada del brazo de la fea y me miraba con desaprobación.

—¿Qué pasa, Kate? —quiso saber Shipton.

—Que aquí la amiga se va a hacer de oro, pero a mí me van a tocar los ovarios más que si estuviera en Sodoma y Gomorra en vez de en Tabarca.

—No creo que estén aquí mucho tiempo, ¿a qué hora sale el siguiente barco? —le preguntó Nandor al rubio, apareciendo detrás de las dos mujeres. ¿Cuándo había llegado?, pensé moviendo la cabeza como si de pronto faltasen segundos en mi vida.

—En dos horas —contestó Salazar mirando su reloj. Al grandullón no le ponía mala cara, esta criatura no sabía muy bien con quién se jugaba los cuartos…

—Regresemos al hostal, intentaré hacerlos entrar en razón y que se vayan —continuó diciendo Nandor convencido.

—Suerte con eso, amigo. Cuando los carroñeros huelen la carne no se mueven del sitio hasta que se han comido hasta los huesos, y hay uno en particular que es el peor de todos, William. Solo espero no tener que matar a ninguno —concluí, y me dirigí al bar sin esperar al resto, a ver si Ale se apiadaba de mí y me daba algo de comer.

Todas las mesas estaban ocupadas por periodistas, les tenía un asco horrible, al único que medio soportaba era a Julius, y todavía no tenía muy claro por qué. Lo último que le hacía falta a Salvador era tenerlos allí molestando. Además de que si ellos incordiaban a los padres de las otras dos chicas no podría hacerlo yo, cosa que tenía pensado hacer en cuanto alimentase a mi bestia. Me cubrí la cabeza con el gorro e intenté escabullirme hasta el final de la barra para que no me reconocieran. Tras unos minutos se acercó Ale para apuntar mi comanda. Tuvo que agachar la cabeza para verme la cara y reconocerme, arrugó el entrecejo y se encogió de hombros.

—Ponme algo rápido de comer, por favor —susurré muy bajo para que nadie me oyese, el problema fue que en ese instante uno de los

indeseables se sentó a mi lado y estuvo a punto de descubrirme—. ¡Mierda! Moriré de inanición —refunfuñé y me fui de allí tal y como había llegado, de mala leche y con el estómago vacío.

Subí a mi dormitorio, miré en el baño para comprobar que estaba sola, desde el ataque del otro día no me fiaba ni de mi sombra, cerré la puerta con pestillo y me senté en la cama con la libreta, el bolígrafo, el teléfono que me dio Silvia y el que encontré en la cueva. Abrí el *email* que tenía a medias con la informática, le facilité mi número nuevo y aguardé a que me llamase. Mientras tanto enchufé el otro móvil, que tenía el mismo cargador que el mío, y vi cómo la barrita de la batería se puso en verde intermitente indicándome que aquello funcionaba. Por un instante, me sentí como el subidón que tuvo que darle a Víctor Frankenstein cuando su monstruo levantó las manos, pero en más inútil, claro. Aproveché para enviarle también a Grace mi nuevo contacto antes de que mandase a los GEOS si no me localizaba. Por suerte, mi repulsa hacia las tecnologías servía para que tuviese todos los números importantes apuntados en una agenda de las de toda la vida, con los nombres por el orden del alfabeto y todo eso.

Cuando escuché el sonido de la llamada entrante y vi el número desconocido tengo que reconocer que me sobresalté. En cuanto descolgué y escuché la voz nasal de la informática mi corazón volvió a bombear al mismo ritmo, ya de por sí demasiado acelerado, de siempre.

—¿Qué necesita, señora Warne?

«Paso», me dije mentalmente después de oír lo de señora de las narices.

—A ver, tengo algunos problemas técnicos y seguro que puedes echarme un cable.

—Lo que necesite.

—Digamos que tengo un teléfono del que no me sé la clave y otro que me ha robado la Sirenita para llamar a Sebastián, que anda de fiesta con Dory, ¿podrías recuperar la información de los dos?

—¿Hay que poner una denuncia ante el robo? —Jamás en mi vida hubiera esperado esa respuesta y me dio un ataque de risa, seguido de

un golpe de tos que casi logró que me ahogase—. ¿Señora? —insistió, justo cuando tocaron a la puerta.

—Tu infancia bien, ¿verdad? —agregué, secándome las lágrimas mientras me dirigía a la entrada para ver quién osaba molestarme.

—No veo que eso sea relevante ahora mismo —contestó, extrañada.

Necesitaba conocer a esa chica en persona y ponerle cara, de pronto me la imaginé como Miércoles Addams, estaba convencida de que se hubiese llevado bien con Rich.

—Un momento, llaman a la puerta —la avisé a la vez que abría y miraba al pasillo, encontrándome de frente con la gran sonrisa de Ale.

—Creo que todos en la isla permaneceremos más seguros si ingieres algo. Han estado Becerra y Salazar allí y no es que estuviesen demasiado contentos contigo —me informó a la vez que sacudía una bolsa de la que salía un aroma a calamares fritos que casi hizo que me corriese del gusto.

Se la arrebaté de un tirón y la abrí para darle un mordisco casi sin quitarle el papel de aluminio que recubría aquel manjar de dioses. Ale entró y cerró tras de sí, pero yo estaba demasiado contenta con mi botín como para echarlo y que me lo arrebatase, cosa que solo conseguiría si me mataba antes.

—Señora Warne, necesito que abra el teléfono del que no se sabe la clave y me diga el modelo, y unos números que debe haber en la tarjeta SIM —continuó diciendo la pobre que tenía en línea y de la que me había olvidado.

—Ajam, *¿ime* qué *ruberos cheres?* —contesté con la boca llena, pronunciando como el culo, pero aquella chica debía tener un máster en todo y supo traducirme.

Mientras yo luchaba por no soltar el bocadillo, comérmelo y desmontar el teléfono, Ale se había sentado en la cama y me contemplaba divertido con una sonrisa y una luz demasiado visible en los ojos como para que no me diese cuenta.

—Léame todos los dígitos que tenga la tarjeta y yo me encargo del resto, además del número robado para que pueda darlo de baja.

Me reí sin poder evitarlo y se me escapó una miga de pan aderezada con rebozado de los calamares que cayó en la mejilla de un

alucinado e improvisado camarero a domicilio. Tragué como pude y le quité los restos de la cara con la mano sin anticipar que aquel contacto físico tan nimio haría que me transformase en un gusiluz en cero coma dos segundos. Él sostuvo mi mano justo cuando iba a retirarla y nos quedamos en un silencio incómodo, mezclado con culpabilidad y un renovado sentido del ridículo que hacía años que no sentía. Acaté la orden de la informática recuperando mi extremidad de un tirón y le facilité la información que me requirió.

—¿Algo más? —pregunté medio engollipada, tanto por el bocado que me estaba intentando tragar como por el nudo en la garganta que me lo impedía. Ale cogió la bolsa y, como si del mismo Houdini se tratase, sacó una lata de refresco, la abrió y me la dio.

—No, todo bien. En unos minutos tendrá la información de ambos dispositivos en la nube que va enlazada a la cuenta de *email* que compartimos. Cualquier otra cosa que necesite solo tiene que avisarme, no duermo mucho. Buenas noches, señora Warne —se despidió, y lo último que escuché fue el sonido de las teclas del ordenador antes de que colgase sin que me diese tiempo a darle las gracias.

—¿Estás trabajando?

—Algo así —titubeé sin querer darle más datos de los que ya tenía.

—Lo cierto es que quería hablar contigo a solas.

—Ale, ahora mismo ando con la cabeza en mil sitios. Muchísimas gracias por la comida, realmente estaba famélica. Te debo una de las grandes.

—Solo quería avisarte de que los parroquianos están bastante asustados desde que se encontró el cuerpo de Marilyn, la gente cuando alberga ese sentimiento puede llegar a ser peligrosa, Kate.

—¿Es una amenaza?

—Para nada, solo estaba preocupado y quería ver cómo te encontrabas. Caterina me ha contado el accidente con la pistola de la otra noche, después Laura se tira al mar y, a continuación, aparece el cadáver de la desaparecida en el frigorífico. No quiero que corras peligro, eso es todo. Esta isla es muy tranquila, bueno, lo era…

—¿Sabes dónde encontrar un nubarrón en un *email*? —cedí,

reconociendo que necesitaba algo de ayuda.

—Sí —contestó tapándose la boca para que no se le escapara una carcajada.

Terminé el bocadillo y esperé hasta que llegó el mensaje de la informática. Ale me explicó que la puñetera nube era como una carpeta donde se guardaban mis cosas y que las podía abrir en cualquier dispositivo siempre que tuviese acceso a ese correo electrónico. Lo cierto es que era bastante útil, teniendo en cuenta que no tenía lo que se dice logística ni mucho apoyo allí en el culo del mundo.

Lo despaché de la manera más educada posible, alegando que estaba cansada y necesitaba dormir. En cuanto se hubo marchado abrí los documentos, primero el del móvil rosa, y allí estaban: Marilyn, Laura y Alice, las tres en cientos de instantáneas. Al hacer clic en el que era el mío se desplegaron en la pantalla las fotos que le tomé al diario y suspiré aliviada. Un alboroto proveniente del pasillo y las escaleras hizo que me sobresaltase. Me levanté de la cama y abrí tan solo una rendija de la puerta para fisgonear. Todos los reporteros estaban bajando sus bártulos, cerré y corrí a la ventana, allí, uno a uno, fueron saliendo del hostal. No tenía ni idea de lo que Nandor les había dicho para convencerlos, pero aún teníamos una conversación pendiente y después de esta inexplicable retirada general de la prensa no pude esperar para que la mantuviéramos, por lo que escondí detrás del armario el dosier de los casos que me había facilitado Silvia, prometiéndome que lo revisaría todo en cuanto regresase, me negaba a que nadie volviese a robarme información.

Capítulo Trece

Bajé de dos en dos las escaleras sin poder disimular mi alegría renovada, tanto por la comida como por contemplar cómo se marchaban los buitres. En la puerta de recepción estaban Nandor, Madre Shipton sentada en una sillita de madera con una especie de botafumeiro en la mano, oscilándolo de un lado a otro y llenando el pequeño *hall* de humo y olor a hierbas aromáticas, y Leo, esta última no llevaba puestas las gafas de sol y me extrañó bastante. El hombre les iba dando una palmadita en la espalda a cada uno de los que salían mientras que ella permanecía de pie sonriéndoles. Con precaución para que no cambiasen de opinión al verme, me situé tras ellos dos y le di unos leves golpecitos en el hombro a la chica. Esta se giró y yo reculé dos pasos.

—¡Tus ojos! —exclamé sin poder apartar la vista de ellos. Entonces comprendí que lo que había visto la noche del robo no fue fruto del golpe, el mismo que aún me dolía de forma considerable. Su pupila era una delgada línea negra y tenía el iris de una tonalidad rojiza con motitas amarillas, resaltado por la casi invisible esclerótica.

Nandor se dio la vuelta y, al igual que estuvo haciendo con el resto, apoyó su mano en mi espalda, y de inmediato noté que mi acelerada respiración se ralentizaba y me llené de calma, como si un ardor conciliador hubiera salido de su extremidad y se hubiese metido en mi cuerpo. Fue como fumarse dos porros de marihuana seguidos y estar en modo Bob Marley bailando *reggae*. Quería tres de esos para llevar, por favor.

Cuando todos hubieron abandonado el lugar, Nandor volvió a mirarme y me pidió que lo acompañase afuera, yo continuaba con esa mezcla de me la suda todo y *gustirrinín* en el cuerpo que ni en mis años de instituto. Seguimos a la multitud como el que va tras una

procesión, vieja fea vestida de negro al más puro estilo viuda años treinta con incensario incluido y con Leo dando saltitos a su alrededor. Por un instante mi mente volvió a pensar que estaba soñando, igual que me había sucedido en la cueva con la mujer extraña, cosa que aún no había logrado dilucidar con todo el jaleo que tenía.

El barco estaba en el muelle esperando a los viajeros, la cara de asombro del hombre que lo tripulaba fue para enmarcar, creo que jamás había visto a tantas personas entrar y salir de Tabarca en esas fechas. Aguardamos hasta que se montaron y se alejaron, mi atontamiento se fue desvaneciendo a medida que sentía el frío de la tarde y no pude evitar echar un vistazo a Leo, pero esta ya llevaba de nuevo puestas sus inseparables gafas de sol y no fui capaz de verle los ojos. Madre Shipton estaba sentada en un noray con el humeante cacharro metálico en la mano, moviendo los labios mientras decía algo en un tono tan bajo que me resultó incomprensible. Nandor se encontraba situado un paso más adelantado que yo y hacía exactamente lo mismo que la vieja. Leo no, creo que ella se había fumado la mezcla de hierbas a escondidas, porque danzaba de un lado a otro cual ninfa del bosque, a veces demasiado cerca del borde del muelle como para que mi demonio interior no pensase en darle un empujoncito, que conste en acta que jamás dije que me considerase buena persona, ni mucho menos…

Me senté en una bita[5] cercana, puse los pies en su análoga y contemplé alejarse la embarcación. De pronto oí una especie de música y cerré los párpados para sentirla mejor. Era una canción que parecía provenir del viento y este mismo le hacía de amplificador, el resto del mundo se silenció, tan solo se oía esa melodía, ni gaviotas ni olas, nada de nada. La brisa la mecía como si la voz estuviese acompasando el ritmo con ella, cerré los ojos y me dejé llevar por la cadencia de las notas que iban penetrando en mí, extendiéndose en cada resquicio de mi devastada alma, intentando unir los trozos que creía resquebrajados para siempre. Cuando abrí de nuevo los ojos vi algo saltar cerca del barco que se alejaba, una cola salía a la superficie una y otra vez y rodeaba la embarcación a una velocidad que jamás hubiera creído posible en ningún ser vivo. Contemplé cómo iba

creando olas que provocaron que el transporte se moviese igual que si se hallase dentro de un tornado. Hasta que algo en mi interior se encendió y me incorporé de un salto. Nandor subió los decibelios de su rezo, al igual que Madre Shipton, mientras que Leo bailaba y saltaba casi sin tocar el suelo, los dos primeros no apartaban la vista del barco, podría jurar que ni tan siquiera pestañeaban. No comprendía bien qué sucedía ni si me acababa de volver loca del todo, pero de lo que sí estaba segura era de las intenciones de esas personas, ayudados por lo que fuese que estuviese en el mar. Pretendían hundir a los periodistas, los mismos que me caían como tres patadas en el culo, eso era cierto, pero como para ahogarlos… tampoco.

—¡Nandor, detente! —le exigí a pleno pulmón, sin que este se inmutase con mi presencia—. ¡Cojones, que pares!

El resto del agua se encontraba en calma, tan solo la que colindaba con la embarcación parecía que estuviese metida en su tormenta infernal particular, y lo peor era que yo no tenía ni zorra idea de qué hacer. Desesperada, me acerqué a uno de los botes de los pescadores y rebusqué entre los aparejos de pesca hasta que hallé un arpón de los pequeños. Corrí hasta Leo, la agarré del brazo y le puse la afilada punta en el cuello. La chica soltó un grito, tanto por la impresión de verse acorralada y amenazada como por el dolor que le estaba provocando la punción en su yugular, la presión que hice fue tal que pude ver una gota de sangre correrle por la clavícula.

—¡Puto loco de mierda, o paras o me la cargo!

La advertencia logró su propósito y el hombre se detuvo a la vez que la vieja, ambos se pusieron frente a mí y me encararon. Sin embargo, el barco se movía cada vez más deprisa sin que ellos estuviesen ahora provocándolo. Mi cabeza se encontraba a punto de cortocircuitar.

—No hagas nada de lo que puedas arrepentirte, Kate —me aconsejó el maníaco.

—¿Que yo no haga nada de lo que pueda arrepentirme? ¡Vamos, no me jodas! Ya podéis decirle a Flipper[6] que se detenga antes de que mate a esas personas o me la cargo ahora mismo —amenacé de nuevo elevando más el tono.

De pronto, Nandor silbó al aire lastimando mis tímpanos, no obstante, yo no pensaba liberar a Leo, era mi única carta de intercambio. Cuando terminó, el resto de los sonidos recuperaron su voz y el mar volvió a la normalidad. Suspiré y, sin soltar el arma, lo enfrenté.

—Vais a contarme qué está sucediendo aquí, y tú —regañé a Leo— quítate las jodidas gafas.

Los ojos de Nandor se centraron en mi prisionera, al segundo siguiente los tres asintieron con la cabeza como si tuvieran alguna especie de conversación en otra onda distinta que yo no podía escuchar. Leo me obedeció, las tiró al mar y me miró sonriente con esos ojos que parecían dos llamas refulgiendo en la noche de las que no pude retirar la vista. Solté un poco mi agarre, ella aprovechó para girarse cual peonza y saltó, tan alto que tuve que dar un paso atrás para que su impulso no me derribase. Entonces, sucedió algo que mi mente no fue capaz de procesar. A medida que la chica iba ascendiendo, contemplé cómo su cuerpo sufría una metamorfosis extraña: se redujo y le salieron una especie de plumas negras hasta terminar convertida en la misma ave que quería estar con nosotros en el barco en la mañana. Lanzó un chillido agudo y, sin saber cómo, comprendí su significado.

«¡Soy una gauda!».



Me desperté oliendo a flores secas y con algo pegajoso en la cara. Intenté incorporarme y fue como si mi cuerpo no me respondiese. Al abrir los ojos, asustada, contemplé el techo de mi habitación del

hostal, pero eso fue lo único que pude hacer. Me habían inmovilizado y cubierto la boca con una especie de hilos de seda viscosos que me estaban dando mucho asquito.

—Me alegra ver que ya estás despierta —oí la voz de Nandor a mi lado.

Utilicé todas las fuerzas que tenía para coger impulso y liberarme de mi crisálida improvisada, justo cuando los hilos decidieron hacerlo ellos solitos, y pegué un brinco considerable yendo a caer sobre una sonriente Leo. Las hebras del material húmedo se me pegaron a la piel como si acabase de salir de una telaraña gigante y la sensación hizo que empezase a darme manotazos para quitármelas, la escena se debió parecer mucho a cuando salen en las películas los protagonistas en algún sótano mugriento. No pude evitar que algunas partes de la seda se colasen en mi boca y las degusté sin querer, llenándome las papilas gustativas de un sabor salado que me revolvió el estómago. Corrí hasta el baño y vomité como jamás lo había hecho hasta ese instante, a mi gremlin tampoco le hizo gracia y estaba mostrando su disgusto ante tal nauseabunda intrusión. Desde luego que mi primera intención de mostrarme dura y plantar pelea se fue a la mierda cuando salí del servicio con toda la cara de los pies de otro y limpiándome las comisuras de la boca.

—¿Mejor? —quiso saber mi captor con voz preocupada.

—Como si a ti te importase una mierda… ¿Qué cojones era eso?

—Babas de Madre Shipton —contestó Leo con su euforia habitual, haciendo que el mero pensamiento de que fuese verdad que me acababa de tragar la saliva extraña de la fea me subiera de nuevo la bilis a la garganta y retomase mi idilio con el maldito inodoro.

—¡Leo! —la amonestó Nandor, y a continuación oí que la puerta se cerraba de un portazo—. Siento mucho todo esto, te prometo que mi intención no fue que te enterases así, ni tampoco hacerte ningún daño. Eres muy importante, Kate.

Ahora el enorme hombre se encontraba apoyado en el quicio de la puerta del baño, dándome privacidad cero.

—Voy a llamar ahora mismo a la comisaría y os van a detener por secuestro, por intento de asesinato, por querer hacer naufragar un

barco y por mil cosas más que todavía no se me han ocurrido, pero que se me ocurrirán, no te preocupes —amenacé, pareciendo una auténtica lunática.

—No hemos secuestrado a nadie, te desmayaste en el muelle y te trajimos a la cama. Tampoco matamos a nadie y mucho menos hemos hecho que ningún barco se hunda. Mira, Kate, esto te viene grande y me temo que no estás lista. Confieso que cometí el error de pensar que sí en un primer momento, pero a la vista está —continuó diciendo mientras me señalaba— que no lo estás.

Desde el último ataque había guardado la pistola detrás del inodoro, y en esos instantes me alegré por mi paranoia. Agarré el arma y lo encañoné con ella.

—Como hayas robado alguna de las pruebas que estaban en mi bolso, juro por Dios que te meteré esto en el culo y dispararé. Y ahora mismo me vas a contar qué es para lo que no me ves preparada y qué mierda llevaban las hierbas que tenía esa vieja para que alucinase en colores. —«Además de dónde se compran», pensé sin poder evitar esbozar una sonrisa.

—¿Qué sabes del caso?

—Nada que sea de tu incumbencia.

—Kate, si nosotros estamos aquí es porque necesitas nuestra ayuda. Ten muy claro que no nos mojamos por nada, no somos ángeles de la guarda ni nos dedicamos a hacer el bien en la Tierra. Sintiéndolo mucho, salvar a la humanidad no es nuestra causa. Sin embargo, sí lo es cuando se meten otros que poseen la misma sabiduría que el aquelarre. Solo entonces decidimos entrar en el juego.

—¿Te refieres a los tatuajes de las víctimas? Silvia tenía razón y es un tipo de secta, ¿vosotros estáis usando la sangre de esas pobres chicas para entreteneros con carneros y esas mierdas? ¡¿Las habéis asesinado para jugar a hacer magia?! Vamos, no me jodas. Ya me topé con un psicópata que creía que el Todopoderoso le mandaba perpetrar sus crímenes y, créeme, acabé hasta el toto de él.

—Nosotros no hemos tenido nada que ver. Solo te pido que confíes en mí, podemos ayudarte a solucionar esto.

—Digamos que te voy a seguir la corriente porque me has pillado

con las defensas bajas —le informé, extendiendo la palma de la mano libre de forma teatral para hacer más énfasis en eso de que estaba en un momento jodido, o vulnerable, pero jamás reconocería esto último—. ¿Quién es el culpable de las muertes?

—No lo sabemos.

—¿Y en qué se supone que me vas a ayudar si no tienes ni puñetera idea?

—Estamos en ello, el que sea se ha escondido bastante bien, ha usado algún tipo de magia de ocultación que desconocemos —se lamentó como si se creyese cada palabra que decía. Aquel tipo estaba muy mal de la cabeza, y esos eran los más peligrosos.

—Bueno, mira, hagamos una tregua. Tú te ocupas de buscar las varitas y la capa de invisibilidad de Harry Potter, Leo se encarga del mapa del merodeador y la puta vieja que no se me acerque más en la vida con esas hierbas. Yo, por mi parte, seguiré el curso de la investigación al modo *muggle*, cuando alguien tenga una pista se la dice al otro, ¿te parece?

—Las capas de invisibilidad ardieron hace muchos años en la inquisición, y las varitas no se encuentran en una isla, tiene que ser en un bosque encantado o en el que hayan pasado sucesos mágicos lo bastante fuertes como para que afecten a la composición natural de los árboles, no es tan sencillo. El mapa ese no sé cuál es, si me das más pistas puedo poner a Leo a ello, si es que lo crees necesario. Aunque yo tenía pensado cerrar la isla para que nadie pueda salir, por eso se estaba moviendo el barco, solo intentábamos crear una barrera y que ellos se olvidasen de lo que ha sucedido aquí. Y te prometo que Madre Shipton no volverá a atarte ni a quemar nada cerca de ti. Te lo has tomado mejor de lo que creía —concluyó, sonriendo.

«¡Dios mío de mi alma! ¡Y que todos los locos del mundo me toquen a mí!». Después de esto pensaba tomarme unas vacaciones, pero de las de verdad… Estaba empezando a echar de menos a los asesinos normales y corrientes de toda la vida.

Me escondí la pistola en el pantalón y despedí a Nandor de la forma más educada posible, aquel hombre andaba mal de la cabeza, lo mejor sería seguirle la corriente y que permaneciese cerca. Aún no sabía si

era amigo, enemigo o simplemente un pirado, así que prefería tenerlo controlado. De lo que estaba segura era de que no me fiaba de ninguno de ellos y de que tenía que centrarme en el caso.

Capítulo Catorce

Me di una ducha y bajé al bar a por un café para llevar. Les tocaba trabajar a las fuerzas de la ley de la isla, aunque ellos no lo supieran aún. Ale estaba poniendo algunos desayunos, al vernos tuve una reacción incómoda y mi intención no era estar con él así, apunté una nota mental para mantener una conversación con el camarero, me caía bien, y eso ya era decir mucho. Le pedí un café y me senté en la terraza para tener un rato de tranquilidad.

Llevaba en mi bolso el dosier y el teléfono, con la idea de ir a la minicomisaría para ver qué podía hacer con el ordenador. Estaba decidida a plasmar todas mis conjeturas en papel y luego ir a ver a Silvia para darle las pruebas y mis pesquisas, si lograba algo en claro a lo mejor no se enfadaba demasiado y me mantenía en la investigación, pese a haber vuelto a ocultarle cosas.

Me sentía un poco estancada, cuando me pasaba eso necesitaba centrarme y calcular bien los siguientes pasos a dar, saqué mi libreta y me puse a hacer una lista de tareas pendientes, eso siempre me funcionaba cuando no sabía por dónde tirar:

- Primero me adueñaría de la oficina principal de la comisaría y montaría mi bandera a modo de pizarra psicópata del caso.
- Después sacaría la información del ordenador, vale, yo no, precisamente, pero sí que me tocaría analizarla a mí.
- Luego revisaría las fotos de los *emails* que me mandó la cerebrito del teléfono rosa y de las que le hice al diario.
- Le pondría cara del gato de *Shrek* a Silvia para que no me mandase al carajo y me ayudase con los siguientes pasos:
- Necesitaba ir al hospital y hacerle una visita a la chica parapente y que me contase qué había sucedido.

- También debería ir a interrogar a los padres de las que habían fallecido.
- Y no podía olvidar hablar con la que me quedaba viva y a la que tenía más cerca.

No obstante, no quería atosigarla mucho, por el momento dejaría esa pesquisa para el final. Cerré mi cuaderno con una sonrisa y Ale se sentó frente a mí mirándome con el ceño fruncido —sí, aunque muchos digan que no, se puede fruncir el ceño, inténtalo, es como poner cara de estreñido—.

—¿Sucede algo? ¡No me jodas que tengo restos de esa cosa en la cara, me he duchado como la que se está exfoliando con la lengua de un tigre, lo prometo!

—No sé de qué estás hablando, pero mucho me temo que es peor que eso extraño que dices.

—¡¿El qué?!

—No quiero asustarte, ni que te sobresaltes. Sin embargo, me veo en la obligación de decirte que me ha parecido ver una mueca extraña en tu cara, se parecía a una sonrisa. ¿Tengo que llamar a un médico o algo? —contestó, haciendo que se le formasen dos hoyitos a ambos lados de la cara que serían capaces de crear un tsunami mundial al derretir lo que nos queda de los Polos.

—Sabes que eres muy tonto, ¿verdad? —le informé sin poder quitar esa estúpida sonrisa de mi cara.

—Algo me habían dicho, sí. Pero ¡ten cuidado!, que vuelve a estar ahí y alguien más podría verla, pensaría que no eres un monstruo y a lo mejor hasta te saluda —continuó burlándose de mí, con más razón que un santo. Me levanté, le propiné un manotazo en el hombro y me agaché para susurrarle al oído:

—Será nuestro secreto, pero para cumplir a la perfección con el *quid pro quo* y estar en paz, te toca invitar al café. —Y me marché de allí dando pequeños saltitos a modo de Heidi en las montañas, a falta de ovejas y de Pedro.

Entré en las oficinas de mejor humor del que yo misma hubiese esperado, no era la conversación que tenía pensado tener con Ale,

pero si valió para limar asperezas, me servía también. Además, después de mi charla con Nandor, me había dado cuenta de que tanto él como su extraño aquelarre estaban como puñeteras cabras, por lo que decidí que, pese a que seguían siendo sospechosos, los dejaría a un lado e investigaría lo más mundano. En el setenta por ciento de los casos de homicidios el culpable se hallaba dentro del círculo familiar, en su mayoría cónyuges directos. En esta ocasión, me echaba para atrás esa hipótesis la muerte de las otras chicas que no eran de la isla, pero por algún lado tenía que empezar a tirar.

—Buenos días, tortolitos. ¿Dónde está mi despacho? —Entré como un tornado en las oficinas y los dos agentes se pusieron en pie y se quedaron sin palabras al ver cómo irrumpía en su terreno, poniendo todo su mundo patas arriba.

—Buenos días, Warne. Nosotros no… quiero decir que no… a ver, la gente del pueblo es muy… —comenzó a tartamudear Becerra mientras que el rubio se iba poniendo más colorado por momentos.

—A ver, Becerra, Salazar, dejemos una cosa clara. Me la pela bastante dónde meta cada cual su palito, siempre que no me lo intenten meter a mí doblado. No sé si me he explicado bien.

Continué andando hasta llegar a dos puertas, en una ponía «Servicios» y en la otra nada, por lo que deduje que la sin nombre era la que decía Kate Warne a gritos. Entré y, *voilà*, una sala con una mesa, un teléfono, una impresora y un montón de armarios, una ventana grande para poder abrirla y fumar cuando me diera la gana y un sillón que había visto tiempos mejores, al menos no tenía manchas blancas, pero no descarté pasarle la luz UV antes de sentarme… Saqué mis bártulos bajo la atenta mirada de los dos agentes y los miré sonriendo.

—¿Tenéis una cafetera y una pizarra por aquí?

Sus rostros eran de terror, Joseph me decía a veces que daba más miedo cuando me mostraba agradable porque, debido a la falta de costumbre, sonreía haciendo una mueca extraña que era una mezcla entre cara de psicópata y niña de *El exorcista*. Sentí un pinchazo en el corazón tras ese recuerdo.

—No tenemos pizarra, pero puedo conseguir un corcho, ¿le vale?

—respondió el rubio, que estaba comenzando a perder la tonalidad almorrana adquirida segundos atrás.

—Bien, podría apañármelas. Si no queréis que me transforme en el *Grinch*, ya estáis buscándome un café. Y, Becerra —añadí antes de que les diese tiempo a salir corriendo—, cierra la puerta y llama cuando quieras entrar.

«Si los hubiera tenido en mi comisaría se habrían comido más guardias de tráfico a la salida de los colegios que días tiene el calendario», pensé moviendo la cabeza mientras los imaginaba de esa guisa.

Coloqué el ordenador de Marilyn en la mesa, lo enchufé y llamé a mi nueva salvaculos, alias «cerebrito particular».

—Señora —respondió antes incluso de que acabase el primer pitido del teléfono.

—Te estoy cogiendo pelusilla, cerebrito.

—¿Estamos hablando en clave, señora? Necesitaría primero las cuantificaciones del código para poder comprenderla.

«Dios mío, dame paciencia porque como me des fuerzas voy y la mato…».

—Sí, tu nombre en clave será Pelusilla.

—¿Y el suyo…?

—El que te salga del *toto* menos «señora» —la corté antes de que pudiese acabar la frase—. Vamos al grano, tengo el portátil de la víctima y necesito que me ayudes a abrirlo, la tapa no, eso sé hacerlo. Quiero saber qué tiene dentro.

—Precisaría de algunos datos para poder conectarme de forma remota y volcar la información en la nube que tenemos en el *email*… —Mantuvo la última palabra en el aire más tiempo de lo normal, sobre todo, teniendo en cuenta que aquella mujer hablaba en modo ametralladora habitualmente.

—¿Sucede algo? Ya sabes que tienes permiso para ayudarme en el caso.

—No es eso.

—¿Entonces?

—No me gusta Pelusilla, prefiero ser Penélope García —respondió

muy digna, haciendo que casi me cayera del sillón del ataque de risa.

—¿Como la friki de *Mentes criminales*? —Oí un leve carraspeo en la línea e intenté dejar de troncharme—. Vale, pero si yo te llamo así, tú me dices Kate, ¿trato?

Después de ver piezas en un ordenador que no sabía que existían y rezar para no cargármelo, colgué y esperé a que hiciese su magia. Salazar llegó con un trozo de corcho gigante, entre los dos movimos unos archivadores que debían llevar allí desde la posguerra y dejamos libre una pared entera. Lo colocamos, le robé el café a Becerra, que había ido al bar a traérmelo, y los largué de allí sin miramientos, es decir: cerrándoles la puerta en las narices. La única pega de aquel zulo improvisado era que no tenía cerrojo para poder encerrarme y que no me tocasen demasiado los ovarios, aunque pensaba arreglar eso en cuanto tuviese un poco de tiempo.

Con el dosier de Silvia en la mano fui colocando en el panel las fotos de las víctimas cuando estaban vivas y después en la morgue, las ubicaciones, dónde fueron encontradas y cuánto tiempo transcurrió entre un asesinato y otro. El arma del crimen, los tatuajes *post mortem* y añadí también las fotos que descargué del móvil del diario de Marilyn, y que imprimí con bastante trabajo, casi estuve a punto de dibujarlos… Una vez que lo tuve todo me di cuenta de algo, no tenía ni pajolera idea de qué estaba viendo.

—¡Becerra! —chillé como la que está sufriendo un ataque al corazón. Este entró rápido dando un portazo—. Ven, siéntate aquí.

Lo puse frente al corcho y aguardé a ver qué decía.

—¿Es otro caso?

—No, y sí, dime qué ves o qué entiendes en este galimatías, a veces las ideas buenas pueden provenir de fuentes inesperadas.

—Creo que además de que quien lo hizo era zurdo, no veo mucho más, aparte de que son chicas jóvenes y bastante guapas, ¿serían vírgenes? Lo del tatuaje se asemeja demasiado a un ritual satánico o a misa negra —elucubró Salazar desde la puerta, dejándome a cuadros.

—¡Para que luego digan que las rubias son tontas! —Eso, aunque no lo parezca, era un halago.

—No me ha dado tiempo a pensar —se quejó Becerra en modo niño

pequeño en el colegio.

—Espera, espera, algo no me cuadra —dije, recordando. Quité al torpe de mi asiento y me puse a buscar en el informe forense—. ¿Por qué dices que era zurdo? El forense ha puesto aquí que era diestro en todos los casos.

—Lo supongo por el corte de las fotografías de la morgue. La parte que está más abierta de la hendidura es en la que acaba la cuchillada, por eso creo que la dirección que toma es la de una persona zurda, esta zona se encuentra en la izquierda, si fuera diestro estaría en la derecha —respondió, orgulloso.

—No querrás que te llame Grissom, ¿verdad?

—Yo era más de Dana Scully —reconoció, sonrojándose.

—¿Cuándo sale el siguiente barco? Tengo que ir a hablar con el forense y con Silvia.

—Nos han informado que el último tuvo un pequeño problema y que no podrá regresar en unos días. Me temo que estamos atrapados, a no ser que ocurra alguna urgencia y tengamos que llamar a un helicóptero —me informó Becerra.

Mi mente no pudo evitar recordar el incidente en el muelle y los extraños cánticos del supuesto aquelarre.

—Vale, hacedme un favor, acabamos de encontrar el ordenador hoy mismo y voy a comunicárselo a Silvia, si os chiváis también os quedaréis con el culo al aire, así que más os vale no joderme.

En cuanto la puerta se cerró y me quedé de nuevo sola, telefoneé a Silvia y le conté, con mi mejor interpretación de persona cívica, que tenía en mi poder el portátil de Marilyn y que lo estaban analizando. Pero que, lamentablemente, no podíamos salir de la isla y me era imposible llevárselo. La mujer alabó mi rapidez mental a la hora de mandarlo a examinar de forma remota y me sentí como una jodida mierda —durante unos segundos, eso sí, no voy a mentir—. Le pedí que se encargase de ir a hablar con la chica del hospital o con el que estuviera con ella, necesitábamos saber si se había caído, tirado o si la empujaron. Además de que también tendría que visitar de nuevo a los padres de las anteriores víctimas, esa parte no me daba ninguna pena perdérmela, en mi estado era capaz de ponerme a llorar en modo

María Magdalena. Yo, por mi parte, tendría que recurrir al último punto de mi lista: hablar con Alice.

Capítulo Quince

Silvia

En cuanto Kate me informó de todo lo que estaba haciendo, me sentí bastante inútil; en realidad eran mis casos, mi paranoia personal, y estaba delegando en una civil. Vale que se trataba de una con los ovarios mejor puestos del mundo, pero no me servía como excusa para haber estado escaqueándome. No puedo negar que fue un gran alivio encontrarla y que, encima, quisiera involucrarse. Además, que me llamaran desde arriba para que le diera manga ancha consiguió quitarme un peso de encima, uno muy muy grande. Mi cabeza no dejaba de especular que todos los crímenes estaban relacionados, y tenía que demostrarlo. La obedecí cual novata y apunté todas sus indicaciones con una sonrisa en la cara. Era agradable que volvieran a decirme qué hacer y qué no. Consideraba una tarea fácil acatar órdenes, lo complicado para mí siempre fue darlas y ver la cara de pitorreo del personal cuando yo las impartía.

Lo que más llamó mi atención fue lo de que el asesino no era diestro, tal y como puso Edmon en todos sus informes. Una de dos; o el agente de Tabarca no tenía ni idea, o a mi forense se le había subido el formol a la cabeza… Tenía que aclarar ese punto en cuanto tuviera oportunidad.

Me monté en el coche y me fui al hospital, como le había prometido a Kate. No me hacía ninguna gracia que estuviese incomunicada en esa isla. Si algo le sucedía, primero me cortarían las trompas de gratis y, segundo, no podría superarlo. Cuando supe que vendría a la comisaría, me releí su expediente como tres veces seguidas. No daba crédito a la mala suerte que acompañaba a la mujer, si yo hubiese estado en su lugar, con total seguridad estaría encerrada en un

manicomio o me habría quitado la vida. ¿Cómo se puede lidiar con tantas muertes a la espalda? Ninguna fue por su culpa, pero sí por su causa. Verla casi desmoronarse el otro día en el despacho me hizo sentir como los matones que me amedrentaban en la academia, en la universidad, en el instituto, en el colegio, en el jardín de infancia y creo que hasta entre los espermas de mi jodido padre dentro de sus testículos. Al igual que ella, yo tenía una lacra con la que luchaba cada día, y la consideraba lo bastante pesada como para añadirle nada más. No me consideraba débil, pero jamás en la vida sería tan fuerte como Kate Warne.

Al entrar en la planta en la que se encontraba la chica me topé con un hombre con gesto sombrío y mirada perdida. Estaba al lado de una mujer morena con unas marcadas ojeras y ojos hinchados. No había que ser muy inteligente para dilucidar que eran los padres de Laura. Si estuviera en su lugar, mi aspecto no sería muy distinto al de ellos. Carraspeé con la intención de que me prestasen atención y saqué mi placa para identificarme.

—Soy la inspectora Silvia Barrera, lamento mucho lo sucedido. ¿Cómo sigue su hija?

—Tiene rota una pierna, un brazo y una fuerte contusión en la cabeza, pero ninguno de esos golpes explica el motivo por el que no se despierta —me respondió el padre aguantando la congoja que se le vislumbraba en el timbre de la voz.

—Necesitamos saber qué sucedió, estoy segura de que ustedes también. Me gustaría pedirles un favor, tengo a una agente de campo en la isla, ella necesita entrar en su domicilio y buscar posibles pruebas. A lo mejor las chicas estaban siendo extorsionadas o chantajeadas por un adulto. ¿Tenía su hija teléfono móvil, ordenador o tableta?

—Somos una comunidad unida y tranquila, nadie de los nuestros le haría nada a las niñas —contestó, anteponiendo a los isleños y dejándome sorprendida.

—Motivo por el cual no estamos interrogando a nadie. —«Aún», pensé sin intención de exteriorizarlo—. Por eso necesitamos los dispositivos electrónicos que tengan conexión a internet, el ciberacoso

a menores es más común de lo que los padres creen.

—Pero…

—¿Quiere atrapar al que le hizo eso a su hija? —agregué sin dejar que terminarse la excusa, la misma que seguramente me alteraría y echaría por tierra mi fachada de poli buena.

—Sí, tiene mi permiso para coger esos objetos de mi casa, pero solo esos. No quiero que nadie hurgue en nuestras cosas, ni en las de mi niña —aceptó, y suspiré aliviada—. Prométamelo por Dios.

—Se lo juro por Dios —aseveré desde el agnosticismo que me representaba sin temor a incumplir mi promesa.

—Ale tiene una llave de nuestro hogar, es el que regenta el bar Ramos, él guarda una de casi todo el pueblo, es el que se encarga de cambiarnos las cerraduras y de abrirnos si hay algún incidente.

Se acercó a su esposa y la abrazó, la mujer no se había levantado de la silla, le temblaban las manos y no articuló palabra. Le di una tarjeta y le dije que se pusiera en contacto conmigo en cuanto su hija despertase.

Me pareció extraño que las llaves de los domicilios de la isla no se los confiasen a la policía y sí a un tabernero. Nada más salir del hospital saqué mi teléfono y llamé a Kate mientras me dirigía al coche.

—Aquí una que está hasta el higo al aparato —contestó hastiada.

—¿Respondes siempre así?

—Solo cuando no sé quién es, a mi jefe le decía cosas peores. Me echa de menos.

—¿Y se puede saber qué te pasa?

—El retrasado del padre de Alice no me deja hablar con ella, es el tío más cabezón, estúpido y machista que me he echado a la cara en toda mi maldita vida. Estoy en un callejón sin salida y sin poder moverme de aquí. Como me siga desesperando, robo un bote y voy a verte.

Sonreí; la veía muy capaz de cumplir con su amenaza.

—A lo mejor si entras en casa de Laura y coges solo y exclusivamente los dispositivos electrónicos de la chica te entretienes un poco.

—¿Espero a la noche y fuerzo la cerradura? —me preguntó, entusiasmada.

—No, Kate, tenemos permiso de la familia, las llaves las tiene un tal Ale, el camarero del bar.

—Le acabas de quitar toda la gracia a lo de allanar moradas. ¿Cómo lo has conseguido? A mí me quieren escupir y a ti te dejan entrar a fisgonear en sus hogares… Va a ser que tener cara de no haber roto un plato sí que sirve de algo.

—Se cazan más moscas con miel que con hiel, Kate. Además, puede ser que le haya prometido que no rebuscarías entre sus cosas personales, pero, a decir verdad, yo no estoy allí para poder impedírtelo.

—Eres una zorra maquiavélica, cada vez me caes mejor.

—Pásame el número de teléfono de la informática que nos está ayudando, quiero ver si puedo serle útil. Avísame en cuanto tengas algo, haz fotografías de todo y usa guantes, por Dios —le pedí, rezando para que me hiciese caso—. Y, Kate, ten cuidado.

—Sí, mamá, yo también te quiero.

Colgué y entré a mi vehículo riéndome al imaginarla en plan Lupín entrando en la casa a hurtadillas. Me puse el cinturón y miré por el espejo retrovisor, tenía esa manía siempre que me subía al coche, de niña me daban miedo los fantasmas y eso de *la mujer de la curva* me caló hondo. Gracias a esa manía persecutoria mía pude ver el reflejo de algo brillante acercándose a mi cuello.

Capítulo Dieciséis

La verdad era que la chiquitita me acababa de alegrar el día. Cuando fui, con mi mejor sonrisa, a casa de Alice para hablar con ella salió el padre hecho un toro de Miura, solo le faltó soltar espumarajos por la boca para largarme de su puerta. Su mujer volvió a mantenerse al margen, en un segundo plano, oculta en las sombras detrás del portón, supe que estaba allí porque le vi las zapatillas. En esos instantes echaba de menos mi placa, mi pistola, mi táser, las esposas y las bridas. Mi humor decayó lo suficiente como para encontrarme con Leo de camino al hostal y gruñirle a modo de saludo. La felicidad de esa loca me sacaba de quicio. Entrar y toparme con Madre Shipton en la puerta sentada en una sillita de playa, al más puro estilo Mari de pueblo, hizo que se me pusieran los vellos de punta, esa mujer realmente daba escalofríos. Mientras subía para cambiarme de ropa y ponerme algo más adecuado para allanar casas, me crucé con Nandor, quien no tenía ninguna intención de dejarme tranquila.

—Kate, quería hablar contigo. Creo que tenemos algo.

—Tienes treinta segundos y te quedan tres —contesté bufando mientras iba por el pasillo hasta mi dormitorio.

—Leo ha visto movimientos extraños en las puertas de la isla, puede que no sea nada, pero deberíamos comprobarlo. Madre Shipton ha estado intentando localizar algún resto en el frigorífico, aunque creo que el que lo haya hecho sabe quiénes somos y se está cubriendo las espaldas.

—¿Qué puertas, Nandor? ¡Estamos en una jodida isla! ¡No hay puertas! Y dile a la vieja que se aleje de la comida, no quiero morir de inanición y me da mucho asco imaginarla chupeteando por ahí. —Pensarlo hizo que se me revolviese el estómago, literalmente. Tuve

que aguantar una arcada que me sobrevino de pronto y taparme la boca con la mano.

—Vamos a tener que pedir ayuda a otro elemento, me temo que no estamos en igualdad de condiciones —se lamentó, apesadumbrado, entrando sin que lo invitase.

—Llama a quien quieras, menos al Capitán Planeta, ese me caía mal de pequeña, las Tortugas Ninja serán mucho más efectivas, dónde va a parar…

—Kate, algo me dice que no te lo estás tomando en serio.

—Sí, hombre, por favor. Me lo estoy tomando muy en serio, porque si no lo hiciera me lo estaría tomando con alcohol, y resulta que no puedo beber, así que no me toques los ovarios y vete a quemar las hierbas a donde te salga del pito, pero déjame tranquila. No quiero que me vuelvas a molestar a no ser que encuentres al culpable u otro cadáver. ¿Ha quedado claro?

—La señora cotilla está muerta —nos interrumpió Leo, igual de sonriente que si dijese que a la de la harina le acababa de tocar la lotería.

—¿Qué dices, loca? —Estaba comenzando a rebasar mi límite de paciencia con el circo de criaturas extrañas que tenía a mi alrededor.

—La señora que te cae mal está muerta, la vi hace un rato. Le han sacado los ojos, tiene clavado algo en las orejas y creo que la han ahogado también.

Eso sí que no me lo había esperado, había leído el dosier de Silvia las veces suficientes como para sabérmelo de memoria, solo por si me volvía a topar con el impertinente del forense y me hacía alguna otra pregunta. Por cierto, la redacción del hombre no era lo que se dice buena, se entendía la mitad de lo que ponía.

—¿Dónde está? ¿Has avisado a los agentes al cuadrado?

—No me gustan, me miran mal.

—¿Dónde está la muerta, Leo? —insistió Nandor.

—Está en la cueva de Llop, y no le hace ninguna gracia tenerla allí.

Cambié mis planes y me aventuré a ir con ellos a las cuevas, no sin antes avisar por *walkie* a los Alonsos para que viniesen. Lo de quedarme con el culo al aire ahora mismo no era una opción, menos

cuando la vida de mi gremlin estaba en juego también. Me hice una nota mental: «No volver a decir que me aburría», el Karma es un gran mamón.



No recordaba que la bajada a las cuevas fuera tan dificultosa. La primera vez que la vi accedí por el mar y casi no sé cómo salí, me di cuenta de que Nandor casi tuvo que haberme llevado en volandas para que no me hubiera percatado de lo escarpado del terreno. Eso me hizo sentir mal por tratarlo como el culo, pero es que estaba como una jodida chota y me sacaba de mis casillas escucharlo hablar con esa parsimonia sobre magia y demás mierdas. También era porque, en parte, me recordaba al asesino de Joseph y sus estúpidas creencias psicópatas, ampararse en un ser mayor para cometer actos inhumanos me parecía una excusa tan absurda como decir que un elfo me lo pidió. Nandor estaba convencido de lo que decía, lo percibía en su forma de hablar, y eso me daba miedo. Es más sencillo luchar contra la locura humana que contra la solidez del fanatismo acérrimo, cuando las personas pelean por ellas mismas se cansan antes que si lo hacen por una causa, sea entendible o no para el resto de los mortales y eso, precisamente, era lo que me aterraba.

En cuanto estuvimos en la entrada, oí un chapoteo en el agua y vi una gran cola de escamas relucientes alejarse dando golpes contra el agua, parecía como si aquel bicho estuviera muy enfadado y quisiera demostrarlo de alguna forma. Recordé a la mujer de piel pálida y gelatinosa que me atizó un pescadazo en todos los morros así de buenas a primeras, mi imaginación creaba criaturas que tenían la

misma mala leche que yo para martirizarme, pero debía reconocer que esa en particular me había caído bien.

Después de que anduviéramos unos metros con las linternas encendidas —sí, ya no iba a ninguna parte sin tener, mínimo, una en mi bolso-mochila—, nos topamos con una imagen dantesca hasta para mí, que podía jactarme de haber contemplado mil atrocidades. La cotilla iba vestida como el primer día que la vi, lo que me hizo suponer que nunca se fue de la isla, como el resto pensaba. Dos hierros le sobresalían de las orejas y otros dos estaban clavados en lo que una vez fueron sus ojos, además una raja le cruzaba el cuello como una doble y tétrica sonrisa mortal. Alumbré a su alrededor sin encontrar restos de sangre, por lo que deduje que no la mataron allí. Traer el cadáver hasta aquí y esperar a que la marea subiese para llenar la cueva y así eliminar el cuerpo era una buena idea, pero también una complicada de llevar a cabo sin ser visto y por solo una persona. Unos ruidos interrumpieron mis pensamientos.

—¡Hombre, Zipi y Zape! Ya era hora de que aparecierais —me quejé a la vez que mi estómago rugió de hambre, al final iba a ser cierto eso de que tenía un jodido gremlin en la barriga, siempre me sentía famélica. Ambos miraron a donde apuntaba la luz y vi sorpresa en sus ojos—. Hay que llamar a la inspectora para que envíe un helicóptero a recoger el cuerpo.

—La marea está a punto de subir, Kate —me avisó Nandor.

—Vale, cambio de planes. Tweedledum y Tweedledee, decid un número, que me parece que os ha tocado ir cagando leches a por la camilla del consultorio y sacar a la difunta de aquí. —Me resultó feo seguir llamándola cotilla, aunque no estaba de acuerdo con esa costumbre popular de dignificar a las personas cuando morían, si eran malas vivas, lo seguían siendo muertas, fin.

La cosa se me estaba complicando, había otro cadáver y ninguna pista, solo deseé que Silvia hubiese tenido más suerte que yo en sus pesquisas, o la cerebrito, o Tutankamón o el Espíritu Santo, o alguien de una jodida vez.

Salí de la gruta para llamar a la inspectora y me extrañó bastante que su teléfono diera apagado o fuera de cobertura. El tiempo estaba

comenzando a empeorar, aquella isla, tan paradisíaca en verano, en invierno se me asemejaba más a la de *Silent Hill* con tanto trueno y tanta muerte. Menos mal que era un lugar tranquilito… Dejé de intentar comunicarme con mi nueva compañera, si estaba interrogando a alguno de los familiares como le había pedido, lo más lógico era que tuviese el móvil apagado. Nandor y Leo se hallaban a mi lado, mirándome mientras yo pensaba. No quería hacerlo, de hecho, detestaba la idea, pero no me quedó otra opción. Suspiré y marqué de nuevo, resignada.

—Rubia, buenas.

—Kate, ¿pasa algo?, ¿estás bien?

—Digamos que se me están acumulando los cadáveres dentro del armario, y te prometo que no es una frase metafórica.

—¿Ha muerto alguien más? Joder, Kate, ¿no habrás sido tú?

—Me encanta ese voto de confianza incondicional que me tienes siempre, estoy segura de que Julius no me habría hecho esa pregunta —ironicé, sabiendo que la insinuación le sentaría como dos patadas en el culo.

—Solo pregunto, no acuso, es distinto.

—A ver, te cuento: Silvia está ilocalizable, la dejé preguntando a los padres de otras supuestas víctimas de este caso, y acaba de aparecer el cuerpo de la cotilla de la isla en una cueva. Necesito que me mandes a alguien para que analicen el cadáver.

—¿Estás segura de que la han asesinado? Se puede haber caído y dado un golpe en la cabeza.

—Pues, si eso es así, la buena señora tenía la peor suerte del mundo… Te pongo en situación, se debió caer y golpearse la cabeza, a modo pelota vasca, contra un objeto metálico punzante que se le clavó en un oído, luego rebotó y se hincó otro en el que le quedaba, hasta el sentido, por cierto, que creo que por dentro se cruzan. Después, la de la lotería se dio de bruces con dos hierros que le arrancaron los ojos y se le quedaron ahí como un adorno gore y, para rematar la faena, no sé cómo, se rebanó el pescuezo, pero ojo, que no murió de eso, después se ahogó también. Sí, yo opto por la muerte accidental.

—Vale, lo capto, no fue muerte natural.

—Mira…, no se me habría ocurrido, novata.

—Espera un segundo, voy a ponerme en contacto con la comisaría de allí. No me cuelgues.

Mientras escuchaba a Grace hablar, o más bien discutir, en otra línea, el tiempo fue empeorando a la vez que la marea subía, y esos dos inútiles no aparecían con la camilla de las narices. Al final íbamos a tener que atarle una cuerda y llevar a la mujer por la orillita, como una cometa derribada.

De pronto se oyó el repiqueteo de las campanas de la iglesia y miré a Nandor, ese cura daba misa cuando se aburría, no era ni medio normal convocar una en medio de una tormenta, pero me iba a venir de perlas para tener a todo el pueblo reunido en un mismo lugar. Nadie había podido entrar ni salir de la isla, el asesino se encontraba entre nosotros y pensaba mirarlo a los ojos, era momento de pasarme la norma de «procurar que la gente no entre en pánico» por el forro.

—Kate, ¿sigues ahí?

—A ver dónde quieres que me vaya...

—Os espera una tormenta de las divertidas, los helicópteros no pueden arriesgarse a ir y los barcos tampoco. Dicen que ya está muerta, muy sensibles y empáticos en esa comisaría. El ATS de allí se puede encargar de analizar el cuerpo en primera instancia, lo único es que debes estar al lado para asegurarte de que no meta la pata. Que solo haga un análisis externo del cuerpo y procure preservar las pruebas hasta que alguien se pueda desplazar. Kate, esto no me gusta un pelo, ten mucho cuidado. La inspectora no responde al móvil, eso también me da mala espina.

—Silvia es de las tías estiradas profesionales que cumple todas las reglas a rajatabla, si está visitando a las familias estoy segura de que lo tendrá apagado.

—Cierto, pero de todas formas vigila tu espalda y tu barriga, como le pase algo a mi sobrina te mato.

—Tengo el horno cociendo al gremlin en perfectas condiciones, no te preocupes.

—Pienso contarle cómo la llamabas cuando nazca, que lo sepas.

—No sabemos si es niña, y creo que se corta —le dije moviendo el

teléfono y frotándolo contra mi sudadera para que hiciese ruido como de estática para poder colgar mientras la escuchaba quejarse a lo lejos.

Oímos el motor de la furgoneta y luego las voces de los agentes. Con la ayuda de Nandor, subieron a la mujer a la camilla y la aseguraron con cinchas, no sin antes cubrirla con una sábana blanca y meterla en una bolsa negra de las gigantes. La idea era no perder pruebas, aunque si se trataba del mismo asesino, estaba convencida de que no harían falta tantas medidas porque serían inexistentes.

Capítulo Diecisiete

Silvia

Interpuse el antebrazo entre el filo y mi garganta justo a tiempo de evitar una sonrisa nueva. El ataque me vino desde el lado derecho. Sentí el lacerante dolor de la carne abriéndose en dos y la sangre caer caliente sobre mi pecho. No obstante, ser una buena conductora y llevar casi todas las reglas al pie de la letra iba a salvarme la vida. Saqué la cabeza a un lado del cinturón de seguridad, sin dejar de hacer presión contra el cuchillo con el brazo, pese a que eso me estuviera provocando un sufrimiento al borde del desmayo, y con la mano libre, además de con la tranquilidad que años de meditación y yoga me habían proporcionado, atrapé el cinto despacio para que no se bloquease y lo usé como tope entre la cuchilla y yo. Abrí la maneta de la puerta y me escabullí hasta el suelo, zafándome de lo que me quedaba de sujeción. Me concedí solo medio segundo para tomar el oxígeno que olvidé aspirar durante el lapso de tiempo que duró la pelea. Agarré la pequeña pistola que llevaba siempre escondida dentro de mi chaqueta, las que van cogidas a la cintura me parecían incómodas y poco prácticas en un enfrentamiento directo por sorpresa; el cuerpo humano tiende a encogerse y a protegerse, ese giro de cintura se asemeja más al acto de defensa que el de tener que agacharse, esa era de las pocas normas que no seguía, por pura lógica más que por anarquismo, y di gracias al cielo por ello. Desde el suelo apunté a la ventana trasera esperando ver a mi agresor salir a concluir lo empezado, no obstante, solo escuché la puerta contraria abrirse y, a continuación, vi unos pies por la ranura que me quedaba libre bajo el coche alejarse a la carrera. Me incorporé temblando sin bajar el arma, todo lo bien sujeta que podía, teniendo en cuenta que no era mi mano

habitual, oí unos pasos a mi espalda y la dirigí al sonido, deteniéndome justo a tiempo de no volarle la cabeza a una enfermera que me devolvió una mirada de pánico, chilló a pleno pulmón y se fue de allí como alma que lleva el diablo, gritando y moviendo los brazos igual que si tuviese la intención de salir volando. Sostuve mi antebrazo ensangrentado y lo presioné con fuerza sin soltar el arma, entré en el hospital de esa guisa, con lo que el de seguridad hizo el intento de bloquearme en cuanto me vio aparecer con la pistola y cara de desquiciada. Solo me dio tiempo a levantar los brazos y a gritar que era policía, acto seguido perdí la conciencia y caí al suelo.

Desperté igual que si me hubiesen dado una paliza, sentía todo el cuerpo agarrotado y una sensación extraña de entumecimiento en mi mano derecha. De pronto, fui recordando todo y me incorporé de un salto haciendo que una máquina cercana pitara como si me hubiese tocado el premio gordo en la feria. Acto seguido, entraron en la sala algunas personas con bata blanca, enfoqué la vista y comprendí dónde me encontraba. Una mano volvió a recostarme y dijo algunas palabras que, de primeras, no comprendí.

—Señora Barrera, está usted en el Hospital General Universitario de Alicante. ¿Recuerda lo que le sucedió?

—Me atacaron cuando entré en mi vehículo.

—Han venido compañeros suyos, están fuera, en cuanto yo salga, entrarán ellos para hablar con usted. El corte ha atravesado la epidermis, la dermis y parte de la hipodermis, por pocos milímetros no ha afectado a los tendones de su antebrazo. Le hemos puesto puntos, pero no ha sido necesario operar. Ha tenido suerte.

—Necesito mi teléfono, tengo que llamar para avisar de lo que me ha sucedido.

—Ya le he dicho que ahora entrarán sus compañeros, pero no debería alterarse, tiene la medicación para el dolor puesta.

—Es urgente que hable con mi compañera ya. —El doctor meneó la cabeza a modo de desaprobación, sacó el terminal del cajón de la

mesita contigua y me lo dio—. ¿Cuándo podré irme?

—En un principio, cuando acabe el gotero que tiene puesto, pero no puede conducir, como es obvio.

—Dígales a mis compañeros que voy al baño, cuando salga los llamo para que entren a tomarme declaración, por favor.

El hombre asintió y firmó el papel del alta, se ve que no tenía ganas de mucho revuelo, y que yo permaneciera allí, seguramente con escolta en la puerta, o prensa fuera si se enteraban de algo, no era lo que se dice discreto y tranquilo para el resto de pacientes.

—Benditos los oídos que te escuchan, ¿estabas de fiesta?

—Yo también te he echado de menos, digamos que tengo una noticia buena y una regular.

—Empieza por la buena, eso de que la gente prefiera la mala es algo de masoquistas.

—Vale. Kate, creo que tenías razón.

—¿Y cuándo no la tengo? —se jactó sacándome esa sonrisa que tanta falta me hacía.

—Nos estamos acercando a algo y han intentado detenerme.

—¿Qué dices? ¿Estás bien?

—Sí, solo tengo unos puntos en el brazo, los tutoriales de defensa personal de YouTube de cómo escapar en un coche cuando te atacan desde atrás vienen bastante bien.

—¡Mierda! Por aquí también hay novedades. Se han cargado a la cotilla del pueblo, estoy segura de que vio más de lo que debería y la han silenciado. Lo que también me da a entender dos cosas; primero, que tenemos al asesino en casa, y segundo, que se trata de alguien de la isla.

—Mira a ver quién falta, nadie puede entrar ni salir, el que sea debió irse con un medio de transporte propio.

—Vale, compi. Paso lista como en el cole, entonces. Y te tengo que dejar ya porque la clase está a punto de comenzar. Ten cuidado y llama a Grace si necesitas ayuda por allí. Ella está deseando venir a tocarme los ovarios —me aconsejó Kate mientras se oía de fondo el repicar de las campanas de la iglesia.

—Lo mismo te digo, en cuanto pase la tormenta vamos con un

helicóptero. Avisaré a Edmon para que sepa que vais a hacer un primer examen del cuerpo y que esté en videoconferencia con vosotros. Informa de que no toquen el cuerpo hasta que él te avise. Yo voy a hablar con los padres de la primera víctima.

Tal y como le dije al médico, me aseé en el baño, me puse la misma ropa llena de sangre y llamé al forense para que se dirigiera a la morgue para que pudiese monitorizar y vigilar lo que se hacía con el cuerpo de la mujer. Después, dejé pasar a mis compañeros; les relaté cómo era mi agresor y les ordené que cogieran las grabaciones de vigilancia del aparcamiento; por último, les pedí que uno de ellos me llevase en mi coche a mi domicilio. No podía presentarme de esa guisa para interrogar a nadie, el problema lo tendría con la logística, el gotero se me había acabado, yo misma me quité la vía, y el dolor comenzaría a aumentar paulatinamente a medida que transcurriese el tiempo. Conducir no era una opción viable, y tener a alguno de estos a mi lado controlándome no me hacía gracia, por lo que telefoneé a Grace para ver si ella podía mandarme refuerzos ajenos a mi comisaría.

Capítulo Dieciocho

Corrí hasta la furgoneta antes de que se marchasen y les dije que tenían que esperarme para el análisis del cuerpo. Juan del Valle, el practicante, tornó el gesto a uno todavía más serio del que habitualmente portaba y me miró frunciendo las cejas.

—No te montes películas, que para eso ya está Netflix, hablamos de un asesinato y ni tú ni yo estamos autorizados, ni mucho menos cualificados, para llevar a cabo una autopsia, así que toca esperar a alguien que sí lo esté para tan solo poder hacer una primera revisión del cuerpo. *Capisci*? —La cara del hombre se ensombreció aún más y pude escuchar a Grace en mi cabeza: «Eso, Kate, tú haciendo amigos», por lo que intenté suavizar mi frase con unos toquecitos en el hombro y concluir de otra forma—. Además, si hay alguna cagada no habrás sido tú el culpable. Dejadla en la camilla hasta que yo llegue o llame el forense.

—¿Y ahora dónde vamos? —preguntó Nandor, dejándome claro que iba a seguir pegado a mi culo en modo almorrana indeseable.

—Vamos a por Ale y a pasar lista a la iglesia —respondí, desistiendo de pelear con él para que no me acompañase. Al menos sabía que ninguno de los presentes fue quien atacó a Silvia. Lo cierto era que me preocupó saber que estuvo en peligro; en un principio, supuse que al encontrarse fuera de la isla no tendría esos problemas, pero estaba visto que me había confundido.

Cuando llegamos al bar nos lo encontramos cerrado, y eso me escamó. Él siempre estaba detrás de la barra y su establecimiento era el único que proporcionaba algo de vidilla al lugar, por lo que imaginé que estaría también en la iglesia. Las campanas ya habían dejado de sonar y no se veía a nadie en la calle. Los relámpagos se

arremolinaron sobre el campanario, vaticinando la pronta tormenta. Madre Shipton se encontraba sentada en uno de los banquitos de la plaza moviendo los labios como la que está hablando sola, esa mujer cada día se veía más loca. Leo se quedó con ella y Nandor y yo entramos en la iglesia.

Empujé la puerta con más fuerza de la cuenta y la madera se estrelló contra la pared, aquello provocó un sonido atronador que reverberó en las paredes a modo de eco aumentado por la acústica del lugar, haciendo que todo el mundo se asustase y se girase a mirarme. «A eso lo llamo yo una entrada silenciosa, y no la de la paloma en el útero de María…». Se podía ver al cura en el atril visiblemente molesto por mi interrupción.

—Me agrada que nos honre con su presencia, señorita Warne —ironizó, estoy segura de que con la única intención de abochornarme más de lo que ya lo hacía yo solita.

—Cuando acabe su sermón me gustaría informar de los últimos acontecimientos a los parroquianos, si a usted no le importa, padre.

El murmullo colectivo no se hizo esperar, dejando en bragas mi porrazo inicial. Te entraban ganas de gritar a pleno pulmón allí en medio a ver cómo se oía, pero no estaba tan loca, todavía. Aunque no descartaba hacerlo antes de marcharme.

El jodido cura pidió silencio con voz de barítono, a lo que todos obedecieron al instante. Nandor y yo nos sentamos en el último banco y aguardamos a que concluyese, no sin poner mi mejor cara de hastío por tener que esperar. El padre Torquemada se explayó todo lo que pudo y más, estaba convencida de que solo por fastidiarme, fuera se escuchaban los truenos y por las altas ventanas superiores entraban los fogonazos de los rayos para, a continuación, dejar entrar el estruendo. Conté los segundos entre uno y otro temiendo que no pudiésemos salir del templo en toda la noche y perderme la supervisión de la cotilla. Mientras el párroco seguía con su perorata, me puse a mirar a mi alrededor, más que por curiosidad, por puro aburrimiento. Como a la mitad de los capiteles se distinguía la figura de un pelícano alimentando a sus polluelos con la sangre que manaba de su pecho, se suponía que haciendo referencia a la eucaristía —esa

misma que yo no tomaba desde que me obligaron a hacer la Comunión—, y eso me recordó a la que les faltaba a las víctimas.

El móvil me vibró en el bolsillo, por suerte me había acordado de quitarle el sonido antes de entrar o al final terminarían linchándome y tirándome por el mismo sitio por el que había caído Laura. Se trataba de un mensaje de Grace:

«No me puedo ir porque el jefe sigue de baja y me mataría, no creas que no tengo ganas de sacarte de esa isla por las orejas. Julius se ha enfadado por no elegirlo a él. Como comprenderás, lo último que me hace falta es que estéis los dos juntos otra vez para morir del infarto. No tenía muchas opciones, espero que estés en lo cierto y Silvia sea de fiar, porque como le suceda algo a la cerebrito estoy acabada. Pd: Me debes otra de las grandes, quiero ser la madrina de mi sobrina».

—¡Vamos, no me jodas! —exclamé sorprendida al ver la elección de personal de apoyo que mi puñetera amiga había decidido mandar.

Lo que no esperaba era que toda la iglesia se volviese y me dirigiese un enfadado «Shhh» para que me callase. Me sostuve la frente con las manos y decidí que le contestaría cuando me tranquilizase. Nandor me miró sin saber qué me pasaba y le hice un gesto con la mano a modo de promesa muda de que se lo contaría después, no quería que nos echasen sin haber podido hablarles. Además, también tenía que procesar la noticia.

Después de que todos y cada uno de los presentes —y juro que no exagero— tomasen la eucaristía y la misa estuviese a punto de concluir, me levanté y caminé rápido por el pasillo central para situarme al lado de un mosqueado padre Torquemada, al que solo le faltó echar humo por la nariz y las orejas para hacer aún más visible su total oposición ante mi idea de quitarle protagonismo en su templo.

El micrófono me llegaba por la frente, el representante de Dios era alto de narices, y eso me molestaba, me contemplaba desde arriba como si me estuviese perdonando la vida y yo fuese una cucarachilla a la que podía pisotear cuando le viniese en gana. Ni corta ni perezosa, agarré el extremo del cacharro y tiré de él para sostenerlo igual que si me hubiese venido arriba en un karaoke chino. Lo que no tuve en cuenta fue que el soporte oscilase tras el brusco movimiento y a punto

estuviese de caerle en la cabeza al feligrés de la primera fila, ridículo que salvó el cura agarrándolo, ahora todavía más rojo de la cólera.

—Uno, dos, probando —confirmé para ver que se me oía por encima de la tormenta exterior—. Como todos sabéis, estoy aquí para ayudar a Salvador a resolver la, en primera instancia, desaparición de su hija y ahora ya confirmado asesinato. —Busqué a Rueda entre los presentes, pero no lo encontré, aunque no me extrañó, la vez anterior tampoco estuvo. Si yo tuviera que escoger entre cuidar a mi mujer o venir, la respuesta sería obvia, y más después de que todos pusieran a Marilyn de fresca sin dudar en ningún momento de que le hubiese sucedido algo—. Nadie puede entrar ni salir de la isla, por lo que me apena mucho deciros que hay un asesino entre nosotros. —Y ahí estaban de nuevo las voces de asombro y pasmo a modo de murmullos—. La señora co…, digo, María de Ximildegui ha sido encontrada muerta en las cuevas hace un rato.

—Señorita Warne, de todos es sabido que la salud de esa mujer no era la mejor de todas, ha podido sufrir un infarto —intentó apaciguar el párroco a los presentes.

—Le han ensartado los ojos a modo de pincho moruno, entre otras lindezas —expliqué sin soltar el cacharro. Los gritos y jadeos por parte del populacho no se hicieron esperar. El cura intentó arrebatarme el micrófono, pero me transformé en el *Gollum* con su anillo y no tuvo huevos de que retirase ni un solo dedo—. Antes de salir, me gustaría que se detuviesen frente a Nandor y le facilitasen su nombre, apellidos y dirección. Muchas gracias por su colaboración —concluí, volviéndome hacia el padre y haciéndole una morisqueta infantiloide que me salió del alma.

Él, por su parte, me agarró del brazo y me retiró el aparato de la mano antes de darle al botón de apagar. Cuando la gente se fue poniendo en pie y obedeciendo mis órdenes frente a mi improvisado escribiente, el cura me susurró:

—¿Quiere que cunda el pánico?

—Quiero que se empiecen a tomar en serio lo que está sucediendo. La fe no está reñida con la realidad, aunque resulte una antítesis, dicho sea de paso.

—Su falta de empatía para con el prójimo me hace pensar que estaríamos mejor sin usted.

—Mira, me sucede lo mismo con su falta de civismo para con la primera víctima, ya estamos igual.

—No pienso consentir que venga a destruir mi isla.

—Esta no es *su* isla —aseveré poniendo especial énfasis al pronunciar el pronombre posesivo—. Usted encárguese de salvar sus almas, que yo me ocuparé de salvar sus culos.

Un ruido proveniente de una puerta abierta con una media voluta en su parte superior llamó mi atención, era como si alguien estuviese moviendo una piedra. Me deshice del agarre del párroco y fui rápido hasta allí para que no pudiese impedírmelo.

—¡No puede entrar aquí! —exclamó, llegando pocos segundos después que yo.

Nos encontrábamos en una pequeña sala con las paredes encaladas igual que el resto de la iglesia en la que tan solo había una silla, un galán, supongo que para colgar hábitos, y un estrecho confesionario de madera en una esquina. Solo me dio tiempo a echar un breve vistazo al lugar antes de que me sacase a empujones. Para otro mortal ese lapso de tiempo habría sido inútil, pero no para una persona con mi nivel de memoria fotográfica, el mismo que a estas alturas ya creía extinto, pero no, permanecía ahí, latente, aguardando a ser necesitado.

—Buenas noches, padre Torquemada —me despedí ignorando sus maneras y fui hasta Nandor, quien ya estaba terminando de anotar al último de los feligreses en una agenda.

El *walkie* hizo un ruido en mi bolsillo, un pitido agudo resonó a nuestro alrededor.

—Vete al hostal con Leo, Caterina y la vieja rara, no me fío de que se queden solas. Yo iré corriendo hasta la enfermería. —Vi que Nandor iba a rebatir la orden—. Sé cuidarme solita, ¿quieres que el cadáver de alguna de las tres caiga sobre tu conciencia?

—Ten cuidado —fue lo único que dijo antes de que saliéramos a la intemperie y nos pusiéramos chorreando en cuestión de segundos.



Nos separamos en la esquina de la plaza y continué corriendo, procurando no resbalarme, en dirección a las instalaciones médicas. Me alegré de que hubiesen dejado la luz de fuera encendida, de otro modo no habría sabido llegar, la lluvia cada vez era más fuerte y casi no veía a un palmo de mi nariz. Entré en la salita de espera, donde me aguardaban Becerra y Salazar con cara circunspecta, esa actitud me disgustó y que no tuvieran ni el mínimo detalle de ofrecerme algo para secarme me puso de más mala leche de la que ya me había dejado el puto cura. El practicante salió cuando oyó el portazo que di al entrar y me miró con su parsimonia habitual. Se giró, abrió una puerta que quedaba a mi izquierda y que por el olor supuse que era el servicio, y me dio una toalla.

—¿Ha llamado el forense? —pregunté mientras intentaba secarme el pelo.

—Estoy esperando y perdiendo mi preciado tiempo, ya de paso. —La voz de Edmon salió del consultorio donde supuse que estaba en videollamada.

—No hagamos esperar a la bestia —les dije al resto lo bastante alto para que pudiese enterarse el susodicho.

—No vas a pasar ahí dentro así —me indicó Juan señalando las gotas que caían de mi indumentaria empapada.

Me encogí de hombros y lo desafié con los ojos a que me lo impidiese.

—Tengo ropa en la comisaría —ofreció Salazar.

El rubio cogió un paraguas y me acompañó a la puerta. Si las

miradas matasen yo había cometido asesinato, y en mi cabeza el médico ya estaba con peor pinta que la de la harina. Decidí aceptar solo por joder un poco al forense, sentía una animadversión inexplicable hacia ese hombre.

Las oficinas estaban dentro de los claustros al lado del centro médico, por lo que no iba a andar mucho ni a mojarme demasiado de nuevo, además de que me vendría bien no coger una neumonía para que Grace no me matase si se enteraba. El rubio buscó en un armario y me cedió un chándal de la policía que olía a flores secas mezcladas con el aroma del mar, a incienso y a ese extraño olor de la ropa del hostal. No comprendía la manía que tenía esta gente de ahumarlo todo, el tema de que tuviese el perfume a mar supuse que se debía a tender la ropa en la isla, todo estaba demasiado cerca de la playa. Mi sentido del olfato se encontraba al doscientos por cien desde que me quedé embarazada y era como los sabuesos. Quitando el tema de los aromas, una vez que entré en mi nuevo y robado despacho y me cambié me sentí bastante mejor.

—Gracias —le dije, cogiéndolo por sorpresa, y regresamos a la clínica intentando mojarnos lo menos posible.

Dentro de la sala destinada a las curas se hallaba la camilla con la bolsa negra encima, en un ordenador se veía el careto alargado y ceñudo de Edmon. Este se había puesto demasiado cerca del cacharro y sus boquetillos de la nariz se veían de un tamaño antinatural, era una mezcla entre cómico y tenebroso contemplarle los pelillos negros en primer plano.

—¿Podemos empezar ya? —preguntó con tono de hastío—. Del Valle, usted se encargará de hacer todo lo que le diga, los otros tres serán meros observadores. Tampoco tengo muy claro qué pintan ahí…

—Sí, señor —respondió el interpelado al más puro estilo militar antes de que yo pudiese soltar alguna barbaridad.

—Por fin alguien competente. —Se estaba rifando una hostia y el simpático tenía todas las papeletas—. Se está grabando todo lo que enfoca la cámara, tanto en audio como en vídeo, por lo que cada cosa que suceda quedará registrada. Abra la bolsa. —El practicante obedeció y dejó a la vista el cuerpo de María—. Diga en voz alta lo

que vaya viendo a simple vista.

—Mujer, raza caucásica, sesenta y cinco años. Presenta heridas punzantes en los ojos y en los oídos, donde tiene unos trozos de metal clavados. No hemos tocado nada para no alterar el cadáver.

—Ábrale los botones del traje y mire su pecho —indicó Edmon.

—¿Cómo? —preguntó Becerra mostrando su desacuerdo.

—¡Que lo haga! Si usted tiene algún tipo de problema, la puerta la veo un poco más atrás.

Juan hizo caso al forense y le quitó los botones a la mujer. En su pecho, a la altura del corazón, había un tatuaje, el mismo que en el resto de las víctimas, pero algo no cuadraba.

—Edmon, el resto de los dibujos se hicieron con un hierro candente *post mortem*, ¿verdad? —pregunté, recordando que así era.

—Ya era hora de que se leyera los informes…

—Deja de tocarme los ovarios, que no vamos a estar encerrados aquí para siempre y sé dónde trabajas, capullo. ¿Sí o no?

—Sí, ¿podemos continuar?

—No, no podemos continuar. La víctima tiene ese mismo dibujo, con la diferencia de que este sí ha sido tatuado y, por el color, juraría que hace algún tiempo. Esto es raro de narices. ¿Por qué esta mujer y las chicas tendrían el mismo símbolo?

—Warne, ese no es mi trabajo, es el suyo —siguió echando leña al fuego el forense.

—Continuad sin mí, estaré en la comisaría. Tengo que llamar por teléfono —les dije, saliendo de allí sin dejar que ninguno pudiese reaccionar.

Capítulo Diecinueve

Silvia

Cuando la amiga de Kate dijo que me iba a mandar a alguien no imaginé que fuese a venir tan rápido. Me informó que en tres horas estaría en el aeropuerto, me dio el tiempo suficiente de ir a casa, ducharme, cambiarme de ropa, tomarme unas catorce pastillas para soportar el dolor y que los compañeros me acercaran a recogerlo con mi coche. A estos últimos no les hizo mucha gracia seguir de niñeras, pero al ser su superior y estar de guardia en la oficina tocándose la barriga no les quedó otro remedio. El tiempo pasó demasiado rápido, o yo me movía más despacio de lo habitual, cada cosa que hacía me suponía un esfuerzo titánico. Todavía tenía el miedo en el cuerpo, que hubiesen estado a punto de matarme no era plato de buen gusto, después de que pasó el sobresalto y mi adrenalina se recuperó del todo me concienciié de lo que podría haberme sucedido. Casi no lo conté y eso, aunque en otras personas hubiese hecho que cambiasen sus prioridades y vieran la vida desde otra perspectiva, en mí logró que el caso se transformase en mi razón de seguir, me dibujé un Tolomeo en la cabeza y marqué al asesino como centro del universo, sustituyéndolo en su modelo geocéntrico de la Tierra.

Al faltar ya poco para la hora del aterrizaje, bajé y nos encaminamos hacia la terminal. Grace no me había dicho a quién estaba esperando exactamente, al preguntarle me indicó que la persona en cuestión me reconocería y que tenía mi expediente. Eso de que un desconocido pudiera acceder a mis datos profesionales y personales me dio a entender dos cosas: una, que era alguien muy importante, y dos, que no me hacía ninguna gracia.

Me había indicado que aguardásemos en el aparcamiento en una

zona específica. Vernos allí a los tres solos me puso la carne de gallina y me hizo mirar a todos lados, demasiadas veces en demasiadas ocasiones. Tenía miedo y estaba asustada, ninguna de las dos cosas eran buenas compañeras. De pronto, la puerta del ascensor se abrió y alguien ataviado con un abrigo largo negro, que arrastraba una maleta de ruedas, se aproximó a nosotros. Por instinto, costumbre y recelo, fui a apoyar la mano en la culata de mi pistola olvidando la venda que aguantaba la herida, y esta me lo recordó lanzándome una punzada de dolor que casi me hizo llorar.

Mis dos compañeros se miraron entre ellos y luego a mí. Asentí y ambos sacaron sus armas, manteniéndolas apuntando al suelo. El visitante tenía andares cortos y decididos, pisaba con fuerza, tanta como para que resonase a nuestro alrededor cada una de las veces que sus suelas golpeaban contra el pavimento, acompasadas por el ritmo de mi corazón, que se iba desbocando por momentos. Cuando estuvo a pocos metros de nosotros, se bajó el gorro del abrigo y no pude más que abrir los ojos de par en par, creo que de pronto se me olvidó pestañear. Los dos agentes guardaron sus HK y sonrieron.

—Si necesita alguna otra cosa, solo tiene que avisarnos —dijo a modo de despedida uno de ellos, y los dos ocultaron una risa cómplice que pude percibir a la perfección.

Se dirigieron al coche patrulla para dejarme allí con cara de estúpida contemplando a mi nueva compañera de trabajo, la que se suponía que tenía que guardarme las espaldas y a la que continuaba observando con la boca medio abierta de la impresión.

—Señora Barrera —me saludó, sacándome de mi improvisado mundo onírico.

—¿A ti es a quien ha mandado Grace?

—Correcto.

—¿Y te llamas?

—Penélope García.

—¿Perdona?

—No ha hecho usted nada para disculparse. ¿Dónde vamos?

Iba a matar a Kate en cuanto la viera, juré por lo más sagrado que si salía de esta ella no tendría tanta suerte. Le sonó el teléfono antes

de que pudiese decir nada más, aunque tampoco supe muy bien qué, seguía en *shock*.

En mi mente me había imaginado a un hombre estilo Batman, grande, musculoso, guapo —¿por qué no? Era mi imaginación y podía montarme las películas que me diera la gana…—, educado, inteligente. Vamos, lo contrario a esta mujer. Ella era alta, delgada, con las orejitas en forma de elfo, tenía unas gafas metálicas de color púrpura brillante, el pelo negro le llegaba hasta la cintura y lo llevaba adornado por mechones azules. Tenía un pendiente en la nariz, otro en la ceja, una dilatación en una de sus orejas y pude distinguir un tatuaje que se le veía a través del cuello de cisne del jersey negro, pero no supe ni me dio tiempo a identificarlo. Sus dedos lucían anillos llenos de calaveras y, para rematar el *look,;* las botas con tachuelas en la parte baja. No es que ella pisase fuerte al acercarse, es que iba calzada cual caballo medieval y por eso se oía ese ruido al caminar. «¡Dios mío de mi alma!», pensé, intentando que las palabras no salieran de mi mente. O en su último caso fue de infiltrada en algún tipo de secta satánica o no tenía muy claro qué puñetas pintaba allí. Éramos la noche y el día, literalmente hablando.

—Ahora mismo no puedo mirarlo, estoy con la inspectora Barrera en el aeropuerto. Sí, por supuesto, un segundo —le respondió a su interlocutor y, a continuación, me cedió un teléfono de los baratos desechables.

—¿Sí?

—Hola, compi.

—Kate, vas a morir entre terribles sufrimientos —la amenacé bajando el tono de voz todo lo que pude mientras ella se partía el culo al otro lado de la línea.

—Yo solo le dije a Grace que te mandase a alguien, te prometo que jamás en mi vida sospeché que enviaría a Penélope —añadió entre risas e imagino que llegando incluso a que se le saltasen las lágrimas.

—No me hace gracia, Kate, esto es peligroso. Necesitaba un guardaespaldas, no a la Bruja Novata.

—¿A la Bruja Novata? Hazle una foto, por favor, necesito una fotografía, llevo un día de mierda.

—¿Qué querías? —pregunté enfadada a ver si paraba, pero ella solo sabía reírse y repetir que le hiciese la fotografía, cosa que no pensaba hacer. Solo me faltaba que se estuviera pitorreando de mí de por vida.

—Necesito que la cerebrito me diga de dónde viene el tatuaje de los cadáveres. La mujer que ha aparecido asesinada tenía el mismo, pero hecho con tinta, algo no me encaja y no creo en las coincidencias —me informó, descuadrándome a mí también los nuevos datos—. Por favor, haceos un *selfie*.

—Vete a la mierda, Kate.

Colgué y le devolví el teléfono a la chica, que no había dejado de mirarme mientras hablaba.

—¿Dónde vamos?

—A tomar por culo, seguramente. Pero antes intenta que lleguemos a esta dirección —le dije pasándole el domicilio de los padres de la primera víctima.

Capítulo Veinte

Cuando escuché la voz exasperada de Silvia por tener de compañera a la pobre cerebrito, mi día mejoró de forma exponencial. Hacía mucho, mucho tiempo que no me reía tanto ni de esa manera. Lloré al imaginar el percal cuando la llamó «Bruja Novata», si la muy capulla me hubiera mandado la foto ya habría sido el remate, pero no lo iba a hacer, la conocía lo suficiente como para saber que me quedaría esperando. La tormenta amainó un poco, lo justo para que me diese tiempo de ir a la casa de los padres de Alice. Me pareció verlos en la iglesia y, después de mi discurso, estaba convencida de que se mostrarían un poco más cooperativos con la investigación. Aun así, no quise ir sola ni con Nandor, para ellos éramos desconocidos. También se lo podía pedir a la parejita feliz, pero no me apetecía nada en absoluto tenerlos cerca, estaba de buen humor después de hablar con Silvia y no quería que me lo amargaran de nuevo con alguna estupidez. Además, todavía no había visto a Ale y me tenía un poco preocupada —solo un poco, tampoco nos vayamos a venir arriba en modo almibarado—.

La luz permanecía encendida en la consulta de Juan, por lo que deduje que Edmon continuaba dando indicaciones. Me daba en la nariz que ese hombre era el típico ególatra que adoraba que la gente siguiese sus órdenes, cosa que no iba conmigo. Así que decidí no molestar y me encaminé hasta la plaza. Antes de retirarme de los arcos que albergaban la comisaría y la clínica, oí el motor de un barco. Corrí hasta la balaustrada de piedra, pero no vi nada, quienquiera que fuese llevaba las luces apagadas, lo cual era una temeridad teniendo en cuenta el tiempo y el oleaje. Apunté con la linterna al mar para intentar ver mejor, sin conseguir más que la

advertencia de un rayo. Me di la vuelta maldiciendo y fui al bar.

Para mi sorpresa, este se encontraba abierto, pero ni rastro de Ale en su interior, en su lugar, el monaguillo estaba detrás de la barra poniendo cervezas. Ese era otro que no me gustaba ni un pelo, y esta se trataba de la primera vez que tenía la oportunidad de hablar con él. Entré y me senté justo enfrente.

—No nos han presentado, soy Kate —lo saludé simulando mi mejor sonrisa. Cosa que tampoco me costó mucho hacer, dado que aún me estaba riendo por dentro.

—Vayron —respondió sin mirarme a la cara. Detestaba que la gente hiciese eso.

—¿Dónde está Ale? Llevo un rato buscándolo.

—Fue a ducharse, le cogió la tormenta —me informó, escueto, mientras llevaba dos vasos a una mesa.

—Kate, ¿todo bien? —Nandor apareció a mi espalda con Leo a su lado.

—¿No se suponía que ibas a quedarte vigilando en el hostal?

—Tardabas mucho, Caterina y Madre Shipton se han dormido, nos aburrimos —se quejó Leo.

—Pues ponte a jugar a las cartas.

—Sí, Nandor tiene una baraja muy bonita, enséñasela —me contestó, eufórica.

—No, Leo, no voy a enseñarle las cartas, ella se refiere a otras distintas —la amonestó el hombre.

—¿Tienes la lista con los que estaban en la iglesia? —le pregunté, ignorando a la pobre chica, que acababa de hacer un puchero.

—Sí, se me ha ocurrido que Salvador podría saber si faltaba alguien.

—Pues es una idea cojonuda, no se me había ocurrido, la verdad. ¿Has visto a Ale?

—¿No puedes vivir sin mí? —dijo el interpelado entrando en el bar.

—Llevas un rato perdido.

—Tuve un accidente con la olla y fui a ducharme. Mira qué bien huelo. —Me acercó el cuello a la nariz y el aroma masculino impregnó mis fosas nasales nublándome el pensamiento. Hacía bastante tiempo

que no olía tan de cerca a ningún hombre y su proximidad hizo que me temblase el pulso y hasta las aletillas de la nariz.

—Me extrañó que estuviera este sirviendo —agregué señalando al chico y pasando de lo que mis sentidos enviaban a mi entrepierna.

—Es buen chaval, no es muy espabilado, pero ayuda cada vez que se le pide. Vino con el cura y se ha quedado a vivir aquí.

Miré de reojo a Vayron y sus ojos volvieron a mandarme fogonazos de recuerdos que preferí volver a enterrar. Había muchas personas con el mismo color de iris, y yo estaba lo que se dice paranoica con ese tema. Tenía que quitarme a Nakada de la cabeza si quería seguir en mis cabales.

—Necesito que me acompañes a hablar con los padres de Alice, es urgente que tengamos una charla con la chica, y mucho me temo que a mí no me van a permitir tenerla sola. He pensado que, si estás tú, lo mismo es todo algo más sencillo.

—¿Quieres que te haga de tapadillo mientras tú le sonsacas información a una pobre y traumatizada adolescente?

—Hombre, dicho así suena como el culo, para qué nos vamos a engañar, pero sí, básicamente eso quiero que hagas.

—Nosotros nos vamos, ven a verme cuando regreses al hostal, quiero contarte algo —se despidió Nandor con Leo pegada a él, como siempre.

Ale dejó al monaguillo a cargo del bar otro rato más y me acompañó hasta la casa de Alice, pero me detuve un poco antes de llegar, en la misma ventana en la que vi por última vez los ojos de Laura abiertos.

—Casi se me olvida, ¿es verdad que tienes una llave de todas las casas de la isla? —le pregunté, que la tormenta nos estuviera dando una tregua fue un alivio. Aunque debía reconocer que me sentía cómoda con la ropa deportiva de unas cuantas tallas más grandes. El rubio acababa de perderla y aún no lo sabía.

—Si tuviera una copia de cada una de las llaves de este lugar no tendría dónde guardarlas —se burló.

—Es que tenía planeado hacerte partícipe de un allanamiento de morada, pero al final me han dado permiso, así que le han quitado

toda la gracia al asunto.

—¿Dónde tenemos que entrar?

—Los padres de la chica del acantilado le han dicho a la inspectora que podíamos pasar a echar un vistazo y coger los cacharros tecnológicos de su hija, ellos le chivaron lo de tu insana afición de cerrajero.

—Pues siento mucho comunicarte que tan solo tengo una. —Metió la mano en el bolsillo y sacó una llave mientras me lanzaba una sonrisa de esas que solaparían a la de cualquier actor de telenovelas que negaré haber visto—. Pero sí poseo una maestra.

Una vez que hubo concluido la explicación, la introdujo en la cerradura y el clic anunció que estábamos dentro.

—Puedes esperar fuera, si quieres.

—¿Y perderme a toda una agente de la ley haciendo su trabajo?, ni loco.

El lugar olía como el resto en los que había estado en Tabarca, a incienso y sal. Tenía el aroma característico de una noche de verano, de una zambullida en el océano, olía a mar y a algas. El cuarto de Laura se encontraba en el mismo sitio que el de Marilyn, las casas estaban construidas con idénticas particiones y no me fue difícil ubicarme después de haber estado en la de Salvador. Este dormitorio también tenía ese toque adolescente, con fotografías en un corcho, un escritorio bajo la ventana, un armario, una cama y una pequeña mesita de noche con una lamparita decorada con hadas de porcelana. Los tonos lilas y grises le conferían un halo de misterio. El teléfono descansaba sobre la cama junto al portátil, era como si ella hubiera decidido salir a dar un paseo y dejado todo para continuar lo que estuviese haciendo a su regreso. Eso me hizo preguntarme si en realidad se tiró de forma voluntaria. Debajo de la almohada, mucho más visible que el de Marilyn, sobresalía lo que parecía un cuaderno. Me puse los guantes y lo cogí para echarle un vistazo, no sabía cómo desencriptar un ordenador ni averiguar las claves de un móvil, pero sí que era capaz de distinguir los distintos tipos de letras según el estado de ánimo de una persona y también podía discernir la mentira de la realidad según el contexto. Si una adolescente deja algo íntimo a

mano, donde cualquiera de sus progenitores puede verlo, es que no hay nada en su interior que pueda comprometerla, por lo que me desilusioné un poco.

Ale permaneció en la entrada del dormitorio, observando cada uno de mis movimientos; no me gustó sentirme vigilada. Ese era el motivo por el que trabajar sola siempre había sido mi primera opción. Me senté en la cama enfrentando a mi fisgón particular, no quería que viese lo que había en el cuaderno, una cosa era que me acompañara y otra que le diera vía libre para meterse de lleno en la investigación, con que estuviese yo de civil ya me parecía suficiente. Como era de esperar, tenía un candado de los típicos de diarios infantiles, me lo guardé en el bolso acariciando el dibujo del osito de su cubierta y, cuando me levanté para guardar las cosas tecnológicas en mi bolso, se apagó la luz.

—Mucho estaba tardando en… —comenzó a decir Ale antes de que se escuchase un golpe.

Las nubes no dejaban entrar los tímidos rayos de luna en el interior del dormitorio. Estábamos a oscuras, me coloqué en posición de defensa, pese a sentirme totalmente indefensa, algunos golpes secos más seguidos de quejidos llegaron a mis oídos. Saqué el teléfono con la intención de que la luz de la pantalla de inicio me revelase algo, era lo más rápido que podía hacer para tener un poco de iluminación, aunque fuese a corto alcance. Saqué también mi pistola, pero no quise disparar a la nada por miedo a herir a mi compañero, al que no veía por ninguna parte. De pronto, la bombilla se volvió a encender y me vi sola en la estancia con una postura ridícula, tenía más extendido el brazo del teléfono que el arma, cualquiera que hubiera querido me habría noqueado en un instante.

—¡Ale! —chillé, sin obtener respuesta. Anduve despacio hasta el pasillo y vi unos pies en el suelo en la esquina que daba con la salita de la entrada. Corrí y me lo encontré inconsciente con un feo golpe en la cabeza y un reguero de sangre cubriéndole el ojo—. ¡Mierda! ¡No te mueras! ¿Me escuchas? ¡No se te ocurra morirte! ¡No te doy permiso!

—Entonces mejor seguir vivo —pronunció en un tono casi inaudible, pero el suficiente para que mis pulmones volvieran a coger

aire y soltar un suspiro que podría haber llenado las velas del Cano.

—No te muevas, voy a por ayuda. ¿Tienes tu teléfono? —Él hizo un leve gesto de asentimiento y rodó sus ojos en dirección abajo a la derecha—. Vale, prometo coger solo el móvil —bromeé. Cuando me ponía nerviosa decía tonterías de este tipo, pero sirvió para que sus labios se curvasen unos milímetros en un intento de sonrisa. Se lo puse en la mano y marqué mi número, descolgué y se lo enseñé—. Mira, ¿ves? Estamos en llamada, cualquier sonido me enteraré y vendré corriendo, pero no quiero que te muevas y no puedo cargarte. No tardo ni un segundo.

En cuanto acabé de pronunciar esas palabras hice un esprint como si mi propia vida dependiera de ello hasta llegar a la puerta de la clínica y abrirla de golpe, sobresaltando a los que estaban en su interior.

—¿Nos honra de nuevo con su presencia?

—Edmon, sácate el palo del culo y vete a la mierda. Juan, conmigo, ya —le ordené jalándole del brazo y arrastrándolo fuera.

—Señorita Warne, no hemos acabado…

—Han atacado a Ale, la de la harina puede esperar —lo interrumpí. Se soltó de mi agarre, entró y cogió un maletín—. ¡Becerra, Salazar, cerrad bien y venid a casa de la chica del acantilado!

El teléfono seguía en llamada y yo llevaba puesto un auricular para escuchar mejor si sucedía algo. No tardamos nada en regresar y, cuando aparecimos en la salita de estar, Ale estaba sentado en un feo sillón de flores con un trapo en la cabeza. Arrugué los morros al verlo, pero me alegré de que hubiera podido incorporarse solo, a lo mejor estaba sacando las cosas de quicio, no obstante, me negaba a que se me muriese nadie más.

Juan lo examinó y dictaminó que habría que darle unos puntos, en nada llegaron los dos agentes sin resuello, se ve que se habían tomado la orden al pie de la letra. Antes de irnos entré de nuevo en el dormitorio de Laura y me eché las manos a la cabeza, me la habían jugado otra vez, el ordenador y el móvil no estaban. «¡Yo me cago en mi puta vida!».

Ale se apoyó en los hombros de los Alonsos y caminamos despacio

hasta la consulta de nuevo, a mí se me llevaban los demonios, quien fuera iba siempre un paso por delante de mí y eso me estaba comenzando a tocar muchísimo la moral. Apreté el costado del bolso y noté el cuaderno cuadrado en su interior. Al menos seguía manteniendo eso, algo era algo, pero un poco de mierda y mucha mierda no se diferenciaba demasiado.

Capítulo Veintiuno

Silvia

Seguía viendo lagunas en eso de tener que considerar a esta mujer mi nueva compañera. Lo primero que me extrañó fue que no usase el GPS para ir al sitio que le indiqué, en lugar de eso se pasó todo el camino moviendo los labios como si estuviera rezando, aunque la que oró por dentro cuando cogió la primera curva fui yo. Ni los de *A todo Gas* tenían narices de derrapar de esa forma, que estuviéramos en un *parking* y que las ruedas sonasen igual que si llevasen un amplificador conectado no ayudó a que casi me dejase la mano libre sosteniendo el asidero del techo del vehículo como si no hubiera un mañana, que también dudé que lo hubiera después de algunos metros con ella al volante, todo sea dicho de paso.

Contra todo pronóstico, y sin que ningún vehículo de la local nos detuviese, llegamos al lugar en pocos minutos. La forma de estacionar el coche tampoco fue lo que se dice delicada y nos quedamos separados de la acera a una distancia de un paseíllo. A falta de bajar y besar el suelo, me recompuse fingiendo mi malestar, volví a revisar las notas y, antes de dar un paso, Penélope me habló.

—Necesito datos de la misión. ¿Qué hacemos aquí y cuál es mi función?

—Son los padres de una víctima que sospechamos está ligada al caso actual. No me he dado cuenta en el camino de informarte, disculpa —le expliqué, aunque no estaba yo lo que se dice para articular palabra durante el trayecto, con concentrarme en no vomitar mi primera papilla había tenido suficiente.

—¿Es ese el dosier? —quiso saber apuntando a mis papeles.

Me encogí de hombros y se lo cedí, la noche sería larga. Me apoyé en el coche y saqué un paquete de gomitas de fresa del bolso, sabía

que tenía que reducir mi ingesta de azúcares, pero no era el momento. Cogí el teléfono y le mandé un mensaje a Kate para que no olvidase mi amenaza de muerte.

«Sigue en pie tu asesinato, estoy planeando cómo hacerlo más largo y doloroso».

—Listo —me dijo Penélope devolviéndome la carpeta.

—¿Has mirado solo la primera página? Lo mejor será que no hables, yo me encargo.

—No, señora, he leído el informe completo, los datos del forense son bastante pésimos, creo que esa persona necesita nociones de redacción, si me permite decirlo.

—¿Entero? —repetí, incrédula, ignorando la crítica, aunque acertada, a Edmon.

—Tengo un coeficiente intelectual dos puntos por debajo de William James Sidis, y una velocidad lectora casi igualable a la de Anne Jones, con unas cuatro mil seiscientas palabras por minuto, aunque hace tiempo que no lo reviso, creo que ya casi podría alcanzarla, además de que mi comprensión lectora es extraordinaria.

—¿Me estás vacilando?

—¿Vacilando? Se dice de una persona o de una cosa: «Cuando se mueve de manera indeterminada o inestable. Si algo tiene riesgo de caerse, en las cosas, y titubear o estar indeciso, en las personas. En Cuba, Costa Rica y Guatemala se dice de alguien que es rico, se divierte o goza. En España es cuando se le toma el pelo a alguien o se burla de él». No encuentro ningún significado que vaya acorde con nuestra conversación en estos momentos. Por lo que creo que la respuesta es que no, no estoy vacilando.

—¿Tienes algún botón de apagar? —concluí llevándome las manos a la cabeza. Esta mujer era como un robot moderno, solo que en gótico y espeluznante. Me puso cara de estar estreñida cuando escuchó mi pregunta—. Déjalo, digamos que el sarcasmo no entra dentro de tu programación de sabelotodo. No hables ahí dentro, ¿entendido? Ni una sola palabra hasta que salgamos. Tú solo escucha, observa y luego me dices tu opinión.

—Perfecto.

Llegamos a la entrada de una casa unifamiliar con patio delantero. Este había visto tiempos mejores, estaba descuidado y tenía un columpio solitario en un árbol que se mecía con el viento como si un ente estuviera sobre él pasando el rato. El chirriar de las cadenas me puso los pelos de punta y un escalofrío me recorrió la columna. La puerta del exterior estaba abierta, por lo que accedimos sin problemas hasta la principal. Eché una ojeada a mi alrededor, aquella casa no pegaba con sus vecinas, las demás tenían el césped perfectamente cortado y se veían como si las acabasen de pintar, todo lo contrario que esta. Después de que sonase el timbre y pasasen unos minutos, nos abrió una mujer rubia con marcadas arrugas, canas en las entradas del pelo y mirada triste.

—Soy la inspectora Barrera —me presenté, pero justo cuando iba a hacer lo mismo con mi compañera, la señora se echó a un lado y nos dejó pasar.

En el interior tan solo había encendida la luz de lo que supuse era el salón. Todo estaba lleno de polvo, parecía que hacía tiempo que nadie vivía allí. Continuó andando sin prestarnos atención y se acomodó en una butaca, no sin antes coger una copa de vino de la mesita que quedaba justo enfrente de ella. La madera de la misma se encontraba llena de manchas oscuras que hacían cercos redondos de lo que supuse eran las bases de las copas. Miré a Penélope y le hice un gesto para que me siguiera, me senté en el sofá más cercano a la dueña del domicilio, con alguna que otra reticencia interna al ver el estado de este. Mi compañera permaneció de pie, inmóvil y casi sin parpadear. Suspiré y decidí acabar con aquello lo antes posible.

—¿Es usted la señora Sharp? —le pregunté mirando mis notas. Ella y su hija se habían mudado desde Massachusetts después de que se divorciase. Las dos rubias de ojos azules, tal y como lo eran Marilyn y su madre.

—Prefiero que me llame Davis, era mi apellido de soltera. Hace muchos años que nadie me dice Sharp —respondió con acento extranjero y la voz ronca de alguien que hace mucho que no habla con nadie—. ¿Saben ya quién mató a mi hija?

—Estamos en ello, es por eso que hemos venido a hablar con usted.

Necesito hacerle unas preguntas.

—Ya conté todo lo que sabía y no sirvió de mucho, ¿no cree? —agregó dando otro buche al vino.

—Estas cosas no van como en las películas, no tenemos a una mente privilegiada que ate cabos de un día para otro y nos diga qué sucedió, señora Davis. Pero le puedo prometer que no descansaré hasta que el culpable esté entre rejas.

—No lo quiero encerrado, quiero que sufra como mi niña, que le hagan exactamente lo mismo que esa aberración le hizo a ella. Quiero que soporte lo mismo que yo cada vez que respiro, quiero que me la devuelvan con vida, quiero verla sonreír por las mañanas, quiero a mi hija en su cama durmiendo por las noches. ¿Lo entiende? ¿Puede prometerme eso? —La angustia y el dolor en sus palabras era casi palpable, incluso oí tragar a mi compañera mientras que a mí se me contrajo el corazón.

—No puedo hacer eso, y lo siento en el alma, pero sí puedo ayudarla a saber la verdad.

—¿Qué necesita? —claudicó hecha pedazos.

—¿Tenía Tina algún ordenador o teléfono móvil que no se haya entregado como prueba ya? —Preferí evitarle el interrogatorio y ceñirme a lo de mirar las tecnologías.

—El celular lo tenéis vosotros, pero el ordenador permanece en su dormitorio, y así seguirá siendo hasta que regrese.

En esta ocasión fui yo la que tragó.

—¿Podría dejar que le echemos un vistazo? No será necesario llevárnoslo, si no quiere.

La mujer se levantó sin soltar la bebida y se dirigió a unas escaleras, Penélope y yo la seguimos hasta que se detuvo frente a una puerta cerrada. Al abrirla y encender la luz fue como si hubiésemos entrado en un universo paralelo. Al contrario que en el resto de la casa, que olía a humedad y a comida podrida, aquí el aroma era avainillado, todo estaba impecable, la cama hecha, el polvo quitado, el suelo limpio, las cortinas cerradas, sin ninguna arruga ni muestra de abandono. Al lado del ordenador había una especie de santuario, fotos de la chica con sus amigas, velas encendidas, cartas cerradas con

letras infantiles en los sobres, peluches por el suelo y un rosario encima de uno de ellos.

—Tenéis cinco minutos, y solo podéis tocar el ordenador. Si noto que hay cualquier cosa fuera de lugar, y lo sabré, os denunciaré por allanamiento y robo, la ley funciona mejor cuando la gente continúa viva —nos amenazó y se marchó.

—¿Podrás? —le pregunté a Penélope soltando todo el aire de mis pulmones en cada palabra.

—¿Puedo hablar?

—Lo estás haciendo, Penélope…

La chica me dio la razón moviendo la cabeza de forma casual a un lado, se sentó delante del ordenador, lo encendió y comenzó a mover los dedos encima del teclado a una velocidad que jamás había visto. Sacó del bolsillo un llavero de un demonio rojo, le arrancó la cabeza y apareció un USB, lo introdujo en la ranura del PC y empezaron a aparecer ventanas negras y verdes que subían y bajaban sin que me diese tiempo a leerlas. Las letras hacían una carrera entre ellas para desvanecerse en cuanto tocaban la parte baja de la pantalla. Me quedé ensimismada viéndola trabajar sin mover ni un músculo de su cuerpo, aparte de los de sus manos y dedos. Al final la friki rara iba a resultarme de ayuda, después de todo. Cuando habían pasado tres minutos y medio, se levantó y me miró con algo parecido a una sonrisa.

—Listo.

Descendimos rápido las escaleras, la pobre mujer volvía a ocupar su sitio frente a unas ventanas opacas por la suciedad con su interminable vaso de vino en la mano y la mirada perdida.

—Muchas gracias, en cuanto sepamos algo la avisaremos —le prometí. No obtuve respuesta y tampoco la esperé.

Una vez en el coche, me giré hacia mi compañera.

—¿Tienes dónde hospedarte? —Negó con la cabeza y le di la dirección de mi domicilio, no me veía dejándola en ningún hotel y, si tenía que ser sincera, me sentía mejor estando acompañada—. Tengo un sofá, no es muy cómodo, pero podemos seguir trabajando y analizar lo que había en el ordenador.

—Un sofá me irá bien, ¿no tendrás un ataúd? —Mi cara debió ser un poema tras escuchar su petición—. Es sarcasmo —concluyó y soltó una risa de cerdito con gruñiditos incluidos que daban mucha grima.

«¡Qué Dios me coja confesada!», pensé.

Capítulo Veintidós

Llevamos a Ale a su casa y lo dejamos descansar. Le prometí que iría a echar un vistazo al bar antes de acostarme y les pedí a los agentes que se turnasen para vigilar la puerta de su domicilio. La noticia no les hizo ninguna gracia, pero cuando los amenacé con llamar y pedir que me mandasen personal competente se silenció cualquier muestra de enfado. No estaba dispuesta a poner en riesgo a nadie más y no sabía si el que hubiese atacado a Ale regresaría para terminar su trabajo. De camino al bar me detuve en la casa de Salvador, justo cuando recibí un mensaje en el móvil. Lo abrí y sonreí al leerlo.

«Sigue en pie tu asesinato, estoy planeando cómo hacerlo más largo y doloroso».

Al final le iba a coger cariño al taponcillo de alberca rubio, solo esperé que no desesperase demasiado a Penélope, nos hacía falta en el improvisado equipo para poder discernir de una jodida vez lo que estaba sucediendo.

Salvador se encontraba en su silla de madera a la puerta de su casa liado con sus redes. O ese hombre tenía el peor material del mundo o se entretenía cosiéndolas y descosiéndolas, era imposible que siempre estuviesen rotas. Además de que le debía una barca, también le debía la disculpa por no haber encontrado a su hija con vida, la conversación que teníamos pendiente no era de mi agrado, no obstante, debíamos mantenerla para, de forma egoísta, poder dormir un poco mejor. Me senté a su lado en el escalón de la casa antes de que se incorporase, no quise darle la opción de que se levantase y me ofreciese entrar en la casa. Escuchar los sollozos de su esposa me helaba la sangre, y no estaba segura de que le hubiese comunicado la noticia de la muerte de su hija, por lo que volví a ser cobarde y elegir

el camino fácil.

—Buenas noches, Salvador. ¿Cómo te encuentras? —Era la típica pregunta de manual que detestaba, pero la única que se me ocurrió hacerle.

—Si te soy sincero, Kate, no sé muy bien cómo estoy. Por un lado, me siento mejor al saber que mi hija no está sufriendo ni le están haciendo nada peor de lo que ya le han hecho, y después, por otro lado, tengo una rabia por dentro que no sé si seré capaz de lidiar con ella, me gustaría saber quién fue y hacerle lo mismo, ni más ni menos. Me ha arrebatado lo que más quería en esta vida, no sé cómo podré seguir sin mi niña —me explicó con la voz ronca, enjugándose las lágrimas con la manga del jersey. Comprendía a la perfección lo que sentía porque yo aún pensaba como él, todavía me imaginaba volándole los sesos a Nakada en esa celda, no podía culparlo por albergar esa necesidad de venganza—. ¿Sabes? Aún no se lo he contado a mi mujer. A veces no sé si sigue aquí conmigo o si su cabeza se ha ido con Marilyn, y no estoy seguro de si quiero sacarla de su letargo. Ahora mismo lo único que me mantiene en pie es ella, si mi esposa no estuviera ya me habría ido en un barco a la deriva hasta que Dios quisiera llevarme.

—Cuando mi pareja falleció —comencé a decir abriendo mi corazón por primera vez— también creí que moriría. Solo quería vengarme del que me lo arrebató, me quedaron tantas cosas en el tintero por decirle, por hacer, por vivir con él…

—Lo siento mucho, Kate —intentó consolarme dándome un apretón en el hombro, era la primera vez que el contacto físico con alguien en la isla no me molestó y las lágrimas corrieron por mis mejillas sin que pudiera detenerlas.

—El caso es que después, cuando lo detuve, no me sentí mejor, eso nunca sucederá, su muerte siempre será mi mayor error y tendré que cargar con eso el resto de mi vida, pero sí me dejó algo por lo que continuar luchando y me aferro a su legado como a un clavo ardiendo —proseguí como pude, acariciando a mi gremlin por encima de la ancha sudadera—. Ella te necesita, somos importantes para otras personas y no podemos ni debemos defraudarlos, nos parecemos más

de lo que piensas. Yo me sumerjo en mi coraza de borde y tía dura y tú en tus redes. Te prometo que no voy a parar hasta coger al culpable, pero no se lo daré a la ley sino a ti. Si entonces todavía piensas que parte de ese dolor que sientes se irá si te encargas de él, no seré yo la que te lo impida.

—Muchas gracias, Kate. —Nos levantamos a la vez de un salto cuando salió de la casa un grito lastimero de mujer, me dio un inesperado abrazo que calentó mi alma y me secó la mejilla con el pulgar—. Estoy convencido de que cumplirás tu promesa, solo te pido que tengas cuidado.



Se me había hecho demasiado tarde para ir a sonsacarle información a Alice. El bar estaba ya cerrado con todas las luces apagadas, miré por las ventanas a su interior, pero no observé nada raro. Se veía recogido y el mocho de la fregona se encontraba apoyado en la puerta principal. Retrocedí hasta el hostal y recordé que Nandor me había dicho que fuese a buscarlo para hablar con él, sin embargo, no tenía ganas de continuar con el día. Por suerte, Caterina no estaba en recepción, entré a hurtadillas en la cocina esperando no encontrar ningún otro cadáver y me hice un bocadillo de atún con tomate sin recoger las pruebas del robo, a la mañana siguiente ya me echaría la sorda la bronca, pero en esos momentos tenía un hambre de narices. Subí sin hacer ruido las escaleras que conducían a mi dormitorio y me metí como un ladrón en una joyería. Inspeccioné todo como siempre y cerré la puerta con el pestillo. En el bolso llevaba el diario de Laura, no obstante, antes de ojearlo quería saber también cómo les había ido

a Silvia y a Penélope, además de que me moría de ganas de verla, así que me duché, me puse el pijama y me senté en la cama con el bocadillo en una mano, el teléfono en la otra, una botella de agua en el regazo y el diario de Laura junto con mi agenda para coger notas sobre el colchón. Cuando lo tuve todo le di al botón de videollamada y aguardé impaciente.

La pantalla se puso en negro sin que pudiese ver más que mi imagen en chiquitito a la derecha.

—¿Qué quieres, Kate? —La voz de Silvia salió por mis cascos alta y clara. No quería que nadie se enterase de nuestra conversación.

—Comentarte mi día y que me contéis el vuestro. Han pasado algunas cosas por aquí. Pero pon la cámara, que solo veo oscuridad y ya lo tengo todo muy negro —le pedí haciéndole un poco de chantaje emocional, poniendo mi mejor cara de niña buena.

—Un momento, dice Penélope que ella te llama —me indicó y colgó.

No podía evitar reírme cada vez que escuchaba su nombre en clave, la cerebrito se lo había tomado al pie de la letra, esa mujer lo del gris lo llevaba regular, pero no sería yo quien le quitase la ilusión de usar su sobrenombre. Cuando todo esto terminase, se lo contaría a Silvia y se cagaría en mi familia aún más de lo que ya lo hacía.

Al minuto sonó mi teléfono y descolgué impaciente, la calidad de la imagen era mucho mejor que en la anterior llamada y frente a mí tenía a la hermana gemela de Vlad Tepes, no pude evitar dar un respingo y abrir los ojos de par en par. En mi imaginación me había creado la imagen de una chica gordita, tímida, con gafas de pasta y algunos granitos. Cuando Silvia la comparó con la Bruja Novata pensé que exageraba, aunque en realidad se había quedado bastante corta.

—Kate —me saludó, seca, y continuó tecleando delante de mí, supuse que estaban llamando desde el ordenador.

A su lado se veía a la inspectora, con un ridículo pijama rosa de ositos que hacía un contraste total con la oscura vestimenta de la otra. No pude evitar sonreír y me llevé una mirada de reproche por ello.

—Empiezo yo con mi día. Llevamos a la Harina al centro de salud y el hermano gemelo de Doofenshmirtz se encargó de guiar al ATS en la

primera revisión del cadáver.

—¿Quién? —preguntó Silvia, descuadrada.

—El malo de la serie de dibujos de Disney *Phineas y Ferb*, una especie de científico loco que quiere atrapar a un ornitorrinco que habla —respondió Penélope sin dejar de trabajar y sin hacernos mucho caso.

—Edmon —agregué para que me entendiese—, que, por cierto, cada día me cae peor ese hombre. Los dejé trabajando y me fui con Nandor a la iglesia a pasar lista de los que habían ido al llamado del jodido cura, el que te atacó tiene que ser de la isla, por lo que si descarto a los que acudieron a la misa el cerco se cierra. Pero eso está a medias porque como no conozco a todos los que residen aquí todo el año no puedo saber quién me faltaba, mañana nos ayudará con eso Salvador, el padre de Marilyn. Después fui con Ale, el chico que te dijeron que era como el Amo del Calabozo, a casa de Laura para coger el portátil y el teléfono, pero entonces nos atacaron, a él, a mí esta vez me dejaron tranquila, que todavía tengo el bulto en la frente de la última vez, y nos robaron los equipos que íbamos a coger. Lo único bueno es que tengo el diario de la chica y este no pienso perderlo, aún no lo miré, estaba esperando a que estuviéramos en videollamada para resarcirme por perder el anterior. ¡Ah!, y he dejado a Zipi y a Zape de guardia en la puerta de la casa del camarero por si intentan volver a agredirlo. Fin de mi comunicado —expliqué casi sin respirar, esperando no haberme dejado nada a medias—. Te toca.

—¿Del cuerpo habéis sacado algo en claro? Además de que tiene el tatuaje ese en el pecho.

—No lo sé, Silvia, no me ha dado tiempo a hablar con Juan del Valle, cosió a Ale y lo llevé a su casa, mañana me toca ir a hacer eso también, me faltan horas en el día y te recuerdo que tenemos una tormenta de las jodidas encima, me temo que tan solo nos ha concedido una tregua.

—Nosotras no hicimos tantas cosas como tú, esperé a que Penélope llegase y fuimos a la casa de la madre de la primera víctima que te dije que pienso que está relacionada con el caso. La mujer se ve bastante mal, como ida, dice que espera que su hija vuelva y que

quiere justicia, la misma que no le hemos dado en todo este tiempo. No fue lo que se dice agradable regresar a pedir más cosas sin tener ningún resultado aún. Solo nos permitió tomar los datos del ordenador de Tina, los estamos analizando ahora mismo.

—¿Dónde estáis?

—En mi casa.

—¿Vais a hacer una fiesta de pijamas sin mí?

—Me caes bastante mal ahora mismo, no estás invitada.

—Suele pasar, no te preocupes.

—Pene —llamé, y la cerebrito levantó la cabeza en cuanto escuchó el apelativo, arrugando los labios pintados de negro.

—Penélope —me corrigió mientras me reía.

—¿Qué tienes? Recuerda que hay que buscar el significado del dibujo de las víctimas que también llevaba la última. Vamos a tener que ponerles números como esto siga así…

—¿Y qué tal llamarlas por sus nombres? —ironizó Silvia.

—*¿Y quí til llimirlis pir sis nimbris? Mimimimimimi.* Le quitas toda la gracia…

—Estoy ojeando los *emails* mandados y borrados de Tina y hay algo extraño en ellos. Un momento, Kate, ¿puedo mirar los de Marilyn? —pidió Penélope abriendo una ventana nueva en mi pantalla para que pudiese ver lo que ella estaba escribiendo y haciendo en el ordenador. Esa mujer era flipante, daba escalofríos también, para qué mentir, yo no tenía ni idea de que eso se pudiese hacer y, por la cara de Silvia, creo que ella tampoco tenía ni puñetera idea.

—Claro, Penélope, la idea es que investigues lo que pudiste recuperar del ordenador. Yo con ver las fotos me conformo, porque no tengo ni idea del resto.

Se fueron abriendo cosas delante de mí sin que supiera qué eran hasta que por fin la cerebrito habló para irse explicando.

—Las dos chicas mandaron mensajes a la misma dirección de correo electrónico.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Silvia poniéndose en pie y haciendo un estúpido bailecito de la victoria que hubiera pagado por poder inmortalizar. De pronto se dio cuenta de nuestra cara de alucinadas

ante su reacción y se sentó de nuevo rápidamente intentando disimular—. Las casualidades…

—No existen —concluí por ella—. ¿Sabemos a quién pertenece?

—Tengo que seguir indagando, pero podría saber la IP del receptor del mensaje.

—¿Y qué decían? —quiso saber Silvia.

—Tan solo puedo rescatar los últimos de cada una de ellas. Te los envío al *email* común para que puedas analizarlos.

—Perfecto —respondí esperanzada, a la vez que se me abría la boca con un sonoro bostezo, hice amago de coger el diario, pero Silvia me detuvo.

—Ponte con eso mañana cuando descanses, el día ya ha sido bastante largo para todas, el brazo está empezando a mandarme palpitaciones y tienes cara de cansada, Kate. Haz lo del diario antes de salir.

—¿Puedes hacerle fotos y mandarlas para que estén seguras? —añadió Penélope.

—Sí, puedo. Y por una vez, y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo contigo, Silvia, me acuesto ya. Buenas noches, *Dúo Dinámico*.

En cuanto colgué, llamaron a la puerta y yo me cagué en mi puñetera vida por milésima vez desde que estaba en esa maldita isla. «Tranquila, mis cojones treinta y tres…».

Capítulo Veintitrés

Con las mismas ganas que de tirarme por la ventana, abrí la puerta y encontré los blancos dientes de Nandor sonriendo al otro lado. Bufé y me acordé de todos sus antepasados cuando lo vi tan despierto. Aquí la gente ni comía ni dormía…

—Dime que han matado a alguien más o la siguiente víctima serás tú —lo amenacé, con toda la cara de los pies de otro.

—No, Kate, pero creo que tenemos algo importante —respondió con suavidad.

—¡Warne, Warne, Warne! —Los gritos de Becerra por las escaleras me hicieron sacar la cabeza al pasillo, por sus voces y por cómo corría parecía que acababa de hacer erupción un volcán.

—El que faltaba —resoplé cual lobo feroz frente a la casa de paja, y me apoyé en el marco de la puerta.

—Tenemos un problema —dijo casi sin aliento.

—Mira, en breve tendremos el álbum de cromos completo…

—La señora Ximildegui no está —concluyó sin acercarse del todo a mí.

—¿Se ha acordado de que tenía la olla puesta y se fue a apagarla o qué? Becerra, ¡está muerta! He visto muchas cosas raras en mi jodida carrera, y la mayoría en este maldito lugar, pero como me digas que los muertos andan cojo la barca de remos y me piro.

—Dejé a Alonso en la puerta de la casa de Ale y fui a descansar un rato a la comisaría, cuando pasé por la entrada de la clínica y la vi abierta entré a comprobar que todo estuviese bien, pero no estaban ni Juan ni el cadáver por ninguna parte.

—¿Se la habrá llevado a su casa? —pregunté haciendo conjeturas rápidas en mi cabeza.

—¿Y para qué se la va a llevar a su casa? —cuestionó el agente.

—¡¿Y yo qué sé, Becerra?! ¿Lo has llamado para preguntarle si la sacó a pasear? —continué, exasperada, a lo que él meneó la cabeza de un lado a otro—. Llámalo.

Sacó el teléfono y pude escuchar que saltaba el mensaje de voz de apagado o fuera de cobertura.

—Está apagado.

—Nandor, di un número. Nah, da igual, te vienes conmigo a buscar a la muerta. Coge linternas. Becerra, corre a casa de Ale y pregúntale al otro lumbrera si ha visto a Juan pasar con la camilla, no creo que se la haya llevado en brazos…

Nandor se marchó y regresó con Leo al medio minuto. Rodé los ojos al verlos juntos, entré en mi dormitorio, volví a ponerme la misma ropa prestada, guardé en el bolso el diario y conté hasta diez antes de bajar las escaleras y reunirme con ellos en el rellano de la entrada.

Nos dirigimos a donde estaban los agentes y me confirmaron que no habían visto a ningún muerto dando un paseo por el pueblo. La noche no era lo que se dice apetecible, era comprensible que no escogieran ese preciso momento para ningún escarceo. Mandé a los dos agentes a casa de Juan mientras Nandor, Leo y yo echábamos un vistazo por los alrededores. Si estuviera trabajando de verdad, pediría un aumento de sueldo y unas vacaciones pagadas. Me percaté de que el hombre le decía algo al oído a la chica. Esta sonrió, se dio media vuelta y salió corriendo.

—¿Adónde va?

—A investigar.

—Si la matan, la entierras tú sin que nadie se entere, me niego a tener más muertos —alegué más cansada de lo que jamás recordara.

Pasamos por una de las tres puertas del pueblo, la puerta de San Miguel, era la que estaba más cerca del consultorio, pensé de forma irónica que lo mismo la trajo aquí a que le diera un poco el aire… Una imagen encerrada tras un cristal parecía saludar a los que caminaban por el lugar, al rebasarla, resbalé con algo húmedo y a punto estuve de caerme de culo, pero Nandor me agarró del brazo. Alumbré al suelo y descubrí un charco de un líquido viscoso rojo. El reguero nos

llevaba hasta una zona un poco más elevada que quedaba a nuestra derecha. Nos retiramos un poco para verlo mejor y la luz reveló una especie de dibujo en la piedra bajo nuestros pies.

—¿Me escuchas ahora? Creo que ya sé lo que estamos buscando —insistió mi acompañante.

Las líneas del dibujo formaban una figura que tenía forma de pentagrama y, en medio, había algo sanguinolento del tamaño de mi puño. Me acerqué para verlo mejor procurando no alterar nada de la escena y al agacharme pude ver que se trataba de un corazón, humano o no, eso no lo supe a primera vista. De lo que sí fui consciente es de que cuando estuve al lado el olor metálico de la sangre hizo que se me revolviese el estómago y tuve que salir corriendo al mar a vomitar hasta la primera papilla. Sentí los pasos de Nandor situándose detrás de mí, cuando hube terminado me limpié la boca con la fría agua salada. Estando en cuclillas, mirando el oscuro horizonte, pude ver una aleta salir a la superficie, demasiado cerca de donde nos encontrábamos, lo que provocó que reculase y terminase sentada en el suelo.

—¡Esto es una mierda! —dije en voz alta, más para mí misma que para mi acompañante. Este hizo como que la estúpida caída casi a ras de suelo no había sucedido y se sentó a mi lado.

—Kate, necesito que abras la mente. Estás confrontando el caso mal. ¿Podrías plantearte por un instante que no estamos buscando a alguien normal y corriente?

—No creo en supercherías, esas personas han muerto por culpa de alguien normal y corriente —respondí repitiendo sus palabras, dándoles mayor énfasis del que él les acababa de proporcionar.

Nandor meneó la cabeza y su gesto se tornó en uno de decepción.

—Creo que el que sea quiere abrir una grieta para obtener más poder, además de que tiene que estar aliado con algún tipo de ente maligno.

—Mira, hagamos una cosa. Yo me encargo de atrapar al que esté haciendo esto y tú te ocupas de que no se abran las puertas del infierno, he mandado allí a demasiada gente y no los quiero de vuelta. Aunque prefiero que no me cuentes tus elucubraciones, Nandor, no

creo que seas un mal tipo, en serio, incluso puede que tengas un sexto sentido. Sin embargo, la última vez que alguien dijo que lo mandaba un ser superior, mi pareja murió. Y te puedo asegurar que el que lo mató era un cabrón de carne y hueso.

El ruido del oleaje se hizo más patente a nuestro alrededor, tanto que tuve que hacer de tripas corazón y girarme hasta la pequeña península en la que se hallaba la víscera, rezando para que mis jugos gástricos se mantuvieran dentro de mi estómago esta vez. Mi cara de sorpresa al verla no debió tener precio. Allí, en el centro del dibujo, se erguía la mujer desnuda de la cueva. Miré a Nandor por si se me acababa de ir la pinza del todo y me la estaba inventando, pero sus ojos también apuntaban a la figura extraña que nos contemplaba curiosa. En una milésima de segundo en el que mi cuerpo se negó a reaccionar, moverse u obedecer órdenes simples como la de respirar, ella se agachó y cogió la carne con una mano, se la acercó a la nariz y, a continuación, para dejarme más alucinada aún, hizo amago de darle un bocado abriendo la boca.

Ese fue el incentivo que mis neuronas necesitaron para volver a funcionar, me puse en pie de un salto, dejando a Nandor tras de mí con la intención de protegerlo. Saqué mi arma y la apunté, a la vez que fui dando pasos cortos hasta quedar lo suficientemente cerca como para poder verla en todo su esplendor. Los pocos rayos de luna que las nubes permitían pasar la hacían iridiscente, ¡era como el puto Edward Cullen pero en bolas!

—¡Suelta eso ahora mismo y levanta las manos! —intenté chillar, pese a que la voz salió medio estrangulada de mi garganta, no supe si por miedo, asco o asombro. Ella no me hizo ni puñetero caso—. ¡No se come, caca, suelta eso, cojones! —repetí igual que si le estuviese hablando a un perrillo, y lancé un disparo de advertencia al aire.

Su reacción no se hizo esperar, saltó sobre mí como cuando intentas quitarle la comida a un animal hambriento. Pude sentir sus afiladas uñas clavándose en mi brazo, la voz de Nandor me llegó lejana pese a tenerlo a pocos metros. La fuerza de la chica era descomunal, por mucho que intenté deshacerme de su agarre y que cediese en su intención de arrancarme la extremidad, no logré que se moviese ni un

milímetro, incluso poniendo todo mi empeño en ello.

La pistola se disparó en la contienda y el sonido de la bala silenció cualquier otra cacofonía a nuestro alrededor. Sus ojos, disimulados por una especie de velo blanquecino, se abrieron más de lo que cualquier persona podría hacerlo y percibí que la sujeción se aflojaba a la vez que yo intentaba que no cayese al suelo. El resultado fue que ambas descendimos despacio hasta quedar de rodillas, el tacto de su piel raspaba e incluso pinchaba si levantabas unas pequeñas protuberancias que la cubrían por completo.

Nandor me apartó y miró la herida de su abdomen, la cogió en brazos y corrió con ella dejándome atrás sin terminar de comprender lo que acababa de suceder. Las gotas de lluvia volvieron a caer, sin dar tregua a los típicos comienzos lentos, directamente empezaron a golpearme con fuerza, sacándome del estado de trance en el que me había sumergido. Me levanté y, cuando fui a dar el primer paso, aplasté algo blandito que había olvidado por completo. El asco y las náuseas intentaron regresar a mi organismo, no obstante, no tenía tiempo que perder y omití la bilis en la garganta, junto al hecho de que la suela de mi zapato contenía restos de lo que recé por que no pertenecieran a la de la harina.

Seguí la figura que me sacaba ya algunos metros. Tomó la dirección del hostal, de lógica hubiese sido mejor ir al ambulatorio, aunque supuse que la desaparición del único sanitario de la isla había hecho que esa no fuese su primera elección. Lo perdí de vista por un momento, el aguacero torrencial sumado a la oscuridad y a estar intentando no resbalar me hicieron ir más lenta que él. Subí los escalones del hostal de dos en dos, esperando que su destino final hubiese sido ese, lo que no imaginé fue encontrarme la puerta de mi dormitorio abierta y a la chica sobre la cama con Nandor examinándole la herida. Entré y cerré rápido tras de mí, lo último que necesitaba era a Caterina diciendo unas mil veces en medio minuto «*¡Dios mío!*».

—Trae toallas y ve a buscar a Madre Shipton, ¡corre! —me urgió, tomando las riendas de la extraña situación.

Obedecí sin articular palabra y fui hasta el final del pasillo, donde

sabía que estaban sus dormitorios. De pronto apareció Leo a mi espalda y casi logró que me diese un infarto, esa mujer era igual de sigilosa que un gato, sus pies parecían no tocar el suelo al caminar y no hacía ningún ruido que delatara su presencia.

—¿Dónde está la vieja?

—¿Cuál de ellas?

—¡Joder, la rara!

—¿Cuál de las dos?

—¡Me cago en mi puta vida! —grité, exasperada, apartándola y siguiendo mi camino.

Allí solo nos hospedábamos nosotros tres, además de Caterina, que dormía en la planta baja, por lo que no sería difícil de encontrar. Fui abriendo todas las puertas con Leo a mi espalda dando saltitos mientras metía la cabeza en todos los cuartos que yo iba descubriendo. Juro que si no hubiese estado tan alterada le habría dado un puñetazo… No podía cargar con otra muerte a mi espalda.

Mi intención no había sido dispararle, lo único que quería era que no se comiese las pruebas, ese pensamiento hizo que la imagen del trozo de corazón estrujado bajo mi pie regresase a mi mente y me pusiera peor cuerpo del que ya tenía. Por fin, en la última maldita habitación que miré, encontré a Madre Shipton sobre la cama, todavía estaba vestida y tenía unas velas encendidas como única iluminación.

La mujer reposaba con los brazos en cruz sobre el pecho como la que se encuentra en el interior de un ataúd, luego se extrañaban de que la llamase rara… Abrió los ojos cuando me vio entrar y se incorporó cual Vlad Tepes, sin necesidad de apoyarse en el colchón, dando muestras de un estado físico que para mí lo querría. Antes de que pudiese decirle nada, saltó del camastro, cogió su bolso-maletín negro de cuero y salió al pasillo con Leo y conmigo tras ella. Una vez que estuvimos de regreso en mi dormitorio, sí, todos nosotros allí dentro en modo sardinas enlatadas: el hombre alto de rodillas sobre mi cama, la mujer que acababa de casi matar en el colchón desangrándose, Madre Shipton sacando cosas del bolso con total parsimonia como si dispusiéramos de un tiempo infinito, Leo en el poyete de la ventana moviéndose de atrás adelante al igual que una

psicótica y yo dejándome caer sobre la madera de la puerta cerrada, intentando contener el ataque de histeria que sentía que iba a darme. Sí, aquello era todo de lo más normal del mundo. Solo faltaba que, contra todo pronóstico, en aquel momento caótico sonase mi móvil, cosa que sucedió, por supuesto…

Capítulo Veinticuatro

Tardé tanto tiempo en reaccionar que todos se detuvieron y se giraron a observarme para que hiciese que el sonido del sinsajo de *Los Juegos del Hambre* se detuviese, era lo único que sabía cambiar del maldito móvil, y esos libros me molaban. Me encogí de hombros y respondí en un susurro sin mirar quién era.

—¡¿Qué?!

—¿La he despertado?

—No, Penélope, para dormir estoy yo… —respondí, obviando que había vuelto a tratarme de usted.

—¿Ha leído los mensajes que le mandé y la información sobre el símbolo que las víctimas llevaban tatuadas? —me preguntó, cuando una voz que reconocí la cortó.

«¿Con quién hablas? ¿No habrás llamado a Kate? ¡Te dije que esperases a que fuese de día!».

«En realidad no especificaste en qué parte del mundo tenía que ser de día y, además, me aburro».

«Dame el teléfono».

«Estoy llamando desde el ordenador».

«¿Nos está escuchando?».

—Sí, Silvia, te estoy escuchando. No he podido mirar nada, ha sucedido algo —interrumpí su discusión, aunque tuve que reconocer que esa pelea estúpida logró que mis nervios se relajasen, solo hasta que miré mis zapatos, recordando lo ocurrido, y agradecí de forma interna que la lluvia los hubiese limpiado.

—Kate, perdona, te prometo que le dije que no te llamase, pero esto es como la Alexa, hay que darle las órdenes exactas para que te entienda —respondió Silvia apurada—. ¿Qué ha pasado?

—Han robado a la Harina.

—Hay sustitutos para poder hacer el pan, no es un gran problema —informó Penélope, haciendo que me diese con la palma de la mano en la frente.

Permití que mi cuerpo dejase de luchar contra la gravedad y me senté en el suelo mirando lo que hacían Nandor y Madre Shipton, a Leo preferí no prestarle atención, ella simplemente no llevaba a cabo otra función más que la de mirar al techo y sonreír mientras, supongo, observaba alguna motita de polvo a la luz de la bombilla.

—¡Voy a matar a Grace en cuanto la tenga delante!

—Ponte a la cola… —me corrigió Silvia con voz cansada.

—El sanitario ha desaparecido junto con el cuerpo de María de Ximildegui.

—Ya le expliqué que, si habla en clave y no me informa de los parámetros con anterioridad, no puedo entenderla —se quejó la cerebrito.

—¿Lo habéis buscado? —preguntó Silvia ignorando a la pobre Penélope, que andaba más perdida que el barco del arroz.

—Estaba en ello, encontramos un pentagrama dibujado con algo que parecía sangre y en medio de este hallamos un órgano que, por el tamaño, podría ser un corazón humano —les conté.

—Mierda, Kate, esto se está volviendo demasiado escabroso. Vas a salir de ahí en cuanto podamos mandar un helicóptero —aseguró mi improvisada compañera.

—En unas cuantas horas se hará de día, no te preocupes. No pienso moverme de aquí hasta que descubra lo que está pasando, así que mantened vuestros culos allí, tenéis que continuar hablando con los familiares de las otras víctimas —les recordé, intentando que el peso del deber sustituyese al de la empatía para conmigo.

—De acuerdo, Kate, pero no es un vampiro, el responsable puede atacarte también de día, ¿recuerdas? Has hecho fotografías de la escena nueva y guardado a salvo las pruebas, ¿verdad?

—Bueno… —titubeé al contestar—, puede ser que hayamos tenido algunos problemas técnicos.

—Define «problemas técnicos», por favor —instó Silvia.

—Empezó a llover y… —me detuve sin saber bien cómo explicar lo

de la chica que tenía muriéndose en mi cama, y algo en mi interior me advirtió que me callase la boca— me resbalé y pisé el trozo de carne.

—¡¿En serio?! —dijeron las dos a la vez.

—Sí, prefiero omitir los detalles, lo siento. No me ha dado tiempo de buscar más ni al prófugo ni a la muerta.

—Está en la puerta de San Gabriel —informó Leo sonriendo.

—¡¿Qué?! —exclamé prestándole atención.

—Estaba allí, pero no se mueve y creo que no respira —añadió la de los mechones blancos, haciendo que me incorporase de un salto.

—¿Y cuándo tenías pensado decírmelo?

—Nadie me preguntó, me dijeron que fuese a investigar, y eso hice.

—Silvia, ¿si hay otro cadáver más importaría mucho? —ironicé, sosteniendo el teléfono entre la oreja y el hombro a la vez que alargaba las manos con la intención férrea de ahogar con ellas a la rara.

—Lo hemos escuchado, ¿crees que lo han matado? —respondió la rubia sin comprender el doble sentido de mis palabras.

—¿El pentagrama en qué lugar lo encontraste? —preguntó Penélope de pronto.

—En la playa.

—¿En qué playa?

—¿Y yo qué sé? Penélope, no me conozco la jodida isla. En una puerta, hay tres, creo, esta es la que está más cerca de la clínica.

—Puerta de San Miguel, está al este. Próxima al lugar por el que se arrojó o tiraron a Laura —continuó la cerebrito, especulando sola como las locas.

—¿Para qué lo necesitas? —quiso saber Silvia.

—Estoy haciendo un mapa. Según el informe de la inspectora, Marilyn decía en su diario que podía hablar con los muertos, en el dormitorio de la chica que visitamos encontré un pentagrama pintado en el marco, bajo la ventana, estaba oculto con las cortinas.

—¡¿Cómo?! —La voz de Silvia salió demasiado aguda.

—Me dijiste que lo mirase todo —respondió y continuó como si no informar de eso fuera lo más normal del mundo—. Considero que la inspectora estaba en lo cierto al pensar en el rito satánico. El tatuaje

se usaba en la Inquisición Española, era el símbolo de los representantes más extremistas de Dios, luchaban contra los practicantes de la magia. Puede tratarse de alguien que haya llegado al pueblo hace poco y que tenga una fe ciega en sus ideales. Eso indicaría por qué hay víctimas fuera de la isla, tiene que moverse de sitio para no levantar sospechas o para que su legado llegue a más lugares.

—¿Cuándo tenías pensado contarme todo esto? —repitió Silvia al otro lado del teléfono.

—Cuando fuese de día.

—¡Yo la mato! —Me temí que, finalmente, fuese ella la que acabase con su compañera.

—Intenta que no, por tu madre. Creo que puedo tener una idea de quién está detrás de todo esto, el cabrón del cura me ha dado mala espina desde que lo conocí. Tenía mucho interés en que todos pensasen que Marilyn continuaba viva y fuera de Tabarca. Lo único que no entiendo es por qué la encerró en el frigorífico de Caterina, hubiese sido más sencillo deshacerse del cuerpo. Además, ¿qué pinta la Harina en todo esto? ¿Y por qué ha robado el cadáver? ¿Y qué coño le ha pasado a Juan? ¿Y para qué se ha deshecho del diario, del móvil y del ordenador? Necesito centrarme, debo mirar la pizarra y atar cabos, tenemos al culpable y un posible motivo, pero sigue faltando algo, estoy segura —alegué, más para poner mis ideas en claro que para comunicarles mis pensamientos a ellas.

—Sé pilotar un helicóptero, podemos ir a buscarte —concluyó Penélope.

—¡Tú no estás bien de la cabeza! —amonestó Silvia a su compañera—. Kate, no hagas nada más, mañana veremos cómo lo planteamos. Espera a que se haga de día, ¿me escuchas? ¡No te muevas del dormitorio! Si ha sido el cura no puede irse muy lejos —esta vez fue Silvia la que habló.

Un grito femenino hizo que saliese de la conversación y pusiera mis ojos en la cama. Madre Shipton tenía la boca pegada a la herida de la joven y succionaba como si estuviera comiendo caracoles mientras que la otra chillaba igual que si le estuviesen sorbiendo el alma.

—¡Mierda!

—¡¿Qué ha sido eso, Kate?! ¿Qué sucede? —Silvia estaba empezando a entrar en un ataque de histeria.

—Kate, enciende el GPS antes de colgar —ordenó Penélope.

—Vale, luego os llamo —terminé la conversación, obedecí la orden y me guardé el móvil en el bolsillo—. ¡¿Qué puñetas está haciendo?!

—Sacando la bala —respondió Nandor como si la forma en la que lo estaba llevando a cabo fuese la más habitual.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡De esta salgo peor de lo que estaba, lo juro! —grité dando vueltas en el reducido espacio que quedaba libre—. Nandor, necesito que vengas conmigo, ¿se la cenará si la dejamos sola?

—No, Kate, la está curando.

Me marqué un Jack el Destripador y decidí ir por partes, primero acudiría en busca del sanitario y mientras rezaría para que la vieja no se comiera a la chica y, en su lugar, lograse salvarla.

La tormenta volvió a darnos una pequeña tregua en la que tan solo nos acompañaron el frío y la negrura en el camino.

—¿Todas las puertas de aquí tienen nombre de santo? —le pregunté a Nandor, más para no pensar en qué haría si la mujer pez se moría que porque me importase una mierda cómo se llamaban.

Si lo que recordaba de cuando estuve en la cueva no había sido fruto de mi imaginación, ella me salvó la vida tras hundirme, y podría jurar que también fue la responsable de que Laura no se ahogase en las rocas, devolverle ambos favores disparándole no era lo que se dice de buen samaritano…

—Hay tres puertas. Antiguamente se creía que los arcángeles debían proteger las entradas para que nadie del otro lado del velo las traspasase, y por eso se los nombraba en ellas para que acudan si fuese necesario.

»Está la puerta de san Gabriel, al oeste. Este arcángel es el encargado de instruir a las almas durante la gestación, su tarea es que acepten el nuevo cuerpo como el instrumento que las ayudará a cumplir con su futuro papel en la Tierra. También se lo conoce como el arcángel de la revelación. La puerta en la que encontramos el

pentagrama es la de san Miguel. Es el que se ocupa de luchar por la Iglesia e impartir la justicia del juicio final, no vaticina nada bueno que hayan pintado justo allí el símbolo y dejado una ofrenda. Las puertas son entradas o salidas bidireccionales.

—¿Te refieres al trozo de carne? —lo interrumpí, alucinando con el tono de veracidad que otorgaba a sus palabras. Era como si él creyese a pies juntillas lo que me explicaba.

—Exacto, no estoy seguro de que seamos suficientes para detener lo que sea que haya comenzado —se lamentó, y continuó hablando—. La puerta de san Miguel también está a poca distancia de donde cayó la última chica. Y san Miguel es protagonista del Apocalipsis 12:7, la batalla entre el bien y el mal, no lo veo como un buen augurio:

«Después hubo una gran batalla en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón; y luchaban el dragón y sus ángeles; pero no prevalecieron, ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero; fue arrojado a la tierra, y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la salvación, el poder, y el reino de nuestro Dios, y la autoridad de su Cristo; porque ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte. Por lo cual alegraos, cielos, y los que moráis en ellos. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar! porque el diablo ha descendido a vosotros con gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo».

Tras pronunciar la última palabra nos quedamos en un silencio sepulcral. No entendí demasiado bien lo que me narró, digamos que la teología nunca fue mi fuerte, más bien se podría equiparar a mi nivel de conocimientos en informática o en nuevas tecnologías. Pero sí tuve clara una cosa, si estaba en lo cierto y el cura se hallaba detrás de todo, la explicación que me acababa de dar era bastante plausible. Sobre todo, si se creía otro enviado de Dios y tenía que librar al mundo de los que quisieran ensuciar Su nombre. Ese pensamiento hizo

que recordase de nuevo a Nakada y su jodida esquizofrenia paranoide. Sentí que el estómago se me encogía y que mi corazón latía como un caballo desbocado. Por ahora, y que hubiésemos logrado relacionar, había ya siete chicas muertas y una más en estado grave por culpa de otro jodido fanático religioso, y después se preguntará la gente por qué no me gusta entrar en misa ni huyendo de Nostradamus…

—Al final ganaron los buenos, ¿no? —pregunté, haciendo un resumen nimio de lo que me había explicado.

—Sí, pero los arcángeles hicieron lo sencillo. Ellos se libraron de los «malos», como tú dices, y nos los mandaron a la tierra.

—Vamos, que escurrieron el bulto y a otra cosa, mariposa.

—Exacto.

—Pues vaya mierda de arcángeles. Yo me los hubiera imaginado supercachas con poderes molones, estilo Thor y no en plan: «Uy, vamos a hacerle la zancadilla a Satanás y a sus *coleguis*, que se están chivando al jefe de todo lo que hacemos, que se caigan de boca en la tierra y que se jodan los humanos, que no es cosa nuestra», la verdad —alegué imaginando la escena en mi mente y poniéndole voz de pito al san Miguel de las narices.

Nandor soltó una inesperada carcajada que me provocó un intento de sonrisa que no llegó a mis ojos. No estaba para reírme, no es que tuviera muchos motivos…, no obstante, su risa contagiosa hizo que mi corazón ralentizase sus revoluciones hasta que cruzamos la puerta y la luz de nuestras linternas apuntó a otro símbolo en el suelo.

Frente a nuestras narices había el mismo dibujo con otro trozo de algo sanguinolento en su interior. Esta vez no vendría nadie a comérselo, o eso esperaba. No obstante, la sensación de náuseas por la macabra visión y por el olor metálico de la sangre regresó para advertirme de que todo estaba mal. Tenía pensado colgar por los huevos al puto cura y meterle sanguijuelas en la sotana en el instante en que me lo cruzase.

—¿Aquí era donde Leo vio a Juan? —le pregunté a Nandor, porque yo me estaba haciendo un lío con tanta maldita puerta, tanto muerto y tanto santo.

Mi compañero se aproximó un poco más, el mar estaba a unos

metros, en esta ocasión la escena del crimen se hallaba justo al salir del túnel de la puerta. Él se agachó y lo que hizo a continuación provocó que mi estómago patalease, se revolviese y expulsase hasta la primera papilla de mi vida. El tío cerdo acababa de mojar un dedo en el líquido que rodeaba el órgano y se lo había llevado a la boca como si estuviese probando la sal del guiso.

Corrí todo lo que pude hasta alejarme lo suficiente y no seguir jodiendo zonas de investigación. Cuando ya había echado hasta las asaduras, me limpié la boca con la manga de la sudadera y me giré, pero solo me dio tiempo a eso. El resto de lo que sentí fue un fuerte golpe en la cabeza y mi mundo se desvaneció.

Capítulo Veinticinco

Silvia

Dormir mientras Kate tenía ese marrón encima era imposible, además de que una desconocida estaba en mi salón tecleando como una posesa sin decirme qué diantres hacía. Me di una ducha de agua fría para espabilarme, procurando no mojar demasiado el vendaje, me tomé alguna pastilla de más para soportar el dolor, me vestí e hice café para un regimiento. El sol no tenía intención de acompañarnos aún y yo ya estaba exhausta, tanto física como psicológicamente. Recordé que mi madre, cuando yo era pequeña, tenía una perrita que no solía hacer caso a no ser que la mirases directo a los ojos y le dieras órdenes breves y concisas, por lo que decidí actuar con Penélope de la misma forma que con el can, rezando para que eso surtiese más efecto y no terminase mordiendo a nadie, más en concreto no a mí, a poder ser.

Me acerqué a ella y me senté a su lado intentando leer algo del galimatías que se abría frente a mí, innumerables ventanas negras subían a una velocidad que el ojo humano sería incapaz de leer, pero, al parecer, ella sí. Le tendí una humeante taza de café y carraspeé para sacarla de su faena, con la intención de tratar de ganármela.

—Creo que deberías darte una ducha y tomar algo de cafeína, nos ayudará a pensar mejor.

—La cafeína estimula el sistema nervioso central, lo que puede hacer que te sientas más despierto y proporcionar un impulso de energía extra —explicó mientras aceptaba el vaso y bebía un largo trago del mismo—. Aunque también es diurético, por lo que tendremos que ir más al servicio, y no sé hasta qué punto ese tiempo perdido podría compensar.

—Con un «gracias» hubiese valido —añadí poniendo los ojos en blanco y teniendo unas repentinas ganas de ir a orinar—. ¿Qué tienes?

—Pues, a ver, Kate dice que han dibujado un pentagrama y realizado un sacrificio en la puerta de san Miguel, este fue el arcángel que desterró a Satanás del cielo. En el Apocalipsis hablan sobre ese suceso, dicen que se ganó la batalla gracias a utilizar la sangre del Cordero. Creo que el que esté haciendo esto tiene la de todas las víctimas y está realizando donativos en las puertas para desequilibrar la balanza. Si se le venció con sangre, es de lógica imaginar que quieran también traerlo de regreso de la misma forma. Los tatuajes tengo claro que son el símbolo de la secta, esto no lo puede estar haciendo solo una persona. He estado revisando las fotos de las autopsias y la inspectora tiene razón, en parte, no todos los cortes que les practicaron en la yugular son de una persona diestra, pero tampoco solo de una zurda.

—¿Eso quiere decir que hay más de un asesino y que nuestro forense ha metido la pata? —mi pregunta fue más una afirmación y una forma de que mi mente analizase sus palabras.

—Exacto.

—¿Quiénes podrían estar tan locos como para pensar que matando a esas pobres chiquillas y regando su sangre por ahí conseguirían traer de vuelta a un mito?

—En realidad, la figura de Satanás, el diablo, Lucifer, o el nombre que le quieran dar en las distintas religiones, es un misterio y forma parte de la cultura popular y de la imaginación colectiva. No obstante, hay muchas cosas que no se han podido comprobar y, sin embargo, tenemos constancia de que han existido o que continúan existiendo, más o menos rebatidas por el raciocinio contra la creencia. En ningún escrito, ni histórico ni religioso, se habla de la acción sobrenatural de Satanás sobre el mundo de los vivos.

—A ver, Wikipedia, no me puedo creer que pienses que esas cosas son reales.

—Tener una mente asombrosa como la mía no está reñida con poseer tantos conocimientos como para pensar que algo se escapa de nuestras manos —me rebatió, dejándome sin saber qué más decir y

con la boca abierta.

—Date esa ducha rápido, porque vamos a ir a hablar con Edmon a ver qué nos cuenta sobre su gran cagada —demandé, ignorando que la gótica no tenía abuela.

Condujo ella hasta la comisaría mientras yo fui todo el trayecto con los ojos cerrados, planteándome seriamente si poner la sirena para que ningún compañero de tráfico nos detuviese por las imprudencias y la velocidad que llevábamos. De pronto, en un dispositivo que tenía puesto en la bandeja que queda entre el cuentakilómetros y el volante, comenzó a sonar un pitido y vi desde mi asiento que se encendía una lucecita roja.

—Kate no te ha obedecido y ha salido del hostal.

—¿Cómo?

—Le dije que encendiera el GPS y la estoy siguiendo.

—¿La estás espiando sin su consentimiento?

Como respuesta ella solo se encogió de hombros y continuó con su conducción, más que temeraria, hasta nuestro destino.

Una vez en las oficinas pregunté en recepción por Edmon y me informaron de que se encontraba en su lugar de trabajo. Di las gracias porque el hombre viviese casi en la morgue y no tener que ir a buscarlo a su domicilio o tener que perder más tiempo esperándolo.

Al bajar las escaleras nos tropezamos con un individuo ataviado con una capucha que llevaba demasiada prisa, tanta que casi me hizo rodar en modo croqueta por los escalones al no poder aguantarme bien con tan solo una mano. Después de lanzarle un improperio, más digno de Warne que de mí, continuamos hasta la puerta metálica que separaba el mundo de los vivos del de los muertos. La habitual música del médico salía al exterior y di unos golpecitos sin obtener respuesta. Supuse que estaría afanado con sus cuerpos como siempre, ajeno a la realidad que lo rodeaba, y entramos al minuto sin aguardar a que contestase. Pero allí no había nadie, tan solo un cuerpo metido en una

bolsa negra alargaba su descanso eterno sobre la fría e incómoda mesa de autopsias.

Di una batida visual rápida mientras Penélope husmeaba en los papeles que el forense tenía en el escritorio sin ningún tipo de miramiento. Si Edmon entraba y nos pillaba curioseando su trabajo nos caería una buena. El carácter de ese hombre no era lo que se dice suave.

Justo cuando iba a decirle a mi compañera que nos fuéramos a buscarlo a la cafetería de al lado por si estaba desayunando, ella se acercó a la mesa y comenzó a liberar al difunto de su cubierta.

—Penélope, haz el favor de no tocar nada. Lo último que me apetece ahora mismo es que nos pille.

Ella me ignoró y destapó el cuerpo hasta media cintura, haciendo que tuviese que tomar una gran bocanada de aire para no caerme en redondo.

—No creo que le moleste demasiado ya, la verdad —rebatió señalando al cadáver—. ¿Es este el doctor Edmon?

Me limité a asentir con la cabeza a la vez que me llevaba las manos a la boca, me encontraba en una especie de *shock* que no me permitió hacer nada más, ni pensar ni moverme ni casi respirar. Edmon tenía los ojos abiertos y un hilo de sangre corría por la comisura de su boca formando un charquito carmesí en la oquedad de su oreja.

—¡Dios mío! —pronuncié al fin.

—¿No crees en el demonio pero sí en Dios? —me preguntó intrigada, ignorando que teníamos a un compañero asesinado delante de nuestras narices—. Creo que necesitas otro café.

Apreté tan fuerte el puño que me hice sangre en la palma de la mano buena con las uñas, era eso o propinarle un puñetazo a Penélope, cosa de la que me habría arrepentido, seguro.

—Analiza todo lo que puedas antes de que vengan, tengo que informar de inmediato —le indiqué, con la intención de levantar el teléfono interno que tenía en la mesa de al lado y dar la voz de alarma.

—La cámara está apagada y apostaría a que la del pasillo y las entradas también —me informó mirando el inexistente pilotito rojo

que debería haber estado brillando debajo de la grabadora de la esquina del techo—. Se pueden controlar desde este ordenador. Necesito ver las últimas imágenes grabadas para corroborar mi teoría —ultimó a la vez que abría el cuello de la bata de trabajo que llevaba el forense y me paralizaba por segunda vez en lo que iba de día—. Ya no considero que necesite verlas para saber que se detuvieron desde aquí y que no encontraremos nada en las grabaciones. —Su alegato fue seguido de unas fotografías que sacó al descolorido tatuaje que el hombre llevaba en el pecho, y que se podía ver a la mitad desde mi posición.

Me senté porque dudé que pudiera continuar en pie y avisé para que bajasen a precintar y analizar la zona.

—¡Vaya puta mierda!

En el instante en que di la voz de alarma, aparecieron los compañeros que estaban de guardia, demasiados, diría yo. Creo que en un principio pensaron que se trataba de una broma o algo similar. Escuchar a esas horas que el médico forense estaba muerto en su despacho y que nadie se había enterado de nada era, cuando menos, para poner en duda la cordura del informante de dicha afirmación. Una vez que Penélope hizo su magia con el ordenador de Edmon y volcó todos los datos para examinarlos después, salimos y aguardamos a que precintasen el lugar. Lapso de tiempo en el que acepté la primera sugerencia y nos marchamos a la cafetería a por más cafeína y a pensar cómo diantres explicarles toda esta mierda a mis superiores sin perder el trabajo en el intento.

Lo que sí tuve claro fue que, si el forense estaba metido en el ajo, aquello se me había ido de las manos antes casi de empezar y sin que me hubiese enterado de nada. Todo había sucedido delante de mis narices, y en esos instantes me sentí como una auténtica imbécil, una inútil en potencia. Mi vida siempre se rigió por una palabra: «mediocre». Nunca sobresalí en nada, tan solo me esforzaba por ser mejor que el resto, aunque me costase tres veces más. Pero, en el

fondo, me consideré una persona del montón tirando para abajo en todas las modalidades de mi vida. Si se demostraba lo que Penélope ya tenía casi ratificado, o incluso yo diría que aseverado del todo en su mente, ¿dónde me dejaría eso a mí?, ¿cómo podría resarcirme de que me hubiesen estado engañando durante más de un año sin que yo sospechara lo más mínimo? ¡Dios! Tenía ganas de llorar y esconderme bajo las sábanas hasta que muriese de inanición, tampoco es que nadie se fuese a dar cuenta de mi desaparición…

Andaba sumergida en mi bucle autodestructivo cuando mi compañera, la que por lo visto había estado trabajando a mi lado en su portátil mientras a mí se me escurrían las lágrimas al igual que un muro de contención resquebrajado, me rozó la mano con delicadeza, más de lo que hubiese imaginado que alguien con su carácter pudiera, y colocó allí sus uñas pintadas de negro produciendo un extraño contraste sobre mi piel nívea.

—No es culpa tuya. —Esas palabras, sumadas a su contacto físico, fueron lo único que necesité para terminar de derrumbarme y llorar a moco tendido como si no existiese un mañana, no al menos para mí, no después de esto—. Cualquier otra persona con los datos que tenías no habría relacionado los casos de las víctimas. De hecho, he de reconocer que, si la inspectora no hubiera levantado la liebre de la contradicción en el *modus operandi,* ni yo le hubiese dado demasiada importancia al caso y, por ende, no estaría aquí sentada ahora mismo. Seguiste tu intuición e intentaste confirmar tus sospechas, pese a no tener nada que las avalase hasta hace poco, eso es algo que te encumbra como profesional y como persona. Los que somos como yo carecemos de empatía y de, podríamos llamarlo, ese sexto sentido que los que sois más simples tenéis.

Esa forma de consolarme, primero tirándome flores y luego llamándome humana normal y corriente, me hizo tanta gracia que mi llanto se transformó en una risa nerviosa que logró que el nudo que tenía en el pecho se soltase un poco, concediéndome el valor necesario para llamar a mi superior y explicarle todo lo que teníamos hasta ahora. Incluyendo la sospecha de la implicación de Edmon, aun a sabiendas de que eso comprometería absolutamente todos sus casos,

con lo que muchos criminales que ya estaban entre rejas lo aprovecharían para salir a la calle impunes. Eso fue lo que más me reconcomió a la hora de reconocer mi venda en los ojos frente a un tipo apuesto y enigmático en lugar de haber estado mirándolo con lupa como al resto de mis compañeros. Sí, me sentía estúpida, pero una estúpida con un sexto sentido que estaba dispuesta a hacerles justicia a todas esas chicas que nunca cumplirían sus sueños por culpa de una panda de psicópatas, porque ya era más que obvio que no estábamos luchando contra un solo criminal.

Capítulo Veintiséis

Olía a humedad y a madera podrida mezclada con sal. El sonido de las gaviotas me hizo pensar que estaba en un barco. Al abrir los ojos el sol me dio de lleno y sentí el vaivén de las olas debajo de mí. Me encontraba en bañador tumbada sobre una toalla en la proa de un yate. La figura de un hombre a unos pocos metros llamó mi atención, ¿sería Joseph? El contraste de la luz detrás de él provocaba que tan solo pudiese entrever su silueta. Tenía la cabeza ladeada, ese era un gesto muy característico suyo. El corazón empezó a palpitarme como si acabase de correr un kilómetro en pocos minutos. Intenté moverme, pero algo me tenía paralizada y no pude, entonces sentí la salinidad de mis lágrimas en los labios.

No supe cuándo había comenzado a llorar. Tan solo quería tocarlo, necesitaba besarlo y pedirle perdón por todo, por ser una estúpida, por tratarlo mal, en definitiva, por ser yo. Esa persona incapaz de dar su brazo a torcer, aunque se lo estén amputando y el dolor la destroce. De pronto, dio unos pasos y se acercó más; a medida que avanzaba, menos podía distinguir sus rasgos, aunque en el fondo de mi corazón sabía que era él. Podía aspirar ese aroma inconfundible que lo caracterizaba y que tanto había anhelado. Un paso más, dos, tres, si alzaba la mano podía llegar a tocarlo, pero tenía miedo de que fuese una ilusión y mi roce hiciese que se desvaneciera, si eso era el infierno, el paraíso o el limbo, no pensaba salir. Permanecería allí sentada el resto de la eternidad, oliendo al amor de mi vida y contentándome con saberlo cerca. Él posó su mano abierta en mi abdomen y aproximó su cara a mi oído:

«Estoy con vosotras, Kate, siempre lo estaré. Te quiero, pero necesito que seas fuerte y sigas luchando; por ti, por ella, por nosotros.

¡Despierta!».

Meneé la cabeza con fuerza de un lado a otro, sintiéndome aún peor persona de lo que ya lo hacía antes, ¡mi gremlin!, se me había olvidado por completo. Volví a ser la egoísta de siempre pensando solo en mi felicidad y en mí, sin embargo, él estaba allí, apreté los ojos con fuerza llevando a cabo la mayor lucha interna que jamás en mi vida había batallado. No quería abrirlos, no quería que se fuera, no quería perderlo, no quería, no…

Al final, cedí ante sus palabras, y al levantar los párpados continuaba estando ahí, esa silueta marcada por la sombra de la luz. Percibí que mis miembros volvían a responderme y lo agarré por la nuca tirando con todas mis ganas de él hasta que nuestros labios se tocaron de nuevo. Aguanté la respiración como la que está sumergida bajo el agua, al igual que si esa vorágine de sentimientos pudiese asfixiarme si los aspiraba, y lo besé, lo hice con tal intensidad que incluso me dolió el alma, llegando a tocar cada fibra dañada de mi ser, recomponiéndolo de alguna extraña manera e insuflándome ese aliento que tanto codiciaba. Reconfortándome por dentro como hacía mucho que nada lo lograba.

No quería separarme, pero necesitaba verlo y saber que no era fruto de mi imaginación y que en realidad había vuelto, que no se trataba de otro sueño, que no formaba parte del mundo onírico más vívido que jamás hubiera experimentado.

Mis ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la opacidad del lugar, y una sonrisa conocida me devolvió la mirada y me acarició la mejilla.

—Si llego a saber que me agradecerías así que te salvase, hubiera hecho que te secuestraran yo mismo.

Mi mundo comenzó a girar y las náuseas regresaron, aquello no estaba bien. Eso no era lo que había esperado ver. Me giré y comencé a vomitar y a llorar como nunca, con el corazón encogido por el dolor de la verdad.

—Kate, Kate, ¿estás bien? —El tono de preocupación en la voz de Ale me recompuso, pero no me alivió.

—¿Dónde estamos? ¿Qué ha pasado? ¡¿Nandor?! ¡Nandor! —grité

regresando al mundo de los vivos, intentando centrarme y recordar lo ocurrido.

—No está, Kate. Estábamos muy preocupados por ti. Hay una batida, lo hicimos como nos enseñaste. Yo vine al cementerio y te encontré aquí.

—¿En el cementerio? Estaba con Nandor en una de las puertas y… —Tuve que parar de hablar porque un dolor punzante me atravesó la cabeza. Me encontraba mareada y desubicada, pero no podía permitir que mi estado físico y anímico me detuviese. Era él, estaba convencida, a los sentidos no se los engaña y yo lo había percibido con todos ellos—. ¿Dónde está Nandor?

—No lo sabemos, la anciana y la chica nos dijeron esta mañana que anoche salisteis, pero que no habíais vuelto. Por eso empezamos a buscaros.

—Estábamos juntos, tiene que estar conmigo —pensé en voz alta cuando recordé que la noche anterior Ale no se hallaba en el mejor de los estados tampoco—. ¿Cómo estás tú?

—Sobreviviré, tengo la cabeza dura. Cuando era pequeño, jugábamos a la guerra tirándonos piedras, yo era el que más veces fui a la enfermería por recibir los disparos del enemigo. No es sencillo derribarme —bromeó dándose sendos golpecitos en la sien.

Me ayudó a incorporarme y salimos del camposanto. Lo formaba un rectángulo con lápidas en el suelo y paredes llenas de nichos. Lo cierto es que si no estuviera en esas circunstancias me habría detenido a curiosear.

Al salir me sorprendió ver un *jeep* verde en la puerta cuando se suponía que el único vehículo de la isla era la furgoneta del sanitario y los *quads* de la policía o de Ale. Mi cara realizó la pregunta sin que tuviese que exteriorizarla.

—Es un recuerdo de mi padre, llevaba años sin conducirlo, pensé que no funcionaría. Soy medio Hulk, pero no me atrevía a coger el otro. La idea era rescatarte, no matarme en el intento —sonrió.

—Con respecto a lo de antes… —comencé a decir, ruborizándome ante el recuerdo del apasionado beso que nos habíamos dado hacía apenas unos minutos.

—No necesito explicaciones, puedes darme las gracias de esa manera las veces que quieras —indicó y alargó la mano con la clara intención de agarrar la mía, pero la quité rápido para que no tuviera la más mínima opción al contacto. Ale hizo como si no hubiese sucedido y me abrió la puerta del copiloto para que entrase.

Nos dirigimos, a más velocidad de la que mi estómago hubiera deseado, hasta el centro de la plaza. Allí se hallaban algunos de los hombres que habían ayudado a encontrar a Laura, junto con el padre de Alice y los dos agentes dando órdenes. Me pareció perfecto que los cabrones estuvieran tocándose los huevos con un café en la mano mientras se suponía que yo podría estar muerta. Eso hizo que mi sangre hirviera de nuevo y que se me hinchasen los ovarios. Salí del coche y di un portazo con la intención de llamar la atención de todos los presentes, que se giraron ante el estruendo.

Anduve con paso rápido dando sonoras pisadas sobre los adoquines de piedra para situarme delante de los dos inútiles y cagarme en su nación.

—¿Qué? ¿Queréis unos churritos para acompañar el desayuno? —ironicé casi echando humo por la nariz.

—¡Kate, menos mal que estás bien! Estábamos muy preocupados, ahora íbamos a dar aviso a la central —me informó el rubio.

—Vamos, que lo de descolgar un teléfono era demasiado trabajo como para hacerlo tan temprano…

—No quisimos dar la voz de alarma sin saber si el forastero y usted estaban de escapada romántica —añadió Becerra, haciendo que la ebullición de mi enfado llegase a niveles desorbitados.

Alcé la mano y le di una colleja con la palma abierta con todas mis fuerzas, era eso o un puñetazo, pero esa opción resultaba mucho más ridícula.

—Cada día tengo más claro que te caíste de la cuna al nacer y que te dieron el puesto en la tómbola.

Ale apareció a mi lado con un vaso de café caliente. Lo cogí y me lo bebí de un sorbo quemándome el paladar, aunque la sensación me reconfortó por dentro.

—¿Habéis buscado a Nandor?

—Estábamos acabando de perimetrar la isla para mandar a los hombres —se apresuró a contestar Salazar, el otro había dado un paso atrás y parecía que estuviese a punto de ponerse de colores si no respiraba, se notaba a la perfección que se estaba mordiendo la lengua para no mandarme a la mierda por el pescozón, pero me la pelaba bastante.

—Empezad ya, informaré de lo ocurrido a la inspectora, me cambiaré de ropa e iré a ayudar.

Ante mi orden, todos se pusieron en marcha, todos menos el camarero, que continuaba a mi lado con un paquete de tabaco en la mano, ofreciéndome un cigarro. ¡Dios, realmente tenía que fumarme uno, o diez…!

—¿No crees que necesitas descansar?

—Lo que necesito es encontrar al cabrón que está haciendo todo esto y largarme de esta puta isla de una vez por todas —respondí. Sentí que mis palabras le escocían, pero no iba a cambiar ni una coma de mi comentario, era exactamente lo que pensaba y no me regía por considerarme una «bienqueda».

Le devolví el vaso, le robé el paquete y me retiré corriendo al hostal. En cuanto subí las escaleras recordé el panorama de la noche anterior. ¡Mierda, la chica! No saber si estaba muerta o viva hizo que saltase los escalones de dos en dos, ignorando los gritos de Caterina desde la recepción, chillando algo así como que aquella era una casa decente y que no quería fulanas que se pasasen la noche fornicando en la playa, seguido de sus ya famosos «Ay, Dios mío» de los cojones.

Abrí la puerta de golpe marcándome un momento cera; lo chungo, cuanto más rápido, mejor. No obstante, no había ni rastro del lío que hacía pocas horas había sucedido allí. Las sábanas estaban limpias y todo mejor colocado incluso de lo que yo lo tenía. Me asomé al pasillo intentando captar algún sonido que proviniera de la zona de las habitaciones que ocupaban los descendientes de las hermanas Sanderson, pero no oí nada. De pronto, me pregunté si la cordura estaba comenzando a abandonarme y si me encontraría en esos instantes en coma en algún hospital, debido a alguno de los golpes que me habían atizado en el coco.

Antes de que comenzase a marearme decidí afrontar el día dándome una muy necesitada ducha; olía a zorrillo mojado. En el momento en que saliese, llamaría a Silvia para comprobar que Penélope seguía respirando y ver si podían mandarme refuerzos. Aquello se escapaba a mis posibilidades, aunque jamás lo reconocería en voz alta.

Cerré la puerta principal con pestillo, me desnudé y fui al baño para tener mis cinco minutos de tranquilidad; el mero pensamiento del agua caliente cayendo por mi cabeza ya me relajó. Corrí la cortina de la ducha y de pronto algo me atacó, sentí tantos incisivos clavándose en la carne de mi antebrazo que más bien me pareció que me estuviese mordiendo una chumbera en vez de otra cosa. El sobresalto hizo que de mi garganta saliera el grito más agudo que jamás había proferido.

Cuando pude centrar la vista en mi atacante, vi a la casi muerta sacando la cabeza de la bañera, en la que ya estaría sin que me hubiese percatado. Si te agreden, tu cuerpo, de manera instintiva, tiende a defenderse, y eso hice. Con la mano libre agarré el secador de pelo que tenía al lado y le endiñé varias veces en la cabeza hasta que empecé a notar que la sujeción de sus dientes se aflojaba un poco.

No me detuve hasta que contemplé que el agua estaba teñida de un líquido oscuro que le manaba de las heridas que le acababa de ocasionar. Un estallido en la habitación provocó que volviese a ponerme en guardia sin soltar la improvisada arma cuando, de repente, entró Leo en el minúsculo cubículo seguida de Madre Shipton. A todo esto, cabe recordar que yo continuaba tal y como Dios me trajo al mundo. Lancé una rápida mirada a la joven inconsciente que estaba por completo sumergida en el líquido negruzco, del que salían unas burbujas que me advirtieron que se estaba ahogando delante de mis narices. Antes de que me diera tiempo a sacarla, Leo me empujó y caí sentada en el inodoro, que tenía la tapa abierta. La rara sacó a mi atacante del agua dejándola apoyada en el borde de cerámica y aguardó a que Madre Shipton se pronunciase.

—¡Al final la vas a matar tú! —me espetó, marcando aún más las arrugas de su cara.

—¡Ella me atacó! ¡Es mi jodido baño!

—Es tu responsabilidad, tu deber es cuidarla.

—No es mi nada, ¡¿y desde cuándo te has transformado en el puto maestro Yoda de los cojones?!

Sin responderme, me levantó de la taza del váter con una fuerza que jamás pensé que tendría y me sacó del habitáculo de un empellón. Cuando reaccioné y me di la vuelta para encararla, me cerró la puerta en las narices y me quedé allí de pie, desnuda y cagándome en mi puta vida mientras daba saltitos para suplirlos por las ganas que tenía de ponerme a darles puñetazos a las tres que se hallaban profanando mi ducha.

Unos golpecitos en la puerta me devolvieron a la cruda realidad. Me giré todo lo despacio que pude, por un instante pensé que si lo hacía todo a cámara lenta el tiempo se detendría conmigo, pero no fue así. En su lugar, en el umbral de la puerta de entrada medio arrancada, se hallaba Ale mirándome con una mezcla entre asombro y picardía. Sabía de sobra que, si estás en una situación difícil o ridícula, la mejor opción siempre es actuar con normalidad. Igual que cuando los ingleses levantan el dedo meñique al beber té, como si fuese un gesto casual, pero que en realidad no pega ni con cola, pues así.

—¿Querías algo? —le pregunté levantando el mentón para mostrar una templanza que distaba mucho de ser real, sin darme cuenta de que aquello lo único que hacía era dejar más libre la vista del resto de mi fisionomía.

—Caterina anda chillando en la calle. Dice que le vais a echar abajo el hostal y está llamando a los agentes. Vine corriendo por si te había sucedido algo.

—No, todo está bien —mentí sin poder evitar que mis ojos se centrasen en los restos de bisagras rotas de la puerta tiradas por el suelo, justo delante de mí. Ale subió una ceja y bajó la otra poniendo una cara graciosa, pero sin dejar de mirarme fijamente—. A la puerta le ha dado un aire, pasa mucho en esta época del año, los cambios de temperatura pueden provocar que eso pase.

—¿Un aire?

—Exacto.

—¿El mismo que te ha quitado la ropa y te ha herido en el brazo? —agregó señalando las gotas de sangre que corrían por mis dedos y ya formaban un charquito rojo en el suelo.

«¡Mierda, el brazo!».

—Sí, dile a Caterina que tendrá suerte si no la denuncio. La puerta casi me arranca un trozo… —me quejé andando hasta él para intentar echarlo y curarme lo más rápido que pudiese. ¡Solo Dios sabría las infecciones que esa majara tenía en la boca!—. Nos vemos en el bar cuando me duche.

—Perfecto —añadió sin moverse ni un milímetro de su posición.

Sujeté la puerta y la cerré, o lo intenté, dejándola encajada como pude lo más digna que mi desnudez me permitió. En cuanto escuché los pasos alejarse por el pasillo, me vestí rápido y entré en el baño de nuevo para poner un poco de orden a toda aquella locura.

Capítulo Veinticinco

Silvia

Después de soportar la bronca pertinente y de medio suplicar que no me apartasen del caso, conseguí que me dieran un último voto de confianza. Necesitaba terminar con aquello, aunque debía reconocer que en parte era egoísta y lo hacía por mí, sí es cierto que también quería hacer justicia de una vez por todas y evitar que continuase sucediendo.

Ahora mismo los teníamos ubicados en un enclave genial para cogerlos, sin embargo, si volvían a cambiar de lugar estábamos jodidas, y yo me encontraba en primera línea de fuego, sin chaleco y a pecho descubierto. Miré a mi compañera, quien conducía saltándose todas las reglas habidas y por haber de circulación y, por primera vez desde que llegó, me sentí aliviada de no estar sola en esto. La dirección de la casa de Edmon estaba fija en el GPS, si bien a ella no le hacía falta mirarlo, ya había demostrado con creces que conocía cada callejuela de la ciudad a la perfección. Era como un ordenador con piernas.

El lugar se hallaba bastante alejado del centro, se trataba de la última casa de la urbanización que colindaba con la carretera para salir ya de la ciudad. Siempre achaqué que viviese allí por su carácter más bien huraño. Yo, mejor que nadie, sabía lo que trabajar con la muerte podía hacerle a tu personalidad, ese fue uno de los motivos por los que nunca me saltaron las alarmas.

El jardín parecía sacado del atrezo de una película de Tim Burton. La casa más cercana se encontraba a casi un kilómetro, no se podía negar que la ubicación era la idónea para hacer cualquier cosa sin que el mundo se percatara. Con un brazo menos me sentía bastante

indefensa, mi compañera podría ser una cerebrito, saber *hackear* cualquier dispositivo y meterse hasta en el área 51 si quisiese, pero tenía serias dudas de si en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo la balanza no se inclinaría hacia el lado contrario al primer segundo… Yo tampoco me podía considerar Chuck Norris, no obstante, con dos brazos podría hacer algo más que ella para defendernos; tirarme encima y rodar como una croqueta siempre me dio resultado.

El suelo era de tierra seca y el camino hasta la entrada de la vivienda de una planta estaba acompañado de algunos troncos de árboles secos. Juro que si hubiera habido un columpio moviéndose solo como en la casa anterior, ya habría puesto pies en polvorosa y a tomar por culo el caso.

El graznido de un ave me sobresaltó tanto que di un saltito y me puse a la altura de Penélope. Anduvimos en silencio hasta la puerta e intentamos mirar por las ventanas aledañas a la misma, sin éxito alguno. Estas se hallaban tan cubiertas de mugre que parecía que tuviesen un vinilo cubriéndolas. Solo pensar en el interior del domicilio me puso la piel de gallina. Me pregunté cómo era posible que alguien tan pulcro en el trabajo fuese capaz de residir en un sitio así. Jamás le vi una arruga en la ropa, ni una mancha en los zapatos, nada que revelase este lado oscuro de Edmon. Pero, claro, de ser así, a lo mejor hubiera sido todo más sencillo, y la vida es una hija de perra que nos pone trabas a cada paso que damos para que demostremos ser merecedores de proseguir en su senda.

Dimos la vuelta completa a la construcción, intentando encontrar algún sitio por el que colarnos sin hacer demasiados destrozos. A los pocos minutos, Penélope se encogió de hombros y me miró como pidiéndome permiso a la vez que señalaba una de las ventanas. En las películas era habitual ver a los policías derribar la puerta con el hombro —no lo intentéis, es más falso que los dientes del Pato Lucas—. Asentí y sacó de su bolso un puño americano negro, sin que me diese tiempo a reaccionar, se lo puso, se anudó un fular en los nudillos y le asestó un puñetazo al cristal de la puerta trasera.

El sonido no alertaría a nadie de nuestra incursión en casa ajena, pero sí hizo que el corazón se me desbocase y me replantease la

opción de si en realidad mi compañera era tan mosquita muerta como imaginaba. Aquella chica cada día me sorprendía y asustaba más. Si no fuese policía también ya la habría detenido por mil motivos diferentes, el que quiera que fuera que la fichó hizo un gran trabajo sacándola del lado oscuro y atrayéndola al nuestro. Estaba convencida de que en su comisaría sería un activo bastante valioso. De pronto, el hecho de que me la hubieran mandado me hizo sentir importante.

Ella continuó con su allanamiento como si fuese la cosa más normal del mundo, y yo permanecí en la retaguardia atenta a cualquier sonido. La verdad era que Edmon había sido asesinado en nuestras narices y el que lo hubiera hecho podría estar acechándonos a nosotras también.

Un leve clic nos indicó que la maniobra de meter la mano y abrir por dentro el pestillo de la puerta trasera había funcionado. Entramos a una cocina cochambrosa, toda la vajilla se encontraba sucia y cubría una encimera de la que no sabría identificar el color original. Las moscas campaban a sus anchas por doquier, y el olor a comida en descomposición era tan nauseabundo que no pude evitar salir corriendo a respirar aire limpio de nuevo.

En cuanto regresé, encontré a Penélope curioseando por los cajones como si de pronto se le hubiera muerto la pituitaria roja y el lugar no fuese prácticamente irrespirable.

—¿Estás mejor? —me preguntó con una voz nasal que casi no reconocí como suya. Al girarse le vi unas cosas saliéndole de la nariz y me quedé atónita—. Son tapones, nunca se sabe si me va a tocar una compañera de cuarto que ronque, pensé que si servían para las orejas también lo harían para aquí. Tengo chicles de menta —concluyó, se metió uno en la boca, lo masticó un poco y me lo ofreció, dejándome a cuadros.

—¿Y qué quieres que haga con esta mierda, exactamente?

—Metértelos en la nariz, qué otra cosa podrías hacer…

Me encogí de hombros e hice lo que me dijo, por muy absurdo que me resultó en un principio y, sin tener en cuenta la depilación gratuita que me iba a hacer de los pelillos de ese sitio en el instante en que aquello se secase y se pegasen, la realidad era que de pronto el olor

cesó, pero ahora me lloraban un poco los ojos por culpa de la menta, aunque preferí tener conjuntivitis que volver a oler allí dentro.

Penélope anduvo delante de nuevo y fue encendiendo las luces. Inmediatamente después de la cocina había un angosto pasillo con varias puertas cerradas a cada lado. Saqué mi pistola con cuidado y se la ofrecí en silencio. No me hacía ninguna gracia que estuviese armada, pero no tenía demasiadas opciones teniendo en cuenta mis limitaciones. Los ojos se le abrieron más de lo que me hubiese gustado y esbozó una sonrisa que le llegó de oreja a oreja. Era la primera vez desde que había aparecido que realmente la vi feliz, el motivo de su felicidad me acojonó bastante y empecé a replantearme mi decisión justo cuando ella le quitó el seguro al arma y se puso a hacer el capullo como la que estaba a punto de dispararle a los malos.

Abrió la puerta que nos quedaba más cerca y entró metiéndose en el papel de poli, la imagen me habría resultado muy cómica si algo no hubiera salido de allí volando, consiguiendo que me cagase de miedo y me pusiese a gritar.

Un pájaro negro estaba lanzando graznidos por el techo de la casa, dándose golpes contra los cristales opacos mientras intentaba obtener la libertad. Ella fue más rápida que yo y salió corriendo para abrir la puerta y espantar al bicho antes de que se matase él solo con los porrazos. El sonido que evocaba era atronador y, mirándolo mejor, se trataba del ave más grande que había visto de cerca. La dejé con su tarea en modo Greenpeace y entré en el dormitorio que acababa de abrir.

Al contemplar el panorama me pareció bastante lógico que el animalito estuviera como loco por huir. La estancia estaba repleta de jaulones con otros tantos pájaros muertos en su interior. A algunos les faltaba la cabeza y oscuras manchas marrones cubrían el suelo en el que estaban sus cárceles. Di gracias por los chicles y juré llevar siempre un paquete en el bolsillo para futuras investigaciones. Si es que las había…

—¿En serio nunca te pareció raro el tal Edmon?

—No lo comprendo, es como si se tratase de otra persona. El hombre con el que trabajé jamás dio muestras de padecer ningún

trastorno, y menos aún como este. Comprobemos que la casa está realmente vacía y después miraremos todo a conciencia.

Nos topamos con otra habitación en la que había un colchón en el suelo y un armario con ropa colgada, me extrañó que esta sí estuviese limpia, pero deduje que se encargaba de mandarla a alguna tintorería de la ciudad. En el baño decidimos, por unanimidad, no entrar, tan solo con una ojeada pudimos corroborar que no había posibilidad de que nada vivo estuviese allí dentro escondido.

Por la ranura inferior de la última puerta que nos quedaba por mirar salía una potente luz blanca. Penélope me indicó que me colocase detrás de ella y, con más cuidado que las veces anteriores, abrió, escuchándose el chirriar metálico de las bisagras. Las dos abrimos los ojos ante la escena que se nos presentó. Se trataba de una especie de sala quirúrgica clandestina. Esta sí se encontraba impoluta, las superficies de los muebles de acero inoxidable brillaban y hacían de espejo. Una mesa de operaciones dividía la habitación dejando un espacio considerable. Descubrí lo que me pareció una nevera y en su interior encontré distintas bolsas de lo que intuí era sangre, además de frascos llenos de cabezas de pájaros, ojos y otros miembros de animales.

—Silvia, mira esto.

Penélope me llamó desde la otra esquina, tenía pisado el pedal de un contenedor metálico de basura y en su interior se podían ver cuerdas y bridas cortadas. Saqué mi teléfono con la intención de llamar a los de la científica para que vinieran rápidos a analizar todo aquello, pero justo cuando fui a descolgar me llegó una llamada entrante de Kate, a la que había olvidado por completo con todo el lío de la muerte de Edmon.

Capítulo Veintiocho

Usé una camiseta a modo de venda improvisada para taparme la herida del brazo, las muescas que los dientes de la chica habían dejado en mi piel eran como si tuviese dos hileras de incisivos afilados. Me acordé de nuevo de la Sirenita y me planteé si esta no se trataba de la hermana chunga que el rey Tritón largó del océano por malvada. Estaba ensimismada en esa estupidez de pensamientos cuando la puerta se abrió y Leo salió con ella en brazos.

Ahora sí tenía los ojos abiertos, los mismos que me miraron amenazadores en el instante en que reparó en mí a la vez que me gruñía igual que un perro, pero uno con muy mala leche. ¡Por Dios, eso ya era manía persecutoria! Vale que le había disparado y que después la noqueé con el secador, pero esto ya era tenerme un poquito de inquina, ¡que siempre actué en defensa propia!

Respondí con algo parecido a una sonrisa y adelanté mi brazo bueno a modo de escudo. La veía capaz de zafarse del agarre y saltarme en plan delfín psicópata de *Los Simpsons* a la yugular. Me sentí como *El hombre que susurraba a los caballos*, pero cambiando al jamelgo por una tía rara en bolas que tenía toda la pinta de querer morderme de nuevo.

—Creo que hemos empezado con mal pie, *mea culpa*. Me llamo Kate y no quiero hacerte daño.

La respuesta fue un bufido aún mayor que el anterior. La puerta estaba tan solo encajada porque los soportes habían, literalmente, volado y la idea de que Caterina apareciese en ese momento no me hizo ninguna gracia.

—Pues no se nota mucho —rezongó Madre Shipton saliendo del

baño y sentándose en la cama como si estuviera en su dormitorio y no invadiendo el mío.

—¡Señora, no sea cabrona, no malmeta!

Leo colocó con cuidado a la muchacha igual que si fuese un peso pluma en la cama y la cubrió con mis sábanas. No tenía ni idea de cómo las habían cambiado sin que Caterina las asesinase.

—Ella es buena, solo te tiene miedo. Has intentado matarla —me reprendió Leo, quien no llevaba puestas sus habituales gafas de sol y me estaba empezando a marear con el color extraño y la forma de sus ojos.

—¿Y Nandor? —preguntó la vieja antes de que me diera tiempo a defenderme.

—Lo perdí anoche —reconocí, agachando la cabeza.

—Leo, encuéntralo —ordenó de forma imperativa, a lo que la rara se limitó a salir rápido sin siquiera despedirse.

—Voy con ella.

—Tú no vas a ninguna parte, bastante has hecho ya. La gauda se encargará.

—¿Lo de la gauda es algo así como si eres alemana?

—Niña estúpida, sigues viva por ella, porque lo que se dice tú, no tienes ningún valor —fundamentó señalando mi vientre, provocando que me pusiese a la defensiva.

—Ahora mismo voy a llamar para que vengan a arrestarlas a todas, bicho pez incluido —amenacé sin separar las manos de mi barriga, intentando que eso pudiera protegerla de escuchar verdades como puños sobre su madre.

Era totalmente cierto que continuaba con vida gracias a mi gremlin, si ella no formase parte de la ecuación estaba segura de que no habría podido soportar la pérdida de Joseph, además de que no estaría luchando por encontrarme a mí misma en lugar de caer otra vez en un pozo sin fondo. Ella —sí, a esas alturas yo también la llamaba en femenino en mis pensamientos— había logrado salvarme incluso sin haber nacido. No obstante, me temí que la anciana no se estuviese refiriendo a lo mismo que yo con sus palabras.

Me senté en la cama y miré de cerca la piel que quedaba al

descubierto de la chica, era algo brillante que parecía moverse, una especie de escamas que recubrían su cuerpo. El níveo pelo hacía juego con sus ojos y el resto de ella se veía más como una aparición fantasmal que como una persona. Confiada, alargué un dedo y casi me llevé una dentellada que de seguro me lo habría amputado.

—Joder, qué manía con morderme.

—*Tú mala* —pronunció al fin sin dejar de vigilar mis movimientos.

—No, bueno…, un poco sí. Tampoco me voy a tirar flores a estas alturas, pero te juro que no fue mi intención. Te estabas comiendo las pruebas del caso y luego me atacaste.

—Era comida y tú me hiciste daño, yo me defendí.

Pensar en el órgano sanguinolento como almuerzo hizo que mi estómago me dijese: «Hola, qué tal» y se me revolvió de nuevo. Como pude, aguanté la arcada a la vez que analizaba sus palabras y me sentía como una auténtica mierda.

—Cierto, perdona —asumí y suspiré cansada—. Mira, no sé quién o qué eres, pero algo me dice que me has ayudado, y no soy tan perra como para no reconocer cuando meto la pata hasta el fondo. Es este puto caso que me trae por la calle de la amargura. Primero le fallé a Salvador, pensé que podría devolverle a su hija y en su lugar le he dado un cadáver. Después la chica que se tiró por el acantilado; por cierto, el mérito de que siga viva creo que es tuyo, gracias. Luego aparece la jodida Harina muerta, se marca un Houdini y se esfuma, el cabrón del sanitario se va a por pan y Leo dice que no respira, nos roban las pruebas, nos endiñan no sé cuántas veces y ahora se pierde el Nandor de los cojones. Entre todo eso, tú estás metida por medio comiéndote lo que no debes y queriéndote agenciar un trozo de mi carne. ¿No me dirás que no es para estar para que me encierren en el psiquiátrico? Al final me hacen un bono de descuento… —le expliqué de corrido para intentar que me comprendiera y poder analizar en voz alta todo lo llena de mierda que estaba.

No me contestó, pero noté que su rostro se suavizaba un poco. Limpié la bañera como pude y me di una ducha rápida para poder unirme a la batida y buscar a Nandor, lo cierto era que ya le había cogido cariño al grandullón extraño, pese a que considerase que

estaba como una regadera, pero una regadera maja, al fin y al cabo.



Me despedí con un «Pon algo detrás de la puerta para que Caterina no entre y vea esto» y salí corriendo para encontrarme con los demás. Mientras iba de camino al bar, llamé a Silvia para informarle de que no solo no había conseguido nada, sino que ahora también me faltaba otra persona.

—Kate, estamos un poco liadas por aquí —contestó en cuanto descolgó el teléfono.

—No, si yo estoy de vacaciones… —ironicé.

—Tenemos un problema de los gordos.

—Estoy escuchando esa frase más en esta última semana que en toda mi maldita vida, ¿sabes?

—Pues espero que estés sentada, porque es posible que nos echen para atrás todas las pruebas del caso y tengamos que empezar prácticamente desde cero.

—¡No me jodas!

—Edmon estaba metido en el ajo de alguna manera. Apareció muerto en la morgue.

—¿El esperpento? Ya decía yo que no me gustaba ni un pelo. ¿Cómo se pudo dar cuenta un agente de los más execrables que he visto en mi vida de que el informe estaba mal y nosotras, o el mismo forense, no? Era demasiado obvio, tendría que haberme percatado antes de que andaba involucrado —me lamenté, pero sin conocerlo más y sin estar cerca tampoco es que hubiera podido hacer otra cosa.

—Tengo una corazonada.

—Mira, ahora hablamos el mismo idioma, cuenta.

—Hemos hallado en su casa una especie de sala quirúrgica y bolsas de sangre en un frigorífico, además de otras cosas dantescas que te ahorraré escuchar. Si aquí en la península tuvieron tanto cuidado a la hora de vaciarles las venas a las víctimas, ¿cómo es que en la isla lo están haciendo, que creamos, de manera tan rudimentaria?

—Bueno, nos faltaba el dato del Frankenstein de los muertos, no sabíamos cómo lo llevaban a cabo ni para qué. Corrijo, para qué sí. Nandor dice que es una ofrenda que están haciendo en las puertas de los arcángeles con la intención de traer al demonio a la tierra. Aunque, de ser cierta esa afirmación, están más majaras de lo que pensé en un principio.

—¿Apareció el sanitario? —Escuché la voz de Penélope igual de rara que la de Silvia y me extrañó.

—¿Estáis resfriadas? No se debe dormir con el culo al aire, señoritas…

—Ojalá fuera eso —se lamentó Silvia, dejándome intrigada—. No pienso contártelo, así que ya puedes responderme.

En ese instante me llegó un mensaje con una foto de un número privado. La abrí, temiendo que se tratase de un rescate por Nandor o algo peor, y tuve que detenerme para no caer al suelo. Por suerte, estaba a pocos metros del bar y logré sentarme en una silla de la terraza para no ponerme a llorar de la risa como las locas.

En la instantánea se veía la cara en primer plano de Penélope con unas cosas naranjas que le sobresalían de la nariz y, un poco más atrás, se distinguía a Silvia con cara de querer matarla y una masa blanca que hubiera jurado que no se trataba de otra cosa que de chicle.

—¿A qué cojones estáis jugando? —dije como buenamente pude mientras aceptaba el café que me trajo Ale y me encendía uno de los cigarrillos que le había robado antes.

—No es gracioso, Kate. ¡Borra eso de inmediato! —se quejó, malhumorada, no obstante, yo me sentí bastante más aliviada después de la risoterapia.

Hacer llorar es muy sencillo, pero conseguir que otra persona sonría

es una tarea titánica. Ale se quedó de pie frente a mí, contemplándome como si me hubieran salido dos brazos más. La verdad era que, con la que nos estaba cayendo, que yo me estuviese partiendo el culo no se veía demasiado bien. Le hice una señal con la mano para que se acercase y le enseñé la foto del *Dúo Dinámico* en acción.

La sonrisa macabra de Penélope sabiendo que Silvia intentaría estrangularla por robarle la fotografía no tenía precio. Ale no pudo más que sentarse a mi lado y ponerse también a reír a carcajadas, llevándose las manos al estómago.

—Kate, ¿estoy oyendo a alguien más contigo? ¡No se te ocurra enseñar la jodida foto! —gruñó Silvia con tono de amenaza—. Además, con vuestras estupideces casi se me olvida lo que te estaba diciendo. Ve a la clínica y rebusca bien algo que involucre al sanitario con las muertes. Edmon tenía un tatuaje como los de las víctimas, estamos cerca, lo presiento. Ten mucho cuidado, si se ven acorralados puede beneficiarnos y que cometan algún fallo que los delate, pero también podría ponernos más en peligro de lo que ya estamos.

—Perfecto. Voy a la clínica, luego busco a Nandor y después hablo con la chica que queda viva.

—¿A quién buscas?

—Mmmm —titubeé para no echar más leña al fuego—, el perro del hostal, que no aparece.

—¡Céntrate, Kate! —me gritó Silvia.

Le colgué para no darle más explicaciones y terminé mi dosis de cafeína y nicotina todavía con una sonrisa en la cara. Esa imagen la pensaba guardar para la posteridad.

—¿Son las otras policías que llevan el caso? —quiso saber Ale, quien continuaba a mi lado y había escuchado toda la conversación.

—Sí, son el día y la noche, pero creo que se van a echar de menos cuando se separen.

—Los agentes me pusieron al tanto sobre lo que sucedió mientras yo no andaba demasiado operativo. ¿Quieres que te acompañe a la clínica? No es muy seguro que nadie vaya solo, tal y como están las cosas —se ofreció.

—Tengo una lista de pendientes bastante considerable ahora mismo. Hay que ir al centro médico, quiero, bueno, más bien necesito hablar con el cura y con el escurridizo del monaguillo, además de con la chica del grupo que continúa en la isla y encontrar a Nandor, no me perdonaría si le pasase algo. Leo está ya en ello y, no sé por qué, estoy convencida de que si ella no da con él, no lo hará nadie. Así que dígame, señor dueño del bar que hace de detective, ¿por dónde empezamos?

—Uf, creo que esa decisión la debería tomar la que está al mando, no me veo capaz de tal proeza y luego meter la pata. Siempre he pensado que es preferible delegar y mantenerse en la sombra, es la mejor forma de huir del barco si se hunde, dejando al resto de contrapeso para que la succión del agua no te absorba y se ahoguen ellos.

—Buena técnica, pelín mamona, pero efectiva si eres un poco cobarde —me burlé, percatándome de que el tonteo estaba superando los límites que me tenía permitidos a mí misma, y me sentí mal al darme cuenta de que ambos nos habíamos acercado demasiado el uno al otro con la tontería dialéctica—. Divide y vencerás —improvisé apartándome de él.

—¿Qué quieres que haga? —respondió visiblemente desilusionado ante la idea de separarnos.

—Prefiero encargarme yo de las entrevistas, ¿te importaría ir a la clínica y sacarle fotos a todo lo que veas? No toques nada, y, si lo haces, ponte guantes, ¿vale? Ya van a decir que las pruebas anteriores están contaminadas por culpa del jodido Edmon, no quiero que nuestra incursión continúe liándola.

—Claro, es fácil: entro, hago fotos, no toco nada y me voy. Entendido, jefa.

Salió corriendo a hacer su encargo después de ponerse en posición de firmes y darme un beso en la mejilla. Este chico era tonto, pero un tonto que me atraía y, por ende, tenía que alejarme más, solo esperaba conseguirlo.

Saqué una moneda y la tiré al aire con la intención de que ella decidiera mi siguiente jugada: cruz, voy a ver al cura, cara, me

enfrento a los padres e interrogo a la chica. Justo cuando iba a recuperarla, el pájaro grande y negro con las tres plumas blancas en la cabeza la cogió con el pico y se la llevó volando.

—¡Vamos, no me jodas!

Corrí tras él, no es que volase demasiado rápido, parecía más bien que incluso me esperaba, el puñetero. Ya se podía tragar el euro y ahogarse por lo que me estaba haciendo sudar. Una no andaba para esos trotes y menos desde el embarazo, que me movía menos que los ojos de Espinete[7]… Estaba convencida de que se trataba de la misma ave que ya había visto con anterioridad, esa en la que vi a Leo transformarse cuando estaba fumada la otra noche gracias al incienso de Madre Shipton. Supuse que a lo mejor anidaba en la isla y por eso volaba tan cerca. Me condujo hasta las calas que ocultaban las cuevas, por una razón que desconozco, mi instinto me llevó a querer seguirla, pero justo cuando fui a descender por las rocas y el animal daba vueltas en círculos sobre el lugar, se escuchó un disparo que lo abatió y cayó al agua.

Sentí una punzada en el pecho y tuve que detenerme, miré en la dirección por la que creí que había provenido el sonido, pero estaba en campo abierto, era casi imposible dilucidar con veracidad de dónde había salido. El sentimiento de pena por el emplumado dejó paso a uno de ira; primero, quién cojones tenía un arma allí, y segundo, por qué se acababan de cargar a la pobre criatura.

Capítulo Veintinueve

Silvia

Todavía me encontraba en *shock* después de ver el interior de la casa de Edmon, se trataba de un psicópata de manual de academia y me la había dado con queso por completo. Cuando sonó el teléfono y hablé con Kate, me prometí que, en cuanto el tiempo de las narices nos lo permitiera, iríamos a ayudarla. Sabía que no era mi culpa que estuviese en esa tesitura y que había sido policía durante más tiempo que yo. Su carrera, amén de los baches que tuvo, fue una línea ascendente de casos resueltos, más de los que me gustaría lograr en la mía, si todavía tenía una después de que todo esto terminase.

Desde que Penélope nos hizo la foto y nos la mandó tanto a Kate como a mí, su habitual humor agrio se había templado un poco. Era como si entrar en la mansión de los horrores le hubiese alegrado el día. Esa chica debería estar en un estudio psicológico en vez de realizando trabajo de campo con mi arma aún en la mano. No obstante, contra todo pronóstico, me caía cada vez mejor y agradecía tenerla conmigo en vez de a los estúpidos de la central que siempre intentaban mearme encima para demostrar su hegemonía masculina.

Su teléfono sonó con una canción de Lindsey Stirling que conocía, adoraba la música celta instrumental de violines, y sonreí al comprobar que teníamos algo en común, después de todo. Se alejó unos pasos para responder al mirar la pantalla y eso acrecentó mi curiosidad. Tras lo que fueron una serie de monosílabos por su parte y un monólogo por la del interlocutor, se le cambió el gesto a uno mucho más serio y anduvo hasta mí, devolviéndome la pistola.

—Tenemos que irnos a la comisaría, quieren hablar con nosotras sobre todo lo ocurrido desde que comenzó el caso. La muerte del

forense ha encendido las alarmas de los de arriba.

—Pero estamos esperando a los de la científica, no podemos movernos hasta que lleguen —respondí, bastante descuadrada porque la hubiesen llamado a ella en vez de a mí.

—Son órdenes, Silvia. No creo que tarden en llegar, mi capitana ha venido para dar soporte al caso.

—¿Cómo? —pregunté anonadada porque alguien de otra comisaría estuviera en la mía haciendo funciones que no le concernían.

—Kate es muy importante para algunas personas influyentes y esto se nos está yendo de las manos —me informó, sacando otro dispositivo en el que se veía el puntito rojo parpadear y moverse, el mismo que supe que era Warne siendo espiada sin pudor alguno y sin su consentimiento.

Obedecí a regañadientes, aunque, por suerte, nos cruzamos con los compañeros antes de salir del carril que conducía al domicilio de Edmon. Di gracias al cielo por haberme arrancado los improvisados tapones de la nariz justo antes de que me vieran por la ventanilla del coche. Cinco minutos después todavía me lloraban los ojos, aunque tenía que reconocer que había merecido la pena el dolor.

Cada vez me iba acostumbrando más a la temeridad conductora de mi compañera y ya casi no rezaba para mis adentros cuando cogía una curva, aquello iba mejorando. En el instante en que llegamos, vimos al menos a veinte periodistas que se agolpaban en la puerta. No tenía ni idea de cómo se habían enterado, pero la filtración había sido de las gordas y efectivas. Lo peor para un caso era tener a esas sanguijuelas cerca mirando con lupa cada paso que dabas, me ponían de los nervios, y que estuviesen tantos allí solo podía significar que los altos mandos habían concertado una rueda de prensa sin comunicármelo, tan solo esperaba que la vocal de dicho espectáculo no fuese una servidora.

Le indiqué a Penélope que estacionase en el *parking* interior para no tener que encontrármelos todavía, primero necesitaba conocer el nivel del chivatazo y luego ya lucharía contra ellos.

Cuando se abrieron las puertas del ascensor descubrimos que el nerviosismo se había apoderado del resto de la comisaría. La mayoría

de los agentes corrían de un lado a otro como pollos sin cabeza, alguien daba gritos desde una de las oficinas y otros se parapetaban tras carpetas que de seguro no estaban leyendo. Miré a Penélope y me encogí de hombros. Continuamos andando hasta llegar a mi despacho, el mismo que tenía la puerta abierta y en el que ya había gente dentro, en concreto gente ocupando mi silla y usando mi escritorio. Eso provocó que mi TOC saliese a la luz y me envalentonase más de lo debido sin pensar en las consecuencias.

—¿Se puede saber quién es y qué hace en mi despacho? —berreé al ver que la persona que había tenido la osadía de violar mi lugar sagrado también estaba con mis carpetas sobre la mesa y jugando con mi bolígrafo. Y no, no era uno cualquiera, se trataba del de pensar, tenía uno especial que tan solo usaba cuando estaba frente a mi mural de casos elucubrando, llevaba un lobo holográfico que parecía que aullaba cuando lo movías, esa estupidez lograba que mi cerebro se centrase en el animal y me despejaba la mente de ruidos o pensamientos externos.

Al instante, percibí un sonido a mi derecha y me di cuenta de que no estábamos las tres solas en la oficina; allí, de pie mirando mi ahora descubierto esquema del caso, se encontraba un hombre con una gabardina con más manchas que la de Colombo en sus peores tiempos, tirando de las cuerdecitas rojas que tanto trabajo me había costado atar a las jodidas chinchetas.

—Señorita Adler, me alegra ver que continúa vivita y coleando —saludó la usurpadora rubia sin dejar de jugar con mi lobo.

—Le he hecho una pregunta, ¡y no toque eso! —protesté, apartando con mi único brazo operativo al hombre que estaba frente a la pizarra. Cuando lo hice, este tiró de una de las ligaduras y la mitad de las fotografías cayeron como una construcción de piezas de dominó, esparciéndose por el suelo y provocando que me diese un microinfarto mientras las veía desperdigadas por todas partes.

»No me llamo Adler, soy la inspectora Silvia Barrera y estáis en mi oficina, usando mis cosas y, lo que es peor, desordenándolas —increpé a punto de estallar.

—Sé quién es usted y no le estaba hablando, me dirigía a Raven.

¿Qué tal todo?

—Pues, señora, creo que tenemos un problema considerable —respondió Penélope sin mirarme.

—¿Raven? —pregunté, encarándola.

—Warne me puso Pelusilla como nombre en clave, pero Penélope me pareció más correcto, no entiendo por qué tiene esa obsesión de hablar en todo momento así —respondió, haciendo que me llevase las manos a la cabeza. «Yo la mataba, a ella y a Kate, y a la rubia y al sucio también. Los mataría a todos», pensé imaginándome la escena.

—Kate lleva dos días sin cogerme el teléfono, y eso solo significa que está poniéndose en riesgo. Cosa que no voy a consentir, así que tiré de favores y vine a echar un vistazo. Estuve mirando el expediente y cada vez tenéis más frentes abiertos, mucho me temo, inspectora Barrera, que esto se les ha ido de las manos. ¿Me equivoco? —La rubia con pinta de modelo tenía toda la razón del mundo, pero me negaba a reconocerlo en voz alta, y menos si me miraba por encima del hombro como lo estaba haciendo.

—A ver, Silvia, ¿puedo llamarte Silvia? —me preguntó Colombo a la vez que ponía su mano en mi hombro—. No somos el enemigo, piensa en nosotros como una pastilla de energía extra para conseguir llegar a la meta, algunos dirían que es dopaje, yo prefiero decir que se trata de un empujoncito.

Penélope, o Raven, o comoquiera que le pusieron sus padres, pasó de la escena de «poli bueno, poli malo» que se acababan de marcar, sacó su ordenador, se acomodó en la mesa redonda que tenía en una esquina, que casi nunca se usaba, y se puso a teclear ignorándonos por completo.

—Kate está bien, ella sabe cuidarse solita. Me sorprende que, si la conoces tan bien como dices, no creas un poco más en sus capacidades —reproché, dejando claro que yo también me consideraba amiga de Warne.

—Es por eso mismo que no me fío de que se esté involucrando más de la cuenta y ponga en riesgo su vida. Y a mí también me sorprende que en tan poco tiempo creas que lo sabes todo de ella —manifestó la rubia, tajante.

—Estoy convencido de que la arisca de Kate tiene corazoncito para ser superamiga de las dos. En cualquier otro momento, una pelea de gatas por la supremacía frente a la amistad de otra me la pondría muy dura, pero no creo que sea lo más indicado —alegó el puerco antes de que me diese tiempo a seguir contestándole a la rubia.

—Eres un cerdo —le increpó ella, siendo la primera vez que estábamos de acuerdo en algo.

—Sí, pero un cerdo encantador, no puedes negarlo.

—Tengo algo nuevo —interrumpió Penélope, haciendo que los tres nos acordásemos de ella de nuevo.

—Habla —ordenó la rubia, tocándome los ovarios.

—Puede ser que Penélope forme parte de vuestra comisaría, y que allí tengas potestad, pero esta es la mía, mi caso, mi trabajo y mi responsabilidad, por lo que no pienso compartir ningún tipo de información con vosotros. Penélope, ni se te ocurra abrir la boca.

—Pero… —empezó a decir esta.

—Manzana —añadí, dejándola con el ceño arrugado, la cabeza un poco ladeada y la mirada puesta más allá de la pared intentando descifrar la estupidez que le había soltado.

—Me llamo Grace, este idiota es Julius y, por mucho que te fastidie, estamos dentro —me informó la rubia dándome un papel para que lo leyese.

En efecto, llevaba la firma de los superiores, tanto de ella como de los míos, y decía que las dos brigadas colaborarían hasta la pronta resolución del caso.

—Yo me cago en mi puta vida —me lamenté.

—Mira, sí, esa es una prueba inequívoca de que hablas demasiado con Warne —se jactó el tal Julius, logrando que le pusiese un infantil gesto de asco.

—¿Qué tienes? —dijimos a la vez la rubia y yo.

—He volcado la información del ordenador del forense y he estado mirando las autopsias de los otros casos y de este. Todas las hizo él, por lo que, si estamos dudando sobre su implicación en las muertes, deberíamos también sospechar que no estén correctas o que les falte información.

—Abrevia, cerebrito —la apremió Julius, aburrido.

—Ya hemos hallado irregularidades en las oficiales, sin embargo, acabo de encontrar una carpeta oculta con los originales que modificó. En ellas descubrió piel debajo de las uñas de algunas de las chicas, además de cabellos. Como era de suponer, no fueron mandados a analizar y lo más normal es que se deshiciese de las pruebas que podrían revelar su implicación. Sin embargo, el cuerpo de Marilyn continúa en la morgue y no sería mala idea volver a echarle un vistazo. He mandado los originales a la impresora con dos copias para que las inspectoras los lean. Además de tomarme la libertad de avisar a otro forense con carácter urgente y que priorice un nuevo examen del cuerpo —nos informó, quedándome a cuadros ante la rápida resolución de su mente y sus capacidades a la hora de dar órdenes sin necesidad de firmas de superiores, aunque estaba convencida de que esto último que hizo no se podría considerar del todo legal y que había hecho alguna triquiñuela de las suyas para lograrlo.

—Gracias, Penélope, por pasar de mi culo —se quejó Julius.

—Eres un civil, no estoy autorizada a darte más información de la que ya tienes, y la inspectora Grace tampoco —respondió, dejándonos a todos a cuadros con su revelación y su osadía. Ahora me caía todavía mejor, aunque me hubiese engañado con el nombre.

—Kate se mueve para abajo —añadió antes de que Grace pudiese defenderse.

—¿Cómo? —preguntó Julius.

—Le tiene puesto un seguimiento a tiempo real, nosotras tampoco confiábamos en que no la liase. Es una forma de saber dónde está en cada momento —expliqué, orgullosa.

—Esto me indica que está descendiendo a algún sitio, pero en el mapa que tengo de la isla no aparece ninguna zona a tanta profundidad. Sé pilotar un helicóptero, pero si me dais un cuarto de hora puedo aprender a llevar un submarino o algo.

—No sé cómo lo has hecho, pero buen trabajo, Raven. Y mejor vamos a dejar lo de estrellarnos y ahogarnos para otro momento —aprobó Grace mientras sacaba su teléfono y llamaba, estaba segura de que a Warne—. ¡Mierda! En serio que yo cualquier día la mato. Nos

vamos a recogerla y la traeré aquí por las orejas si es necesario —gruñó después de que nadie le respondiese.

—No puedes, no hay forma de llegar, el tiempo no permite que los barcos se acerquen a la costa de Tabarca y volar es demasiado peligroso.

—He logrado encender de forma remota la cámara del teléfono de Kate —nos avisó Penélope, que no había dejado de teclear en el ordenador.

—¡No jodas! ¿Me enseñarás a hacer eso? —pidió Julius sentándose a su lado y ocupando parte del espacio vital de mi compañera.

Grace y yo nos colocamos justo detrás para poder ver la pantalla. La imagen estaba negra, pero nos permitía escuchar lo que sucedía y lo que oímos hizo saltar todas nuestras alarmas.

—Se ha perdido la señal —se lamentó Penélope tecleando como las locas para poder recuperarla mientras el resto nos temíamos lo peor.

Capítulo Treinta

Al girarme, vi al padre de la chica con la que tenía que hablar de pie sobre un peñasco con una escopeta todavía en alto. Me apuntó con ella y me llevé la mano a mi arma de forma instintiva, ambos nos mantuvimos en esa posición más tiempo del que me hubiera gustado, aunque me temí que no podía hacer otra cosa si no quería seguir el mismo destino que el pájaro.

—¡Baja eso! —le grité sin perderme ninguno de sus movimientos.

El hombre se lo pensó y, al final, cedió. Anduve rápido sin guardar mi pistola, no me fiaba un pelo ni de él ni de nadie de esa jodida isla.

—No quise asustarte —alegó de forma casual, como si lo de ir pegando tiros fuese lo más normal del mundo.

—¿Por qué narices le has disparado al animal? ¿No se supone que estabas buscando a Nandor en la batida?

—Estaba, pero en cuanto vi a ese bicho del demonio salí corriendo para matarlo.

—¿En serio? —pregunté sin poder creérmelo.

—Desde que apareció todo comenzó a ir mal; primero fue el cuerpo de la pobre Marilyn, después la otra chica se intentó suicidar y mi hija lleva días sin articular palabra y sin comer. ¡Es culpa suya!

—¿Del pájaro? —atiné a decir siguiéndole la corriente al majara, no podía olvidar que aún se encontraba armado y un poco fuera de sí.

—Exacto. Además de tuya y del raro que ha desaparecido. Lo mejor sería que os fuerais y nos dejarais tranquilos de una vez.

—Pero ¿tú te estás escuchando? ¿Qué te has fumado?

—No soy el único que lo piensa, el padre también opina lo mismo, que sois los enviados de Satán para volvernos a todos locos y que nos matemos.

Si tenía pensado hablar en algún momento con la hija de este lunático, mis esperanzas se difuminaron tras esa frase. No obstante, al cabrón del párroco que estaba organizando un linchamiento en contra de Nandor y de mí, a ese no lo salvaba ni Dios de la charla, nunca mejor dicho.

—Deduzco que no tienes licencia de armas, por lo que si te vuelvo a ver con ella te denunciaré —lo amenacé, alejándome lo más rápido que pude para no darle mucho tiempo la espalda.

Miré de nuevo al mar, sin embargo, no vi al animal en el agua, supuse que la naturaleza había continuado su curso encargándose del cuerpo y me lamenté por ello, una vida siempre era una vida.

Pasé por la clínica para ver si a Ale le iba mejor que a mí. El teléfono me vibró y vi otra llamada de Grace, pero, sintiéndolo mucho, no tenía tiempo ni ganas de escucharla. Era una mosca cojonera si se lo proponía y me negaba a ser su cojón en esos instantes. Silencié el móvil y entré en el centro de salud haciendo el mínimo ruido. Seguíamos sin tener noticias del sanitario y temí que en realidad hubiese corrido la misma suerte que la Harina, tal y como dijo Leo. Oí un sonido al fondo y corrí para comprobar de qué se trataba. Allí estaba el camarero con el agente guapito, hablando y toqueteando las cosas, pese a que le advertí que tan solo quería que hiciera fotografías.

Aproximé la oreja e intenté esconderme detrás del típico biombo de tela de las consultas antiguas de los médicos. Ese pudor a desnudarse delante del médico resultaba gracioso porque, según el especialista al que fueras, te miraba las amígdalas por el higo sin darte un besito ni nada antes de tal intrusión. Meneé la cabeza para centrarme y dejar de divagar, entonces aguanté la respiración cuando se detuvieron justo delante de donde me ocultaba.

—¿Todo bien? —preguntó el rubio.

—Controlado. Vine porque Warne me pidió que hiciera fotografías a todo.

No me enteraba de lo que decían e intenté acercarme un poco más, el problema fue que me olvidé de que aquello contra lo que me apoyaba no era lo suficientemente rígido como para soportar mi peso.

El puñetero cacharro se tambaleó y el ruido los alertó. La ventana que tenía justo detrás me salvó de ser descubierta. Corrí y salí de allí cagando leches en dirección a la iglesia.



Lo que acababa de ver no me gustó un pelo. La idea de que se tratase de más de uno los involucrados ya era una realidad, pero pensar que el tonto y Ale formasen parte de aquella trama no se me había pasado por la cabeza. De estar en lo cierto, estaba más jodida de lo que imaginaba y no podía confiar tampoco en ellos. Era innegable pensar que la posible implicación de mi nuevo proyecto de amigo no me encogió un poco el corazón. En mi vida me habían defraudado bastante como para ir con pies de plomo en lo que a amistad y a sentimientos se refería, sin embargo, continuaba sin terminar de verlo claro. Uno se jugaba su puesto de trabajo y el otro llevaba una vida fácil en un pueblo del que tenía hasta las llaves.

Me detuve en seco y me di un golpe en la frente con la palma de la mano abierta al caer en la cuenta de que, si no lo hubiese estado mirando con las hormonas revolucionadas, de seguro hubiese sido mi primer sospechoso. Él tenía la oportunidad, me faltaba solo encontrar el móvil.

—Kate, ¿ahora se lleva eso de autolesionarse? —Se activaron todas mis alarmas cuando escuché su voz a mi espalda. Me giré y lo encaré intentando sonreír con normalidad—. ¿Te pasa algo en la cara? —Vale, lo de sonreír no era lo mío.

—No, acabo de recordar una cosa importante. —Frente a una mentira siempre era mejor decir verdades a medias.

—¿Y es…? —quiso saber, aparentemente divertido por mi extraña actitud, aún más de lo habitual en mí.

—Me he dejado la puerta del patio de mi casa abierta y las ratas pueden entrar sin que me dé cuenta.

—¿Hay ratas en tu barriada?

—De las gordas y de las más rastreras que te puedas imaginar, de esas que te apuñalan por la espalda cuando menos te lo esperas. De las que habría que cortarles los huevos por mentirosas.

—¿Seguimos hablando de roedores?

—Sí, roedores. ¿Tienes las fotografías? —pregunté cambiando de tema antes de meter la pata o de darle un puñetazo.

—Aquí está todo, pero no había nada raro —afirmó señalando su celular.

—¿No tocaste nada?

—Nada de nada, he sido todo un profesional y me he limitado a captar todo con el teléfono.

—¿Estabas solo?

—Entré solo, pero luego vino también Salazar cuando vio la puerta abierta. ¿Te encuentras bien? Te noto rara.

—No, todo bien. Tengo que ir a comprobar que las batidas están buscando a Nandor, aún no hay noticias de él —me apresuré a decir antes de delatarme. «Calma, Kate, mente fría y corazón helado», me dije para mis adentros.

—Te acompaño.

—No —contesté más rápido de lo que hubiera sido normal, y él frunció el ceño—. Necesito que nos separemos, ve tú a las batidas y yo me acerco a la iglesia. Divide y vencerás.

—Buena idea, jefa. Me está gustando esto de hacer de poli. ¿Podría planteármelo? ¿Te gustaría que trabajásemos juntos? —insinuó, pero yo no volvería a trabajar ni con él ni con nadie en la policía, ese mundo había terminando para mí y esta sería mi última misión, se lo debía a mi gremlin, y a mí misma. Sonreí de medio lado y le di una palmadita en la espalda para dirigirlo por el camino contrario al mío.

Cuando me encaucé de nuevo para ir a enfrentar al cura oí que me llamaban de nuevo. Hastiada, me di la vuelta para acordarme de la

familia del que fuese que me estuviera interrumpiendo de nuevo, pero detuve en seco mi bífida lengua en el instante en que reparé en la silueta de Salvador corriendo calle arriba. Anduve ligera para encontrarlo antes de que se le saliese el corazón por la boca y, cuando estuvo frente a mí, se agarró de mi brazo intentando recuperar el aire en los pulmones.

—¿Qué te pasa? ¿Ha sucedido algo más? ¿Han encontrado a Nandor? —En el mismo instante en que las palabras abandonaron mis labios me pregunté si en realidad quería saber la respuesta.

—Es mi mujer, le sucede algo. Creo que es por la medicación. Kate, no encuentro a Juan. Hace dos días que no viene a casa y… —La congoja le sobrevino y las lágrimas comenzaron a correr por sus mejillas sin afeitar—. No puedo perderla, a ella también no. Por favor, ayúdame.

Sabía a la perfección cómo se sentía, si algo le sucediese a mi gremlin estaba segura de que moriría también, a él tan solo le quedaba su mujer como ancla a la vida. Recorrimos sus pasos de vuelta y entramos rápido mientras le explicaba todo lo sucedido y que él, por haber estado en casa enclaustrado con su señora, desconocía. Su gesto fue tornando del rojo por el esfuerzo al blanco casi níveo.

Una vez en la casa me condujo hasta el dormitorio en el que ya había estado de forma clandestina. La mujer se encontraba tirada en el suelo, a su lado un cubo lleno de lo que supuse eran vómitos. Tenía la posición decúbito lateral y se sostenía el estómago con las dos manos mientras aullaba de dolor. Los temblores en las extremidades eran notorios, además de la sudoración y el nerviosismo. Me agaché a su lado y le abrí los ojos como pude para comprobarle las pupilas, estas estaban tan dilatadas que casi no se podía percibir el color de sus iris.

Mi memoria viajó en el tiempo, ese en el que estuve ingresada en el psiquiátrico y que tanto ansiaba olvidar sin lograrlo.

—Salvador, ¿qué era exactamente lo que le daba Juan?

—No tengo ni idea. Cuando todo lo de Marilyn aconteció, ella no podía dormir, se pasaba los días asomada a la ventana o dando vueltas por la playa gritando su nombre. Yo intentaba siempre acompañarla, pero aprovechó un día que me fue imposible regresar temprano de la

pesca y salió sola. Lo único que sé es que el agente Becerra y Juan la trajeron a casa medio ida. Desde ese día el pobre hombre viene siempre y la pincha para que no tenga otro brote.

—¿Y antes de que comenzase con el tratamiento ella estaba bien?

—Bueno, sí. Triste, nerviosa y alicaída, pero no como ahora. Lo de nuestra niña ha sido demasiado para ella.

—¿Cuántos días hace que no la medican?

—Dos.

—Lo que suponía. —Otro alarido detuvo nuestra conversación y Salvador colocó la cabeza de la mujer en su regazo para acariciarle el pelo y mecerla igual que si de un bebé se tratase. Estar presente en ese momento me hizo pensar en Joseph, estaba convencida de que, si la vida lo hubiera dejado, él se habría comportado igual que el pobre hombre que tenía a mi lado—. Salvador, que nadie, escúchame bien, que absolutamente nadie le ponga una mano encima, ¿entiendes? ¡Nadie! —insistí, enérgica.

—Pero ¿por qué?, ¿qué pasa, Kate? ¿Se va a morir? ¿Puedes llamar para que venga un helicóptero y que la lleve al hospital? Por favor —suplicó llorando.

—No se va a morir, pero sí que lo va a pasar bastante mal. No obstante, será bueno para ella. —La cara de incredulidad de Salvador me confirmó que no me entendía—. Está sucediendo algo malo en la isla. Tienes que creerme, sé de lo que hablo cuando te digo que tu mujer estará mejor en unas semanas, y más sin Juan en la ecuación.

—¿Cómo puedes asegurarme eso, Kate? —Su voz salía débil y se quebraba en cada palabra que pronunciaba.

—Estuve en un centro en el que vi a algunas personas con estos mismos síntomas. Si no me equivoco, tiene síndrome de abstinencia debido a alguna droga o a varias. No sé lo que le estaban administrando, pero sí puedo decirte que era la causa de que estuviese en ese estado de locura y catatonia.

—¡¿Cómo?! —exclamó abriendo mucho los ojos.

—Tengo que buscar más respuestas para contarte el resto, pero sí puedo prometerte que el responsable de la muerte de Marilyn y de lo que le han hecho a tu mujer lo pagará caro —le juré sabiendo que

cumpliría mis palabras con todas sus consecuencias—. No dejes que nadie entre, no confíes ni en tu abuela. Cierra la puerta y pon un mueble detrás. A ella métela en la bañera y dale cosas dulces. Eso la ayudará, no mucho, pero algo hará. En cuanto todo esté libre de peligro volveré a por vosotros. No puede venir nadie en nuestra ayuda por el tiempo, la tormenta no se ha ido y me temo que seguirá así al menos hasta mañana. Si no regreso —concluí, agachándome y dándole un beso en la mejilla—, quiero que sepas que ha sido un placer darme cuenta de que siguen existiendo personas por las que el mundo merece ser salvado.

Me incorporé sin concederle opción a réplica alguna y me fui escondiendo la pena que me embargaba el alma, tan solo recé para que me hiciese caso y se mantuvieran a salvo. No era justo lo que les habían hecho. Me puse a cavilar el motivo para cometer tal atrocidad, si el jodido sanitario no estuviese perdido, o incluso muerto, lo mataría yo con mis propias manos. Había que ser salvaje para mantenerla en ese estado, eso era pasarse el juramento hipocrático por el arco del triunfo y lo demás son tonterías.

La única explicación que se me ocurrió fue que la mujer viese algo que no debía en su momento. Si aparecía un cuerpo, la desaparición de Marilyn también sería mirada con mayor intensidad, y eso no les interesaba. Supuse que la solución más efectiva y menos ruidosa era la de volver medio majara a la madre y así quitársela de en medio. Mientras Juan le administrase las drogas a diario, todos contentos y ella medio calva.

Iba andando de nuevo en dirección a la iglesia cuando me golpeé con algo duro como una piedra que me gruñó. Al levantar la cabeza mis ojos se cruzaron con los blancos iris de Llop, a quien Madre Shipton llevaba sujeta del brazo. Tenía puesta mi única ropa limpia y, aunque me jodiera reconocerlo, esos vaqueros le quedaban a ella mejor que a mí.

—¿Se puede saber dónde cojones vais vosotras ahora? Esto en vez de una plaza parece una feria.

—Leo no aparece, vamos a buscarla —me informó la vieja dándome un manotazo para que me retirase.

—¡Vamos, no me jodas! Señora, estará buscando a Nandor. Ella está herida y debería continuar en la cama, y usted no es lo que se dice Indiana Jones para irse a la aventura, bueno, podría tener la misma edad, eso sí —recapacité, llevándome una colleja a mano abierta de la fea por mi insolencia—. ¡Joder, con la vieja!

—Yo estoy bien ya. No fue nada, vamos a por Leo. Encuentra a Nandor —me ordenó Llop levantándose mi sudadera y demostrando sus palabras con imágenes.

Tal y como dijo, donde hacía poco había un agujero de bala ahora tan solo se distinguía una mínima señal cubierta por esa piel extraña que brillaba al sol.

—Tiene narices que ya me dé órdenes hasta el último mono… Haced lo que os salga del alma, no tengo tiempo para esto. Algo me dice que sabréis cuidaros solas. —Las miré e hice algo de lo que sabía que me arrepentiría, pero recordando al loco de la escopeta decidí en segundos que sería lo mejor—. Toma, y ¡por Dios, por tu madre y por todos los santos del cielo, no matéis a nadie!

Madre Shipton no lo dudó y me arrebató el arma de las manos para guardársela en la cinturilla del vestido al más puro estilo *cowboy* antes de continuar su apresurado paso en dirección a la playa. Suspiré y corrí hasta la puerta de la iglesia, rezando para no tener más imprevistos en cincuenta jodidos metros.

Capítulo Treinta y uno

Silvia

En el instante en que salimos de mi despacho con la intención de buscar a alguien que nos llevase a la isla a por Kate, nos detuvieron los dobles de los de *Men in Black* en medio del pasillo. Ya los había visto antes y sabía que su presencia allí no vaticinaba nada bueno. Los de asuntos internos solo aparecían cuando la mierda superaba niveles estratosféricos, y de sobra sabía que la nuestra rebosó del pañal hacía días…

—Buenas tardes, necesitamos hablar con la inspectora Barrera —exigió el más alto de los dos.

Sentí que las piernas me empezaron a temblar y que esto era mi fin en la Policía, por mucho que en la mañana me hubiesen dicho que tenía una segunda oportunidad. Algo debían haber encontrado en la casa de Edmon para ese cambio tan drástico de opinión.

Antes de que me diera tiempo a dar un paso al frente, al más puro estilo pelotón de fusilamiento, Grace se interpuso en mi camino y colocó una mano detrás de su espalda haciéndonos señas para que nos largásemos.

—Yo soy la inspectora Barrera, ¿sucede algo? —se presentó fingiendo ser yo a la vez que ponía cara de tía chunga, la misma que una servidora tenía que practicar más…

Ante mi parálisis, Penélope me agarró del brazo bueno y avanzamos librándonos del mal rato de forma temporal, porque el chaparrón me caería tarde o temprano. El compañero del que había hablado hizo amago de detenernos, pero Julius le pegó un empujón con el hombro, dejándonos el resto del pasillo libre. Corrimos escaleras arriba ignorando los gritos y la trifulca que se estaba montando a nuestra espalda.

Al llegar a la azotea estábamos sin resuello, además de que tenía medio ataque de nervios. Penélope cerró la puerta metálica y colocó una de las calzas del helicóptero bloqueándola.

—¡¿Qué haces?!

—Darnos el tiempo necesario para escapar.

—Penélope, estamos en una undécima planta. No somos Spiderman, es imposible que salgamos de esta. Lo mejor es entregarnos y ver qué querían.

—Si hacemos eso, las probabilidades de llegar a tiempo a rescatar a Warne si está en peligro son de un cero coma cero cero cero uno por ciento. No obstante, si volamos ahora podríamos llegar a tiempo. Tú estás al mando, tú decides.

Mi cabeza empezó a saturarse. Podría bajar y enfrentar lo que tuvieran en mi contra, que, viéndolo de forma positiva, no podía ser nada grave, puesto que no había tenido conocimiento de la implicación de Edmon hasta ese mismo día; por otro lado, podía pasarme la carrera por el forro y montarme en el helicóptero con la kamikaze. Unos golpes en la puerta me hicieron elegir rápido. Me santigüé y corrí para subirme al cacharro mientras Penélope hacía lo propio y empezaba a tocar botones, encendiéndolo. Cogió unos cables que estaban en un panel central, los examinó durante unos segundos y tiró de ellos hasta arrancarlos.

—¡¿Qué haces?! —repetí, empezando a sudar más que Peggy Pig en una carnicería.

—Me acabo de cargar la radio y el sistema de seguimiento. No me gusta que me hablen mientras piloto —respondió como si esa fuera la explicación más lógica del mundo.

Cuando las hélices comenzaron a dar vueltas la puerta se abrió, dejando a la vista a un grupo de policías con un ariete de los enormes. El viento que el rotor superior estaba soltando impidió que pudieran aproximarse, además del peligro que suponía ponerse demasiado cerca. Miré a Penélope desesperada, me puse el anclaje de la entrepierna del cinturón como pude con una sola mano y, antes de que pudiese pensarlo demasiado, estábamos elevándonos.

El ensordecedor ruido no me dejó oír lo que decía uno de los

hombres de negro que se había sacado un megáfono de la nada y estaba rojo chillándonos lo que, supuse, era un «¡Bajen aquí ahora mismo!».

Penélope ignoró las advertencias y colocó el aparato un poco inclinado, lo suficiente para que las cabezas de los presentes en la azotea corriesen peligro y tuvieran que poner pies en polvorosa para no perderlas.

—¡Uy, perdón! Eso no lo he hecho a conciencia —se disculpó, logró enderezarnos de nuevo y a los pocos segundos perdimos de vista tanto la comisaría como el resto de edificios porque volábamos a una altura que, por el pitido de mis oídos, estaba convencida de que no era ni medio segura.

—Esto no está pasando, esto no puede estar pasando. Estoy durmiendo, sí, eso es. Es una maldita pesadilla, me debí de comer toda la bolsa de gomitas antes de acostarme y estas son las consecuencias —dije en voz alta, intentando convencerme a mí misma.

—He leído que cuando alguien entra en *shock* hay que darle un guantazo. Sin embargo, y teniendo en cuenta que es la primera vez que llevo uno de estos, no creo que sea demasiado seguro que suelte los mandos. ¿Funcionaría igual si te lo das tú misma?

—¿¡Cómo!?

—Así, con la mano abierta en la cara, es fácil. Lo mismo un pellizco también sirve —continuó sugiriendo formas de autolesionarme.

—¡¿Nunca has cogido un helicóptero?!

—No, pero me leí el manual cuando vine aquí. Y vi a los pilotos llevar el avión, el mecanismo es muy similar.

—Penélope, no me jodas que no tienes carnet para esta cosa.

—Tampoco tengo carnet para conducir vehículos, pero me sé las nociones básicas. No es tan complicado.

—¡¿Y se puede saber por qué cojones no me lo has dicho antes?!

—No me has preguntado.

Tuve una mezcla entre ganas de matarla y de tirarme al vacío, pero ya de perdidos al río… El resto del trayecto lo pasamos en silencio hasta que divisamos la isla. Se veía una helisuperficie al lado de la costa, pero mi acompañante decidió que era mucho mejor aparcar en

el agua, dónde va a parar.

—Penélope —le dije mientras el helicóptero se iba hundiendo poco a poco y las hélices levantaban olas a nuestro alrededor—, dime que los helicópteros pueden aterrizar en el mar.

—Bueno, en realidad esto sería un amerizaje, porque es en el mar, un aterrizaje es en la tierra —me explicó mientras se iba quitando la sujeción demasiado rápido como para que yo no hiciese lo mismo—. En realidad, no se puede a no ser que sea un anfibio, que no es el caso.

—¡¿Y ahora?! —chillé, entrando en pánico.

—Ahora es cuando nos toca saltar y nadar muy rápido para que la succión no nos pille y nos hunda.

—¡Juro que si salimos de esta te mato a ti, a Kate, a Grace, al que tiene pinta de cerdo y a toda tu jodida familia!

Penélope ignoró mis amenazas, me empujó y me tiró al mar sin que me diese tiempo ni a coger oxígeno extra antes de que la salinidad del agua inundase mi boca, mi nariz y mi garganta. Cuando ella fue a saltar el cacharro se ladeó y una de las aspas golpeó contra el agua con tanta fuerza que hizo que esta se rompiera en varios trozos. Lo último que vi de Penélope fue su cuerpo cayendo por el lado contrario al que yo estaba y hundirse en el mar.

—¡Mierda! ¡Esto no puede estar pasando! ¡Socorro! ¡Ayuda! —grité intentando no ahogarme al sostenerme a flote con un solo brazo.

Mis piernas estaban haciendo todo el trabajo y me veía incapaz de zambullirme para rescatarla. Entré en pánico y mi cerebro solo demandó que me pusiera a berrear o a rezar. Hice las dos cosas, una por fuera y otra por dentro. El armazón empezó a sumergirse y pataleé con la intención de alejarme todo lo posible, el problema era que cuanto más a salvo me encontraba menos posibilidades había de que ella sobreviviese.

No estaba lejos de la costa, me agarré con las dos manos a un trozo de fuselaje que flotaba a mi lado y comencé a nadar deprisa pensando mis opciones y aguantando el dolor. Tenía que llegar y pedir ayuda para que vinieran a rescatarla, no me quedaba otra más que seguir rezando y llorando, todo sea dicho de paso.

Las lágrimas se me mezclaban con el agua salada y con la lluvia que estaba empezando a caer, no podía creer la mala suerte que estábamos teniendo. Cuando hice pie y pude continuar el resto del trayecto andando seguí llorando sin consuelo. Caí abatida en unas rocas de la orilla y me permití ese segundo para coger aliento y continuar.

Era consciente de las pocas posibilidades que le quedaban a Penélope de sobrevivir, no obstante, tenía que intentarlo, debía intentarlo e iba a lograrlo, me dije en modo mantra del libro *El Secreto*, a ver si esta vez sí funcionaba y no como cuando puse en un cuadro un billete de cincuenta euros al que le decía cada día que llamase a sus hermanos, cosa que nunca sucedió.

Escuché voces a mi lado y, cuando levanté la vista con la esperanza de que la salvación estuviese más cerca de lo que creí en primera instancia, la mujer más fea del mundo me devolvió la mirada haciendo que cayese hacia atrás. Tenía la venda mojada y rosa, el brazo me dolía a rabiar y ahora estaba viendo visiones. Vamos, que me había muerto en el mar y estaba yendo al infierno por capulla. ¿A lo mejor lo de Penélope había sido una prueba y no la había superado?

—¡Sí, es verdad! ¡No la he salvado! ¡Ni lo he intentado! ¡He preferido poner mi gordo culo fuera de peligro! ¡Llévame contigo! —chillé, poniendo las dos manos delante de mí y uní las muñecas para que me pusiera las esposas o lo que quiera que ponían en el infierno.

—Tú tienes que ser amiga de Warne, ¿verdad?

Al escuchar eso me incorporé como pude y la anciana decrépita y deforme quedó tan solo un poco más baja que yo.

—¿No estamos en el infierno y no eres un demonio?

—Pero ¿qué os dan en la escuela de policías? —agregó, haciéndome sentir una completa estúpida—. Creo que se te ha perdido algo —continuó y me hizo una señal para que la siguiese.

«Sí, Silvia, lo más normal del mundo es salir del agua después de estar a punto de ahogarte y seguir a la mujer más horripilante que has

visto en tu vida hasta una cueva sin que haya ninguna otra persona que corrobore dónde diantres estás. Sí, eso es lo más racional que has hecho jamás», fui recriminándome mientras hacía exactamente lo que ella me había ordenado, siguiéndola cual rata a flautista.

Capítulo Treinta y dos

Por suerte, no hubo más interrupciones, pero no fue hasta que entré en la iglesia que suspiré aliviada. Era incapaz de quitarme de la mente la imagen de esa pobre mujer tirada en el suelo y agonizando por la abstinencia de lo que quiera que le hubieran estado dando. Con ese pensamiento avancé con paso decidido hasta la mitad del templo.

—¿Hola? —pregunté a la nada, dejando que mi propia voz me respondiese a modo de eco siniestro.

Anduve rápido hasta el cuartito lateral del que el cura me había echado de forma tan contundente y me puse a investigar. Al igual que la vez anterior, allí no se veía nada que resaltase o que me pareciera sospechoso. Bufé saturada y escuché a alguien entrando en la iglesia, así que me escondí dentro del único sitio que podía darme cobijo, el confesionario.

Tras dar el primer paso en su interior sentí el suelo de madera hueco. Me agaché procurando dejar todas las partes de mi cuerpo dentro del cubículo y tanteé a ciegas hasta que di con algo parecido a un tirador de cuerda. Ya que estaba en el sitio indicado, recé para que el ruido de la trampilla no me delatase y encendí la linterna del teléfono para alumbrar el interior de la oquedad. Sacar la linterna podría ser demasiado arriesgado al proporcionar más luz de la cuenta.

Descubrí unos escalones y descendí con cuidado por ellos cerrando mi entrada y, por desgracia, también mi salida. Me hallaba en una bajada angosta y daba con ambos hombros en las piedras laterales que conformaban sus paredes. Noté la arenisca ir cayéndome encima y no quise imaginar los bichos que vivían allí y a los que yo estaba perturbando. Pasados algunos minutos trastabillé al intentar pisar otro escalón inexistente, había llegado al final y el camino solo me dejó la

opción de seguir hacia delante.

—¡Yo me cago en mi puta vida! —dije en voz alta al verme perdida allí abajo.

El olor a humedad se acrecentaba a cada metro que recorría, podía distinguir el aroma característico de la isla impregnado en las paredes como si en realidad saliese de ese lugar y funcionase como un ambientador para el resto. Los muros se ensancharon lo justo para que cupiéramos dos personas entre ellos. Seguía con la única iluminación del móvil, me fijé en que allí no tenía cobertura y que si quisiera avisar de dónde me encontraba ya no podría hacerlo.

Grace me iba a matar, literalmente, si se enteraba de que me acababa de meter yo solita en la boca del lobo. Pasé los dedos por las piedras laterales y noté que estaban húmedas. Apunté la luz al suelo y vi charcos que se iban haciendo más numerosos un poco más adelante, aquello me dio mala espina. De pronto me topé con una bifurcación, la cosa se complicaba, podía girar a la derecha o a la izquierda. Yo, que siempre me equivocaba cuando hacía los crucigramas de laberintos del diario y acababa dando con el bolígrafo contra una pared cerrada, ahora tenía que decidir qué hacer sin siquiera ver las jodidas rayitas de los cojones. Me puse a dar vueltas sobre mí misma y cuando di tres me detuve y anduve de frente, vale, era de las cosas más infantiles y menos coherentes que había hecho jamás, pero así al menos no me podría echar la culpa a mí misma y sí seguir insultando a mi amigo Murphy. Los charcos se fueron distanciando y las paredes se hicieron más macizas hasta llegar a una abertura con una puerta de madera.

Comprobé que no saliera luz de la rendija inferior y entré empujando rápido y, ahora sí, apuntando con la linterna como si se tratase de una pistola. El que estuviera dentro no sabría diferenciarlo en la penumbra. El sonido del golpe de la puerta contra la pared tronó por todos los pasadizos. Aquel sitio también se hallaba vacío, tanteé la pared y encontré una antorcha que prendió con solo acercarle un poco el mechero. Reservé la linterna y examiné mejor el lugar. Había una mesa de piedra en el centro y atrás un altar con un pentagrama en medio de la pared, dentro de este se podía distinguir a la perfección el

tatuaje de las víctimas grabado en la piedra. Saqué el teléfono e hice fotografías a todo, las mandé a la nube esa y deseé coger cobertura en algún momento para que le llegasen a Penélope. En las cuatro esquinas de la mesa había unos boquetes y encima el negativo de la silueta de una persona con los brazos y las piernas extendidos hasta hacerlos coincidir con unas cinchas de cuero desgastado. Las manchas marrones me hicieron pensar que no se trataba de un simple grabado macabro.

A los pocos minutos escuché pasos y voces acercándose y me vi acorralada, tanto que empecé a mover todos los candelabros como hacían en las películas, sin obtener mayor resultado que el de sentirme aún más atrapada allí dentro. Suspiré, me sostuve el vientre con la intención de que mi gremlin pudiera entender mis disculpas y me dejé caer a un lado del altar, justo en el opuesto a la entrada para poder tener más tiempo de reacción cuando me encontrasen. Entonces sucedió el milagro, la pared a mi espalda cedió un poco de la parte izquierda, me giré y la empujé con todas mis fuerzas hasta que viró como una de las modernas puertas giratorias de los centros comerciales, pero en estilo Astérix y Obélix.

No sé el tiempo que me quedé aguantando la respiración con las manos puestas en la piedra para que nadie pudiese entrar. Continuaba a oscuras y me había pasado por alto la regla número uno de mirar bien dónde te metes antes de hacerlo, fijarte en todos los puntos desde los que te pueden atacar. Nada, pasé como de la mierda y solo estuve inmóvil ahí aguantando una maldita pared, ese fue todo mi plan. Entonces los oí. Pude reconocer la voz del sanitario y de alguien más, pero esa otra persona no estaba lo suficientemente cerca para que me llegase con nitidez. No supe identificar si era un hombre o una mujer, tan solo que Juan no se encontraba solo allí abajo.

—¿Crees que se han tragado que estoy muerto? —preguntó.

Por más atención que presté, no pude oír la respuesta de su interlocutor.

—María empezaba a ser demasiado molesta, tuve que hacerlo. Se estaba descarriando del redil y la cogí convenciendo al padre de la pelirroja para que hablara con esa policía. No pude hacer otra cosa

—se justificó el sanitario.

Entonces un disparo me congeló la sangre y me dejó aún más inmóvil de lo que ya estaba. Pasos, unos pasos se aproximaban a mí, tenía como escudo la pared y si la aguantaba con fuerza no podrían moverla, o eso deseé.

—La siguiente vez que te saltes las normas no tendrás tanta suerte ni dejaremos que te vayas sin más como el último, recuerda que tú no eres de su sangre y no te debemos nada.

Esa voz tenía un timbre que me era muy familiar, pero no podía oírla con nitidez y me negué a esperar a que me descubrieran. Al darme la vuelta y apuntar con la luz del teléfono a mi alrededor lo primero que vi fueron unas cajas llenas de cosas, en un principio no les di importancia, hasta que distinguí el diario de Marilyn entre ellas. Me agaché y me puse a rebuscar, había teléfonos, ordenadores y más diarios. Estaba metiendo todos los cuadernos en una bolsa de plástico que encontré en las cajas y luego en el bolso-mochila cuando un quejido me sobresaltó y me detuve. Al alumbrar el lugar del que provenía me encontré a Nandor. Lo habían maniatado y tenía una tela cubriéndole la boca y los ojos. Antes de separarme de la pared giratoria puse con mucho cuidado las cajas haciendo de tope para que si entraban les costase algo de trabajo.

—Nandor, estoy aquí. No hagas ruido. Soy Kate —le susurré para que no se asustase al tocarlo y se pusiera a gritar. Cuando le descubrí los ojos pude distinguir algunos moratones por toda su cara, no quise pensar cómo tendría el resto del cuerpo ni el motivo de tal paliza. Hubiera sido más sencillo matarlo, si estaba en esas condiciones era porque tenía o sabía algo que ellos querían.

Sin dirigirnos de nuevo la palabra, se apoyó en mí y ambos caminamos renqueando por otro túnel. No podía apagar la luz o nos mataríamos, y tenerla encendida nos hacía un blanco fácil. Arriesgué y continuamos hasta que el agua empezó a cubrirnos los tobillos. Estábamos entrando en una especie de lago subterráneo, el final del camino era ese, por lo demás solo había paredes rocosas. Aquello iba de mal en peor y me estaba quedando sin opciones.

Nos sentamos a descansar unos minutos mientras pensaba. Si

volvíamos nos encontrarían, y no tenía manera de defendernos. No sabía con exactitud cuántos eran ni las armas de las que disponían, pero tampoco tenía ni idea de si debajo del agua encontraría una salida a tiempo de no ahogarme, además de que mi compañero no se veía como para hacer los cien metros braza… Me arranqué una manga y la mojé un poco para limpiar las heridas de la cara de Nandor, el agua salada le jodería, pero serviría de desinfectante, mojé y le pasé varias veces el trozo de tela hasta que no le vi ningún otro resto de sangre, el que no tiene otra cosa con su marido se acuesta.

Alumbré el lago intentando comprobar la profundidad con el haz de luz, me acerqué al borde todo lo que pude sin mojar la linterna, esta tenía más potencia que el teléfono. Justo entonces unas burbujas emergieron y me quedé mirándolas hipnotizada como si fuese gilipollas. A continuación, unos brazos me sostuvieron con fuerza y tiraron de mí hasta hundirme, linterna incluida. Cuando salí a flote lo más rápido que pude Nandor ya tenía encendido mi teléfono y apuntaba con él a la sonriente cara de Llop.

—¡No tiene ni puta gracia!

—Un poco sí —me contradijo Nandor, y noté cómo le dolía pronunciar cada sílaba.

—¡Vamos! —nos instó la mutación extraña sin dejar de sonreír.

—No podemos respirar debajo del agua y dudo que Nandor pueda casi hacerlo fuera. ¡Es una locura! —argumenté, pero ella ladeó la cabeza y se quedó quieta durante cinco segundos en los que no parpadeó, o lo que quiera que hiciese con esos párpados casi translúcidos.

—Ya vienen. ¡Vamos! —insistió cogiendo a Nandor del brazo y tirando de él para que se metiese en el agua con nosotras.

Salí y lo ayudé a que la obedeciera, aunque aquello me pareció un suicidio, sin embargo, ya puestos a morir, mejor hacerlo por decisión propia que por manos ajenas. Cerré bien la bolsa de plástico metiendo mi teléfono con los cuadernos y la guardé en la mochila esperando que no se mojasen demasiado. Me sumergí y Llop cogió a Nandor de la cintura con más delicadeza de la que pensé que esa cosa sería capaz.

—Delante, todo recto y a la derecha. Nada rápido —fue lo único que me dijo antes de desaparecer.

—¡Han tenido que ir por aquí, corre antes de que escapen! —El grito me asustó y me detuvo, habían abierto la pequeña trampa que puse en la puerta y nos seguían.

Ahora sí que reconocí la voz y no sé si me entraron ganas de salir del agua y estrangularlo o marcharme, medité las opciones el tiempo justo de ver cuatro pares de pies frente a mis ojos, cogí una bocanada grande de oxígeno y empecé a bucear.

Cuando creía que no podría dar una brazada más y que estaba perdida en aquella oscuridad, desorientada y sin fuerzas ni aire en los pulmones para seguir, algo me sostuvo la cara. El áspero contacto de los dedos me tranquilizó, dudaba mucho que hubiera un señor tritón violador por aquellos lares interesándose en mí. No obstante, cuando unió sus labios con los míos empecé a poner en duda esa última conjetura. No se trató de un beso, fue más bien como si me acabasen de poner una bombona de buzo y me hubieran dado una vida extra en el juego. Lo siguiente que hizo fue cogerme de la mano y nadó igual que si tuviera una hélice en el culo, la velocidad era tal que tuve que cerrar los ojos, tampoco es que viese mucho con ellos abiertos…

No volví a levantar los párpados hasta que sentí el aire frío en la cara. Estaba en la superficie, ¡estaba en la jodida superficie e iba a cortarle los huevos a alguien!

Capítulo Treinta y tres

Silvia

Podía sentir las palpitaciones en la extremidad como si de mi propio corazón se tratase, aun así seguí a la vieja hasta el interior de una cueva. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra del lugar pude distinguir un cuerpo tirado en el suelo. En ese instante no supe si correr o si volver a entrar en *shock* y detenerme, no fue hasta que el bulto se movió que mis piernas arrancaron a apresurarse.

Penélope estaba con la pintura de los ojos corrida en modo mapache, además de tener los pelos chorreando con alguna que otra alga entremetida en los mechones azules, pero respiraba y tenía los ojos abiertos. ¡Dios, tenía los ojos abiertos! Me senté a su lado y la abracé con fuerza, incorporándola un poco. De primeras noté sus brazos laxos a ambos lados del cuerpo, pero a los pocos segundos los levantó y me devolvió el apretón.

—¡Lo siento, Penélope! ¡Lo siento muchísimo! Te hundiste y yo no podía ir a buscarte, pensé que estabas muerta y que yo era la responsable —me disculpé entre hipidos, con la nariz llena de mocos y el alma encogida por la congoja.

—Las probabilidades de que hubieras conseguido bucear y sacarme hubieran sido de… —comenzó a decir en su tono robótico habitual, haciéndome reír.

Le cogí la cara y le apreté los delgados mofletes con mis regordetas manos, el contraste y la diferencia hacían aún más latente que éramos la noche y el día. Algo en mi interior que no sabía que existía hizo el resto. Acerqué mis labios a los suyos y la besé, en principio fue un beso casto, pero cuando ella me lo devolvió las mariposas que jamás

habían aparecido en mi estómago más que por hambre empezaron a volar alborotadas.

Cuando el contacto entre nosotras terminó, me puse a darle besitos pequeños por toda la cara y al mirarla me di cuenta de que la expresión de su rostro había cambiado, ahora tenía una sonrisa que le encogía los ojos y le marcaba unas graciosas arruguitas en los extremos.

—¿Cómo saliste? —logré preguntar por fin intentando recuperar la compostura.

—No tengo respuesta a eso.

—Llop la sacó, estaba buscando a Leo y apareció ella —nos explicó la anciana como si nosotras conociésemos a las mencionadas.

—¿Sabes dónde está Kate? —quise saber, recordando que hacía unos minutos la había nombrado.

—Chiquilla terca como una mula.

—Sí, hablamos de la misma persona.

—Llop ha olido la sangre de Nandor en el agua, ha ido a ver si seguía vivo. Es posible que ella esté con él, no lo sabemos —contestó sin lograr quitarme la incertidumbre y el desasosiego de mi interior.

Ayudé a Penélope a ponerse en pie y seguimos a la mujer hasta el pueblo justo cuando las campanas empezaron a repiquetear. No se veía a nadie en ningún lado, los postigos de las ventanas estaban cerrados convirtiendo cada hogar en una fortificación. Era como si tuviesen miedo de lo que había fuera y estuviesen impidiendo incluso el paso del aire a sus casas.

Con la piel de gallina y un frío de narices por llevar la ropa mojada, entramos en un hostal y subimos unas escaleras. Me llamó poderosamente la atención no encontrarme recepcionista alguno y las puertas abiertas, además de que esta señora se moviese como Pedro por su casa, aunque pensé que a lo mejor era la dueña o familia de los mismos.

Nos hizo pasar a una habitación y tumbé a Penélope en la cama para que descansase. Yo, por mi parte, tenía que encontrar a Kate y ayudarla. Si este iba a ser mi último caso, y mucho me temía que sí, quería hacerlo bien, estar en el ojo del huracán y no amedrentarme

como hacía la mayoría de las veces resguardándome tras mi escritorio. El problema era que no tenía pistola ni ninguna otra cosa que me sirviese de arma.

—Señora, ¿se queda usted con ella un momento? Voy a ver si encuentro a los agentes para que me pongan al día —le pedí a la mujer que ya se había colocado frente a la ventana y movía los labios igual que si estuviera rezando.

Como respuesta recibí un asentimiento de cabeza por su parte sin que dejase la oración que llevaba a cabo. Me agaché y besé la frente de mi compañera.

—Silvia, ten cuidado. No hay muchas probabilidades de que alguien me vuelva a hacer sentir lo que tú, no dejes que te pase nada, por favor.

—Está todo controlado —afirmé y le sonreí para que se quedase tranquila—. No tardo.

Esa fue una promesa que no sabía si podría cumplir, pero fue lo único que me salió después de escuchar su declaración. Podría haberle contestado lo mismo, que nadie jamás me había sacado tanto de mis casillas y tocado mi corazón al mismo tiempo como ella, que la veía la persona más fuerte y débil del mundo y que quería seguir conociéndola, tan solo esperé que esa mente tan especial suya hubiera leído entre las líneas de la curva de mis labios al esbozar esa sonrisa.

Bajé las escaleras con la esperanza de orientarme en el pueblo, había ido una vez de turismo hacía años y creía recordar dónde estaba la comisaría. El lugar continuaba desierto, era consciente de que en esas fechas no vivían demasiadas personas por allí, pero no encontrarme con nadie asemejaba demasiado el lugar a los que salían en las películas de terror. Pensé que me veía como la amiga rubia regordeta, la típica protagonista secundaria que moría de pronto y no afectaba para nada a la trama. Detestaba a los escritores cuando mataban a los secundarios importándoles una mierda los sentimientos de los

lectores, si los iban a asesinar, ¿para qué puñetas hacerlos sufrir durante todo el libro?

Aceleré el paso sin dejar de mirar a mi espalda, casi se podría decir que anduve prácticamente doblada, cosa que corroboró el golpe que me di contra algo y que casi me hizo caer de culo.

—¿Está bien? —Tenía frente a mí a un policía moreno que me pareció haber visto por la comisaría en alguna ocasión, pero el daño que me acababa de hacer en el brazo tras la colisión anuló mis neuronas—. Señora, está sangrando, ¿le ha sucedido algo?

—Inspectora Barrera —me presenté, rezando por que no se hubiera enterado de las noticias sobre mi huida y el robo del helicóptero. Me pregunté si me habrían puesto en busca y captura y me sentí un poco malota.

—No la había reconocido, soy el agente Alonso Becerra. ¿Qué hace aquí? ¿Qué le ha pasado? —insistió—. Vamos a la comisaría y le miro esa herida, estaremos más tranquilos. ¿Está Warne con usted?

—Ahí me dirigía, pero no he visto a Warne aún, acabo de llegar.

—¿Viene sola? —me preguntó, extrañado.

—Sí —mentí sin tener muy claro por qué. Ya se distinguían a pocos metros de nosotros los arcos abovedados que antecedían al pasaje en el que se encontraban la pequeña comisaría y la clínica médica.

—Estamos en alerta, no pueden venir helicópteros ni barcos. ¿Cómo llegó, inspectora? Creo que sería mejor que parásemos un momento en el consultorio para cambiarle esa venda, no tiene buena pinta —agregó y aceleró su paso y el mío, me tenía asida por la extremidad herida y tiraba de mí con algo de insistencia.

Me llamé paranoica por dentro, los dos agentes estaban trabajando codo con codo con Kate, si ella hubiese notado algo extraño ya me lo habría comunicado, ¿o no?

—Me hará bien un arreglillo en esto y necesito algunos antiinflamatorios, además de una pastilla para el dolor —acepté y entré con él a la consulta, que olía a desinfectante y a algo más que no supe identificar.

Mi repentina sumisión a que me curase alguien sin conocimientos fue más bien una distracción para hacer que se le olvidase la pregunta

de cómo era que había aparecido allí por arte de magia. Me senté en la camilla y aguardé paciente a que preparase todas las cosas. Fue colocando gasas, antiséptico y algodón con la agilidad de alguien que conoce el lugar como la palma de su mano.

—Curáis a muchos turistas por aquí —indiqué para eliminar el incómodo silencio.

Mis piernas colgaban un poco de la alta cama hospitalaria y ponerme a moverlas en plan niña pequeña a la espera de una pegatina por portarme bien no me pareció adecuado, teniendo en cuenta que yo era su superior, o lo había sido… Lo vi volverse con una jeringuilla en la mano y me sonrió ante mi cara de extrañeza.

—Más bien hacemos otras cosas por aquí, exinspectora Barrera.

En cuanto hubo terminado esa frase, y antes de que me diese tiempo de reaccionar, se abalanzó sobre mí y me clavó la aguja en el cuello. Intenté defenderme y quitármelo de encima sin ningún tipo de resultado. Usando las pocas fuerzas que me quedaban le agarré la pechera de la camisa provocando que se le desabotonase. Lo último que vi fue el tatuaje que ya conocía tan bien, marcado en su pecho como si se lo hubiesen grabado a fuego.

Capítulo Treinta y cuatro

Me pareció un milagro que hubiésemos salido a la superficie antes de que me quedase sin aire. No tenía claro si estaba más en *shock* por cómo lo había logrado o por lo que tenía frente a mis ojos. Fui a tocarle la piel escamosa y, cuando estaba a pocos centímetros, Llop se giró y me enseñó un montón de dientes que casi era físicamente imposible que cupieran en esa boca.

—Vale, mensaje captado, no toco. Pero es que eres rara de narices. Nandor, di que no es rara… —lo tenté para quitar hierro al tema del secuestro, la paliza y los altares preparados para desangrar personas.

El hombre sonrió como única respuesta, ahora que había más luz su aspecto se veía aún peor de lo que había imaginado.

—Tengo que encontrar a Leo —informó Llop.

—¿Qué le ha sucedido a Leo? —quise saber, pero pasó de mi culo y se sumergió otra vez en el agua.

Nandor hizo amago de incorporarse sin demasiado éxito y corrí a su lado para ayudarlo. Estábamos en la cueva que ya conocía, por lo visto tenía dos formas de entrar, o por la gruta por la que habíamos venido o por la que daba al mar. Pero aún no sabía qué escondía el camino que no había llegado a escoger, si era algo parecido al otro las cosas se iban a tornar muy feas. Tenía que llamar a Silvia y ponerla al día de todo, necesitábamos refuerzos y más después de descubrir lo que ya sospechaba, que eran una secta de colgados los que estaban matando a esas niñas.

Mi anterior experiencia con este tipo de psicópatas me advertía de que no debía infravalorarlos, no sabía hasta dónde llegaban los tentáculos del grupo ni a cuántas personas tendríamos en contra. Por suerte, nadie me había visto allí abajo y no podían relacionarme, mi mejor opción por el momento era mantener un perfil bajo y disimular,

por mucho que me costase. En cuanto estuviésemos en el hostal interrogaría a Nandor para que me contase qué más había visto o si pudo reconocer a alguien, la información era poder y yo pensaba albergar toda la que pudiese.

Tal y como imaginé, el ascenso fue bastante jodido, llevar el peso de Nandor hizo que sudase la gota gorda, pese a que el tiempo seguía en nuestra contra y había comenzado a llover de nuevo. La plaza estaba desierta, no es que aquel lugar fuera la alegría de la huerta, pero sí te solías topar con algún parroquiano andando o yendo al bar, el mismo que se encontraba cerrado. En cierto modo me vino bien la discreción, que la Harina no estuviera entre los vivos era una putada para ella, pero un alivio para evitar que los cotilleos se propagaran como la pólvora. —Sí, vale, ese pensamiento era de ser mala persona y no lo iba a decir en alto, tampoco tenía que enterarse nadie de lo retorcida que podía llegar a ser—.

En la entrada del hostal nos topamos con Caterina que, para variar, se echó las manos a la cabeza en cuanto nos vio y se puso a decir su mantra particular a la vez que andaba de un lado a otro de la recepción.

—¡Ese hombre necesita un médico! ¡¿Qué le has hecho?! —me gritó.

—Y usted necesita un porro de marihuana y yo un bazuca, pero no siempre tenemos lo que queremos —respondí dándole de lado y ayudando a Nandor a subir el tramo de escaleras.

Una vez en el pasillo superior me vi en la tesitura de si conducirlo a su dormitorio o si llevarlo al mío, que a estas alturas ya parecía una sala de enfermería improvisada. Opté por seguir violando mi extinto santuario y lo arrastré a mi cuarto, que se encontrase más cerca y que yo estuviera quedándome sin aliento también tuvo bastante que ver, la verdad.

Al entrar tuve que quedarme parada en el umbral de la puerta y parpadear varias veces para creerme lo que estaba viendo. En ese lapso de tiempo Nandor comenzó a tambalearse y se cayó hacia delante como si fuera un abeto de Navidad recién cortado.

—¡Que te matas! —exclamé agachándome a su lado—. ¡Penélope,

ayúdame a meterlo!

Lo primero era quitar la mitad del cuerpo que le había quedado en el pasillo y luego ya me enteraría de qué cojones hacía ella aquí. Cada una cogimos por un brazo y tiramos con fuerza, arrastrándolo como un fardo de paja, con la diferencia de que este pesaba como un muerto. Madre Shipton, con la agilidad que la caracterizaba y que a mí me anonadaba, se puso al final y le levantó las piernas para ayudarnos y evitar que le arrancásemos las extremidades. Delicadas, lo que se decía delicadas, no estábamos siendo. Darle la vuelta tampoco fue tarea sencilla, Penélope era de complexión delgada y yo estaba en las últimas después de nadar y de traerlo.

—¿Qué ha pasado, niña? —quiso saber la anciana, que ya tenía el bolso negro en la mano y escudriñaba en su interior.

—Lo secuestraron y me temo que le han dado una paliza. —La mujer se levantó y se encaminó al pasillo con la intención de marcharse—. ¡No me jodas que te largas!

—Voy a por ayuda, solo les falta una puerta —indicó, dejándonos allí con la boca abierta y con Nandor tumbado en el suelo, moribundo.

—¡Yo me cago en mi puta vida! Subámoslo a la cama —le ordené a Penélope, y espiré hasta el punto de casi quedarme sin aire en los pulmones del agobio.

Le quitamos la camisa y los pantalones para ver mejor las heridas y lo limpiamos un poco. No tenía cortes profundos, pero sí contusiones y hematomas en prácticamente cada centímetro de su cuerpo. Me dio pena contemplarlo tan vulnerable. Nandor era un hombre alto y corpulento con una mirada que intimidaría a cualquiera, verlo de esa guisa no fue agradable y me hizo querer de nuevo venganza. Una vez que hubimos terminado me metí con Penélope en el baño para que nuestra charla no lo molestase, me encendí un cigarro y la miré esperando respuestas sin pronunciar ninguna pregunta.

—Señora Warne.

—No me jodas, Penélope, ¡no tengo el chichi para farolillos!, ve al jodido grano y sáltate lo del palo en el culo.

—Vinieron la inspectora Grace y Julius a la comisaría, los encontramos cuando salimos de la casa de Edmon. Nosotras nos

fuimos y entraron los de la científica, bueno, hubo un pequeño intervalo en el que el domicilio se quedó sin vigilancia.

—Penélope, al grano.

—Tu móvil perdió la cobertura y te oímos decir la frase de cuando tienes problemas, así que decidimos venir a buscarte.

—¿Qué frase de cuando tengo problemas?

—¡Yo me cago en mi puta vida! —dijo, imitándome a la perfección, tanto que si hubiéramos estado en otra tesitura me habría sacado una carcajada.

—Yo exclamo eso hasta cuando me entra champú en un ojo. Has dicho que decidisteis venir todos, ¿dónde está el resto? Corren peligro ahí fuera —le advertí, sintiendo que mi nerviosismo iba en aumento a la par que a ella se le dilataban las pupilas.

—Grace se tuvo que quedar en tierra entreteniendo a los de asuntos internos, que querían interrogar a Silvia, y creo que ahora mismo están en problemas. Después yo robé un helicóptero y americé en el mar, se hundió, por cierto, algo me llevó a una cueva y luego apareció Silvia con la señora fea y me trajeron hasta aquí.

—¿Has robado un helicóptero? —Ella asintió con la cabeza—. ¿De la Policía? —Volvió a afirmar—. ¿Y lo has estrellado en el mar? —Hizo el mismo gesto—. ¿Y os buscan de asuntos internos? Como vuelvas a mover el cuello te lo corto —la amenacé, a lo que Penélope simplemente se encogió de hombros—. ¡Yo me cago en mi puta vida! ¿Y dónde cojones está Silvia?

—Ha ido a hablar con los agentes para que nos ayudasen a encontrarte.

—¡Mierda!



Nandor seguía en la cama inconsciente, no había ni rastro de la vieja, de Leo o de Llop, el teléfono de Silvia estaba apagado y Penélope se había apoderado del mío para poder entrar en la red de la comisaría y descubrir qué querían los hombres de negro. Así que estábamos solo la gótica canija y yo. Aquello pintaba a las mil maravillas… Tiempos desesperados requieren medidas más desesperadas aún.

—¿Tú cómo estás? —le pregunté a Penélope, si íbamos a ir a la guerra no podía hacerlo con alguien que no estuviera en plenas facultades, me jugaba mucho, muchísimo.

—Estoy a un ochenta por ciento operativa.

—Y eso para el resto de los mortales quiere decir...

—Bien.

—Perfecto. Tenemos que dejar aquí a Nandor e ir a por Silvia antes de que pase más tiempo sola, pero no sin aprovisionarnos. ¿No sabrás si la fea ha dejado por aquí mi pistola?

—No.

—De puta madre…

Me senté junto a Nandor y le hablé al oído, solo deseé que me hubiera escuchado o el plan B se me iría a la mierda y no tenía un C en mente.

Bajamos las escaleras y nos colamos a hurtadillas en la cocina, rebusqué en todos los cajones y me guardé un cuchillo de untar mantequilla en la bota. Penélope se limitó a imitarme y a poner caras raras, pero vi un brillo en sus ojos y sonreía como si estuviésemos a

punto de ir a Disneyworld, esa mujer daba miedo. Intenté hacer el menor ruido posible para no tener que encararme con Caterina.

Cuando ya casi nos habíamos apropiado de todo lo que tuviese punta o medio cortase, a Penélope se le cayó una jarra de cristal llena de agua que tenía justo al lado, el ruido resonó igual que si acabasen de tirar un petardo. Me giré para estrangularla, pero ella ya estaba agachada recogiendo cristales del suelo. Desde mi perspectiva vi cómo el agua se desplazaba en un desnivel del piso y se iba colando hasta desaparecer por una rendija por debajo de la isleta del centro.

—Ayúdame a mover esto —le pedí a Penélope, que me miraba extrañada mientras yo intentaba menear la pesada mesa de acero inoxidable—. Hacia la puerta, si alguien viene al menos tendrá una barricada.

—Pero Silvia…

—Te prometo que Silvia no se me cae del pensamiento, tengo una corazonada.

—Warne, eso no es científico. Primero hay que poner a los activos a salvo y después continuar con la misión.

—Penélope, ¿la gravedad existe? —le pregunté, descuadrándola por completo—. Pues para que alguien dedujera qué era, primero tuvo que tener una intuición y arriesgarse aunque lo tomasen por loco, nada en este mundo existiría si no hubiese detrás un loco con pálpitos en el estómago. Por favor, confía en mí.

Se colocó a mi lado sin mediar palabra y me ayudó a mover aquel mamotreto hasta que bloqueamos la única entrada que se veía. Al momento, alguien aporreó la puerta y se escucharon voces al otro lado. Regresé al suelo y le señalé a mi compañera lo que mi mente había deducido que estaría allí, una trampilla con una cuerda similar a la que había encontrado en el confesionario. La levantamos y nos metimos en ella sin saber si alguna vez volveríamos a salir.

Capítulo Treinta y cinco

Silvia

Me sentía más feliz que una perdiz, soñando que Penélope y yo estábamos en una bañera llena de gomitas. Ella llevaba un tanga de caramelos de fresa y dos algodones de azúcar que le cubrían los pechos, sujetos ahí por arte de magia. Abrí la boca para morderle uno de ellos y que la fiesta de calorías comenzase, pero el sabor que esperaba no llegó a mis papilas gustativas, en su lugar me supo a tierra y a sal. Aquello me descolocó tanto que la cabeza comenzó a darme vueltas y la silueta de mi compañera se fue desdibujando. Las facciones de su rostro mutaron a otras mucho más siniestras y el arcoíris que hasta hacía poco nos rodeaba se transformó en un caleidoscopio de tonos oscuros y anaranjados.

Noté el instante exacto en el que el corazón se me desbocaba y pude incluso percibir el latido en mi pecho como si acabase de correr una maratón. Apreté fuerte los puños e intenté centrarme en lo que era real y en lo que suponía que mi imaginación me estaba poniendo delante. Fue entonces cuando me percaté de que tenía los párpados cerrados, los obligué a abrirse despacio y ordené a mi cuerpo que me mandase alguna señal.

Lo primero que capté fue algo frío y duro contra mi costado, lo siguiente, y lo que más me asustó, fue notar las cuerdas que me inmovilizaban las manos detrás de la espalda. Si hacía unos segundos estaba al borde del infarto, después de recordar mis últimos momentos vividos ya supe que era demasiado para asimilar sin ninguna ingesta de azúcar extra.

Ahora comprendía el sueño, mi subconsciente intentaba ayudarme de alguna forma y no se le ocurrió otra manera que hacerlo en modo

película porno para adictos a los dulces… Estaba para que me encerrasen, pero no aquí, en un psiquiátrico, mejor.

Al lado del rabillo del ojo tenía tierra, esa misma que había estado chupando tan ricamente y que ahora me daba fatiguita. Escuché voces y volví a cerrarlos de nuevo, no quise que mi captor descubriese que ya no estaba bajo los efectos de lo que quiera que me hubiera inyectado. Era mejor hacerme la dormida o la muerta, recé para que no escuchasen mis palpitaciones en el mismo tono que yo podía sentirlas.

—¿Están todos en sus casas? —La voz provenía de un hombre y estaba cerca de mí, demasiado. Intenté respirar más despacio y no moverme ni un milímetro, quería mimetizarme con la tierra que me soportaba.

—Sí, se les ha dado la dosis de escopolamina en el vino. Está todo listo para esta noche, nos falta la puerta de san Rafael, las otras dos tienen marcados los sellos. —Esta vez sí reconocí al interlocutor, se trataba del cabrón del policía al que pensaba castrar en cuanto tuviera las manos libres.

Pensé rápido, o lo intenté, la escopolamina era la droga vulgarmente llamada burundanga, servía para anular la voluntad de las víctimas de violaciones o robos. Tras tomarla tenías lagunas mentales, dolores de cabeza, náuseas o vómitos. En el vino, acababa de decir que la habían suministrado en el vino. O estuvieron de celebración o colaron la droga en el de la misa. Si eso era así, el cura estaba en el ajo, tal y como suponía Kate.

Las voces se alejaron y volví a espiar un poco entornando los párpados para vislumbrar algo entre las pestañas. Ahogué un grito en la garganta, delante de mis narices se hallaba el cura con la cabeza ladeada en una postura antinatural y una macabra sonrisa en el cuello, que colgaba unido al resto del cuerpo por un trozo de carne que no resistiría demasiado allí. Vale, cura descartado de la ecuación…

Cuando llevaba algunos minutos sin oír nada, decidí ser la protagonista de mi historia y no la secundaria gordita prescindible, si iba a morir allí, lo haría luchando. Me habían dejado casi pegada a la pared, hice la croquetilla y me aproximé arrastrándome a ella todo lo

que pude hasta que mis dedos rozaron las aristas de las piedras que la constituían. Rasqué con todas las fuerzas que mi brazo herido me permitió, pero en uno de los movimientos se me clavó algo atravesando la venda, pude notar cómo se laceraba de nuevo el corte y se abrían las capas de piel, el dolor fue tan agudo que la vista se me nubló y me desmayé.

Capítulo Treinta y seis

Cerramos la trampilla al bajar y encendimos las linternas para no caernos de boca. Como la vez anterior en la iglesia, la bajada pronunciada de la gruta secreta era angosta y mis hombros rozaban los laterales. Subir por ahí el cuerpo de Marilyn no pudo hacerlo una sola persona ni en broma. Lo único que no me extrañó fue que la jodida sorda de Caterina no se hubiese enterado de un coño mientras metían el cadáver en su nevera. Después de la conversación que tuvimos cuando casi me ahogué en la barca de Salvador me quedó claro que ella vivía en su mundo paralelo de iglesia y fogones, fin.

—El cuerpo de un adulto tiene de cuatro litros y medio a seis de sangre, según su complexión. La forma más sencilla de extraerla es como se hace a la hora de embalsamar un cadáver, es decir, mediante una bomba de aspiración. Si presuponemos que la han extraído de las siete chicas, pongamos que por el tamaño y peso de las jóvenes, más lo que se desperdiciara al matarlas como lo hicieron, hayan conseguido acumular unos tres litros de cada una de ellas, eso hace un total de aproximadamente veintiún litros. Le he dado mil vueltas, pero no termino de comprender para qué necesitan tal cantidad, además de que si tenemos en cuenta el *modus operandi* anterior de asesinar a tres chicas, aún les faltarían dos —comenzó a decir Penélope, haciendo que los monos de mi cerebro se pusieran a trabajar.

—A ver, Wikipedia con piernas, hay otro cuerpo más, el de la Harina, eso que sepamos —le recordé a la vez que sentía una punzada en el estómago cuando me percaté de que era posible que también tuvieran a Silvia y pensaran drenarla igual que a un cerdo, si no lo habían hecho ya—. Con esa sangre deberían tener suficiente para la locura que resida en sus mentes. El problema es que, hasta ahora, tan

solo escogían a víctimas con unas características muy particulares que no se asemejan en nada a esta última.

—El tatuaje debe de ser la clave de todo, lo tenían Edmon y la cotilla. Si se lo marcaban en la piel a los cuerpos después de matarlas y, sospecho, antes de que las desangrasen debe ser algo importante. El problema es que lo único que he descubierto es lo que ya te conté. —No se me pasó por alto que me estaba tuteando y eso me dio a entender que, o que tenía más confianza conmigo, o estaba más nerviosa de lo que quería aparentar.

—Nandor me habló sobre dos de las puertas, la de san Gabriel y la de san Miguel. La primera está relacionada con el arcángel de la revelación, la segunda es la del que se encarga de impartir justicia en el juicio final, me falta la de san Rafael, aunque debo reconocer que no tengo ni idea sobre teología. A lo mejor si comprendemos lo que están intentando hacer podemos dar con la forma de detenerlos.

Alcanzamos el final de la escalera y comenzó un túnel similar al que había escogido la vez anterior, si dábamos con la bifurcación podría orientarme, pero hasta ahí llegaba mi plan… Nos detuvimos un momento y escuchamos a ver si alguien nos seguía para acelerar el paso o continuar pensando, lo mismo se me iluminaba el Espíritu Santo de tanto hablar de arcángeles y salíamos de aquel lío.

—Rafael significa «medicina de Dios» en hebreo. El *Libro de Enoc* nombra a Rafael como el santo ángel de los espíritus humanos, y el que se encarga de las enfermedades y heridas de los hombres, su olor característico es el jazmín. san Miguel corta ataduras discordantes y libera del dolor y el sufrimiento, lo representa la ruda, y San Gabriel purifica y ayuda a cumplir misiones, huele a sándalo.

—Voy a ignorar que sepas a qué cojones huelen los arcángeles y que te hayas memorizado esa mierda que acabas de soltar, además de que hables hebreo, eso prefiero no pensarlo demasiado o juro que me explotará la cabeza, pero ahora hagamos una cosa que te costará más trabajo que todo lo anterior: improvisemos. —Su cara no tuvo precio cuando escuchó mi elaboradísima estrategia—. ¿Qué cojones tienen en común todas esas cosas? Por cierto, recuérdame lo del tatuaje, que

cuando me lo contaste estaba bajo los efectos de dos golpes en la cabeza y creo que me ha dejado tonta la neurona.

—Es el escudo de la Inquisición Española, la espada es el trato que le darán a los herejes y la rama para los arrepentidos, aunque al final morían tanto unos como otros.

—¿Qué decía la leyenda?

—«Álzate, oh, Dios, a defender tu causa», salmo 73. Solo lo usaban los más extremistas, amparados por la monarquía. Se han descubierto en las cajas de los expedientes de la época algunas cosas que los inquisidores incautaban, como los sortilegios, mechones de pelo o clavos.

—Lo poco que pude leer del diario de Marilyn fue que creía que era una especie de bruja que se comunicaba con los muertos, según ella le decían cosas malas.

—Eso suena mucho a esquizofrenia paranoide.

—Vale, no estamos ahora mismo juzgando la salud mental de la víctima, Penélope, estoy intentando desenmarañar la jodida madeja.

—Perdón. En la casa a la que fuimos había un pentagrama en la ventana de la chica, ¿es posible que las dos tuvieran esa misma perspectiva respecto a sus dones?

—Y que indagasen en Internet para localizar a alguien que las ayudase —continué, dándome cuenta de que la lluvia de ideas había comenzado sin que mi compañera lo supiera.

—O a alguien como ellas y así no sentirse solas —añadió, dejándome la duda de si hablaba de las chicas o sobre ella misma—. No se encargan de buscar a las indicadas, ellas son las que los localizan, de ahí los mensajes y que pusieran tanto empeño en hacer desaparecer los dispositivos electrónicos. Pero hay que ser muy torpe, eso se puede mirar desde cualquier sitio sin necesidad de tenerlo en físico, pardillos —finalizó y soltó una risita aguda poniendo cara de superioridad.

—Vale, son unos inútiles con las tecnologías, pero han sido lo suficientemente listos como para lanzar un anzuelo y que los peces

piquen solos. Han tenido ayuda del forense, del sanitario y no tenemos clara aún la implicación de la Harina en esto, pero si llevaba el tatuaje es que estaba metida en el ajo hasta el tuétano.

—¡¿Cómo?!

—Es una forma de hablar, Penélope, no empecemos, por tu madre, que ibas bien —la regañé poniendo los ojos en blanco—. Seguimos, el cabrón de Alonso forma parte del grupo, no sé los motivos, pero escuché que amenazó al sanitario por cargarse a la Harina y le dijo que no lo iban a dejar escapar como al otro por no ser familia de alguien, eso se nos ha escapado, no tengo claro a qué se refería. ¡Mierda, estamos más perdidas que el barco del arroz!

Nos detuvimos en seco cuando llegamos a una parte del pasadizo en el que había unas oquedades a ambos lados.

—Catacumbas mortuorias —me informó la sabelotodo.

Acercamos las linternas a los espacios oscuros, los superiores se hallaban vacíos mientras que uno de los que ocupaban la parte media albergaba un cuerpo con los ojos cerrados, el de la Harina, estaba puesto con mimo y en su pecho tenía un ramo de flores con otras hierbas que no supe identificar, pero que desprendía un olor bastante característico que me resultó familiar incluso mezclado con el de humedad de allí abajo. Antes de que me diese tiempo a hacer memoria, escuchamos ruidos aproximándose y nos quedamos inmóviles en mitad de aquella trampa sin salida en la que nos habíamos metido solitas.

Me agaché hasta el suelo y tiré de Penélope conmigo, con gestos le indiqué que se metiese en uno de los cubículos inferiores. Una vez que me hubo obedecido hice lo mismo y me pegué todo lo que pude al mamparo contrario. La tumba tenía la anchura suficiente como para que nadie nos descubriera si no miraba de forma concienzuda y con luz.

No tardaron mucho en aparecer cuatro pies, aguanté la respiración y recé para que no se les ocurriese buscarnos allí abajo.

—No han podido llegar tan lejos. —Escuchar a Becerra hizo que se

me revolviesen las tripas y me entraran ganas de salir y arrancarle la cabeza.

—¡Te he dicho que no las he visto, a lo mejor se te han escapado a ti!

«¡Vamos, no me jodas!», grité en silencio en mi mente[8].

Era obvio que, si Zipi estaba metido en aquello, Zape no anduviera muy lejos, no obstante, me había dado la pista para comenzar a dudar de Edmon cuando vio la pizarra, mantenía la esperanza de que él fuera tonto de verdad. Al menos no estaba Ale por allí, por ahora…

Algo suave rozó mi mejilla y me sobresaltó, a continuación noté que ese algo corría por mi cuello y se me introducía en el interior del canalillo. Intenté pensar en otras cosas, pero las telarañas que ahora veía a la perfección, después de que mis ojos se hubieran acostumbrando a la penumbra, impedían que lo lograse.

Un extraño movimiento enfrente captó mi atención, Penélope estaba en su escondite retorciéndose como si le estuvieran dando descargas eléctricas. Los dos corruptos continuaban hablando demasiado cerca, pero mi neurona fue incapaz de llevar a cabo tantas tareas a la vez; ignorar que las arañas querían usarme de almuerzo, que tenía a Michael Jackson gótica delante y escuchar lo que decían fue misión imposible.

Creo que el corazón dejó de latirme cuando la vi salir del escondrijo y ponerse en pie a hacer la coreografía de la *Macarena*, prometo que si no hubiera estado dentro de una tumba con personas queriendo matarme me habría descojonado viva, en su defecto, solo me quedó la opción de sacar uno de los cuchillos y clavarlo en el talón de Aquiles del primer pie que se me puso a tiro.

Un chorretón de sangre me salpicó en la cara mientras yo seguía lanzando puñaladas a todo bicho viviente que osase acercarse a menos del tamaño de una polla media de distancia. Salí del agujero reptando por el suelo para toparme con la cara de Becerra, que se sostenía el tobillo y gritaba igual que un cerdo en el matadero. Aproveché y le di un puñetazo en la nariz, el crujido de huesos rotos bajo mis nudillos fue música celestial para mis oídos. En ese momento éramos dos

contra uno, «pan chupado», pensé durante un breve lapso de tiempo, hasta que alguien me golpeó desde atrás y perdí la consciencia.

Capítulo Treinta y siete

Puerta de San Rafael, Silvia.

Desperté sobre el mismo sitio en el que me había desmayado, solo que mi acompañante ya no estaba frente a mí, en su lugar había un charco de sangre oscura. Oí voces y volví a hacerme la dormida, las palpitaciones en mi brazo casi me impedían mantener una expresión relajada en el rostro, pero hice acopio de toda mi fuerza de voluntad y procuré que no se me notase.

Entreabrí de nuevo los ojos para espiar entre las pestañas lo que pudiera y vi a dos hombres arrastrando dos bultos, además de a otro un poco más rezagado cojeando, no fui capaz de distinguir mucho más, solo la bota que pasó demasiado cerca de mi nariz me descubrió de quiénes podrían tratarse, uno de esos pesos muertos que cargaban tenía que ser Penélope y la otra supuse que sería Warne, lo que significaba que si estábamos las tres allí abajo andábamos más jodidas de lo que podría imaginar.

Lo primero que pasó por mi cabeza al verla fue saltar e intentar rescatarla, gracias al cielo siempre fui más racional que emocional y mi mente dominaba mis impulsos. Si me hacía la heroína tan solo lograría acelerar mi visita a san Pedro, sin embargo, si continuaba con la farsa lo mismo conseguía alguna oportunidad, ya fuese para salvarnos o para inmolarme por la causa un poco más tarde.

A los pocos minutos alguien trajo una silla de ruedas y los oí discutir sobre quién me pondría sobre la misma. El moreno le dijo al otro que cogiera a la «gorda», por lo visto, tener que levantar mi peso no le hizo gracia a ninguno de los presentes y me hice aún más el peso muerto cuando uno de ellos al fin me aupó. Continué en modo catatónica y permití que me colocasen en ella, desataron mis manos y me las anudaron a los reposabrazos sin demasiada maestría, las cuerdas estaban flojas y los nudos mal hechos, podría jurar que el que los realizó los hizo así a conciencia, o eso o es que era torpe de narices, una de dos; pude ver que era rubio y que también me sonaba

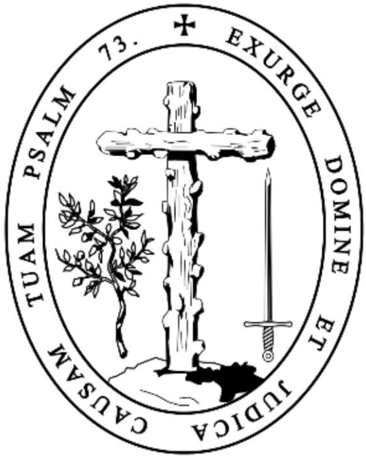
de la comisaría, tenía más mierda en casa que en el tejado y yo barriendo el patio, más *ennortada*[9] no se podía estar…

Caminaron empujándome con bastante trabajo a causa del suelo empedrado, procuré que mi cabeza fuese cayendo laxa en la dirección debida a cada bache que la silla pillaba. Si salía de esta me apuntaría en una escuela de interpretación, al menos de postulante como cadáver sí podría hacer, ya que mi carrera en la Policía estaba más que finiquitada después de nuestra huida y de destrozar el helicóptero. Aunque tenía que reconocer que no cambiaría la adrenalina que había experimentado por nada en este mundo, había sido una sensación de libertad maravillosa y aterradora a la vez.

Sentí el aire fresco en la cara y oí el mar, estábamos fuera de los túneles, no sabía por dónde habían tirado, pero el trayecto no me resultó demasiado largo. Me dejaron olvidada a un lado y se pusieron a mover cosas y a hablar entre ellos. Pude ver que era de noche y que el mar estaba en calma, todo lo estaba, de hecho, no se oía ningún ruido proveniente del pueblo. Nos hallábamos al lado de una de las puertas de las que Kate nos había hablado, pero no supe bien de cuál. Delante de mí, a pocos metros, había alguien tumbado en el suelo sobre lo que me pareció un pentagrama rodeado por velas encendidas, no obstante, contra todo pronóstico, no creí que se tratase ni de Warne ni de Penélope, la silueta que podía distinguir pertenecía a alguien más menudo que ellas dos y se distinguían briznas de mechones pelirrojos.

Hice memoria, las víctimas anteriores eran las primeras rubias, las segundas morenas y las terceras pelirrojas, pero en esta ocasión solo había muerto la rubia. Las últimas noticias que tenía sobre Laura eran que continuaba en la UCI después de haber caído por el acantilado, además les había puesto protección tanto a ella como a sus padres sin que lo supiesen, por lo que pudiera pasar. Alice tenía todas las papeletas para ser la tercera en discordia, no obstante, no había sufrido daño alguno, o no que yo supiera. ¡Mierda! Necesitaba a Warne y a Penélope, estaba realmente jodida.

De pronto, un extraño olor a jazmín llenó el lugar y mis dos captores empezaron a discutir mientras la chica continuaba inmóvil.



Puerta de San Gabriel, Penélope.

La última información que mi cerebro albergaba era la de estar en la catacumba tumbada y notar que una tropilla de artrópodos ascendía por mi cuerpo. Existían alrededor de unas cuarenta y cinco mil especies de arañas conocidas, de estas, veinte mil eran venenosas, pero tan solo unas doscientas podían llegar a ser mortales para el ser humano.

Mi cabeza racional comenzó a elucubrar estadísticas para evadirme de la realidad, pero no funcionó, sentir el cosquilleo de todas esas patas andando sobre mi piel fue demasiado y no tuve más remedio que descubrirme.

Al salir de aquel agujero me encontré con dos hombres que no habían esperado verme aparecer y tardaron algunos segundos en reaccionar, el tiempo justo para que a Warne le diese tiempo de clavarle el cuchillo a uno de ellos. Hice el intento de sacar el mío, sin embargo, al girarme vi a un tercero con el que ninguna de las dos contábamos y este noqueó a la inspectora por la espalda. Cuando me dispuse a ayudarla sentí un pinchazo en el cuello. Hasta ahí podía recordar.

Al ir a incorporarme noté que mis extremidades no me respondían y entré en pánico, tan solo mis ojos me obedecían. Estaba rodeada de velas encendidas y a medio consumir, delante de mí tenía una de las

puertas, por la orientación de las estrellas deduje que se trataba de la que se encontraba al oeste, la puerta de san Gabriel.

Hice memoria procurando apartar el miedo, en esos instantes no me serviría de mucho si quería salir de allí. De pronto, en lugar de tratar de idear un plan o algo que me ayudase, mi mente cogió un rumbo propio por primera vez en mi vida y se puso a pensar en lo que había sido mi existencia hasta conocer a Silvia.

Antes de entrar en la Policía mi rumbo era bastante distinto, me dedicaba a quitarles dinero a las grandes multinacionales que hacían sus prácticas en animales o a las marcas de ropa de precios exorbitados que usaban mano de obra infantil en países subdesarrollados. Nunca le sustraje nada a nadie que lo necesitase ni tampoco robé a los que hacían las cosas bien. Sí es cierto que el medidor con el que los miraba se basaba en mi moral y que eso podía ser bastante subjetivo, no obstante, era feliz así y jamás lo usé para lucrarme yo misma con ello.

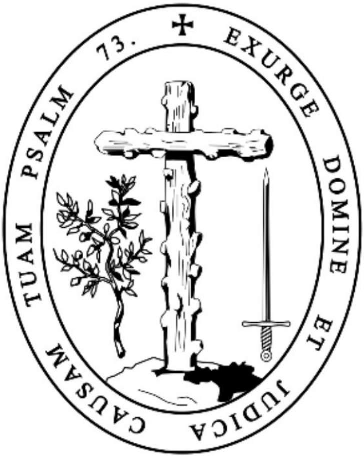
Un día me cogieron con la guardia baja y pudieron localizarme, nadie es infalible si es humano, eso ya lo sabía, pero a veces confiaba demasiado en mi inteligencia y menospreciaba la de los demás. Fue entonces cuando me ofrecieron un trueque, o entraba en la cárcel y olvidaba mis años delictivos o me cambiaba de bando. Sopesé las posibilidades durante un mes y luego no tuve más remedio que aceptar.

Nunca me llevé bien con las personas, no tuve amigos con los que hablar, me llevaba mejor con los algoritmos y con los libros y vivía encerrada en mí misma. Jamás comprendí a la gente que se agobiaba con la soledad, yo la deseaba como agua de mayo y la abrazaba como si fuese corpórea. Sabía que siempre tuve un sexto sentido para algunas cosas, podía ver y analizar datos que otros solo llegaban a imaginar, no obstante, siempre lo mantuve en secreto por temor a recibir más burlas de las que ya lo hacía.

Toparme con Warne y con Silvia hizo que la chispa que creí perdida volviese a mi vida y me diese algo por lo que luchar. Sí, ya no era la Robin Hood de los cibernautas, pero ahora podría usar mi mente para algo más importante. Debo confesar que, a causa de mi carácter y de

mi forma de ser, no había tenido relaciones con personas de ningún sexo; sin embargo, ver a Silvia, encontrarle sus defectos —sus muchísimos defectos— y que no me importasen en absoluto me hizo cavilar si de eso se trataba querer a alguien. La inspectora Barrera era torpe, golosa, desconfiada, tímida, introvertida y hacía sonidos raros al reír, pero yo adoraba todas esas peculiaridades. No dudé un segundo en sacarla de aquel edificio cuando la vi aterrada, pese a no haber llevado un helicóptero en mi vida, si tenía que morir, preferí pasar esos últimos minutos a su lado.

Un olor característico inundó mis fosas nasales y me hizo reaccionar: sándalo, olía a sándalo, el aroma de san Gabriel.



Puerta de San Miguel, Kate Warne.

Unas punzadas de dolor a modo de latigazos desde mi nuca hasta la columna y las extremidades me despertaron lo justo para que me diese cuenta de que ya no estaba en los túneles. Me había vuelto a comportar como una jodida novata, olvidé mirar en todos los flancos desde los que pudieran atacarme, en mi defensa diré que tenía arañas y que Penélope me estaba distrayendo con el puto baile del san Vito[10].

En el tiempo en el que estuve ausente me habían sacado del túnel y tumbado en el suelo, gracias a la luna llena tenía una visión perfecta de lo que había a mi alrededor. Delante de mí tenía una de las

puertas, pude distinguir que era la de san Miguel, la que estaba más cerca del muelle y en la que había encontrado el corazón que Llop intentó comerse, justo entonces mi estómago rugió y demandó comida, a buenas horas…

Al incorporarme me percaté de que mi cuerpo no quería obedecer, sabía que seguía teniendo piernas y brazos, pero estos estaban más bien de adorno. En lo primero que pensé fue en que ni tan siquiera tenía pensado un nombre para el gremlin, era una pésima madre antes incluso de que naciera la criatura, la duda de que eso no sucediese hizo que las lágrimas nublasen mi visión y que me costase respirar. Sentí una punzada en el pecho y noté que se avecinaba un ataque de ansiedad de los que hacía tiempo que no me daban.

—¿Todo listo?

La voz de Becerra salió por el altavoz de un *walkie-talkie* y la ansiedad pasó a transformarse en cuestión de segundos en un cabreo monumental.

Capítulo Treinta y ocho

Silvia

Ya sabía que podía soltarme cuando quisiera, con el simple traqueteo del viaje las cuerdas habían terminado de aflojarse, más bien fui yo la que estuve haciendo malabares para que no cayeran del todo y que otro más hábil las atase bien en mis muñecas. Oí preguntar a uno de ellos por un *walkie* si estaba todo listo, pero ¿listo para qué?

Un hombre de unos cincuenta y tantos años se puso a los pies de la joven y empezó a echar un líquido que traía en una botella, tanto a su alrededor como por encima de ella. Gracias a que teníamos luna llena pude ver que parpadeaba y que boqueaba como un pez fuera del agua, al menos estaba viva, por ahora.

El hombre y el policía que me había secuestrado se quitaron la camisa y se untaron el líquido por el pecho, ambos llevaban los tatuajes. Uno de ellos sacó una daga y se colocó de rodillas en la cabecera de la pelirroja, que cada vez se movía más. Tenía que actuar y debía hacerlo rápido. Justo antes de que me levantase e hiciese mi entrada suicida triunfal alguien más apareció en escena.

—¡No, es nuestra hija! ¡No voy a consentir que lo hagas! Es nuestra Alice, ella es buena, no es como las demás —sollozaba una mujer que corrió hasta donde nos encontrábamos y se tumbó sobre la prisionera, cubriéndola con su cuerpo.

El policía se limitó a darle una patada para apartarla mientras el hombre que sostenía la daga se mantenía inconmovible. De pronto, mi secuestrador sacó un arma y apuntó a la mujer que seguía llorando sin consuelo e imploraba por la vida de su hija sin importarle la suya. Esa fue la señal que mi cerebro necesitó para descubrirme. Me incorporé y corrí más rápido que en toda mi vida al grito de:

—¡No estoy gorda, solo estoy rellena de mala leche, hijo de puta!

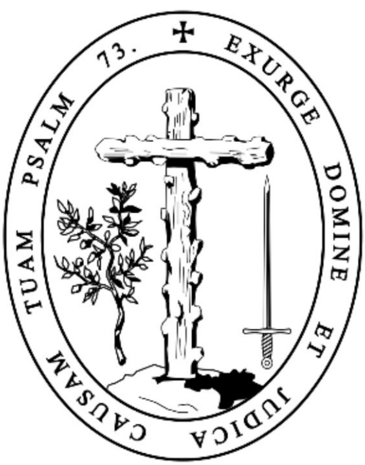
En el instante que colisioné contra el corrupto, como si fuese una vaca embistiendo a una locomotora, se oyó el estruendo del disparo y ambos caímos al suelo.

La sorpresa no le duró demasiado, no obstante, luché contra él para que no se levantase, eran dos y yo solo una y desarmada, la cosa no pintaba nada bien. Solo deseé que la detonación hubiera alertado a alguien normal en esa maldita isla de psicópatas.

Era consciente de que en un cuerpo a cuerpo tenía las de perder, y más si sumábamos la herida del brazo. En pocos intentos todo el peso del cuerpo del policía estaba sobre mí y sus manos apretaban mi garganta, la angustia por no poder respirar fue inigualable. El otro individuo se puso a realizar un cántico en latín ignorando el cuerpo inerte de la que supuse sería su esposa, en concreto el mismo que la leyenda del símbolo de la Inquisición.

La vista se me empezó a nublar, tan solo podía propinarle guantadas con los brazos demasiado flácidos como para provocarle ningún daño que lograra que aflojase su agarre.

Por un momento sentí que los globos oculares se me saldrían de sus cuencas. Me permití un instante de paz y miré al cielo una última vez para contemplar las estrellas, esa noche no llovía ni tampoco había ninguna nube que emborronase el paisaje. Moriría, sí, pero lo haría intentando salvar otra vida y me sentí feliz por ello. El olor a jazmín me sirvió para tranquilizar las convulsiones que mi cuerpo empezó a experimentar por la falta de oxígeno.



Penélope

Escuché a alguien hablando por un *walkie*, le preguntaban si lo tenían todo listo y otra persona respondía que sí. La luna estaba preciosa esa noche, nunca fui de admirar demasiado nada que no tuviese cables, sin embargo, no me pareció un mal momento para empezar a hacerlo. Percibí un leve hormigueo en las yemas de mis dedos y logré gesticular con la boca y con los ojos. Una sombra se colocó sobre mí y me descubrió intentando moverme.

—Está despierta, voy a administrarle otra dosis para que no nos dé problemas, no quiero problemas con madre.

Incapaz de moverme más que unos pocos milímetros vi cómo el sujeto se alejaba y otro llegaba. Este se agachó a mi lado y se puso un dedo sobre los labios haciéndome una señal para que me mantuviera en silencio. Aquello me resultó extraño y fruncí el ceño a modo de respuesta.

—Juan, tiene que estar despierta para el ritual, ya lo sabes —indicó el rubio extraño que continuaba demasiado cerca de mí. Detestaba que ocupasen mi espacio vital.

—No voy a correr riesgos, ya la cagué al matar a María y lo que está en juego es mi pescuezo, chaval.

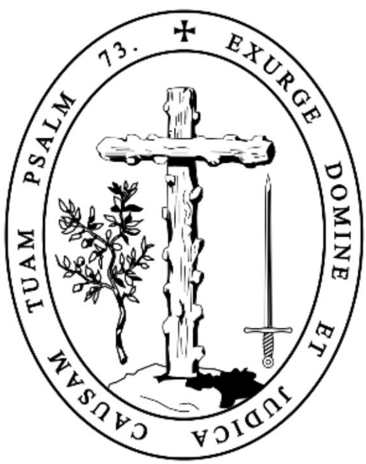
Se acercó con una jeringuilla en la mano dando golpecitos con el dedo al émbolo para sacarle el aire a la aguja. Hice acopio de todas mis fuerzas e intenté levantarme para defenderme, pero solo conseguí mover las piernas algo más que la vez anterior.

—¡Juan, he dicho que no, yo estoy al mando! —la orden fue mucho más contundente que la vez anterior y el tal Juan se encogió de hombros y desechó el inyectable tirándolo a la arena.

Ambos se quitaron la camisa y aparecieron los tatuajes del símbolo de la Inquisición que ya conocía. Juan agarró una garrafa y se puso a esparcir el líquido a mi alrededor, cuando ya estuvo satisfecho con el resultado, cogió otra y me bañó con ella. El sabor metálico del fluido que se me introducía en la boca me dio ganas de vomitar, la apreté con todas mis fuerzas, pero se ensañó con mi cara y si cerraba la mandíbula no podía respirar ya que también me estaba entrando en la nariz. Pocas cosas en mi vida me habían resultado tan angustiantes como esa.

El rubio hizo como que se tropezaba con una piedra y movió a Juan lo justo para que la dirección del chorro cambiase y yo pudiese volver a respirar, cosa que agradecí incluso más que los británicos agradecieron en el cuarenta y tres las máquinas Colossus[11]. Entonces Juan soltó la botella y sacó una daga del pantalón, cuando venía hasta mí un pájaro negro cayó en picado sobre su cara y comenzó a picotearle los ojos con fuerza, el hombre lanzaba cuchilladas al aire y temí por la integridad del ave que me estaba defendiendo.

Se agachó a mi lado y lo vi sacar otra jeringa más grande del bolsillo, definitivamente no era buena analizando a las personas, por un instante había pensado que me ayudaría. Meneé la cabeza lo que pude para evitar el nuevo pinchazo pensando que ese sería el lugar escogido, pero cambió el rumbo y me agarró la pierna. Sentí una punzada incluso con el pantalón puesto, en el centro del lado exterior del muslo derecho. A continuación, me dejó allí tirada y se fue hacia su amigo para socorrerlo del pájaro que ya le tenía la cara completamente ensangrentada.



Kate

Agudicé el oído para enterarme de algo mientras sentía la impotencia más grande de toda mi vida al no poder moverme. No podía ver si Silvia y Penélope estaban conmigo, solo deseé que esos malnacidos no les hubieran hecho nada o tendría que incumplir la promesa que le

hice a Salvador, los mataría yo misma sin intermediarios. Alguien me rozó la mejilla con una caricia suave, se colocó frente a la luz de la luna y la oscuridad escondió su rostro. Aun así, fui consciente de a quién pertenecía y le escupí, al menos estaba empezando a recuperar la movilidad en la cara, menos mal o el gesto hubiese sido bastante bochornoso.

—No la toques, madre quiere encargarse de ella —escuché que le decía Vayron con una voz mucho más autoritaria de lo que la recordaba.

Ale se levantó, se limpió la saliva con el dorso de la manga y me miró con lástima. Encima el muy cabrón tenía la poca vergüenza de sentir compasión por mí, después del jodido ser rastrero que era. Sí, a ese también pensaba cargármelo, no sabía cómo, pero lo haría. Decidí morderme la lengua para que el dolor continuase activándome el cuerpo, era mejor eso que no hacer nada.

Vayron se quitó la camiseta e instó con señales a Ale para que hiciese lo mismo, fue entonces cuando pude contemplar con total perfección su tatuaje, igual que el de Edmon, el de la Harina y el de las chicas, solo que estos dos no estaban grabados a fuego, eran hechos con tinta. El del monaguillo estaba a color mientras que el de Ale era en blanco y negro y parecía mucho más reciente que el de su cómplice. ¡Jodidos psicópatas de mierda!

El chaval cogió una garrafa, apartó a Ale de un empujón y rodeó mi silueta con el líquido frío, a continuación volcó otra botella sobre mí, cerré la boca justo a tiempo para no tragar un buche de aquella asquerosidad viscosa. Mi cabeza empezó a elucubrar formas de matarlos lentamente por aquello y a punto estuve de ponerme a rezar si no hubiera sido porque la boca se me abrió sola al ver al trasluz de la luna una figura envuelta en una capa roja con las manos alzadas que se aproximaba hasta mí.

—La sangre con sangre se paga, y las puertas del averno se abrirán gracias a tu sacrificio.

La voz de Caterina salió mucho más jovial de lo que la recordaba y el *shock* de verla involucrada en aquello hizo que al final bebiese el metálico brebaje sin querer y que eso me revolviese el estómago, pero

sin conseguir entender a lo que se refería con lo de la sangre.

—Madre —la saludó Vayron agachando la cabeza cuando esta pasó a su lado.

Ella se limitó a darle unos golpecitos en la cabeza como si de un perro abandonado se tratase y luego miró a Ale.

—Has sido muy útil para la causa, hermano. —Mis ganas de arrancarles los miembros a todos aumentaron de forma exponencial—. No te he dado la enhorabuena por tu embarazo, has estado muy ocupada dando palos de ciego durante estos días, querida Catalina.

—Me llamo Kate, puta zorra —balbuceé, sonando menos amenazadora que en mi cabeza.

—Me temo que a mi edad ya no tengo el oído como antes. Creo que conoces al hermano de Vayron, ¿verdad?

La realidad me golpeó de pronto y mi mente recordó la conversación que había escuchado en el túnel. Le advertían a Juan que no era de su sangre y que a él no lo dejarían escapar como al otro, pero no podía ser. Aunque esos ojos siempre me habían traído malos recuerdos, en el fondo de mi ser era consciente de que algo no cuadraba, pese a que no quisiera reconocerlo.

—Nakada —fue lo único que salió de mi boca. No les daría el gusto de verme mal, me negué a que mis últimos minutos fuesen llorando por mi vida o con recuerdos que no me ayudarían en nada en esos instantes.

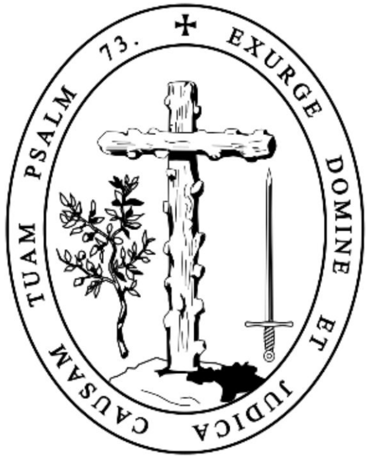
—Él no quería acatar las órdenes ni las reglas. Era un alma libre y siempre supe que llevaría mejor su tarea si lo dejaba ir. Me dolió mucho cuando me enteré de que detuviste su misión, ¡él estaba librando al mundo de putas y pervertidos! Pero no te preocupes, nosotros hemos ido un paso más allá y resarciremos tu daño. ¿Sabes que estas son las puertas de los tres arcángeles? Se cerraron con sangre y con sangre se abrirán. Solo necesitábamos la suficiente y la indicada. Una que perteneciera a personas puras, que no hubieran mancillado su cuerpo con el pecado carnal y que tuvieran unos dones especiales. Personas que vieran más allá del velo entre la vida y la muerte, porque así será más fácil que las cerraduras se abran.

Me reí hasta que casi se me saltaron las lágrimas, aquella loca de

mierda no había escogido bien si pensaba que yo era casta aun estando embarazada. Sintiendo mucho más el peso de mi cuerpo y de mis extremidades me senté para tener un poco de dignidad y no seguir tumbada en el suelo.

—Siento decirte que no soy la Virgen María, de casta y pura no tengo nada, que me meo en tus dones y que no me preñó una paloma, jodida maniática.

—No, en efecto, tú no. Tú eres de lo peor que hay sobre la tierra. Pero tu hija sí nos servirá.



Capítulo treinta y nueve

Silvia

Por delante de mis ojos pasó algo viscoso que me mojó la cara y que golpeó a mi atacante de lleno metiéndosele en la boca. Eso me dio el tiempo necesario para girar la parte superior del cuerpo y quitármelo parcialmente de encima para coger la bocanada de aire más grande que jamás había entrado en mis pulmones. Cuando pude respirar le di dos patadas y lo dejé en el suelo, ahora sosteniendo su propia garganta como si algo lo estuviese asfixiando. Me limpié con la palma de la mano y unas finas hebras de un hilo brillante se adhirieron a mis dedos como si un gusano de seda hubiese estado haciendo su capullo sobre mí.

La anciana de la cueva que me había llevado hasta Penélope se encontraba de pie sonriendo mientras el policía hacía la croqueta y se metía las falanges en la garganta, desesperado. No obstante, su lucha no tardó demasiado en terminar, a los pocos segundos dejó de respirar y se quedó inmóvil, todavía conservando el gesto de terror en la cara y las manos dentro de la cavidad bucal.

Recordé a su compañero y me giré rápido para intentar salvar a la chica, pero antes de que me diese tiempo a reaccionar otra mujer, a la

que no había visto nunca, le arrebató el cuchillo de las temblorosas manos que continuaban alzadas sobre el corazón de la joven y le rebanó el cuello, haciendo que la muchacha terminase de espabilarse y chillase histérica a la vez que quien supuse era su padre caía inerte sobre ella manchándola aún más de sangre.

—¡Noreen! —le gritó la anciana conocida a la desconocida mientras yo seguía estática con la boca que casi me llegaba al suelo.

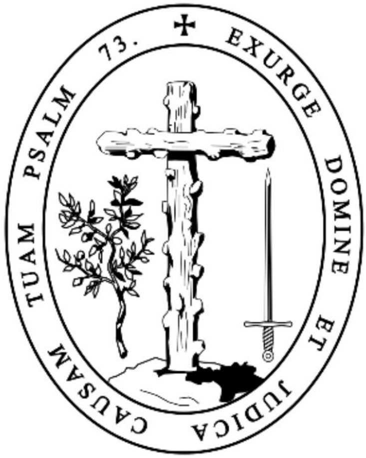
—Iba a matarla y tendría uno de los sellos abiertos —se limitó a contestar la interpelada limpiando el cuchillo en su falda y guardándoselo en la cinturilla de la misma.

La otra mujer le lanzó una mirada de desprecio y señaló a la pistola que estaba en el suelo. La cogí y fui a ayudar a la desquiciada joven, que de seguro necesitaría apoyo psicológico cuando todo esto acabase. Movía la cabeza en dirección a sus dos progenitores, se detuvo y se puso a acunarse hacia delante y hacia atrás con la vista fija en un punto invisible del horizonte.

—Quédate con ella, voy a buscar a Penélope y a Kate —le ordené a la vieja más fiable de las dos. De la que cortaba gaznates no terminaba de fiarme…

Sin embargo, la mujer se pasó mi orden por el orto y me siguió, siendo la chunga la que se quedó a cuidar a la criatura que se mecía en el suelo en medio de los dos cadáveres y con un tercero a pocos metros.

Suspiré antes de echar a correr y me di cuenta de que el aroma a jazmín había desaparecido tal y como llegó.



Penélope

Sentí que el corazón comenzaba a bombearme con más fuerza de lo que jamás lo había hecho. Era como cuando me ponía de bebidas energéticas hasta las cejas para poder aguantar toda la noche programando, pero sin haber ingerido ninguna. Me incorporé con el pensamiento de salir corriendo de allí, cuando algo me descuadró por completo. En lugar de ayudar a Juan, el rubio le dio un puñetazo en el estómago y lo redujo. Entonces el pájaro voló sobre mí y se posó en mi hombro picoteándome el pelo, me hubiera parecido algo tierno si no hubiese tenido el pico lleno de sangre y de restos de carne.

El que acababa de ayudarme e inyectarme algo que me había puesto como una moto se acercó a mí, pero cuando dio dos pasos, Juan se incorporó y le clavó el cuchillo que iba destinado a mí. El rubio cayó al suelo de rodillas sosteniéndose el abdomen desnudo. Fue incapaz de incorporarse de nuevo cuando Juan le propinó una patada en la cara y lo dejó inconsciente a pocos metros de mis pies.

No me moví lo suficientemente rápido como para escapar y al girarme aprovechó la longitud de mi melena, asiéndola para llevarme en modo cavernícola de regreso al círculo rojo pintado en el suelo sobre un pentagrama. El ave se revolvió de nuevo e intentó picar otra vez la destrozada cara de mi asaltante, pero este me agarró por el cuello y me usó de escudo frente a su adversario emplumado. Los graznidos empezaron a ser ensordecedores, pero en los ojos del animal

se vio la duda de si atacar de nuevo y arriesgarse a lastimarme o quedarse allí chillando. La ornitología nunca fue una ciencia que me hubiese llamado la atención, no obstante, sí había leído mucho sobre ella y sabía de algunas especies que defendían a sus dueños como si se tratase de sus crías. Sin embargo, era la primera vez que veía a ese pájaro y no comprendía el motivo de que actuase como lo estaba haciendo.

Interpuse mi mano entre el filo del arma y mi cuello para evitar que me lo cercenase, pero lo único que logré fue cortarme yo sola con el cuchillo. Bajé la mano herida y sentí que las gotas de sangre caían al suelo. En ese instante, el leve olor a sándalo se acrecentó llenando el lugar como si mil botafumeiros nos estuvieran rodeando, tanto fue así que una niebla nos cubrió hasta el punto de que no pude distinguir si el animal continuaba con su empeño de salvarme o si había escapado como era lo más normal que hiciese.

Mi captor titubeó ante la densa niebla y aproveché para darle un pisotón, en el instante en el que se agachó por inercia, le di un codazo en el ya castigado estómago, me giré y le propiné el golpe de gracia con un derechazo justo en la tráquea, cortándole así el flujo de oxígeno.

Corrí a ver el estado en el que se encontraba el otro, pero ya había alguien a su lado. Una mujer delgada, con el pelo lacio negro y unos mechones blancos que resaltaban la obsidiana en su cabeza. No me atreví a acercarme, no la conocía y no supe si era otra de los de la secta. Cuando se volvió para encararme descubrí los ojos más extraños del mundo.

—¡Penélope! —La voz de Silvia hizo que mi ya acelerado corazón bombease aún con más fuerza, si es que eso era posible.

Unos brazos me agarraron y me apretaron envolviendo mi delgada cintura por completo. Su olor se mezclaba con el del sándalo, pero sin verla sabía que era ella, la persona por la que estrellaría un helicóptero y huiría de la ley con tal de verla sonreír. Agaché la cabeza y la besé con mis cinco sentidos hasta que mis pulmones se quejaron.

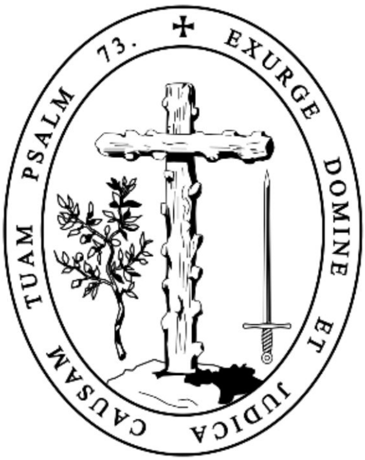
—¡Marchaos de aquí! —Madre Shipton nos estaba gritando al lado

de la mujer extraña.

—Pero él…

—¡Marchaos! —repitió, y su voz reverberó como si estuviese usando un altavoz en lugar de cuerdas vocales.

—Vamos a por Warne, tiene que estar en la otra puerta —me instó Silvia, y obedecí sin hacerme más preguntas.



Kate

Petrificada ante esta nueva información y aún medio paralizada por lo que fuera que me habían inyectado, no pude librarme del agarre de Vayron. Él me sostuvo por los hombros y volvió a tumbarme en el frío suelo de nuevo. En ese instante deseé no ser yo, ansié convertirme en otra persona, una con una vida normal, una que estuviera en su casa con su pareja preparando la habitación del bebé, quisiera tener ese instinto de nido del que la gente hablaba y no el de suicida que me llevaba acompañando toda mi maldita existencia. Me revolví e intenté hacer algo con mis extremidades inferiores que me sirviera para salir de allí.

—¡Ale, sujétala! —ordenó Caterina al camarero mamón.

Él me sonrió, y juro que si lo hubiese tenido cerca le habría arrancado el corazón con mis propias manos.

—Tengo algo que objetar al respecto —soltó de pronto, sorprendiéndonos a todos los presentes y girándose para encarar a Caterina.

Debido a la impresión, Vayron soltó un poco su agarre, lo que me permitió levantar el cuello y morderle la oreja hasta que se puso a berrear como si le fuese la vida en ello. No pensaba soltarlo por mucho que tirase, y con eso lo único que conseguía era que el trozo de carne sanguinolento se despegase aún más de su cabeza. Intenté no pensar demasiado en lo que estaba haciendo y me limité a desear que el pálpito que las palabras de Ale me habían producido fuese real y no fruto de mi desesperación.

Algo estaba sucediendo entre la vieja y Ale, pero mi postura me impedía verlos y mi mandíbula continuaba empeñada en extirpar de cuajo el pabellón auricular de aquel desgraciado. No fue hasta que hube concluido mi tarea que pude levantarme, escupí la carne al suelo y dejé a Vayron desangrándose en el lugar que tenían destinado para mí. Cuando me di la vuelta para ver qué puñetas había pasado descubrí a Ale en el suelo con la boca llena de sangre y a Caterina de pie a su lado con un cuchillo manchado de carmesí.

—Esta vez no te saldrás con la tuya, Kate Warne.

—¿Ves como si te sabías mi nombre? Mentirosilla…

La broma debió sentarle como el culo, porque puso más cara de desquiciada de la que ya tenía y se abalanzó sobre mí con el arma en la mano y toda la intención visible de clavármela. Yo no estaba al cien por cien, podría jurar que ni al cincuenta, y menos después de haber estado forcejeando con el dueño de la oreja que descansaba a unos pocos metros. Puse las manos en equis para protegerme y a centímetros de mi cara el mundo pareció detenerse. Caterina se quedó paralizada blandiendo la daga con el brazo en alto. Los ojos se le abrieron más de lo que creía que se podía y una mano le salió del pecho dejándome a mí en el mismo estado de entumecimiento.

En segundos, la extremidad retrocedió y Caterina cayó al suelo, en su lugar quedó la figura desnuda de Llop, que tenía un corazón agarrado en un puño y se lo llevaba a la boca, sonriéndome como el que acaba de acertar al pato ganador en la feria.

—Vale, ese puedes comértelo —fue lo último que dije antes de correr a un lado a vomitar hasta prácticamente por los ojos.

—¡Kate!

—¡Warne!

Escuchar las voces de esas dos fue mejor que cualquier orgasmo que hubiese tenido en mi jodida vida. No tardé mucho en distinguir la silueta regordeta y bajita de Silvia y la alta y delgada de Penélope. Entonces me acordé de Ale, que continuaba en el suelo echando esputos sanguinolentos y le costaba mantenerse sentado. Corrí a su lado y le di un puñetazo en el hombro.

—¡Ay!

—Te lo debía por mamón.

—Mira en mi bolsillo —susurró cediendo a la gravedad y cayendo de lado.

Por una vez obedecí sin hacer preguntas y saqué una cartera de la parte trasera de su pantalón; al abrirla, una placa de policía me devolvió la mirada y el mundo se me vino encima.

—¡Mierda! ¡No te mueras! ¿Me oyes? ¡No se te ocurra morirte, porque tienes mucho que explicarme, señor tocaovarios profesional!

Sonrió y cerró los ojos, permanecí de cuclillas a su lado hasta que Silvia y Penélope llegaron, la primera sin resuello y roja como un gusiluz encendido. Se agacharon y me abrazaron en grupo a la vez que lloraban, tengo que reconocer que yo también lloré, no supe si por empatía o porque ya no podía más con toda aquella mierda, pero sirvió para que mi alma se apaciguase.

El olor a ruda había desaparecido de pronto y el cielo se iluminó como si fuese de día, una bola gigante de luz proveniente de la puerta de San Gabriel se fue expandiendo y abarcó el resto de la isla. Después de que se extinguiera, sonó el mismo estruendo que haría la detonación de una bomba, lo que nos dejó sordas y con un pitido de narices en los oídos. Nos tapamos la cara a la vez y yo intenté cubrir también como pude el cuerpo del que ahora sabía que era un agente herido, en mi fuero interno esperaba que no estuviera muerto.

Cuando por fin pudimos volver a mirar al cielo, otra luz nos apuntó y el viento movió todo lo que había a nuestro alrededor. Recordé a Llop, pero ella ya no estaba, supuse que se habría ido con su botín a comérselo tranquila a otra parte, casi seguro que al mar, tener ese pensamiento ya hacía que mis neuronas cortocircuitasen. Aún casi sin

audición por el estallido anterior, logré distinguir una voz conocida que venía del cielo. Tenía que estar muerta, eso era, había muerto o me hallaba en coma, una de dos, aunque también podría estar en el infierno…

—¡Kate Warne, estás metida en un lío de cojones!

Tras levantar la vista al cielo, demasiado incrédula como para confiar en mis ojos, y ver a Grace con un megáfono dándome bocinazos desde un helicóptero que amenazaba con cortarnos la cabeza con las aspas si nos levantábamos, empecé a dudar si no prefería estar en el limbo a enfrentarme a mi amiga.

Capítulo Cuarenta

Por suerte, Grace traía refuerzos y médicos con ella, además de que tenía faena suficiente como para que la bronca no me cayese hasta dentro de un rato al tener que recoger tanto muerto y analizar distintas zonas. Los dejé hacer su trabajo y me marché con Silvia y Penélope a la casa de Salvador, tenía que comprobar cómo seguía su mujer y estaba casi segura de que habría que hospitalizarla.

Llamé a la puerta varias veces, pero nadie me abrió, ni siquiera se escuchó el mínimo ruido al otro lado hasta que me puse a gritar su nombre como una loca. Entonces se oyó el sonido de muebles cayendo y de cosas romperse, por lo visto el hombre había tomado mi advertencia al pie de la letra y casi tenía montado un búnker contra un ataque zombi. Salió a la calle y me dio un abrazo, en ese lugar me estaban tocando más personas que en toda mi jodida vida.

—Escuché la detonación y quise salir a ayudarte, pero no podía dejar a mi mujer sola. Lo siento muchísimo —se disculpó al borde de las lágrimas y miró a mis acompañantes—. ¿Llegaron los refuerzos?

—Sí, bueno, les tuve que salvar el culo y me han estorbado más que ayudado, pero no se lo digas a ellas, que se van a sentir mal y en el fondo tengo mi corazoncito —le aclaré en alto para que el *Dúo Dinámico* se enterase pese a haberse alejado unos pasos con la intención de dejarnos algo de intimidad.

—Eso no es… —empezó a rebatir Penélope hasta que Silvia le propinó un señor codazo en las costillas—, totalmente acertado, jefa.

Me reí sin poder evitarlo, lo único que necesitaba para que fuese perfecto era un café y un cigarro, vale, una ducha también. En ese instante recordé a Ale y quise ir a buscarlo, sin embargo, primero

tenía que ir al hostal, allí también había un moribundo al que revisar y necesitaba que me aclarase algunas cosas antes de que lo interrogaran.



Cuando llegamos al hostal la entrada parecía un campo de batalla, la puerta de la cocina estaba reventada y el olor característico de la ropa de Caterina impregnaba todo el lugar igual que cientos de ambientadores.

—Sándalo, ruda y jazmín —indicó Penélope de pronto.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza? —le pregunté bastante en serio.

—La puerta en la que estuve olía a jazmín —aclaró Silvia.

—La mía a sándalo y supongo que la de Warne a ruda, son los tres olores de los arcángeles que protegían las entradas. Cuanto más cerca estaban de lograr anular el sello, más fuerte era el aroma que los caracterizaba en vida.

—No me jodas que crees en todas esas mierdas, es suavizante, punto, solo eso —respondí intentando ignorarla para no pensarlo demasiado.

Al subir las escaleras y entrar en mi dormitorio no encontré a Nandor, tampoco estaban Madre Shipton ni Leo por ninguna parte, rebusqué en sus cuartos, pero era como si nunca hubiesen estado. Investigué un poco más en mi cama, levanté las sábanas limpias y descubrí un colchón impoluto que debería haber estado lleno de manchas de sangre de diferentes personas…

Nada, se habían evaporado, entonces caí en la cuenta de que era

posible que Grace los estuviera interrogando. Me armé de valor, agarré a mis dos nuevas amigas del brazo y fuimos a buscarla antes de que me arrepintiera y me escapase en barca o a nado de allí.

Habían llamado a un barco que supuse venía a por los cadáveres. El ajetreo del personal de un lado para otro hizo que el gusanillo del Cuerpo volviese a latir en mis venas. Necesitaba estar en el lugar de Grace dando órdenes y cagándome en todo lo cagable cada vez que alguien metía la pata, pero entonces lo noté, una punzada en el bajo vientre, algo que con el tiempo que tenía de embarazo era imposible, pero que yo sentía igual que si me estuvieran sacudiendo desde fuera.

Mi hija me avisaba o me reñía desde antes de nacer, eso me aterró y me enorgulleció a partes iguales, sacando de mi cabeza la idea que se acababa de instaurar en ella de romper el papel que aún debía continuar en la mesa del comisario.

—Creo que si allanamos otra propiedad más tampoco habrá mucha diferencia, ¿no? —dije en voz alta, y las tres dimos media vuelta en dirección al bar de Ale.

Una vez allí, Penélope hizo los honores de forzar la cerradura, encendimos las luces y nos preparamos el mejor café de toda mi maldita existencia mientras me fumaba un merecido cigarro en la terraza.

—¿Hay otro para mí? —La voz cansada de Grace llegó desde mi espalda y sonreí al apartarle una silla para que nos acompañase.

—Penélope, di un número —propuse a la cerebrito, que tenía mucha mejor cara después de la ingesta de cafeína.

—¿Solo o con leche? —respondió, resignada, y se levantó para cumplir la orden velada.

—Solo y sin azúcar —pedí yo por Grace antes de que a esta le diese tiempo a contestar.

Esperamos hasta que estuvimos las cuatro de nuevo y luego Grace empezó a preguntarnos.

—¿Se puede saber por qué os escapasteis y robasteis el jodido helicóptero?

—Usted nos cubrió y supuse que eso era lo que quería —explicó Penélope irguiéndose y colocándose un poco más adelantada que

Silvia con la visible intención de defenderla hasta del viento, aquello me resultó bonito hasta a mí.

—Pues la hemos cagado a base de bien. Los de asuntos internos querían que montásemos un operativo en conjunto.

—¡¿Cómo?! —esta vez fue Silvia la que saltó.

—Había policías infiltrados en este caso, pero como eres la última mierdecilla nunca te enteras de nada —añadí para llevarme una mirada de reprimenda de Grace y Penélope—, pero una mierdecilla de las buenas, de las recién echadas y no de las secas que cortan cristales, ¿eh?

—Kate, por tu madre, no lo arregles —suplicó Grace riéndose a carcajadas.

Escuchar de nuevo esa risa logró que yo también sonriera, solo un poco, que luego se acostumbraban…

—¿Es verdad, inspectora? —quiso saber la implicada.

—Sí, lo del tema escatológico no, lo de la secreta. El camarero y uno de los dos policías llevan más de un año en este pueblo infiltrados, aprovecharon que la familia de Ale regentaba este bar para no levantar sospechas. Por lo visto ya tenían en el punto de mira a la secta, pero no disponían de pruebas suficientes. ¿Dónde tenéis escondido el pájaro? Hay que llevarlo de vuelta.

—No sé, me estaba ayudando y de pronto desapareció, creo que se llevó algún que otro puñetazo, espero que el animalito esté bien —soltó de pronto Penélope, dejándolas a todas a cuadros menos a mí. A esas alturas ya sabía de sobra que a ella no se le podía hablar con doble sentido porque se iría al término literal. No obstante, enterarme de que la extraña ave continuaba viva y que el padre de Alice no la había matado me alivió más de lo que jamás reconocería.

—No hagas preguntas para las que no quieras saber las respuestas —me adelanté a Silvia, a la que vi en la tesitura de contar toda la verdad sobre la tumba del aparato—. Me quedan algunas lagunas que no comprendo o que mi cabeza aún no ha analizado bien.

—Dispara —respondió Grace, dejando a Penélope con cara de circunstancias.

—Si el padre de Alice estaba metido en todo esto, cosa que se veía

venir, ¿los de la chica del hospital también?

—No, por lo visto ellos no tenían ni idea. Laura despertó hace unas horas, por eso hemos tardado más en llegar, fui a interrogarla con los dos hombres de negro pegados a mi culo después del momento Houdini de estas dos —puntualizó, haciendo ruborizar a Silvia y dejando inmutable a la otra amonestada—. La chica nos contó que se quiso suicidar por no haber revelado la verdad, por lo visto estaban en una cueva haciendo una sesión de ouija que les ordenó que hicieran el monaguillo del pueblo. Marilyn se puso en contacto con gente turbia que afirmaba poder ayudarlas y sacarlas de aquí, sin embargo, para su sorpresa, las derivaron a él. Se sentía culpable por no haber dicho nada antes por miedo a las represalias.

—En fin, viva la adolescencia… —añadí, irónica.

—No creo que ninguno de los que han caído sean los responsables de llevar el tema de los correos electrónicos y la captación de chicas —expuso Penélope.

—Yo tampoco, pero eso ya no es nuestro problema, ahora se encargarán los de más arriba. Considero que ya hemos hecho suficiente para limpiarles la mierda. —El tono agresivo de Grace me dio a entender que no estaba contando todo lo que sabía, no obstante, por primera vez en mi jodida vida no preguntaría.

—El monaguillo era hermano de Nakada y la madre que los parió la jodida dueña del hostal. —Eso pareció coger por sorpresa a mi amiga, quien abrió mucho los ojos y suavizó el gesto para cogerme la mano.

—¿Estás bien?

—De maravilla, dos majaras menos en la calle —le resté importancia al tema de que en esta ocasión tampoco había podido acabar con la vida de ninguno de ellos, sí que le arranqué una oreja a uno, pero nadie muere de eso, y a Caterina la liquidó y medio comió Llop, así que, sin que sirva de precedente, tenía las manos limpias por una maldita vez—. Tienes que llevarte a otra persona en el barco, la mujer de Salvador necesita asistencia médica, esos hijos de puta la estuvieron drogando y me temo que ha estado al borde de la locura por demasiado tiempo.

—Además, estoy segura de que si le haces una analítica al resto de

los parroquianos encontrarás los químicos que utilizaban para doblegarlos —agregó Silvia.

—¿Nandor y las demás están contigo, Grace? —quise saber.

—No, no he visto a nadie más que a los muertos, a los dos agentes heridos y al tío sin oreja. Me tienes que explicar bien todo lo que ha sucedido esta noche o se encarga Silvia de hacer el informe.

—Uf, es una larga historia —bufé sin poder quitarme de la cabeza al extraño trío desaparecido.

—Tenemos tiempo, hay que analizar la isla al completo.

—Creo que me estoy poniendo de parto —dije a la vez que me levantaba y salía corriendo dejándolas a las tres con cara de querer matarme.

—¡Como le pase algo a mi sobrina te mataré yo misma! —fue lo último que escuché antes de que la voz se perdiese con el viento.

De camino al muelle para ir a ver cómo estaban el rubiales y Ale me topé con alguien a quien no pensé que volvería a ver. En la sombra de una de las calles, oculto, estaba Nandor con un pájaro en el hombro.

—Veo que estás más recuperado.

—Y yo que tú has sobrevivido.

—Bah, bicho malo…

—¿Eso es por mí o por ti, Kate?

—Por los dos —bromeé dándole un puñetazo con cuidado en el hombro contrario al que estaba apoyado el pájaro de ojos penetrantes.

De la espalda de Nandor, como si hubieran estado ocultas en un plano paralelo, salieron Madre Shipton y otra mujer más que no conocía.

—Niña, ten cuidado y no te metas en problemas. Tienes una vida importante que cuidar, aunque mucho me temo que será al revés.

—Vieja, no empecemos a insultar, que todavía me debe muchas respuestas que sé que no me va a dar. ¿Y cuándo habéis llamado a la *amigui* para la fiesta?

—Te dije que iba a por refuerzos.

—Noreen, encantada de conocerte —se presentó la otra mujer, que parecía recién salida de la peluquería, lista para una cena, si no fuera

por las manchas de sangre que tenía en la falda.

—Si está con estos tres locos, de seguro que yo no estoy igual de encantada.

El ave graznó y pareció que se riese de mi comentario, adelanté la mano y le acaricié los penachos de la cabeza con cuidado, ella cambió de atril y se colocó sobre mi brazo sin clavarme las uñas.

—¿Y Leo? ¿Y qué cogiste del suelo del pasillo la noche que me agredieron en el hostal, Nandor? —quise saber, tenía demasiadas preguntas, pero entonces el pájaro acercó su pico a mi oído y pude jurar que en mi cabeza sonó una frase:

«Siempre a tu lado».

—¡Kate! —los gritos de Grace hicieron que me girase para ver qué mierda sucedía ahora, pero cuando le fui a presentar al variopinto grupo estos ya habían desaparecido, emplumado incluido. Definitivamente me estaba volviendo majara.

Epílogo

Grace me obligó a recoger las cosas y a irme con ella en el helicóptero junto con Penélope y Silvia. No sabía lo que les sucedería después de su gran aventura, pero esperaba que atrapar a los malos y salvar a Alice hubiese servido de algo. Lo primero que hicimos fue pillar un hotel de los que tienen bañera sin personas raras dentro intentando quitarte trozos de carne, y lo segundo ir al hospital a ver a Ale y al rubio.

—No deberíamos estar aquí, los médicos han dicho que ambos tienen que descansar y yo debería estar vigilando a las dos nuevas locas que te has echado de amigas, ahora mismo no están en un calabozo porque he dado la cara por ellas.

—Vamos, Grace, no van a ir a ninguna parte, créeme. Además, lo hicieron con buena intención, solo querían ayudarme, y tú también estabas metida en el ajo.

—Cinco minutos, Kate. Es todo lo que voy a poder entretener a los facultativos.

Aproveché el tiempo del que disponía y entré sin llamar en la habitación con olor a antiséptico. Una tenue luz sobre la cama iluminaba un poco la estancia dándole un aspecto más lúgubre de lo que me hubiese gustado. Aún podía sentir el sabor metálico de la sangre en la boca y el miedo continuaba dentro de mí, pese a que todo hubiese salido bien, para variar…

—Creo que esto es acoso, inspectora Warne.

—He venido solo con la intención de asfixiarte con la almohada cuando cierres los ojos, no tienes nada de lo que preocuparte.

—Me dejas mucho más tranquilo —respondió Ale y se rio, pero no me pasó desapercibida la mueca de dolor que esa acción le provocó y me acerqué para que no tuviese que levantar la voz.

—Me debes un café. —Ale asintió con la cabeza—. Y un paquete de

tabaco. —Volvió a afirmar sin hablar—. A eso súmale unas doscientas explicaciones, además de un plato de churros.

—Por los churros sí que no paso, está usted abusando de un enfermo, señorita.

—¿Por qué cojones no me lo dijiste? Todo habría sido mucho más fácil, ¿sabes?

—Kate, pediste la baja del Cuerpo, no podía descubrir mi tapadera, llevo más de un año en esa isla intentando averiguar quiénes estaban metidos en la secta. Sabíamos que había civiles, pero también que los estaban ayudando desde dentro, era arriesgado, para ti y para nosotros.

—Sí, el rubio guapito también me la metió doblada…

—¿Y a mí solo me has dejado besarte dos veces? Muy desconsiderado por tu parte.

—Has leído mi ficha, si no, no sabrías lo de la baja. Eres inteligente, esto negaré haberlo dicho, ya debes hacerte una idea de los motivos por los que empezar una relación conmigo no sería buena idea.

—Todos tenemos nuestros fantasmas y cuerpos encerrados en el armario, Kate. Solo hay que saber cuándo deshacernos de ellos y que no sean un lastre para continuar viviendo, deben convertirse en algo que nos dé motivos para seguir.

—No puedo, Ale, es demasiado duro y no sé si alguna vez dejará de doler —confesé poniendo una mano sobre mi vientre.

—¿Ya tiene nombre? —preguntó, demostrando que era incluso más inteligente de lo que yo creía.

—Mary, se llamará Mary, como la madre de Joseph.

—¿Volveré a verte?

—¿Volverás a la isla?

—Si estás tú, seguramente me pase de vez en cuando a controlar el bar.

—Pues a mí me parece un buen lugar para criar a un bebé diferente, al menos no se me escapará de la isla. Es tranquilo, ya no

hay sectas satánicas y tengo una amiga que la puede enseñar a nadar.

—Tenemos un trato, entonces.

Me agaché y le di un breve beso en los labios que me supo a nuevas oportunidades, a reencuentro y a felicidad.



A Grace no le hizo ni puñetera gracia mi idea de quedarme a vivir en Tabarca, pero no tuvo más remedio que aceptar mi decisión. Por fin logré que Dupin cediese y procesase mi renuncia. Ahora tenía que buscar algún otro trabajo para poder mantenernos, pero eso ya lo pensaría. La familia de Laura no quiso regresar y me dejó su casa para vivir a modo de agradecimiento por todo lo que hice, en otras circunstancias me hubiera negado, pero tampoco es que estuviera loca, o no del todo.

Los meses pasaron y la mujer de Salvador se recuperó del todo y se puso al mando del hostal de Caterina, este entró en subasta y ellos cogieron el dinero que tenían guardado para la universidad de Marilyn, me costó convencerlos, sin embargo, cuando al final cedieron, él me confesó que eso era precisamente lo que necesitaban para superar el pasado. Encargarse de cuidar a Alice también los ayudó bastante. Esa chiquilla había acabado bastante mal después de descubrir que su padre intentó matarla por ser diferente y que su madre era conocedora de tales intenciones.

Llop tardó en aparecer de nuevo, de hecho, tuve que ir y ponerle corazones de vaca en la cueva durante dos semanas para que saliera del mar y me hablase. Me contó su historia y, aunque a mi cabeza racional le pareció una auténtica locura, la creí. Perdió a su pareja y a

su hijo hacía mucho tiempo, me contó que unos pescadores los asesinaron y que desde entonces vivía al lado de sus tumbas. Jamás me confesó dónde estaban y no quise inmiscuirme más en su intimidad. El mal de muchos, además de ser consuelo de tontos, también sirve para unir a las personas, y eso fue lo que hizo con nosotras. Ella se volcó en mi embarazo como si fuese el suyo propio. Conseguí que se mudase conmigo y formamos un dúo divertido, las peleas se escuchaban en todo el pueblo, pero como estaban demasiado avergonzados por haber mantenido la boca callada después de que cada vez que iban a misa perdían la conciencia y no daban la voz de alarma, nos permitían que prácticamente hiciéramos lo que quisiéramos.

Me levantaba antes de que saliese el sol y me sentaba a ver el amanecer en la playa, era mi mejor momento del día y el único en el que mi gremlin se quedaba tranquila un rato. En esta ocasión cogí el *jeep* de Ale —sí, él me lo prestaba, solo que no sabía que tenía hecho un puente y que yo lo cogía— y me fui a la parte del faro a ver tranquila el paisaje. Silvia y Penélope habían venido ese fin de semana de visita y estaba a punto de cagar arcoíris como siguiera viéndolas hacerse arrumacos, necesitaba escapar de esa sobredosis de azúcar.

—¿Puedo sentarme contigo?

Escuchar la voz masculina me sobresaltó, si no hubiera sido por Llop habría pensado que todos ellos habían sido fruto de mi imaginación, pero no, allí estaba Nandor, con su blanquísima sonrisa y su tez oscura. Di unas palmaditas en el suelo y él se colocó despacio junto a mí.

—Has vuelto —dije a modo de afirmación.

—Me gusta esta isla, es tranquila.

Ambos reímos hasta que me dolió el estómago.

—Ahora en serio, ¿qué haces aquí? No te imaginas la de veces que hemos tenido que pactar la versión de las tres para que ninguno de vosotros apareciese en el informe. ¿Cómo está Leo?

—Leo te echa de menos, le caíste bien, pero ella es un tanto… peculiar. Me dijo que te dijese que le quedará una bonita cicatriz como recuerdo. Y, Kate, ya te dije que hay cosas que tu mente no está

preparada para asimilar. Pensé que sí, pero Madre Shipton tenía razón, no es el momento.

—Esa vieja me cae mal, a decir verdad, ahora todas las viejas me caen mal. Prefiero enfrentarme a un ñu con hambre que a una maldita anciana más en mi vida.

—No todo el mundo es malo, ni bueno. Mira la hermana de Caterina.

—¿La Harina?

—Sí, la Harina, intentó convencer al padre de Alice para que no la matase y por eso Juan terminó con su vida. Toma —dijo extendiendo la mano y dejando caer algo en la mía. Un bonito pin con el símbolo de la Inquisición que todos llevaban tatuado cayó en mi palma—. También es el símbolo del cambio, hubo uno de los inquisidores que intentó terminar con la caza de brujas; como te he dicho, no todo el mundo elige el mal.

—¿Esto es lo que encontraste en el pasillo?

—Sí, eso me ayudó a saber contra quiénes nos enfrentábamos.

Me lo metí en el bolsillo y seguí mirando el mar.

—¿Por qué te dieron una paliza en lugar de matarte directamente?

—Querían saber quién formaba parte de mi aquelarre para darles caza. Como comprenderás, no iba a decirles nada. El cura llegó a la sala del confesionario cuando me estaban dando la paliza y él no corrió tanta suerte —se lamentó—. He pensado quedarme un tiempo por aquí, me avisarán cuando haya problemas en algún sitio, creo que me vendría bien tener a alguien pragmático conmigo, si te parece bien, claro.

—Me han llamado muchas cosas, pero esa es la primera. ¿Seríamos una especie de Mulder y Scully buscando extraterrestres? —le dije, sin poder evitar recordarnos a Joseph y a mí cuando empezamos a trabajar juntos.

Antes de que le diese tiempo a responder, un dolor agudo pinchó mi abdomen como si me estuviesen partiendo por la mitad y lancé el grito más desgarrador que jamás había salido de mi garganta.

—Tampoco lo vi tan mala idea, eso no sería hasta que la niña hubiese nacido, pero si no…

Lo corté agarrándolo del brazo y apretándoselo con todas mis fuerzas.

—El bebé dice que quiere unirse a la conversación —logré balbucear el breve lapso de tiempo que estuve sin sentir el dolor de la contracción.

Nandor me levantó en peso como el que aúpa una pluma y me metió en el coche en el asiento del copiloto. Se colocó en el del conductor y buscó las llaves, sin mucho éxito.

—¡¿Cómo arranco?!

—Junta los dos cables sueltos que tienes en las rodillas.

Me miró, frunció el ceño e hizo lo que demandé, después de algunas chispas el motor rugió y emprendimos el camino de vuelta. Lo último que quería era parir en medio de la nada enseñándole hasta las amígdalas a un casi desconocido por el boquete del *toto*… Todo fue bien hasta que cogimos la primera y única curva de la carretera, en lugar de entrar en el pueblo por la calle nos estrellamos contra la primera casa de la esquina, que daba la casualidad que era la de Salvador. La mía estaba relativamente cerca y el estruendo hizo que Silvia y Penélope salieran corriendo a ver qué sucedía. Yo continuaba sentada con las piernas apretadas para que el gremlin no saliese disparado a modo del pulpo que nació en el coche en *Men in Black*.

—¡Kate, ¿qué pasa!? —me gritó Silvia abriendo la puerta para ayudarme a bajar.

—Estoy de fiesta, no te jode.

—Creo que va a dar a luz.

—Penélope, recuérdame que te inscriba para el Nobel de inteligencia, por favor.

—Perdona, Kate, hace mucho que no conduzco, no recordaba cómo girar el coche —se disculpó Nandor sudando la gota gorda y con una herida en la frente por el impacto.

—¡¿Girando el puto volante?! —le chillé sin poder aguantar más el dolor.

—Tenemos que ir al hospital o la tendrás aquí, Kate —aseveró Silvia con gesto de preocupación.

—No hay barcos, y aunque los hubiera no llegaríamos a tiempo

—añadió Penélope sonriendo.

—¡¿Y tú por qué cojones te ríes?! —berreé en un tono que la niña de *El exorcista* me habría envidiado.

Penélope sonrió de nuevo haciendo que quisiese arrancarle la cabeza y miró al helipuerto en el que estaba el helicóptero.

—¡Mierda!

Nota de la autora
Licencias creativas

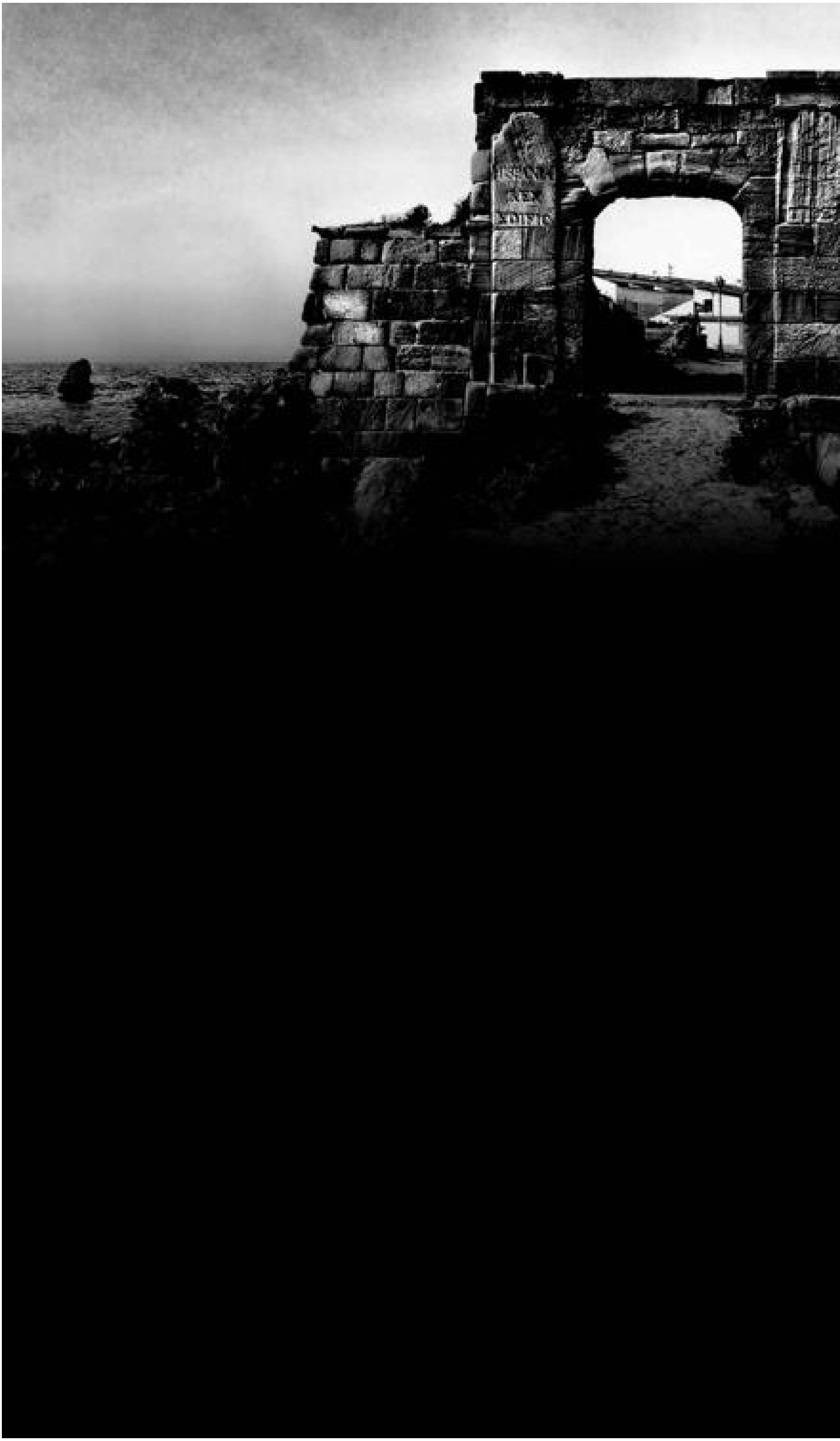
Tabarca es la isla habitada más pequeña de España. En invierno es tranquila y en verano la visitan miles de personas. Sí es cierto que posee una entrada a las cámaras subterráneas y dependencias del baluarte norte, pero no están conectadas con el hostal, ni tampoco con la cueva de *Llop Marín*. Esta última la puedes visitar con un equipo de buceo o en una embarcación pequeña, y tiene cien metros de largo. Consta de dos entradas que se comunican en su interior donde casi no llega la luz. Las cuevas son un tesoro natural bajo las murallas de Tabarca. Además, las aguas de esta isla están consideradas la primera reserva marina de España desde 1986.

La iglesia de san Pedro y san Pablo tiene anexa la casa del cura, que está en restauración en estos momentos. Excluyendo la gruta, el resto del templo es tal y como lo describo, incluidos los pelícanos que alimentan a sus polluelos con lo que parece sangre.

Por otro lado, en la isla en los meses de invierno hay una enfermera y en los de verano le añaden un médico también, estoy segura de que ninguno de los dos pertenece a ninguna secta. El hostal y el bar existen y espero que si vais a conocer este mágico lugar los visitéis.

Sí están las tres puertas de los arcángeles con las ubicaciones descritas y nombres, pero espero que no abran la entrada al averno o estamos jodidos.

Y, por último, pedir perdón a los isleños por adueñarme de su isla y usarla como enclave para esta nueva aventura de Kate Warne. Seguro que son unas bellísimas personas y no me van a denunciar ni nada de eso.



Una de las puertas de Tabarca.

Glosario de nombres

Kate Warne

Fue la primera mujer detective, en 1856, en la Agencia Pinkerton, en Estados Unidos. Cientos de novelas de ficción hablan de diferentes hazañas sobre ella. No obstante, su caso real más sonado fue en el que salvó la vida de Abraham Lincoln. Es la protagonista de la trilogía de libros *Susurros* y de *El aquelarre perdido de Trasmoz,* de mi autoría.

Nandor Fodor

Este húngaro fue un parapsicólogo, psicoanalista, escritor y periodista británico y estadounidense. Se le consideró una de las principales autoridades en el tema de los *poltergeists* junto con el de las médiums. Estuvo asociado con Sigmund Freud y también pasó por una época de escepticismo que llevó al papel.

Leonor Rodríguez

Más conocida en Córdoba como Las Camachas, fue ajusticiada en el siglo XVI. Hoy en día se la recuerda gracias a que Cervantes la nombró en su obra *El Coloquio de los Perros*, en 1613.

Gauda

Es un ave de la familia de las garzas con el cuerpo blanco por la zona del vientre y gris oscuro detrás, los ojos rojos y tres características plumas largas blancas en su cabeza. Se la asocia con la brujería.

Úrsula Southeil o Madre Shipton

Más conocida como Madre Shipton, fue una ocultista profeta que bien

podría haber estado a la altura de Nostradamus si hubiese nacido varón. A causa de las deformidades de su cuerpo, tuvo que vivir relegada en una cueva hasta que se casó. La acusaron de bruja y su vida está llena de leyendas folclóricas. Le pusieron su nombre a la polilla *Callistege mi,* ya que esta posee unas alas que se asemejan al perfil de la cara de la bruja en cada una de ellas. También se la conoce como la bruja de York.

Salvador Rueda

A este periodista y poeta español se lo considera el precursor del modernismo en España. Le concedieron el título de hijo adoptivo de la isla de Tabarca y se le regaló incluso un terreno en tan cotizado lugar. Dedicó algunos de sus mejores poemas a este sitio y comparaba la isla con una guitarra que flotaba a la deriva.

Grace Humiston

También conocida durante un período de tiempo como «la señora Sherlock Holmes», fue una mujer que consiguió humillar a la policía neoyorquina tras encontrar a la niña desaparecida Ruth Cruger, de 18 años, en 1917, junto a su compañero el detective Julius J. Kron, cuando todo el Departamento de Policía de Nueva York iba a cerrar el caso. De esta impactante y sorprendente historia real se escribió la obra *Mrs Sherlock Holmes*, en la que se narra cómo la abogada, detective y primera mujer fiscal se convirtió en una de las mayores combatientes del crimen en una época en la que las mujeres ni siquiera tenían derecho al voto.

Julius Kron

Nació en Hungría y emigró a los Estados Unidos alrededor de 1905. Encontró empleo como detective para diferentes agencias en el área de Nueva York. En 1915, fue a trabajar para la abogada Grace Humiston y fue fundamental para ayudarla a resolver los casos de crímenes de personas acusadas por error. Su caso más famoso fue el

del asesinato de Ruth Cruger, quien desapareció en febrero de 1917 en la ciudad de Nueva York. Recuperaron su cuerpo en una tumba subterránea.

C. Auguste Dupin

Es un detective de ficción creado por Edgar Allan Poe. Dupin hizo su primera aparición en *Los crímenes de la calle Morgue,* en 1841, considerado el primer relato policial. Vuelve a aparecer en *El misterio de Marie Rogêr* en 1842 y en *La carta robada*, de 1844. Sirvió de modelo al resto de los personajes del género.

Aleisteir Crowley

Fue un célebre ocultista inglés conocido en los medios esotéricos como Baphomet. Practicante de la magia, se designó a sí mismo como «el hombre más malvado del mundo».

Juan del Valle Alvarado, Alonso Becerra Holguín y Alonso de Salazar Frías

Alonso de Salazar y Frías fue uno de los inquisidores responsables de las investigaciones que se llevaron a cabo en Zugarramurdi entre 1608 y 1613. Bajo la acusación de practicar la brujería, el pueblo navarro sufrió la persecución sistemática de su población, que terminó con la quema en la hoguera de algunos de sus habitantes. Salazar y Frías fue de los pocos sacerdotes que defendió que no existía un culto brujeril en la zona, en oposición a las interpretaciones dadas por Alonso Becerra Holguín y Juan del Valle Alvarado, los otros dos inquisidores del Santo Oficio de Logroño que participaron en las pesquisas.

Padre Torquemada

Tomás de Torquemada fue el primer Inquisidor General de Castilla y Aragón, y el más tristemente celebrado. Se estima que, bajo su

mandato, el Santo Oficio quemó a más de diez mil personas y un número superior a los veinte mil fueron condenados a penas deshonrosas.

María de Ximildegui, alias «la Harina»

Fue una mujer española arrepentida de practicar brujería y la que ayudó a desencadenar con sus cotilleos el proceso de la inquisición en Zugarramurdi. Acusó de ser brujas a otras mujeres y vecinas de la zona, en total, cuatro mujeres, seis hombres y dos niños.

Los hermanos Nakada Lureña

Pedro Pablo Nakada Ludeña, más conocido como «el Apóstol de la Muerte», fue el otro hermano asesino de Vayron Nakada, a quien ya conocimos en el libro anterior.

Vayron escapó a Japón y asesinó a sangre fría a seis personas. Su juicio fue en marzo del 2018 y lo sentenciaron a pena de muerte, sin embargo, su defensa apeló en el recurso que padecía esquizofrenia y le cambiaron la condena a prisión indefinida. Cuando la fiscalía le preguntó por su domicilio, este respondió que era «el infierno».

Capítulo extra: Kate

Sí, volamos hasta el hospital, no porque corriésemos mucho, no, más bien porque Penélope pilotó aquel cacharro como la que estaba llevando un coche de carreras en el aire. Mi gremlin pareció oler el peligro y dejó de intentar salir el tiempo que estuvimos por los cielos, aunque en el momento en el que el cacharro tocó la azotea dijo que si me había olvidado de ella y volvió a empujar como si no hubiera un mañana.

A la media hora nació una niña de mofletes sonrosados, pelo negro como el ébano, y ojos despiertos y vivaces iguales a los de su padre. Me llevé contemplándola horas, pese al cansancio, el sueño y el malestar que sentía era incapaz de cerrar los ojos por si aquello no era real. La quise antes de conocerla, pero en el instante en el que nuestras miradas se cruzaron me enamoré por completo de esa criatura que agarraba mi dedo con fuerza y me sonreía a mí, a su imperfecta madre, que desde ese momento tendría que empezar a ser mejor persona por las dos.

Llop vino a vernos en cuanto llegamos a la casa, seguida de las tías políticas, todas ellas, y volvieron mis primeras semanas de maternidad una jodida locura. Fue muy divertido para una sociópata en potencia como yo tener a Grace, a Penélope —sí, desde el día que le cambié el nombre decidió que ese le gustaba más y dejó de usar el verdadero—, a Silvia, a Julius y a Nandor, además de a toda la maldita isla, que decidieron prácticamente mudarse a mi domicilio para ver a la nueva integrante del extraño grupo.

Mary fue creciendo con una, digamos, relativa normalidad. Cuando pasó un mes me harté de que mi casa fuese el coño de Mariquita[12] y mandé a tomar por culo a todo el mundo, a todos menos a Llop, quien se mudó con nosotras alegando que los *humanos* éramos unos bárbaros y no sabíamos educar a nuestras crías, eso lo decía la que comía carne cruda de cualquier especie… En un principio pensé que terminaríamos

matándonos, sin embargo, nunca podré estarle lo suficientemente agradecida por haberse quedado a mi lado. Formábamos un extraño trío que, sin sentido alguno, encajaba a la perfección, a veces me preguntaba cuál de las dos hacía las funciones de madre y cuál de padre.

Mi pequeña aprendió a nadar como si de su hábitat natural se tratase, buceaba desde que tenía pocos meses de vida. A los dos años hablaba a la perfección, cosa de la que se encargó la Tata, la mujer de Salvador, quien estaba recuperada y desde que su hija adoptiva se fue a la universidad se aburría y se pasaba las horas libres con la mía, además de que adoraba a la niña. Salvador le enseñó a hacer nudos en las redes y a pescar, cosa con la que no estaba para nada de acuerdo Llop, ella prefería que se cogiesen los peces sin trampas, con las manos y listo. Darse cuenta de que no teníamos sus garras hizo que reculase y dejase de protestar. Los gatos de la isla vivían casi en mi patio delantero esperando a que Mary saliese a jugar con ellos. Y mi gauda favorita vigilaba a Mary día y noche, de hecho, tenía un nido en su dormitorio y la ventana abierta para poder entrar y salir a su antojo.

Nandor se trasladó de forma permanente al hostal y ayudaba a Salvador con las tareas diarias. La primera vez que lo vi con un martillo en la mano me eché a temblar, ese hombre podría ser todo lo místico que quisieras, pero lo que se dice manitas… no era.

Ale venía de visita y traía regalos para la niña, él era su tío molón que le contaba las aventuras policíacas, algunas no aptas para su corta edad, pero a las que Mary ponía especial interés cuanto más truculentas fuesen. De casta le viene al galgo. Entre nosotros nunca volvió a suceder nada, Joseph seguía y seguiría en mis pensamientos y en mi corazón por muchos años que pasasen, aunque a Ale no parecían alejarle mis negativas, siempre decía que todo llega en su momento, pese a que yo dudase bastante que alguna vez fuera el indicado para olvidar al amor de mi vida.

Madre Shipton pasaba una semana al mes en el hostal con Nandor y a veces se lo llevaba durante días, tiempo en el que el pájaro también desaparecía. La niña nunca se asustó de su aspecto, al contrario, se

sentaba en el regazo de la anciana y mantenían largas conversaciones sobre magia, potingues y mil mierdas más de ese estilo. No pude impedirlo porque se pasaban mis normas por el forro de los cojones, todos, absolutamente todos ellos idolatraban a mi pequeña igual que si fuese suya y yo me sentía orgullosa de que tuviese esa gran familia improvisada. Lo que sí me ponía los vellos de punta era cuando le contaba las típicas mentiras piadosas que se les dicen a los niños y ella descubría mi engaño en segundos. La mayoría del tiempo sentía que mi hija podía leer mis pensamientos junto con los del resto de personas que la rodeaban.

El tiempo transcurrió sin que casi me diese cuenta, ¿era feliz? Sí, pero me faltaba algo.

—¿Estás bien, Kate?

—Claro, Nandor. Un poco aburrida, pero nada que un viaje en barca con Salvador no cure. ¿Sabes la cantidad de historias que conoce? Me resulta increíble que en todos estos años aún no me haya repetido ninguna.

—Kate, puedes engañarte a ti misma, pero no a los demás. Sé que estás haciendo un enorme sacrificio por no moverte del lado de Mary y llevar una vida tranquila, pero no eres tú. Has dejado de brillar, tu aura cada vez tiene menos luz.

—No me vengas con chorradas, Nandor. Estoy justo donde quiero.

—Mamá, tío Nandor tiene razón. —Las palabras que solían salir de la boca de mi hija con tan solo cuatro años hacían que me plantease quién era la adulta de las dos.

—Cariño, ¿cuántas veces tengo que decirte que no puedes meterte en las conversaciones de los adultos? —le recordé agachándome a su lado y meneándole el flequillo como solía hacerle a Rich.

—También me has dicho que nunca mienta, que no oculte cosas y que sea responsable de mis actos. —*Touché*, la jodida niña hacía que me tuviera que meter la lengua en el culo más veces de las que me gustaría.

—No estoy mintiendo, no he hecho nada malo y soy responsable de

mis actos, ahí estás tú como ejemplo. Dime que no soy responsable contigo, de no ser así Llop te tendría en modo sirena todo el puñetero día en el agua y ya tendrías garbanzos en vez de yemas en los dedos —improvisé para cambiar de tema, la levanté en peso y le hice pedorretas en la barriga mientras ella reía sin control.

—Mamá, ¡para! El tío Nandor y yo estamos intentando mantener una conversación adulta contigo —logró decir entre risas.

«Yo me cago en mi puta vida…».

—Kate, la niña tiene razón.

—La niña siempre tiene razón y me estáis tocando un poquito los ovarios…

Tras el nacimiento de Mary, y después de arreglar un motón de papeles para que la herencia de su padre pasase a ella, no teníamos problemas económicos. Sus padres le dejaron una considerable suma de dinero que Joseph no había gastado, tenía pendiente ir a su antigua casa, sin embargo, nunca encontré un buen momento para eso. Preferí esperar a que Mary tuviese edad suficiente y que fuéramos juntas. ¿Cobardía? Se podría decir que sí, pero no pensaba reconocerlo en voz alta. No sabía nada de su familia, era consciente de que mi hija tenía unos dones especiales que no había heredado de mí, por lo que no me quedaba otra que pensar que provenían de él o de su familia. Aunque Joseph jamás dijo nada al respecto, ahora que lo pensaba, no me habló de ellos y Mary merecía conocer sus raíces, fueran cuales fuesen.

—Kate, no sé si has notado que la gauda no anda por aquí desde hace unas semanas.

—Ese pájaro loco hace lo que le da la gana, además de comerse mis bizcochos, sé que es ella la que se los lleva de la mesa de la cocina, tengo pruebas —alegué, siendo cierto.

Lo había enfocado como el caso de *El ladrón de migas* y me sentía orgullosa de haber descubierto al culpable del crimen. Vale, podría ser que echase un poquito de menos lo de ser policía, pero solo un poquito…

—Me han avisado de que tengo que ir a Trasmoz y voy a necesitar tu ayuda —empezó a decir Nandor—. Es un caso de los que no te gustan y está mezclado con temas paranormales. Un día me dijiste que seríamos como Marcos y Sara.

—Murder y Scally —lo corregí, riéndome de su estupenda memoria selectiva.

—Tío, esos son dos personajes de ficción de una serie que intentan resolver casos inexplicables. Ella no cree en nada sobrenatural y él sí, es muy divertida —se explayó mi pequeño gremlin dejándome con la boca abierta y un cabreo de narices—. Ups, creo que tía Penélope se ha metido en un problema por mentir y decir que estábamos viendo Pepa Pig…

—Sí, cariño, tu tía se ha metido en un lío de cojones. Estoy harta de decirle que no te ponga cosas que no son para tu edad —confirmé, procurando no echar humo por la nariz, pensaba llamar a la cerebrito en el instante en el que acabase esa absurda conversación de *adultos* y ponerla vestida de limpio por mala influencia.

—Mamá, no le riñas mucho, se lo pedí yo, ella lo pasa mal porque no entiende que los cerdos hablen y me agobia un poco tener que explicarle cada cosa que dicen.

Nandor se rio a carcajadas con la revelación de la enana y Llop apareció con un delantal decorado con un hacha lleno de sangre, obsequio de Ale los Reyes pasados que a ella le encantaba porque decía que así no se notaba cuando estaba manchado de verdad…

—Mary, voy a llevarle esto a Salvador al hostal, ¿vienes? —le preguntó a Mary con una bolsa llena de peces. Mi amiga se encargaba de suministrarle el pescado a la mujer de Salva para las comidas.

Mary dio un saltito y Llop la cogió en volandas como la que levanta una pluma. Mi hija me dio un beso en la mejilla y le guiñó un ojo a Nandor, con el que estaba convencida de que andaba compinchada para que estuviésemos llevando a cabo esta charla.

—Nandor, te agradezco que te preocupes por mí, de verdad, pero no es necesario, tengo todo lo que deseo, veo a mi hija crecer cada

día, me peleo con Llop cada media hora y os soporto al resto cada vez que se os ocurre venir a volverme loca. No hay peligros, no hay asesinatos, no hay casos que resolver y no hay acción ninguna que me suba la adrenalina, ni capturo a los malos, ni me meto en problemas, ni infrinjo la ley. —A medida que las palabras fueron saliendo de mi boca y los viejos tiempos regresaban a mi mente, el pulso se me aceleró y la forma en la que gesticulaba se volvió más rápida sin que pudiera evitarlo.

—Han encontrado un cuerpo degollado y ha desaparecido una mujer en un pueblo de Zaragoza, hay dos supervivientes a los que de seguro incriminarán para cerrar el caso rápido. He hablado con Grace y está de acuerdo en que colaboremos con ella antes de que nadie más se nos adelante, nos promete unas horas de ventaja y acceso a todo.

—¿Grace? ¿Mi Grace? ¿Estás diciendo que ella, la que nunca quiere que haga la cabra y me meta en problemas, ha dado vía libre para que vuelva a hacerlo? —indagué sin poder creérmelo del todo.

—Dijo algo así como que uno de los posibles sospechosos te conoce y que estarías encantada de devolverle el favor. —Aquel dato sí que me dejó intrigada—. Un periodista que se llama William no sé qué, no recuerdo su apellido.

—¿Cuándo has dicho que nos vamos? —Fue lo primero que salió de mi boca al saber que el cabrón que había escrito bazofias sobre mí necesitaba ahora que le salvase el culo o metérselo entre rejas, una de dos.

Y así es como la alocada yo de siempre regresó a la acción, sabiendo que mi hija estaba a salvo en una pequeña isla, rodeada de muchas personas que la amaban y que darían su vida por ella. Las que habían notado la falta de brillo en mis ojos y esa felicidad completa fingida y ahora me estaban dando la oportunidad de volver a mi vida. Tenía pendiente descubrir los orígenes de Joseph y visitar la mansión de la rana muerta que tan malos y buenos recuerdos me traía, pero esa es otra historia.

«La que nace burra, muere burra por mucho que quiera ser corcel», pensé mientras íbamos en helicóptero hasta el lugar en el que

habíamos quedado con Grace.

Agradecimientos

Siempre me da miedo que llegue esta página porque soy medio Dory y me suelo dejar a gente en el tintero, si es así, pido mil perdones de antemano.

Mis lectores cero han estado leyendo y metiéndome presión para que siguiera escribiendo, esta continuación lleva cuatro años esperando ver la luz y ya iba siendo hora de que cayera en vuestras manos, gracias a ellos la espera no ha sido más larga. Gracias a Ana Gil, Mariam Beítez, Mariluz Aquino, Dorcas Montañés, Enri Verdú, Luisa Ruíz, Amparo Vico, Ani Escobedo, Dani Huertas, Alejandra Garmoy, Silvia Rodado, Mónica Hernández, el grupo de mis Satánicas, Mar y Eva, Nira Rodríguez, Sonia Fernández, Yoli Pérez, Rocío Villar, Pili Sánchez, Vanessa Trujillo y Verónica Espino.

Las que jamás han desistido a la hora de insultarme cada día para que siguiese con la historia y a las que debo las pastillas para los nervios son Mónica Fernández, María Gonzalo y Teresa Gutiérrez, qué ganitas tenía de acabar para dejar de escucharos...

Mis ojos de águila han colaborado para que la corrección sea más sencilla y a tirarme de las orejas de vez en cuando, gracias a Leticia Ridruejo y a Laura Duque.

Una mención especial a mi compi Ester M.G., que se fue a Tabarca a mandarme fotos para ver desde dónde podíamos tirar gente al agua o matar en extrañas circunstancias… Si vamos a la cárcel espero que vayamos juntas.

Tengo que dar las gracias a Bea Magaña, por tener la paciencia de revisar esta historia y ayudarme a creer en mí.

Gracias también a Judith Rodríguez por el cable con mis *adoradas* sinopsis, eres un solete.

La portada y maquetación van de la mano de William E. Franco, tampoco le ha quedado más remedio que hacerlo genial, porque si no se iba a dormir al sofá… Gracias a ti también por aguantar mis

cambios de humor a medida que la novela avanza y mis neuronas se frustran, además de proveerme de risketos, tabaco y Coca-Cola suficientes para poder seguir escribiendo.

A mi madre y a mi pequeña gremlin, ellas son la tinta que logra que mi pluma no se seque, por mucho que la mitad de los días quiera tirar la toalla. Mil gracias por existir, por quererme y por soportarme, os amo.

Como último favor —no me he cargado a los protas, me lo debes por portarme bien—, recuerda que tu opinión es importante para que otros lectores se atrevan a adentrarse entre estas páginas, no olvides poner lo que mis letras te han trasmitido, y muchas gracias por elegirme entre tantos millones de libros espectaculares.

Si queréis alguno de mis libros firmados, hablar conmigo, hacerme alguna sugerencia u ocultar un cadáver, tan solo tenéis que poneros en contacto con una servidora, o bien por mis redes sociales o por *email*:

https://www.facebook.com/gema.t.autora

https://www.facebook.com/groups/447062663860513

https://www.instagram.com/gematacon/

taconmania@gmail.com

Si os gusta Kate Warne os dejo la introducción del siguiente libro en el que sale:

El aquelarre perdido de Trasmoz Introducción

No tenía tiempo que perder, era consciente de que mi única oportunidad de escapar se trataba de aquella. Me sentía débil y con el corazón destrozado por la pena. Puse todas mis esperanzas en que saliese bien. Al día siguiente sería la ceremonia, y no podía aguardar a que sucediese otra vez. Lo planeamos al milímetro. Cuando madre se hiciese su tisana, yo la mezclaría con verbena, pasiflora y melisa, ella siempre la aderezaba con anís, por lo que supuse que el cóctel la dejaría en los brazos de Morfeo en pocos minutos. Por la noche, desde la torre, tan solo se quedaba una vigía para asegurarse de que nadie entrase o saliese del pueblo. Escabullirme en las sombras no sería difícil para mí, me conocía cada piedra, cada socavón del camino y cada resquicio que pudiese servir para ocultarme entre la negrura, había permanecido demasiado tiempo viviendo en esa especie de cárcel sin barrotes, esa de la que no puedes huir, la misma en la que envidias a los pájaros que vuelan libres.

No estaba segura de los años robados que llevábamos allí. Para las demás, el tiempo no pasaba y, realmente, para mí tampoco lo hacía; no obstante, desde que lo conocí, todo lo que me rodeaba empezó a darme asco. Nuestras acciones me ocasionaban repulsa. Las conversaciones eran siempre las mismas, las caras que veía cada día se mantenían inmutables pese al paso del tiempo. Ni una arruga nueva, ni una señal que indicase que el tiempo hacía algún tipo de mella en ellas, ni en mí. Tan solo un día al año nuestra tierra se llenaba de vida, de alegría, de ruido, de esperanza… Esa era la responsable de todo, la vida. La eterna juventud que tanto ansiaban mis hermanas, y que yo ya aborrecía. ¿Para qué tener la inmortalidad si se hallaba vacía y sin amor?, ¿de qué servía la longevidad perenne si el precio a

pagar era tan alto?

No voy a mentir, hace algún tiempo no me importaba el sacrificio. Pero él me descubrió un nuevo mundo, uno en el que la soledad no existía, en el que era amada y querida. Noté el sabor salado de una lágrima en mis labios, no me percaté de cuándo habían empezado a caer. Me toqué el vientre y suspiré. No quería esa vida para ella, no estaba segura de si la aceptarían como a una más o de si el Consejo se encargaría de «solucionar» el problema. Tal y como predije, mi madre se durmió antes incluso de llegar a la cama, los ronquidos alcanzaron mis oídos a los pocos minutos de que diese buena cuenta de la bebida. Saqué la bolsa que había preparado en la mañana, y que escondí bajo la cama, y bajé los escalones hasta el sótano para llevar algo de comida para el viaje. Habíamos quedado esa misma noche a la salida del pueblo, a unos pocos metros de donde, cada año, poníamos la cruz invertida con el velo negro, esa que tantos visitantes venían a ver desde todas partes del país sin saber lo que el símbolo significaba en realidad para nosotras. Allí todo comenzó, y en ese mismo lugar terminaría mi suplicio.

Me apresuré lo que pude. Estaba oscuro y no quise encender ninguna luz para no ser descubierta y que mi plan se truncase. Solo tenía que llegar a la gran tina de sal en la que mi progenitora y mis tías secaban la cecina, coger un poco y salir corriendo de aquel espantoso lugar para siempre. No podía creerlo, tendría una vida normal, lo que, sin saberlo, siempre deseé. Era ese anhelo de algo que no sabes que necesitas pero que, sin embargo, el no tenerlo te va destrozando poco a poco por dentro, algo que jamás se debería arrebatar a nadie, algo tan bonito como es la libertad, el libre albedrío.

Las hierbas estaban todas preparadas para realizar los untos al día siguiente, había ramilletes de flores secas colgando del techado, además de cuencos de madera llenos de polvos de plantas secas: mandrágora, beleño, ruda, escabiosa, frutos de acebo y cera de abeja, que debían ser mezcladas de forma meticulosa con el ingrediente principal que obtendrían en la noche posterior. Había hecho ese ritual demasiadas veces, quebranté las leyes de la naturaleza en más

ocasiones de las que a nadie se le debería permitir. Éramos una abominación que caminaba sobre la tierra, entre la gente normal, esa misma a la que yo envidiaba desde lo más profundo de mi corazón.

Evité golpearme con los ramos para no llenarme el pelo de esos olores, los que pronto esperaba dejar tan solo en el recuerdo, y metí la mano entre la sal para buscar una pieza de carne ya curada. Rebusqué entre la oscuridad, teniendo únicamente por compañeros a los rayos de luz de luna que entraban por las diminutas aberturas pegadas al techo, huecos que colindaban con los bajos de la casa en el exterior. De pronto, di un salto, asqueada por una bola de pelo que mi mano acababa de rozar. No era la primera vez que algún roedor se mezclaba con la carne dentro de la sal, ambicionando un buen banquete, sin saber que al final se terminaría convirtiendo en comida para los gorrinos. Cualquier persona que ingiriera lo mismo que nosotras no viviría demasiado tiempo, no obstante, a mis hermanas y a mí lo que más nos sobraba era precisamente eso, tiempo. Intenté reprimir mis ganas de vomitar e introduje la mano de nuevo, pero, en esa ocasión, atrapé un trozo demasiado largo como para pertenecer a un cerdo, hacía mucho que no teníamos vacas en el menú, por lo que la elevé, desconcertada.

En cuanto el despojo de carne estuvo frente a mis ojos, no pude reprimir un alarido, seguido de unas arcadas que me provocaron girar la cabeza y expulsar todo lo que llevaba ingerido en el día. Encima de la sal reposaba una extremidad humana, desde la rodilla hasta el tobillo, continuando con un pie, demasiado grande para pertenecer a una mujer. Esa no era la forma habitual en la que se forjaba el ritual, lo sabía demasiado bien. Un pellizco me encogió el estómago, esta vez no por las náuseas, sino por una de las intuiciones que a menudo llegaban hasta mí sin ser pedidas. Como si mi vida dependiera de ello, y en parte lo hacía, escarbé entre la salitre marrón y sucia lo que mi ser ya conocía. Toqué de nuevo lo que deduje, instantes antes, que se trataría de un roedor y lo extraje para contemplarlo. Petrificada, caí al suelo con la cabeza de mi amado en el regazo. Su expresión, tan solo unas semanas atrás hermosa y rosada, me observaba con las cuencas de los ojos vacías; en donde hubo unos ojos verdes soñadores, tan solo

quedaban dos oquedades negras. No recuerdo el tiempo que chillé, maldije, lloré y pataleé hasta caer desfallecida.

Desperté en el mismo sitio en el que caí, la diferencia era que ahora los rayos de la luna me habían abandonado para dar paso a los del sol. La cabeza ya no estaba frente a mí, ahora se encontraba colocada de manera estratégica encima de la mesa de trabajo donde, casi seguro, lo descuartizaron. La algarabía del exterior ya llenaba el pequeño sótano en el que me hallaba, me froté los hinchados ojos e intenté apartar la vista de él, pensé que, si no lo miraba, podría ser que desapareciese, pero no, continuaba allí. Supe que tenía que escapar, la vida de mi pequeña corría peligro y debía hacer algo para salvarla. Subí los escalones sin soltarme la abultada barriga. Ella llegaría pronto, lo sentía, lo sabía. Al aproximarme a la puerta, empujé, pero los bornes no cedieron más de unos pocos centímetros, los que abarcaba la cadena que me apresaba al otro lado de la puerta. No podía gritar ni pedir auxilio a toda esa gente que, sin ser conscientes, estaban siendo cómplices de un nuevo atentado contra la vida. Cogí un trapo y tapé el rostro que, incluso sin ojos, no dejaba de observarme. Volví a llorar, no podía reprimir la pena, la desilusión ni la desesperación que embargaban mi alma.

Todo era culpa mía, él tan solo se fijó en quien no debía, se enamoró de una bruja, y el aquelarre tenía como regla principal y primordial no acercarse al resto de los mortales y, bajo ningún concepto, revelar nuestro secreto, so pena de muerte si eso sucedía. Yo, por mi parte, incumplí ambas; me enamoré de él en el bosque, de

un hombre que adoraba la micología y hacía senderismo en el sitio menos indicado, en el momento en el que yo me encontraba alejada del pueblo, separada de todas las voces que estaba tan hastiada de escuchar. Nos tiramos horas hablando hasta que la noche me sobresaltó, sabía que, si no regresaba pronto, vendrían a buscarme y lo encontrarían. Me marché con la promesa de volver al día siguiente, al otro y al de más allá. Fueron tantos que para cuando me quise dar cuenta, le estaba contando toda mi historia bajo su atónita e incrédula mirada. Supuse que me tomaría por loca y nunca más lo vería de nuevo, sin embargo, contra todo pronóstico, apareció con un ramo de rosas blancas y un anillo. Fue el mejor día de mi vida, hicimos el amor sobre la hierba, retozamos en el río y nos besamos en cada rincón olvidado del bosque.

Eran demasiadas mis salidas, así que mi madre comenzó a inquietarse, por lo que nuestros encuentros se tuvieron que distanciar en el tiempo a tan solo uno al mes. Hasta que por fin me decidí, aun a sabiendas de las consecuencias que eso tendría para mí y para las demás, a escapar con él; el tiempo que me quedase quería vivirlo a su lado. Ya suponía por aquellas fechas de mi estado de buena esperanza, eso me aterraba y me ilusionaba a partes iguales. El plan era sencillo, la noche antes de la ceremonia, cuando la gente estuviese empezando a llegar al pueblo, nos iríamos. Incluso si no había aparecido nadie todavía, yo sabía cómo esconderme entre las sombras. No comprendía cuándo se fue todo al traste, en qué momento me descubrieron, o lo atraparon… La carne se veía demasiado seca como para llevar tan solo un día allí metido, me temí que había pasado un mes viviendo sobre el cadáver del hombre de mi vida, no solía bajar a la despensa, me daba fatiga, y desde mi embarazo la mezcla de olores a flores con carne pudriéndose o seca me levantaba el estómago.

Procuré esconder mi barriga todo el tiempo que pude, creyendo haber conseguido engañarlas; me até telas comprimiendo mi vientre hasta que incluso me llegaba a doler, nadie dijo nada, nuestras ropas no eran como las de las visitantes anuales, las que usábamos se quedaron estancadas en la fecha en la que Casca debió haber muerto. Ese día en que la arrojaron por el precipicio y ella se encomendó tanto

a Dios como al diablo. Nuestro mal comenzó cuando los oídos que se hicieron eco de sus palabras fueron los del Señor del Mal. La rescató de las tinieblas y la devolvió a la vida, a una que ya no le pertenecía.

Esa noche fue una masacre. Los gritos de los niños y de los aldeanos jamás abandonaban mis pesadillas. Todos ardieron, todos menos sus hermanas, su aquelarre, las que hubiésemos corrido la misma suerte que debió sufrir ella si el maligno no hubiese estado aburrido, mirando lo que un puñado de salvajes hacían contra una simple curandera y vidente. Ese incidente dio comienzo al final de nuestras vidas tal y como las conocíamos. Ninguna me dijo nada sobre mi osadía, nadie mencionó ninguna cosa acerca de mi traición. Sin embargo, lo sabían, ahora estaba segura de que lo sabían. Había leído los libros de «recetas» de mi madre más veces de las que ella era consciente, y conocía la que decía que los sesos de una recién nacida convertidos en polvo podían incrementar los efectos del unto.

Aguardé sin saber si mi corazón soportaría la tensión por la que estaba pasando, me escondí y cogí las ramas de avellano que más tarde se restregarían por sus genitales para que el mejunje les proporcionase un éxtasis mayor. Era conocedora de que esos mismos palos habían rozado demasiadas partes de mis hermanas y el asco volvió a embargarme, no obstante, no tenía nada más para defenderme si intentaban sacarme de allí a la fuerza. Los cuchillos de trabajo no estaban en los cajones, ni nada que me sirviese como arma. Deduje que, intuyendo que podría llegar a quitarle la vida al bebé, ya que a mí misma no me era posible, habían eliminado de mi alcance todo lo que me ayudase a llevar a cabo tal fin. Ellas eran los monstruos, no yo, jamás atentaría contra la vida de mi hija.

Biografía



Gema Tacón nació en San Fernando, Cádiz en 1981. Estudió en el Liceo Sagrado corazón y desde que aprendió a escribir lo está haciendo. Comenzó con diarios, luego relatos y después pasó a las novelas. Se tituló en auxiliar de veterinaria y peluquería canina. Actualmente tiene catorce libros en el mercado. Organizó una antología solidaria para los enfermos del Síndrome Rett. Llamado *A mi pequeña princesa*. Fue la encargada de la feria del libro de San Fernando durante cuatro años. Estuvo al frente de una cafetería biblioteca cultural, la Buhardilla, en la que se daban a conocer a todos los artistas que quisieran, escritores, cantantes, fotógrafos, pintores y demás almas bohemias que necesitasen un lugar en el que demostrar su arte durante seis años.

Fue militar profesional siete años, navegando fuera de España en la Armada Española.

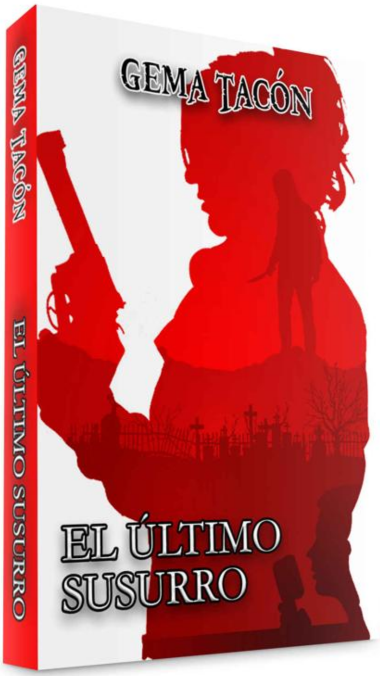
No tiene un género definido a la hora de escribir, lo escoge según su estado de ánimo. Piensa que para sacar una buena novela es necesario que tenga una trama perfectamente construida y una documentación impecable, aunque luego se juegue con ella y la tunee un poquito a su favor.

Es madre soltera y se la puede considerar la loca de los gatos. De mayor, sí, aún es joven…, su sueño es tener una casita con plantas que

no se mueran, más gatos y una hamaca en el jardín para poder ver el atardecer.

Otras obras de la autora

Thriller policíaco
El último Susurro (Susurros I)



Una serie de asesinatos sin resolver asaltan la ya de por sí complicada vida de la inspectora de policía Kate Warne, sin que sepa que la clave de todo se encuentra en ella misma.

Tras el duro golpe de perder a su pareja y compañera en una misión encubierta, Kate se convierte en la sombra de lo que fue, hasta que un asesino en serie la obliga a regresar a la realidad.

Las partes amputadas y desaparecidas de las víctimas del Silenciador de Susurros, apodado así por la prensa, hacen que la investigación de Kate sea a contrarreloj para evitar que el homicida deje otro cadáver más.

Cada vez que cree estar a punto de atraparlo la historia da un giro y alguien cercano a ella sufre las consecuencias. Nuevas pistas reconducen el caso guiándola por los entresijos de su pasado.

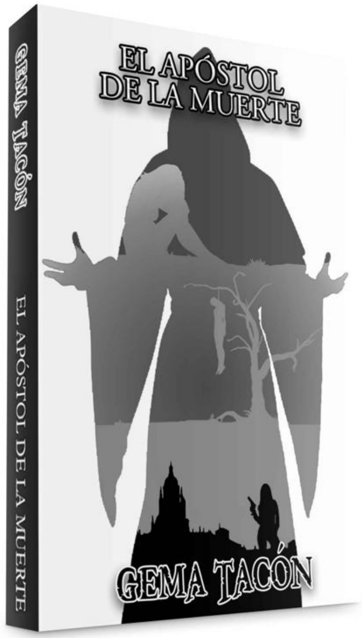
Equivocarse de persona la llevará al borde de la locura, pero ¿qué pasará cuando descubra la verdad? ¿Qué tiene que ver el asesino con los asmrtist muertos? ¿Podrá Kate asimilar lo que está por descubrir?

Un thriller policíaco lleno de sucesos inesperados, que harán al lector adentrarse en la mente de nuestra protagonista y vivir con ella cada nuevo obstáculo a superar.

Adquirir: rxe.me/M85PK3

Thriller policíaco

El Apóstol de la muerte (Susurros II)



Cuando la vida de Kate Warne no podía ser más soporífera, regresan los fantasmas del pasado removiendo sentimientos que ya creía extintos.

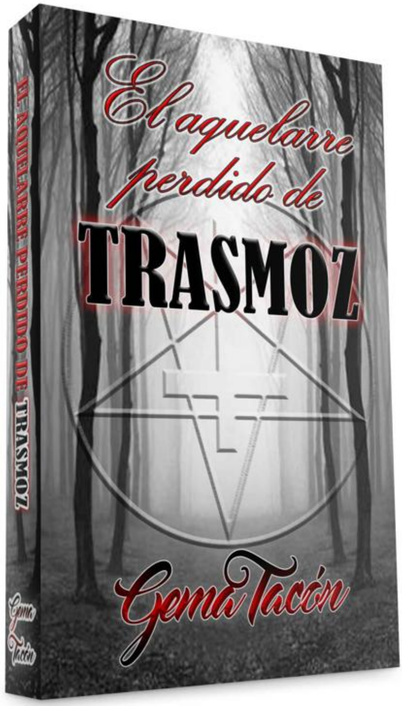
Dos casos que nada tienen que ver surgen de pronto, convirtiendo su mundo en un auténtico caos. Joseph es el único que la mantiene atada a la realidad, pero incluso él puede llegar a dudar. Kate tendrá que luchar consigo misma y decidir a cuál de los dos dar prioridad, quién merece ser salvado y a quién debe dejar morir.

El Apóstol de la Muerte está haciendo estragos en los bajos fondos de la ciudad a la vez que una vendetta personal amenaza con volver a internarla…

No te pierdas el segundo caso de la serie Susurros e intenta encajar, junto con Kate, las piezas de estos nuevos puzles antes de que sea demasiado tarde.

Adquirir: rxe.me/V18461

Thriller paranormal
El Aquelarre perdido de Trasmoz



No estaba segura de los años robados que llevábamos en Trasmoz. Para las demás el tiempo no transcurría y, en realidad, para mí tampoco lo hacía, no obstante, desde que lo conocí todo lo que nos rodeaba empezó a darme asco. Nuestras acciones me ocasionaban repulsión, la sangre derramada empañaba mi alma, si es que aún la tenía.

¿Cuántas vidas sacrificarías por la eternidad?

Pero ¿y si eso te condenase a perder a tu amor verdadero?

Elegí huir, marcando con mi decisión a todos los que me rodeaban y escribiendo un destino demasiado incierto como para poder ser vaticinado.

No me ha dado tiempo de terminar con esta locura, no pensé en que el castigo por romper el pacto me lo impidiese. Tan solo rezo porque a ti sí y porque me perdones por ocultarte nuestra verdad, tú verdad. A los ojos del aquelarre cometí un fallo imperdonable, me

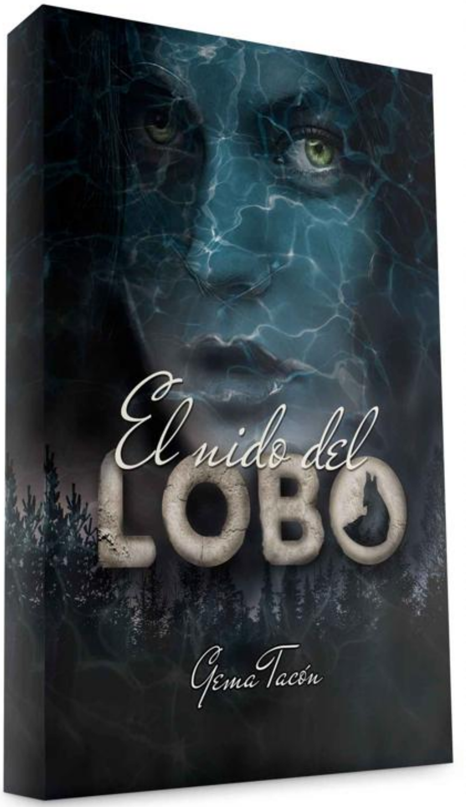
enamoré y eso te trajo a ti al mundo, cambiándome desde el instante en el que supe que te llevaba en mi vientre.

Siento haberte dejado esta carga sobre los hombros, juro que solo quise que fueras feliz.

Te quiero, hija mía.

Amalia Soler.

Thriller paranormal
El nido del lobo



Las mentiras unen el destino de dos mujeres separadas en el tiempo.

La apacible vida del pequeño y encantador pueblo de Ochagavía se enturbia cuando Blanca llega desde el sur para hacer sus prácticas. Los oscuros secretos que todos guardan atan su vida a la de Aintzira, una chica que murió hace años y que, sin saber cómo ni por qué, tiene una extraña conexión psíquica con ella.

Sus noches se hacen eternas cuando tras cada pesadilla su cuerpo sufre las consecuencias de ir revelando la verdad. Poco a poco va desentrañando una red de engaños que intentan ocultar no solo la misteriosa muerte de la joven, sino que también hará que descubra que su vida ha sido una farsa prácticamente desde que nació.

La muerte persigue a Blanca desde hace tiempo mientras que a Aintzira ya la encontró. Ambas tienen en común el coraje de querer

descubrir la verdad, su verdad. Un crimen sin resolver, una sombra que la acecha y un asesino que está presente en sus sueños es con lo que tendrá que lidiar nuestra protagonista.

¿Podrás leer cada línea sin mirar detrás de ti? Tictac, tictac…

Adquirir: rxe.me/5YDLVC

Thriller paranormal

La leyenda Jurado



No siempre las leyendas se quedan en la simple rumorología popular. En ocasiones pueden llegar a hacerse tangibles y perseguirte hasta que les encuentres una razón de ser.

Un siglo separa a Elena y Amalia, dos mujeres con un enemigo común que hará todo lo posible, incluso después de la muerte, para que su secreto continúe en las sombras.

La sangre será la principal protagonista de sus historias.

Pasadizos ocultos, salas de tortura, rituales satánicos, secretos que nunca han visto la luz y crímenes horribles sin resolver. Escenarios en los que ambas se tendrán que ir adentrando antes de que la telaraña de mentiras que las rodea las atrape para siempre entre sus hilos.

Dos historias en paralelo, en dos épocas distintas, entrelazadas por amor con el Cortijo Jurado como testigo mudo de ellas.

Basado en la Leyenda del mítico cortijo Jurado de Málaga, España.

Cómica romántica que traumatiza
¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices?

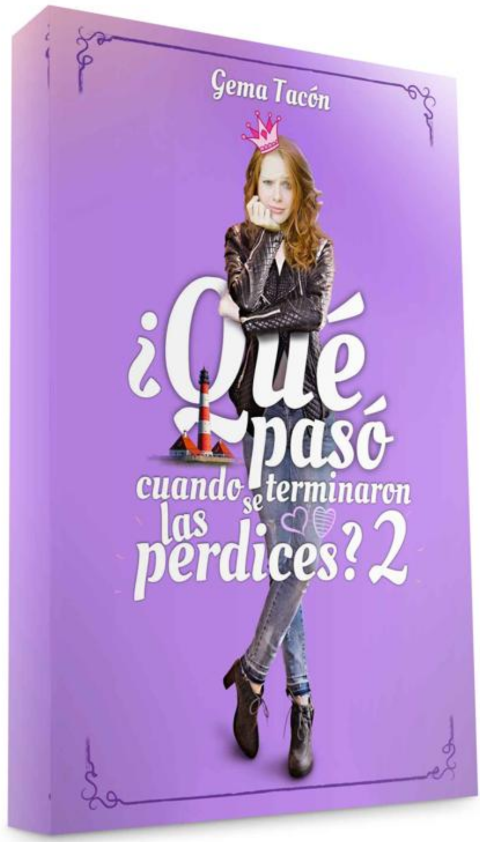


Ariel, nuestra protagonista, se reencuentra con sus amigas de la infancia, pensando que ella es la que ha terminado peor parada de todas, hasta que descubre que no todo es lo que parece. Los problemas matrimoniales, personales y cotidianos son más comunes de lo que creía en un principio e intenta ayudar de la mejor manera que sabe, siendo ella misma. El único inconveniente, es que pese a sus buenas intenciones, el caos y la mala suerte la siguen allá donde vaya, convirtiendo la vida de todo el que la rodea en una locura. Su mundo de libertad y soltería se ve alterado cuando se enamora de un hombre del que tan solo conoce la primera letra de su apellido y quien parece saber demasiado de ella. De pronto, como si no tuviese ya bastante

con lo que lidiar, aparece en escena Jim que le regala sonrisas y amor eterno a diario. ¿Logrará solucionarles la vida a sus amigas y a ella misma o las empeorará? Descúbrelo tú mismo en esta trepidante novela de intriga, amor y comedia que no te dejará indiferente. La misma que hará que te replantees si los finales felices realmente existieron tal y como nos contaron desde nuestra niñez.

Cómica romántica que traumatiza 2

¿Qué pasó cuando se terminaron las perdices? 2



Ariel vuelve con más fuerza que nunca, aunque sigue teniendo el corazón dividido.

Lo que no sabe es que el tiempo no espera por nadie, y que a su regreso las cosas han cambiado más de lo que jamás imaginaría. Junto a Mérida, Blanca, Aurora, Lilo y otros nuevos compañeros de locuras tendrá que desmontar las ilegalidades de las mayores villanas de la historia.

Aprenderá a marcha forzada que ni los buenos son tan buenos ni los malos tan malos. ¿Sabrá elegir esta vez o se volverá a equivocar?

¿Dejará títere con cabeza?

En sus líneas encontrarás intriga, acción, aventura, romance y

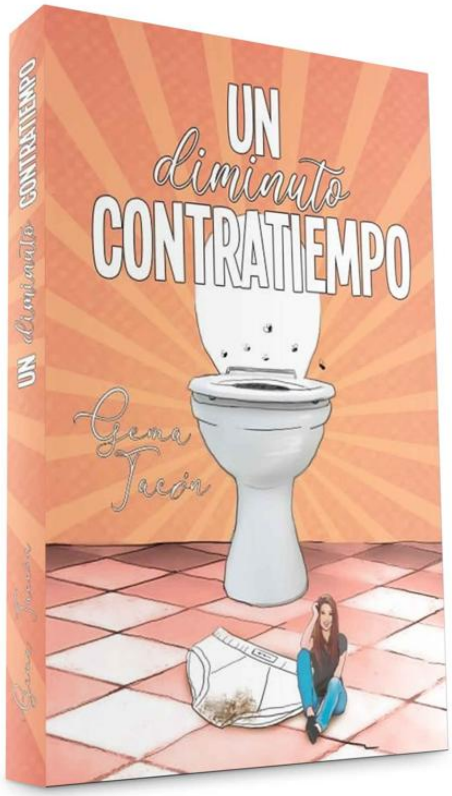
humor. Descubrirás que los cuentos de hadas y que los príncipes azules no siempre son como los recordabas. ¿Quieres comenzar a traumatizarte?

Adquirir: rxe.me/SN42GL

Cómica extraña de narices.

Un Diminuto contratiempo

(Advertencia, no leer en público ni comiendo, la autora no se hace responsable de lo que te pueda llegar a suceder si no haces caso…).



¿Qué crees que pasaría si mezclas a Pepita Pulgarcita y a Spiderman en una misma trama?

El resultado sería esta novela que tienes en las manos, y que debes leer sí o sí.

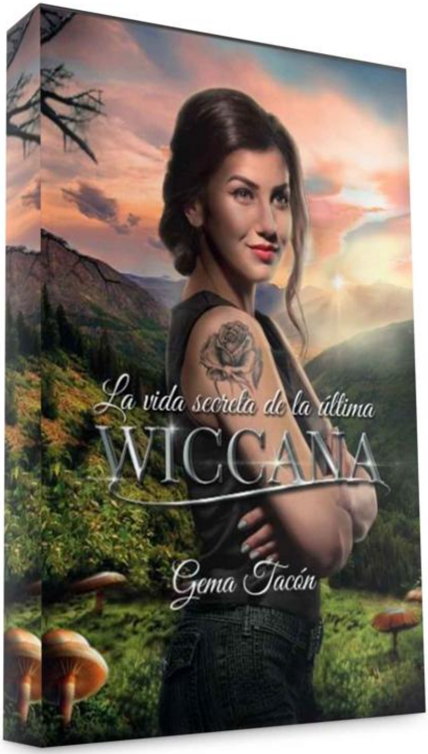
No apta para personas que no quieran sonreír, ni para los amantes de la cordura y, mucho menos, para el que espere encontrar entre estas páginas romanticismo o sexo.

No recomendada para leer en horas de comidas ni por las noches, si no quieres dormir en el sofá.

Imprescindible para todo aquel que adore las vacas y los sicarios.

Fantasía para todos los públicos

La vida secreta de la última wiccana



Cuando Iris murió Anastasia pensó que no le quedaba nadie más en el mundo. Conocer sus orígenes la embarca en una loca misión suicida en busca de unos artefactos mágicos para terminar con un mal que pretende aniquilar a todos los seres sobrenaturales del planeta, los mismos en los que jamás había creído…

El peculiar aquelarre al que casi le habían obligado a pertenecer fue convirtiéndose en su nueva familia y no tardaría mucho en ser capaz incluso de entregar su vida para protegerlos.

Cada paso que da la hace más conocedora de la verdad y comienza a entender por qué Iris lo mantuvo en secreto. Todo en esta vida tiene consecuencias y el poder de tres es algo que a Anastasia se le grabará a fuego.

¿Podrá asimilar las muertes que están por llegar?

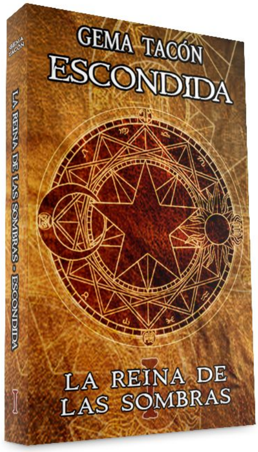
En este libro encontrarás la realidad de la religión wicca mezclada

con fantasía y humor. Una historia que nos enseña el valor de la amistad y los peligros de una mala elección.

Adquirir: rxe.me/WWKTQK

Fantasía para todos los públicos

Escondida: La Reina de las Sombras I



Estaba decidida a encontrar el libro, escaparme y dejarlo todo atrás pese a que me aterraba. Cuando descubrí que el mundo era enorme y que las criaturas como yo existían por todas partes además de en mis libros, me asustó y alegró a partes iguales.

Nunca imaginé que alguien estuviera tan interesado en mí como para matar por encontrarme, y jamás habría pensado que la oscuridad pudiera estar tan cerca.

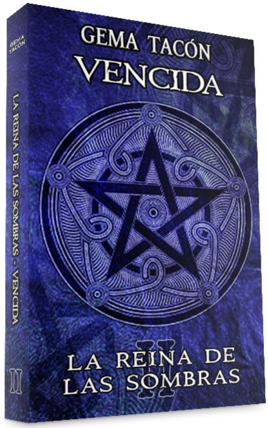
Encontrar a Sam y a los demás me salvó la vida y marcó la de ellos para siempre.

¿Cuántos poderes poseo y qué soy realmente capaz de hacer con ellos? Me temo que lo tendré que descubrir sola.

Adquirir: rxe.me/Q3R43G

Fantasía para todos los públicos

Vencida: La Reina de las Sombras II



Desde que salí por primera vez de Güell mi mundo cambió, descubrí que tenía familia y que merecía la pena pelear por encontrar respuestas.

A cada paso que di me fui encontrando más a mí misma y poco a poco se me fueron revelando secretos oscuros sobre mi linaje mágico.

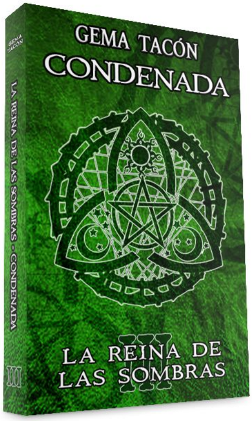
Perder a algunos de los que creí mis aliados en el camino no fue fácil, pero a cambio llegaron nuevas personas a mi vida que continuaron completando mi existencia.

De lo único que estoy segura ahora mismo, es de que la Reina de las Sombras no podrá conmigo, o al menos sé que moriré luchando para que no se haga con el poder absoluto.

Adquirir: rxe.me/7PO1Y6

Fantasía para todos los públicos

Condenada: La Reina de las Sombras III



Por fin encontré lo que tanto había buscado. Me sentía incapaz de continuar en Güell y terminé por huir junto a Circe a otra dimensión, para alejarme de todo y de todos.

En estos momentos ella era la única que podía comprender cómo me sentía y sabía que no me juzgaría. Hasta que regresé para adentrarme en el mismísimo infierno.

Todo había cambiado, mis poderes habían crecido, pero mis enemigos también. Por fin descubriré quién o qué soy y cuáles son mis verdaderos aliados en esta guerra. Aunque puede que vuelva a equivocarme al escoger.

Todos entregaremos nuestras vidas llegado el momento con tal de liberar al mundo de la Reina de las Sombras. Mientras mi corazón sigue dividido en medio de esta locura. El final está cerca.

¿Quién sobrevivirá?

Adquirir: rxe.me/DDDG87

Novela negra

Los crímenes de la caja



La última novela de Ana ha sido un total fracaso. Y la mala racha que está pasando le hace perder su trabajo de repartidora, con el que a duras penas subsistía. Su vida está ahora mismo en lo más hondo del pozo.

Pero una incógnita aparece en la puerta de su casa, una caja, un motivo para mantenerse ocupada mientras decide qué hacer con su existencia. Descubre que ha sido seleccionada como jugadora en la beta de un videojuego aún en desarrollo. Después de solventar sus dudas iniciales, se encuentra con una inquietante propuesta, casi, hecha a su medida. La invitación: diseñar el crimen perfecto, a través de las diferentes pistas que proporciona el juego, los participantes deberán lograr planificar la mejor idea para acabar con la vida de una persona.

Ana pensaba que jugaba con ventaja, ya que ese era su mundo, o al menos, el mundo de ficción que ella escribía, sin ser consciente de que

este entretenimiento iba a alimentar la mente de un auténtico monstruo.

Intriga, acción, un ritmo trepidante y la versátil narrativa de Gema Tacón logran la química necesaria para crear el veneno perfecto al que te harás completamente adicto.


GEMA TACÓN
OLA DE
SILENCIO

[1] Si sabes de lo que hablo es que estás mayor…

[2]Pipo: Chupete.

[3]Roger: Es una expresión muy americana usar «Roger» en lugar de recibido. En el alfabeto fonético vigente hasta 1956 del ejército estadounidense la letra «R» se expresaba como Roger para indicar que un mensaje era recibido.

[4] Si sabes quién es te queda poco para jubilarte…

[5]Bita: es como un noray, pero van en pares, generalmente se ubican en la embarcación, aunque también pueden encontrarse en la costa, son metálicas.

[6]Flipper: Si sabes quién es este entrañable personaje es que ya peinas canas, si no, te toca buscarlo en San Google.

[7]Me niego rotundamente a explicar quién era Espinete.

[8] Sí, se puede gritar en silencio, eso ya lo hemos dejado claro.

[9] Ven a Andalucía y si alguien te lo llama lo mandas al peo.

[10] En mi tierra, Cádiz, es cuando parece que alguien tiene lombrices en el culo y no deja de moverse, pero la Wikipedia tiene una explicación más culta: es un fenómeno social localizado históricamente en los siglos XV al XVI, y explicado como enfermedad psicogénica colectiva o como resultado de intoxicación por cornezuelo de centeno.

[11] A ver, Penélope es un coquito con piernas y su vida es la informática, tenía que hacer referencia a este suceso de la historia en el que las máquinas ayudaron a ganar una Guerra.

[12] No me preguntéis, era una expresión que decía mucho mi abuela para decir que había un montón de gente que sobraba y yo la he mantenido.